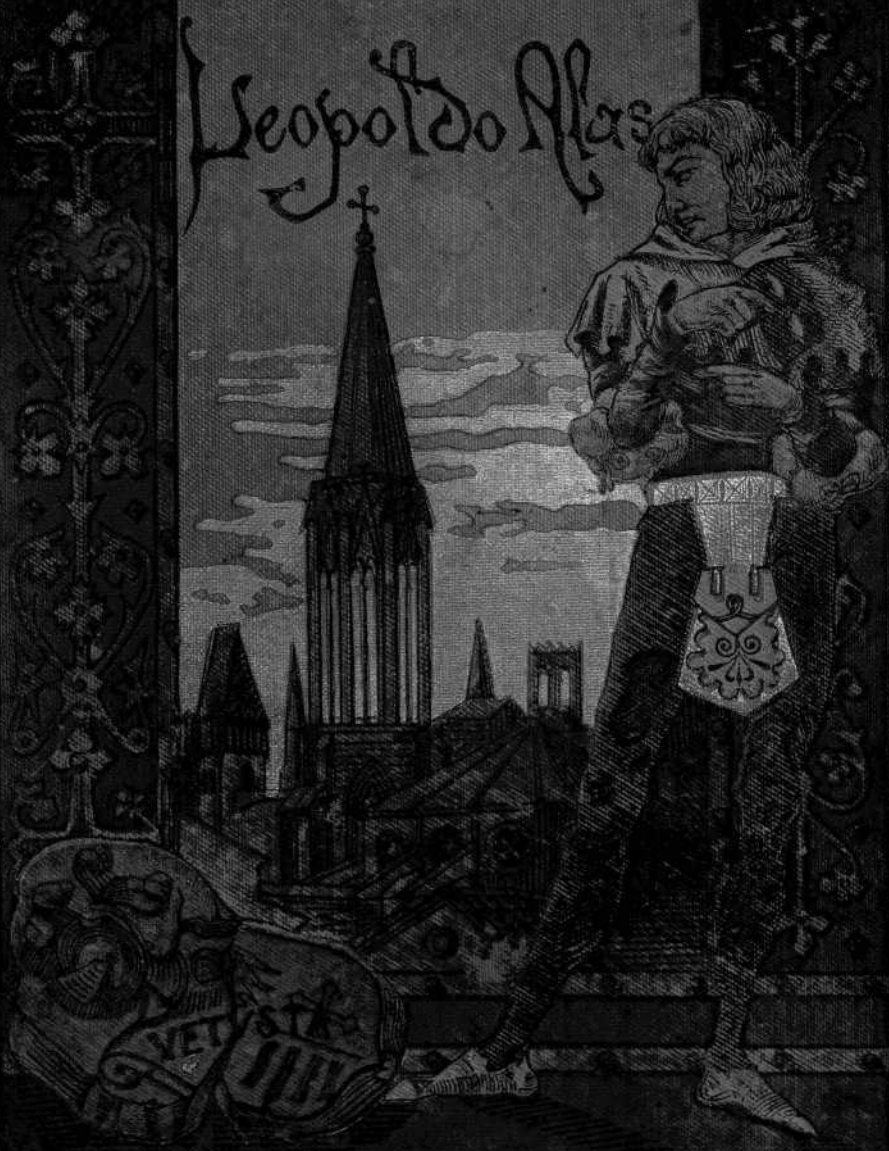


LA REGENTA

Leopoldo Alas







T. 115369

DG 82
A

LA REGENTA

ES PROPIEDAD

LA
REGENTA

POR

LEOPOLDO ALAS

(CLARÍN)

Ilustración de JUAN LLIMONA

Grabados de GOMEZ POLO

TOMO I

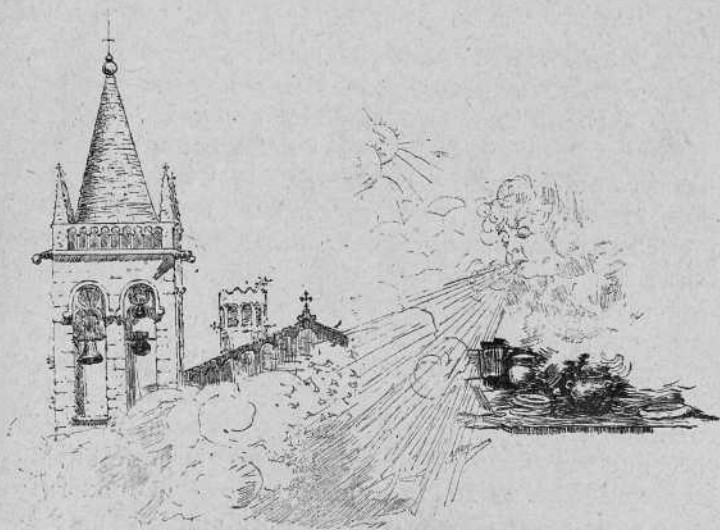
BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO Y C.^ª, *Ausias-March*, 95

1884





I



A heroica ciudad dormía la siesta. El viento Sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo

sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado á las esquinas, y había pluma que llegaba á un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, ó para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada á un plomo.

Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. —La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo diez y seis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis que aprieten demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enroscándose en la piedra trepaba á la altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre esta una cruz de hierro que acababa en pararrayos.

Cuando en las grandes solemnidades el cabildo mandaba iluminar la torre con faroles de papel y vasos de colores, parecía bien, destacándose en las tinieblas,

aquella romántica mole; pero perdía con estas galas la inefable elegancia de su perfil y tomaba los contornos de una enorme botella de champaña.— Mejor era contemplarla en clara noche de luna, resaltando en un cielo puro, rodeada de estrellas que parecían su aureola, doblándose en pliegues de luz y sombra, fantasma gigante que velaba por la ciudad pequeña y negruzca que dormía á sus piés.

Bismarck, un pillo ilustre de Vetusta, llamado con tal apodo entre los de su clase, no se sabe por qué, empuñaba el sobado cordel atado al badajo formidable de la *Wamba*, la gran campana que llamaba á coro á los muy venerables canónigos, cabildo catedral de preeminentes calidades y privilegios.

Bismarck era de oficio delantero de diligencia, era *de la tralla*, según en Vetusta se llamaba á los de su condición; pero sus aficiones le llevaban á los campanarios; y por delegación de Celedonio, hombre de iglesia, acólito en funciones de campanero, aunque tampoco en propiedad, el ilustre diplomático *de la tralla* disfrutaba algunos días la honra de despertar al venerando cabildo de su beatífica siesta, convocándole á los rezos y cánticos de su peculiar incumbencia.

El delantero, ordinariamente bromista, alegre y revoltoso, manejaba el badajo de la *Wamba* con una seriedad de arúspice de buena fe. Cuando *posaba* para la hora del coro—así se decía—Bismarck sentía en sí algo de la dignidad y la responsabilidad de un reloj.

Celedonio, ceñida al cuerpo la sotana negra, sucia y raída, estaba asomado á una ventana, caballero en ella, y escupía con desdén y por el colmillo á la plazuela; y si se le antojaba disparaba chinitas sobre algún raro transeúnte que le parecía del tamaño y de la importancia de un ratoncillo. Aquella altura se les subía á la cabeza á los pilluelos y les inspiraba un profundo desprecio de las cosas terrenas.

— Mia tú Chiripa, que dice que pué más que yo!— dijo el monaguillo, casi escupiendo las palabras; y disparó media patata asada y podrida á la calle apuntando á un canónigo, pero seguro de no tocarle.

— Qué ha de poder!—respondió Bismarck, que en el campanario adulaba á Celedonio y en la calle le trataba á puntapiés y le arrancaba á viva fuerza las llaves para subir á tocar las *oraciones*.—Tú pués más que toos los delanteros, menos yo.

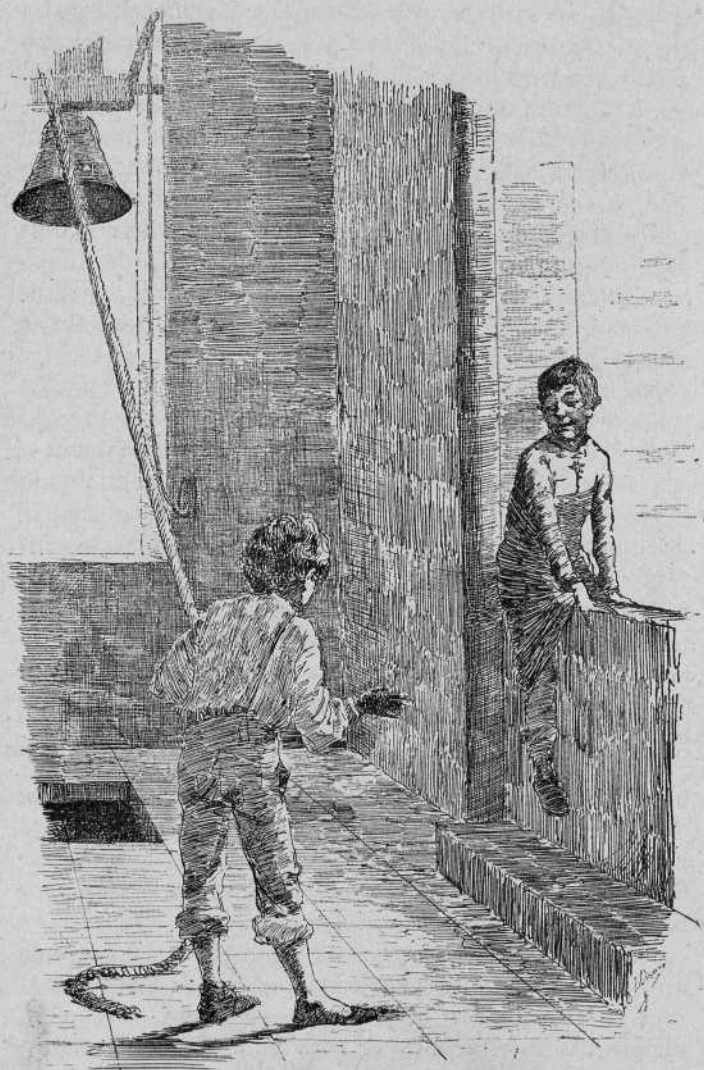
— Porque tú echas la zancadilla, mainate, y eres más grande... Mia, chico, ¿quiés que l'atice al señor Magistral que entra ahora?

— ¿Le conoces tú desde ahí?

— Claro, bobo; le conozco en el menear los manteos. Mia, ven acá. ¿No ves cómo al andar le salen pa tras y pa lante? Es por la fachenda que se me gasta. Ya lo decía el señor Custodio el beneficiano á don Pedro el campanero el otro día: «Ese don Fermín tié más orgullo que don Rodrigo en la horca», y don Pedro se reía; y verás, el otro dijo después, cuando ya había pasao don Fermín: «Anda, anda, buen mozo, que bien se te conoce el colorete!» ¿Qué te paece, chico? se pinta la cara.

Bismarck negó lo de la pintura. Era que don Custodio tenía envidia. Si Bismarck fuera canónigo y *dinidat* (creía que lo era el Magistral) en vez de ser delantero, con un mote *sacao* de las cajas de cerillas, se daría más tono que un zagal. Pues, claro. Y si fuese campanero, el de verdad, vamos, don Pedro... ay Dios! entonces no se hablaba más que con el obispo y el señor Roque el mayor del correo.

— Pues chico, no sabes lo que te pescas, porque decía el beneficiano que en la iglesia hay que ser humilde, como si dijéramos, rebajarse con la gente, vamos, achantarse, y aguantar una bofetá si á mano viene; y sino, ahí está el Papa, que es... no sé cómo dijo... así... una cosa como... el criaio de toos los criaos.



—Eso será de boquirris—replicó Bismarck.—¡Mia tú el Papa, que manda más que el rey! Y que le ví yo pintao, en un santo mu grande, sentao en su coche, que era como una butaca, y lo llevaban en vez de mulas un tiro de *carcas* (curas según Bismarck), y lo cual que le iban espantando las moscas con un paraguas, que parecía cosa del trato,... hombre... si sabré yo!

Se acaloró el debate. Celedonio defendía las costumbres de la Iglesia primitiva; Bismarck estaba por todos los esplendores del culto. Celedonio amenazó al campanero interino con pedirle la dimisión. El de la tralla aludió embozadamente á ciertas bofetadas probables *pa en bajando*. Pero una campana que sonó en un tejado de la catedral les llamó al orden.

—El *Laudes!*—gritó Celedonio,—toca, que avisan.

Y Bismarck empuñó el cordel y azotó el metal con la porra del formidable badajo.

Tembló el aire y el delantero cerró los ojos, mientras Celedonio hacía alarde de su imperturbable serenidad oyendo, como si estuviera á dos leguas, las campanadas graves, poderosas, que el viento arrebatava de la torre para llevar sus vibraciones por encima de Vestusta á la sierra vecina y á los extensos campos, que brillaban á lo lejos, verdes todos, con cien matices.

Empezaba el Otoño. Los prados renacían, la yerba había crecido fresca y vigorosa con las últimas lluvias de Setiembre. Los castañedos, robledales y pomares que en hondonadas y laderas se extendían sembrados por el ancho valle, se destacaban sobre prados y maizales con tonos oscuros; la paja del trigo, escaso, amarilleaba entre tanta verdura. Las casas de labranza y algunas quintas de recreo, blancas todas, esparcidas por sierra y valle reflejaban la luz como espejos. Aquel verde esplendoroso con tornasoles dorados y de plata, se apagaba en la sierra, como si cubriera su falda y su cumbre la sombra de una nube invisible, y un tinte rojizo

aparecía entre las calvicies de la vegetación, menos vigorosa y variada que en el valle. La sierra estaba al noroeste y por el sur que dejaba libre á la vista se alejaba el horizonte, señalado por siluetas de montañas desvanecidas en la niebla que deslumbraba como polvareda luminosa. Al Norte se adivinaba el mar detrás del arco perfecto del horizonte, bajo un cielo despejado, que surcaban como naves, ligeras nubecillas de un dorado pálido. Un girón de la más leve parecía la luna, apagada, flotando entre ellas en el azul blanquecino.

Cerca de la ciudad, en los ruidos, el cultivo más intenso, de mejor abono, de mucha variedad y esmerado, producía en la tierra tonos de colores sin nombre exacto, dibujándose sobre el fondo pardo oscuro de la tierra constantemente removida y bien regada.

Alguien subía por el caracol. Los dos pilletes se miraron estupefactos. ¿Quién era el osado?

—¿Será Chiripa?—preguntó Celedonio entre airado y temeroso.

—No; es un *carca*, ¿no oyes el manteo?

Bismarck tenía razón; el roce de la tela con la piedra producía un rumor silbante, como el de una voz apagada que impusiera silencio. El manteo apareció por escotillón; era el de don Fermín de Pas, magistral de aquella santa iglesia catedral y provisor del obispo. El delantero sintió escalofríos. Pensó:

«—¿Vendrá á pegarnos?»

No había motivo, pero eso no importaba. Él vivía acostumbrado á recibir bofetadas y puntapiés sin saber por qué. Á todo poderoso, y para él don Fermín era un personaje de los más empingorotados, se le figuraba Bismarck usando y abusando de la autoridad de repartir cachetes. No discutía la legitimidad de esta prerogativa, no hacía más que huir de los grandes de la tierra, entre los que figuraban los sacristanes y los polizontes. Se avenía á esta ley, cuyos efectos procu-

raba evitar. Si él hubiera sido señor, alcalde, canónigo, fontanero, guarda del Jardín Botánico, empleado en casillas, sereno, algo grande, en suma, hubiera hecho lo mismo ¡dar cada puntapié! No era más que Bismarck, un delantero, y sabía su oficio, huir de los *mainates* de Vetusta.

Pero allí no había modo de escapar. Ó tirarse por una ventana, ó esperar el nublado. El caracol estaba interceptado por el canónigo. Bismarck no tuvo más recurso que hacerse un ovillo, esconderse detrás de la Wamba, encaramado en una viga, y aguardar así los acontecimientos.

Celedonio no extrañaba aquella visita. Recordaba haber visto muchas tardes al señor Magistral subir á la torre antes ó después de coro.

¿Qué iba á hacer allí aquel señor tan respetable? Esto preguntaban los ojos del delantero á los del acólito. También lo sabía Celedonio, pero callaba y sonreía complaciéndose en el pavor de su amigo.

El continente altivo del monaguillo se había convertido en humilde actitud. Su rostro se había revestido de repente de la expresión oficial. Celedonio tenía doce ó trece años y ya sabía ajustar los músculos de su cara de chato á las exigencias de la liturgia. Sus ojos eran grandes, de un castaño sucio, y cuando el pillastre se creía en funciones eclesiásticas los movía con afectación, de abajo arriba, de arriba abajo, imitando á muchos sacerdotes y beatas que conocía y trataba.

Pero, sin pensarlo, daba una intención lúbrica y cínica á su mirada, como una meretriz de calleja, que anuncia su triste comercio con los ojos, sin que la policía pueda reivindicar los derechos de la moral pública. La boca muy abierta y desdentada seguía á su manera los aspavientos de los ojos; y Celedonio en su expresión de humildad beatífica pasaba del feo tolerable al feo asqueroso.

Así como en las mujeres de su edad se anuncian por asomos de contornos turgentes las elegantes líneas del sexo, en el acólito sin órdenes se podía adivinar futura y próxima perversión de instintos naturales provocada ya por aberraciones de una educación torcida. Cuando quería imitar, bajo la sotana manchada de cera, los acompasados y ondulantes movimientos de don Anacleto, familiar del obispo—creyendo manifestar así su vocación,—Celedonio se movía y gesticulaba como hembra desfachatada, sirena de cuartel. Esto ya lo había notado el *Palomo*, empleado laico de la Catedral, perrero, según mal nombre de su oficio. Pero no se había atrevido á comunicar sus aprensiones á ningún superior, obedeciendo á un criterio, merced al cual había desempeñado treinta años seguidos con dignidad y prestigio sus funciones complejas de aseo y vigilancia.

En presencia del Magistral, Celedonio había cruzado los brazos é inclinado la cabeza, después de apearse de la ventana. Aquel don Fermín que allá abajo en la calle de la Rúa parecía un escarabajo ¡qué grande se mostraba ahora á los ojos humillados del monaguillo y á los aterrados ojos de su compañero! Celedonio apenas le llegaba á la cintura al canónigo. Veía enfrente de sí la sotana tersa de pliegues escultóricos, rectos, simétricos, una sotana de medio tiempo, de rico castor delgado, y sobre ella flotaba el manteo de seda, abundante, de muchos pliegues y vuelos.

Bismarck, detrás de la Wamba, no veía del canónigo más que los bajos y los admiraba. ¡Aquello era señoría! ¡Ni una mancha! Los piés parecían los de una dama; calzaban media morada, como si fueran de obispo; y el zapato era de esmerada labor y piel muy fina y lucía hebilla de plata, sencilla pero elegante, que decía muy bien sobre el color de la media.

Si los pilletes hubieran osado mirar cara á cara á

don Fermín, le hubieran visto, al asomar en el campanario, serio, cejijunto; al notar la presencia de los campaneros levemente turbado, y en seguida sonriente, con una suavidad resbaladiza en la mirada y una bondad estereotipada en los labios. Tenía razón el delantero, De Pas no se pintaba. Más bien parecía estucado. En efecto, su tez blanca tenía los reflejos del estuco. En los pómulos, un tanto avanzados, bastante para dar energía y expresión característica al rostro, sin afearlo, había un ligero encarnado que á veces tiraba al color del alzacuello y de las medias. No era pintura, ni el color de la salud, ni pregonero del alcohol; era el rojo que brota en las mejillas al calor de palabras de amor ó de vergüenza que se pronuncian cerca de ellas, palabras que parecen imanes que atraen el hierro de la sangre. Esta especie de congestión también la causa el orgasmo de pensamientos del mismo estilo. En los ojos del Magistral, verdes, con pintas que parecían polvo de rapé, lo más notable era la suavidad de liquen; pero en ocasiones, de en medio de aquella crasitud pegajosa salía un resplandor punzante, que era una sorpresa desagradable, como una aguja en una almohada de plumas. Aquella mirada la resistían pocos; á unos les daba miedo, á otros asco; pero cuando algún audaz la sufría, el Magistral la humillaba cubriéndola con el telón carnoso de unos párpados anchos, gruesos, insignificantes, como es siempre la carne informe. La nariz larga, recta, sin corrección ni dignidad, también era sobrada de carne hacia el extremo y se inclinaba como árbol bajo el peso de excesivo fruto. Aquella nariz era la obra muerta en aquel rostro todo expresión, aunque escrito en griego, porque no era fácil leer y traducir lo que el Magistral sentía y pensaba. Los labios largos y delgados, finos, pálidos, parecían obligados á vivir comprimidos por la barba que tendía á subir, amenazando para la vejez, aún leja-

na, entablar relaciones con la punta de la nariz claudicante. Por entonces no daba al rostro este defecto apariencias de vejez, sino expresión de prudencia de la que toca en cobarde hipocresía y anuncia frío y calculador egoísmo. Podía asegurarse que aquellos labios guardaban como un tesoro la mejor palabra, la que jamás se pronuncia. La barba puntiaguda y levantisca semejaba el candado de aquel tesoro. La cabeza pequeña y bien formada, de espeso cabello negro muy recortado, descansaba sobre un robusto cuello, blanco, de recios músculos, un cuello de atleta, proporcionado al tronco y extremidades del fornido canónigo, que hubiera sido en su aldea el mejor jugador de bolos, el mozo de más partido; y á lucir entallada levita, el más apuesto azotacalles de Vetusta.

Como si se tratara de un personaje, el Magistral saludó á Celedonio doblando graciosamente el cuerpo y extendiendo hacia él la mano derecha, blanca, fina, de muy afilados dedos, no menos cuidada que si fuera la de aristocrática señora. Celedonio contestó con una genuflexión como las de ayudar á misa.

Bismarck, oculto, vió con espanto que el canónigo sacaba de un bolsillo interior de la sotana un tubo que á él le pareció de oro. Vió que el tubo se dejaba estirar como si fuera de goma y se convertía en dos, y luego en tres, todos seguidos, pegados. Indudablemente aquello era un cañón chico, suficiente para acabar con un delantero tan insignificante como él. No; era un fusil porque el magistral lo acercaba á la cara y hacía con él puntería. Bismarck respiró: no iba con su personilla aquel disparo; apuntaba el carica hacia la calle, asomado á una ventana. El acólito, de puntillas, sin hacer ruido, se había acercado por detrás al Provisor y procuraba seguir la dirección del catalejo. Celedonio era un monaguillo de mundo, entraba como amigo de confianza en las mejores casas de Vetusta, y

si supiera que Bismarck tomaba un anteojo por un fusil, se le reiría en las narices.

Uno de los recreos solitarios de don Fermín de Pas consistía en subir á las alturas. Era montañés, y por instinto buscaba las cumbres de los montes y los campanarios de las iglesias. En todos los países que había visitado había subido á la montaña más alta, y si no las había, á la más soberbia torre. No se daba por enterado de cosa que no viese á vista de pájaro, abarcándola por completo y desde arriba. Cuando iba á las aldeas acompañando al obispo en su visita, siempre había de emprender, á pié ó á caballo, como se pudiese, una excursión á lo más empingorotado. En la provincia, cuya capital era Vetusta, abundaban por todas partes montes de los que se pierden entre nubes; pues á los más arduos y elevados ascendía el Magistral, dejando atrás al más robusto andarín, al más experto montañés. Cuanto más subía más ansiaba subir; en vez de fatiga sentía fiebre que le daba vigor de acero á las piernas y aliento de fragua á los pulmones. Llegar á lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas. Ver muchas leguas de tierra, columbrar el mar lejano, contemplar á sus piés los pueblos como si fueran juguetes, imaginarse á los hombres como infusorios, ver pasar un águila ó un milano, según los parajes, debajo de sus ojos, enseñándole el dorso dorado por el sol, mirar las nubes desde arriba, eran intensos placeres de su espíritu altanero que De Pas se procuraba siempre que podía. Entonces sí que en sus mejillas había fuego y en sus ojos dardos. En Vetusta no podía saciar esta pasión; tenía que contentarse con subir algunas veces á la torre de la catedral. Solía hacerle á la hora del coro, por la mañana ó por la tarde, según le convenía. Celedonio que en alguna ocasión, aprovechando un descuido, había mirado por el anteojo del provisor, sabía que era de poderosa atracción;

desde los segundos corredores, mucho más altos que el campanario, había él visto perfectamente á la Regenta, una guapísima señora, pasearse, leyendo un libro, por su huerta que se llamaba el Parque de los Ozores; sí, señor, la había visto como si pudiera tocarla con la mano, y eso que su palacio estaba en la rinconada de la Plaza Nueva, bastante lejos de la torre, pues tenía en medio la plazuela de la catedral, la calle de la Rúa y la de San Pelayo. ¿Qué más? Con aquel anteojo se veía un poco del billar del casino, que estaba junto á la iglesia de Santa María; y él, Celedonio, había visto pasar las bolas de marfil rodando por la mesa. Y sin el anteojo ¡quía! en cuanto se veía el balcón como un ventanillo de una grillera. Mientras el acólito hablaba así, en voz baja, á Bismark que se había atrevido á acercarse, seguro de que no había peligro, el Magistral, olvidado de los campaneros, paseaba lentamente sus miradas por la ciudad escudriñando sus rincones, levantando con la imaginación los techos, aplicando su espíritu á aquella inspección minuciosa, como el naturalista estudia con poderoso microscopio las pequeñeces de los cuerpos. No miraba á los campos, no contemplaba la lontananza de montes y nubes; sus miradas no salían de la ciudad.

Vetusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Vetusta. La conocía palmo á palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo, había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas. Lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gula; hacía su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo sino el trinchante.

Y bastante resignación era contentarse, por ahora,

con Vetusta. De Pas había soñado con más altos destinos, y aún no renunciaba á ellos. Como recuerdos de un poema heróico leído en la juventud con entusiasmo, guardaba en la memoria brillantes cuadros que la ambición había pintado en su fantasía; en ellos se contemplaba oficiando de pontifical en Toledo y asistiendo en Roma á un cónclave de cardenales. Ni la tiara le pareciera demasiado ancha; todo estaba en el camino; lo importante era seguir andando. Pero estos sueños según pasaba el tiempo se iban haciendo más y más vaporosos, como si se alejaran. «Así son las perspectivas de la esperanza, pensaba el Magistral; cuanto más nos acercamos al término de nuestra ambición, más distante parece el objeto deseado, porque no está en lo porvenir, sino en lo pasado; lo que vemos delante es un espejo que refleja el cuadro soñador que se queda atrás, en el lejano día del sueño...» No renunciaba á subir, á llegar cuanto más arriba pudiese, pero cada día pensaba menos en estas vaguedades de la ambición á largo plazo, propias de la juventud. Había llegado á los treinta y cinco años y la codicia del poder era más fuerte y menos idealista; se contentaba con menos pero lo quería con más fuerza, lo necesitaba más cerca; era el hambre que no espera, la sed en el desierto que abrasa y se satisface en el charco impuro sin aguardar á descubrir la fuente que está lejos en lugar desconocido.

Sin confesárselo, sentía á veces desmayos de la voluntad y de la fe en sí mismo que le daban escalofríos; pensaba en tales momentos que acaso él no sería jamás nada de aquello á que había aspirado, que tal vez el límite de su carrera sería el estado actual ó un mal obispado en la vejez, todo un sarcasmo. Cuando estas ideas le sobrecogían, para vencerlas y olvidarlas se entregaba con furor al goce de lo presente, del poderío que tenía en la mano; devoraba su presa, la Vetus-

ta levítica, como el león enjaulado los pedazos ruines de carne que el domador le arroja.

Concentrada su ambición entonces en punto concreto y tangible, era mucho más intensa; la energía de su voluntad no encontraba obstáculo capaz de resistir en toda la diócesis. Él era el amo del amo. Tenía al obispo en una garra, prisionero voluntario que ni se daba cuenta de sus prisiones. En tales días el Provisor era un huracán eclesiástico, un castigo bíblico, un azote de Dios sancionado por su ilustrísima.

Estas crisis del ánimo solían provocarlas noticias del personal: el nombramiento de un obispo joven por ejemplo. Echaba sus cuentas: él estaba muy atrasado, no podría llegar á ciertas grandezas de la jerarquía. Esto pensaba, en tanto que el beneficiado don Custodio le aborrecía principalmente porque era magistral desde los treinta.



Don Fermín contemplaba la ciudad. Era una presa que le disputaban, pero que acabaría de devorar él solo. ¡Qué! También aquel mezquino imperio habían

de arrancarle? No, era suyo. Lo había ganado en buena lid. Para qué eran necios? También al Magistral se le subía la altura á la cabeza; también él veía á los vetustenses como escarabajos; sus viviendas viejas y negruzcas, aplastadas, las creían los vanidosos ciudadanos palacios y eran madrigueras, cuevas, montones de tierra, labor de topo... ¿Qué habían hecho los dueños de aquellos palacios viejos y arruinados de la Encimada que él tenía allí á sus piés? ¿Qué habían hecho? Heredar. ¿Y él? ¿Qué había hecho él? Conquistar. Cuando era su ambición de joven la que chisporroteaba en su alma, don Fermín encontraba estrecho el recinto de Vetusta; él que había predicado en Roma, que había olfateado y gustado el incienso de la alabanza en muy altas regiones por breve tiempo, se creía postergado en la catedral vetustense. Pero otras veces, las más, era el recuerdo de sus sueños de niño, precoz para ambicionar, el que le asaltaba, y entonces veía en aquella ciudad que se humillaba á sus plantas en derredor el colmo de sus deseos más locos. Era una especie de placer material, pensaba De Pas, el que sentía comparando sus ilusiones de la infancia con la realidad presente. Si de joven había soñado cosas mucho más altas, su dominio presente parecía la tierra prometida á las cavilaciones de la niñez, llena de tardes solitarias y melancólicas en las praderas de los puertos. El Magistral empezaba á despreciar un poco los años de su próxima juventud, le parecían á veces algo ridículos sus ensueños y la conciencia no se complacía en repasar todos los actos de aquella época de pasiones reconcentradas, poco y mal satisfechas. Prefería las más veces recrear el espíritu contemplando lo pasado en lo más remoto del recuerdo; su niñez le enternecía, su juventud le disgustaba como el recuerdo de una mujer que fué muy querida, que nos hizo cometer mil locuras y que hoy nos parece digna de olvido y

desprecio. Aquello que él llamaba placer material y tenía mucho de pueril, era el consuelo de su alma en los frecuentes decaimientos del ánimo.

El Magistral había sido pastor en los puertos de Tarsa ¡y era él, el mismo que ahora mandaba á su manera en Vetusta! En este salto de la imaginación estaba la esencia de aquel placer intenso, infantil y material que gozaba De Pas como un pecado de lascivia.

¡Cuántas veces en el púlpito, ceñido al robusto y airoso cuerpo el roquete cándido y rizado, bajo la señoril muceta, viendo allá abajo, en el rostro de todos los fieles la admiración y el encanto, había tenido que suspender el vuelo de su elocuencia, porque le ahogaba el placer, y le cortaba la voz en la garganta! Mientras el auditorio aguardaba en silencio, respirando apenas, á que la emoción religiosa permitiera al orador continuar, él oía como en éxtasis de autolatría el chisporroteo de los cirios y de las lámparas; aspiraba con voluptuosidad extraña el ambiente embalsamado por el incienso de la capilla mayor y por las emanaciones calientes y aromáticas que subían de las damas que le rodeaban; sentía como murmullo de la brisa en las hojas de un bosque el contenido crugir de la seda, el aleteo de los abanicos; y en aquel silencio de la atención que esperaba, delirante, creía comprender y gustaba una adoración muda que subía á él; y estaba seguro de que en tal momento pensaban los fieles en el orador esbelto, elegante, de voz melodiosa, de correctos ademanes á quien oían y veían, no en el Dios de que les hablaba. Entonces sí que, sin poder él desechar aquellos recuerdos se le presentaba su infancia en los puertos; aquellas tardes de su vida de pastor melancólico y meditabundo.—Horas y horas, hasta el crepúsculo, pasaba soñando despierto, en una cumbre, oyendo las esquilas del ganado esparcido por el cueto ¿y qué soñaba? que allá, allá abajo, en el ancho mun-

do, muy lejos, había una ciudad inmensa, como cien veces el lugar de Tarsa, y más; aquella ciudad se llamaba Vetusta, era mucho mayor que San Gil de la Llana, la cabeza del partido, que él tampoco había visto. En la gran ciudad colocaba él maravillas que halagaban el sentido y llenaban la soledad de su espíritu inquieto. Desde aquella infancia ignorante y visionaria al momento en que se contemplaba el predicador no había intervalo; se veía niño y se veía magistral: lo presente era la realidad del sueño de la niñez y de esto gozaba.

Emociones semejantes ocupaban su alma mientras el catalejo, reflejando con vivos resplandores los rayos del sol se movía lentamente pasando la visual de tejado en tejado, de ventana en ventana, de jardín en jardín.

Al rededor de la catedral se extendía, en estrecha zona, el primitivo recinto de Vetusta. Comprendía lo que se llamaba el barrio de la *Encimada* y dominaba todo el pueblo que se había ido estirando por Noroeste y por Sudeste. Desde la torre se veía, en algunos patios y jardines de casas viejas y ruinosas, restos de la antigua muralla, convertidos en terrados ó paredes medianeras, entre huertos y corrales. La Encimada era el barrio noble y el barrio pobre de Vetusta. Los más linajudos y los más andrajosos vivían allí, cerca unos de otros, aquellos á sus anchas, los otros apiñados. El buen vetustense era de la Encimada. Algunos fatuos estimaban en mucho la propiedad de una casa, por miserable que fuera, en la parte alta de la ciudad, á la sombra de la catedral, ó de Santa María la Mayor ó de San Pedro, las dos antiquísimas iglesias vecinas de la Basilica y parroquias que se dividían el noble territorio de la Encimada. El Magistral veía á sus piés el barrio linajudo compuesto de caserones con ínfulas de palacios; conventos grandes como pueblos; y tugu-

rios, donde se amontonaba la plebe vetustense, demasiado pobre para poder habitar las barriadas nuevas allá abajo, en el Campo del sol, al Sudeste, donde la Fábrica Vieja levantaba sus augustas chimeneas en rededor de las cuales un pueblo de obreros había surgido. Casi todas las calles de la Encimada eran estrechas, tortuosas, húmedas, sin sol; crecía en algunas la yerba; la limpieza de aquellas en que predominaba el vecindario noble ó de tales pretensiones por lo menos, era triste, casi miserable, como la limpieza de las cocinas pobres de los hospicios; parecía que la escoba municipal y la escoba de la nobleza pulcra habían dejado en aquellas plazuelas y callejas las huellas que el cepillo deja en el paño raído. Había por allí muy pocas tiendas y no muy lucidas. Desde la torre se veía la historia de las clases privilegiadas contada por piedras y adobes en el recinto viejo de Vetusta. La iglesia ante todo: los conventos ocupaban cerca de la mitad del terreno; Santo Domingo solo, tomaba una quinta parte del area total de la Encimada: seguía en tamaño las Recoletas, donde se habían reunido en tiempo de la Revolución de Setiembre dos comunidades de monjas, que juntas eran diez y ocupaban con su convento y huerto la sexta parte del barrio. Verdad era que San Vicente estaba convertido en cuartel y dentro de sus muros retumbaba la indiscreta voz de la corneta, profanación constante de sagrado silencio secular; del convento ampuloso y plateresco de las Clarisas había hecho el Estado un edificio para toda clase de oficinas, y en cuanto á San Benito era lóbrega prisión de mal seguros delincuentes. Todo esto era triste; pero el Magistral que veía, con amargura en los labios, estos despojos de que le daba elocuente representación el catalejo, podía abrir el pecho al consuelo y á la esperanza contemplando, fuera del barrio noble, al Oeste y al Norte, gráficas señales de la fe rediviva, en los

alrededores de Vetusta, donde construía la piedad nuevas moradas para la vida conventual, más lujosas, más elegantes que las antiguas, sino tan sólidas ni tan grandes. La Revolución había derribado, había robado; pero la Restauración, que no podía restituir, alentaba el espíritu que reedificaba; y ya las Hermanitas de los Pobres tenían coronado el edificio de su propiedad, tacita de plata, que brillaba cerca del Espolón, al Oeste, no lejos de los palacios y *chalets* de la Colonia, ó sea el barrio nuevo de americanos y comerciantes del reino. Hacia el Norte, entre prados de terciopelo tupido, de un verde oscuro, fuerte, se levantaba la blanca fábrica que con sumas fabulosas construían las Salesas, por ahora arrinconadas dentro de Vetusta, cerca de los vertederos de la Encimada, casi sepultadas en las cloacas, en una casa vieja, que tenía por iglesia un oratorio mezquino. Allí, como en nichos, habitaban las herederas de muchas familias ricas y nobles; habían dejado, en obsequio al Crucificado, el regalo de su palacio ancho y cómodo de allá arriba por la estrechez insana de aquella pocilga, mientras sus padres, hermanos y otros parientes regalaban el perezoso cuerpo en las anchuras de los caserones tristes, pero espaciosos de la Encimada. No sólo era la Iglesia quien podía desperezarse y estirar las piernas en el recinto de Vetusta la de arriba, también los herederos de pergaminos y casas solariegas habían tomado para sí anchas cuadras y jardines y huertas que podían pasar por bosques, con relación al area del pueblo, y que en efecto se llamaban, algo hiperbólicamente, parques, cuando eran tan extensos como el de los Ozores y el de los Vegallana. Y mientras no sólo á los conventos, y á los palacios, sino también á los árboles se les dejaba campo abierto para alargarse y ensancharse como querían, los míseros plebeyos que á fuerza de pobres no habían podido huir los codazos del

egoísmo noble ó regular, vivían hacinados en casas de tierra que el municipio obligaba á tapar con una capa de cal; y era de ver cómo aquellas casuchas, apiñadas, se enchufaban, y saltaban unas sobre otras, y se metían los tejados por los ojos, ó sean las ventanas. Parecían un rebaño de retozonas reses que apretadas en un camino, brincan y se encaraman en los lomos de quien encuentran delante.

Á pesar de esta injusticia distributiva que don Fermín tenía debajo de sus ojos, sin que le irritara, el buen canónigo amaba el barrio de la catedral, aquel hijo predilecto de la Basilica, sobre todos. La Encimada era su imperio natural, la metrópoli del poder espiritual que ejercía. El humo y los silbidos de la fábrica le hacían dirigir miradas recelosas al Campo del Sol; allí vivían los rebeldes; los trabajadores sucios, negros por el carbón y el hierro amasados con sudor; los que escuchaban con la boca abierta á los energúmenos que les predicaban igualdad, federación, reparto, mil absurdos, y á él no querían oírle cuando les hablaba de premios celestiales, de reparaciones de ultra-tumba. No era que allí no tuviera ninguna influencia, pero la tenía en los menos. Ciertó que cuando allí la creencia pura, la fe católica arraigaba, era con robustas raíces, como con cadenas de hierro. Pero si moría un obrero bueno, creyente, nacían dos, tres, que ya jamás oírían hablar de resignación, de lealtad, de fe y obediencia. El Magistral no se hacía ilusiones. El campo del Sol se les iba. Las mujeres defendían allí las últimas trincheras. Poco tiempo antes del día en que De Pas meditaba así, varias ciudadanas del barrio de obreros habían querido matar á pedradas á un forastero que se titulaba pastor protestante; pero estos excesos, estos paroxismos de la fe moribunda más entristecían que animaban al Magistral.—No, aquel humo no era de incienso, subía á lo alto, pero no iba al cielo;

aquellos silbidos de las máquinas le parecían burlescos, silbidos de sátira, silbidos de látigo. Hasta aquellas chimeneas delgadas, largas, como monumentos de una idolatría, parecían parodias de las agujas de las iglesias...

El Magistral volvía el catalejo al Noroeste, allí estaba la *Colonia*, la Vetusta novísima, tirada á cordel, deslumbrante de colores vivos con reflejos acerados; parecía un pájaro de los bosques de América, ó una india brava adornada con plumas y cintas de tonos discordantes. Igualdad geométrica, desigualdad, anarquía cromáticas. En los tejados todos los colores del Iris como en los muros de Ecbátana; galerías de cristales robando á los edificios por todas partes la esbeltez que podía suponerseles; alardes de piedra inoportunos, solidez afectada; lujo vocinglero. La ciudad del sueño de un indiano que va mezclada con la ciudad de un usurero ó de un mercader de paños ó de harinas que se quedan y edifican despiertos. Una pulmonía posible por una pared maestra ahorrada; una incomodidad segura por una fastuosidad ridícula. Pero no importa, el Magistral no atiende á nada de eso; no ve allí más que riqueza; un Perú en miniatura, del cual pretende ser el Pizarro espiritual. Y ya empieza á serlo. Los indianos de la Colonia que en América oyeron muy pocas misas, en Vetusta vuelven, como á una patria, á la piedad de sus mayores: la religión con las formas aprendidas en la infancia es para ellos una de las dulces promesas de aquella España que veían en sueños al otro lado del mar. Además los indianos no quieren nada que no sea de buen tono, que huela á plebeyo, ni siquiera pueda recordar los orígenes humildes de la estirpe; en Vetusta los descreídos no son más que cuatro pillos, que no tienen sobre qué caerse muertos; todas las personas pudientes creen y practican, como se dice ahora. Páez, don Frutos Redon-

do, los Jacas, Antolínez, los Argumosa y otros y otros ilustres Américo Vespucios del barrio de la Colonia siguen escrupulosamente en lo que se les alcanza las costumbres *distinguidas* de los Corujedos, Vegallanas, Membibres, Ozores, Carraspiques y demás familias nobles de la Encimada, que se precian de muy buenos y muy rancios cristianos. Y si no lo hicieran por propio impulso los Páez, los Redondo, etc., etc., sus respectivas esposas, hijas y demás familia del sexo débil obligaríanles á imitar en religión, como en todo, las maneras, ideas y palabras de la envidiada aristocracia. Por todo lo cual el Provisor mira al barrio del Noroeste con más codicia que antipatía; si allí hay muchos espíritus que él no ha sondeado todavía, si hay mucha tierra que descubrir en aquella América abreviada, las exploraciones hechas, las *factorías* establecidas han dado muy buen resultado, y no desconfía don Fermín de llevar la luz de la fe más acendrada, y con ella su natural influencia, á todos los rincones de las bien alineadas casas de la Colonia, á quien el municipio midió los tejados por un rasero.

Pero, entre tanto, De Pas volvía amorosamente la visual del catalejo á su Encimada querida, la noble, la vieja, la amontonada á la sombra de la soberbia torre. Una á oriente otra á occidente, allí debajo tenía, como dando guardia de honor á la catedral, las dos iglesias antiquísimas que la vieron tal vez nacer, ó por lo menos pasar á grandezas y esplendores que ellas jamás alcanzaron. Se llamaban, como va dicho, Santa María y San Pedro; su historia anda escrita en los cronicones de la Reconquista, y gloriosamente se pudren poco á poco víctimas de la humedad y hechas polvo por los siglos. En rededor de Santa María y de San Pedro hay esparcidas, por callejones y plazuelas casas solariegas, cuya mayor gloria sería poder proclamarse contemporáneas de los ruinosos templos.

Pero no pueden, porque delata la relativa juventud de estos caserones su arquitectura que revela el mal gusto decadente, pesado ó recargado, de muy posteriores siglos. La piedra de todos estos edificios está ennegrecida por los rigores de la intemperie que en Vetusta la húmeda no dejan nada claro mucho tiempo, ni consienten blancura duradera.

Don Saturnino Bermúdez, que juraba tener documentos que probaban al inteligente en heráldica venirle el Bermúdez del rey Bermudo en persona, era el más perito en la materia de contar la historia de cada uno de aquéllos caserones, que él consideraba otras tantas glorias nacionales. Cada vez que algún Ayuntamiento radical emprendía ó proyectaba siquiera el derribo de algunas ruinas ó la expropiación de algún solar por utilidad pública, don Saturnino ponía el grito en el cielo y publicaba en *El Lábaro*, el órgano de los ultramontanos de Vetusta, largos artículos que nadie leía, y que el alcalde no hubiera entendido, de haberlos leído; en ellos ponía por las nubes el mérito arqueológico de cada tabique, y si se trataba de una pared maestra demostraba que era todo un monumento. No cabe duda que el señor don Saturnino, siquiera fuese por bien del arte, mentía no poco, y abusaba de lo románico y de lo mudejar. Para él todo era mudejar ó sino románico, y más de una vez hizo remontarse á los tiempos de Fruela los fundamentos de una pared fabricada por algún modesto cantero, vivo todavía. Estos lapsus del erudito no lastimaban su reputación, porque los pocos que podían descubrirlos los consideraban piadosas exageraciones, anacronismos beneméritos; y los demás vetustenses no leían nada de aquello. Mas no por esto dejaba el sabio de sacar á relucir la retórica, en que creía, ostentando atrevidas imágenes, figuras de gran energía, entre las que descollaban las más temerarias personificaciones y las epanadiplosis

más cadenciosas; hablaban las murallas como libros y solían decir: «tiemblan mis cimientos y mis almenas tiemblan;» y tal puerta cochera hubo que hizo llorar con sus discursos patéticos; por lo cual solía terminar el artículo del arqueólogo diciendo: «En fin, señores de la comisión de obras, *sunt lacrymæ rerum!*»

Más de media hora empleó el Magistral en su observatorio aquella tarde. Cansado de mirar, ó no pudiendo ver lo que buscaba allá, hacia la Plaza Nueva, á donde constantemente volvía el catalejo, separóse de la ventana, redujo á su mínimo tamaño el instrumento óptico, guardólo cuidadosamente en el bolsillo y saludando con la mano y la cabeza á los campaneros, descendió con el paso majestuoso de antes, por el caracol de piedra. En cuanto abrió la puerta de la torre y se encontró en la nave Norte de la iglesia, recobró la sonrisa inmóvil, habitual expresión de su rostro, cruzó las manos sobre el vientre, inclinó hacia delante un poco con cierta languidez entre mística y romántica la bien modelada cabeza, y más que anduvo se deslizó sobre el mármol del pavimento que figuraba juego de damas, blanco y negro. Por las altas ventanas y por los rosetones del arco toral y de los laterales entraban haces de luz de muchos colores que remedaban pedazos del iris dentro de las naves. El manteo que el canónigo movía con un ritmo de pasos y suave contorno iba tomando en sus anchos pliegues, al flotar casi al ras del pavimento, tornasoles de plumas de faisán, y otras veces parecía cola de pavo real; algunas franjas de luz trepaban hasta el rostro del Magistral y ora lo teñían con un verde pálido blanquecino, como de planta sombría, ora le daban viscosa apariencia de planta submarina, ora la palidez de un cadáver.

En la gran nave central del trascoro había muy pocos fieles, esparcidos á mucha distancia; en las capillas laterales, abiertas en los gruesos muros, sumidas en

las sombras, se veía apenas grupos de mujeres arrodilladas ó sentadas sobre los piés, rodeando los confesonarios. Aquí y allí se oía el leve rumor de la plática secreta de un sacerdote y una devota en el tribunal de la penitencia. En la segunda capilla del Norte, la más oscura, don Fermín distinguió dos señoras que hablaban en voz baja. Siguió adelante. Ellas quisieron ir tras él, llamarle, pero no se atrevieron. Le esperaban, le buscaban, y se quedaron sin él.

—Va al coro — dijo una de las damas. Y se sentaron sobre la tarima que rodeaba el confesonario, sumido en tinieblas. Era la capilla del Magistral. En el altar había dos candeleros de bronce, sin velas, sujetos con cadenillas de hierro. Delante del retablo estaba un Jesús Nazareno de talla; los ojos de cristal, tristes, brillaban en la oscuridad; los reflejos del vidrio parecían una humedad fría. Era el rostro el de un anémico; la expresión amanerada del gesto anunciaba una idea fija petrificada en aquellos labios finos y en aquellos pómulos afilados, como gastados por el roce de besos devotos.

Sin detenerse pasó el Magistral junto á la puerta de escape del coro; llegó al crucero; la valla que corre del coro á la capilla mayor estaba cerrada. Don Fermín, que iba á la sacristía, dió el rodeo de la nave del trasaltar flanqueada por otra crujía de capillas. Frente á cada una de éstas, empotrados en la pared del ábside había haces de columnas entre los que se ocultaban sendos confesonarios, invisibles hasta el momento de colocarse en frente de ellos. Allí comunmente ataban y desataban culpas los beneficiados. De uno de estos escondites salió, al pasar el Provisor, como una perdiz levantada por los perros, el señor don Custodio el beneficiado, pálido el rostro, menos las mejillas encendidas con un tinte cárdeno. Sudaba como una pared húmeda. El Magistral miró al beneficiado sin sonreír,

pinchándole con aquellas agujas que tenía entre la blanda crasitud de los ojos. Humilló los suyos don Custodio y pasó cabizbajo, confuso, aturdido en dirección al coro. Era gruesecillo, adamado, tenía aires de comisionista francés vestido con traje talar muy pulcro y elegante. El cuerpo bien torneado se lo ceñía, debajo del manteo ampuloso, un roquete que parecía prenda mujeril, sobre la cual ostentaba la muceta ligera, de seda, propia de su beneficio. Este don Custodio era un enemigo doméstico, un beneficiado de la oposición. Creía, ó por lo menos propalaba todas las injurias con que se quería derribar al Provisor, y le envidiaba por lo que pudiera haber de cierto en el fondo de tantas calumnias. De Pas le despreciaba; la envidia de aquel pobre clérigo le servía para ver, como en un espejo, los propios méritos. El beneficiado admiraba al Magistral, creía en su porvenir, se le figuraba obispo, cardenal, favorito en la corte, influyente en los ministerios, en los salones, mimado por damas y magnates. La envidia del beneficiado soñaba para don Fermín más grandezas que el mismo Magistral veía en sus esperanzas. La mirada de éste fué en seguida, rápida y rastrera, al confesonario de que salía el envidioso. Arrodillada junto á una de las celosías vió una joven pálida con hábito del Carmen.

No era una señorita; debía de ser una doncella de servicio, una costurera, ó cosa así, pensó el Magistral. Tenía los ojos cargados de una curiosidad maliciosa más irritada que satisfecha; se santiguó, como si quisiera comerse la señal de la cruz, y se recogió, sentada sobre los piés, á saborear los pormenores de la confesión, sin moverse del sitio, pegada al confesonario lleno todavía del calor y el olor de don Custodio.

El Magistral siguió adelante, dió vuelta al ábside y entró en la sacristía. Era una capilla en forma de cruz latina, grande, fría, con cuatro bóvedas altas. Á lo lar-

go de todas las paredes estaba la cajonería, de castaño, donde se guardaba ropas y objetos del culto. Encima de los cajones pendían cuadros de pintores adocenados, antiguos los más, y algunas copias no malas de artistas buenos. Entre cuadro y cuadro ostentaban su dorado viejo algunas cornucopias cuya luna reflejaba apenas los objetos, por culpa del polvo y las moscas. En medio de la sacristía ocupaba largo espacio una mesa de mármol negro, del país. Dos monaguillos, con ropón encarnado, guardaban casullas y capas pluviales en los armarios. El *Palomo*, con una sotana sucia y escotada, cubierta la cabeza con enorme peluca echada hacia el cogote, acababa de barrer en un rincón las inmundicias de cierto gato que, no se sabía cómo, entraba en la catedral y lo profanaba todo. El perrero estaba furioso. Los monaguillos se hacían los distraídos, pero él, sin mirarlos, les aludía y amenazaba con terribles castigos hipotéticos, repugnantes para el estómago principalmente. El Magistral siguió adelante fingiendo no parar mientes en estos pormenores groseros, tan extraños a la santidad del culto. Se acercó a un grupo que en el otro extremo de la sacristía cuchicheaba con la voz apagada de la conversación profana que quiere respetar el lugar sagrado. Eran dos señoras y dos caballeros. Los cuatro tenían la cabeza echada hacia atrás. Contemplaban un cuadro. La luz entraba por ventanas estrechas abiertas en la bóveda y a las pinturas llegaba muy torcida y menguada. El cuadro que miraban estaba casi en la sombra y parecía una gran mancha de negro mate. De otro color no se veía más que el frontal de una calavera y el tarso de un pie desnudo y descarnado. Sin embargo, cinco minutos llevaba don Saturnino Bermúdez empleados en explicar el mérito de la pintura a aquellas señoras y al caballero que llenos de fe y con la boca abierta escuchaban al arqueólogo. El Magistral encontraba casi todos los días a don

Saturnino en semejante ocupación. En cuanto llegaba un forastero de alguna importancia á Vetusta, se buscaba por un lado ó por otro una recomendación para que Bermúdez fuese tan amable que le acompañara á ver las antigüedades de la catedral y otras de la Encimada. Don Saturnino estaba muy ocupado todo el día, pero de tres á cuatro y media siempre le tenían á su disposición cuantas personas decentes, como él decía, quisieran poner á prueba sus conocimientos arqueológicos y su inveterada amabilidad. Porque además del primer anticuario de la provincia, creía ser—y esto era verdad—el hombre más fino y cortés de España. No era clérigo, sino anfibio. En su traje pulcro y negro de los piés á la cabeza se veía algo que Frigilis, personaje darwinista que encontraremos más adelante, llamaba la adaptación á la sotana, la influencia del medio, etc.; es decir, que si don Saturnino fuera tan atrevido que se decidiera á engendrar un Bermúdez, éste saldría ya diácono por lo menos, según Frigilis. Era el arqueólogo bajo, traía el pelo rapado como cepillo de cerdas negras; procuraba dejar grandes entradas en la frente y se conocía que una calvicie precoz le hubiera lisonjeado no poco. No era viejo: «La edad de Nuestro Señor Jesucristo,» decía él, creyendo haber aventurado un chiste respetuoso, pero algo mundano. Como lo de parecer cura no estaba en su intención, sino en las leyes naturales, don Saturno—así le llamaban—después de haber perdido ciertas ilusiones en una aventura seria en que le tomaron por clérigo, se dejaba la barba, de un negro de tinta china, pero la recortaba como el boj de su huerto. Tenía la boca muy grande, y al sonreír con propósito de agradar, los labios iban de oreja á oreja. No se sabe por qué entonces era cuando mejor se conocía que Bermúdez no se quejaba de vicio al quejarse del pícaro estómago, de digestiones difíciles y sobre todo de perpetuos restriñi-

mientos. Era una sonrisa llena de arrugas, que equivalía á una mueca provocada por un dolor intestinal, aquella con que Bermúdez quería pasar por el hombre más *espiritual* de Vetusta, y el más capaz de comprender una pasión profunda y alambicada. Pues debe advertirse que sus lecturas serias de cronicones y otros libros viejos alternaban en su ambicioso espíritu con las novelas más finas y psicológicas que se escribían por entonces en París. Lo de parecer clérigo no era sino muy á su pesar. Él se encargaba unas levitas de tricot como las de un lechuguino, pero el sastre veía con asombro que vestir la prenda don Saturno y quedar convertida en sotana era todo uno. Siempre parecía que iba de luto, aunque no fuera. Sin embargo, pocas veces quitaba la gasa del sombrero porque se tenía por pariente de toda la nobleza vetustense, y en cuanto moría un aristócrata estaba de pésame. Allá, en el fondo de su alma, se creía nacido para el amor, y su pasión por la arqueología era un sentimiento de la clase de sucedáneos. Al ver en las novelas más acreditadas de Francia y de España que los personajes de mejor sociedad sentían sobre poco más ó menos las mismas comezones de que él era víctima, ya no vaciló en pensar que lo que le había faltado había sido un escenario. Las muchachas de Vetusta eran incapaces de comprenderle, así como él se confesaba á solas que no se atrevería jamás á acercarse á una joven para decirle cosa mayor en materia de amores.

Tal vez las casadas, algunas por lo menos, podrían entenderle mejor. La primera vez que pensó esto tuvo remordimientos para una semana; pero volvió la idea á presentarse tentadora, y como en las novelas que saboreaba sucedía casi siempre que eran casadas las heroínas, pecadoras sí, pero al fin redimidas por el amor y la mucha fe, vino en averiguar y dar por evidente que se podía querer á una casada y hasta decir-

selo, si el amor se contenía en los límites del más acendrado idealismo. En efecto, don Saturno se enamoró de una señora casada; pero le sucedió con ella lo mismo que con las solteras; no se atrevió á decírselo. Con los ojos sí se lo daba á entender, y hasta con ciertas parábolas y alegorías que tomaba de la Biblia y otros libros orientales; pero la señora de sus amores no hacía caso de los ojos de don Saturno ni entendía las alegorías ni las parábolas; no hacía más que decir á espaldas de Bermúdez:

—No sé cómo ese don Saturno puede saber tanto; parece un mentecato.

Esta señora que llamaban en Vetusta la Regenta, porque su marido, ahora jubilado, había sido regente de la Audiencia, nunca supo la ardiente pasión del arqueólogo. Este joven sentimental y amante del saber se cansó de devorar en silencio aquel amor único y procuró ser veleidoso, aturdirse, y esto último poco trabajo le costaba porque nunca se vió hombre más aturdido que él en cuanto una mujer quería marearle con una ó dos miradas. Cuatro años hacía que no perdía baile, ni reunión de confianza, ni teatro, ni paseo, y todavía las damas, cada vez que le veían bailando un rigodón (no se atrevía con el wals ni con la polka) repetían:

—¡Pero este Bermúdez está desconocido!

¡Todos, todos empeñados en que era un cartujo! Esto le desesperaba. Ciertó que jamas había probado las dulzuras groseras y materiales del amor carnal; pero eso ¿le constaba al público? Ciertó que primero faltaba el sol que don Saturnino á misa de ocho; pero esta devoción, así como el comulgar dos veces al mes, en nada empecía (su estilo) á los títulos de hombre de mundo que él reclamaba. ¡Y si las gentes supieran! ¿Quién era un embozado que de noche, á la hora de las criadas, como dicen en Vetusta, salía muy recata-

damente por la calle del Rosario, torcía entre las sombras por la de Quintana y de una en otra llegaba á los porches de la plaza del Pan y dejaba la Encimada aventurándose por la Colonia, solitaria á tales horas? Pues era don Saturnino Bermúdez, doctor en teología,



en ambos derechos, civil y canónico, licenciado en filosofía y letras y bachiller en ciencias; el autor, ni más ni menos, de *Vetusta Romana*, *Vetusta Goda*, *Vetusta Feudal*, *Vetusta Cristiana* y *Vetusta Transformada*, á tomo por *Vetusta*. Era él, que salía disfrazado de capa y sombrero flexible. No había miedo que en tal guisa le reconociera nadie. ¿Y á dónde iba? Á luchar con la tentación al aire libre; á cansar la carne con paseos interminables; y un poco también á olfatear el vicio, el crimen pensaba él, crimen en que tenía seguri-

dad de no caer, no tanto por esfuerzos de la virtud como por invencible pujanza del miedo que no le dejaba nunca dar el último y decisivo paso en la carrera del abismo. Al borde llegaba todas las noches, y solía ser una puerta desvencijada, sucia y negra en las sombras de algún callejón inmundo. Alguna vez desde el fondo del susodicho abismo le llamaba la tentación; entonces retrocedía el sabio más pronto, ganaba el terreno perdido, volvía á las calles anchas y respiraba con delicia el aire puro; puro como su cuerpo; y para llegar antes

à las regiones del ideal que eran su propio ambiente, cantaba la *Casta diva* ó el *Spirto gentil* ó el *Santo Fuerte*, y pensaba en sus amores de niño ó en alguna heroína de sus novelas.

¡ Ah, cuánta felicidad había en estas victorias de la virtud ! ¡ Qué clara y evidente se le presentaba entonces la idea de una Providencia ! Algo así debía de ser el éxtasis de los místicos ! Y don Saturno apretando el paso volvía à su casa ebrio de idealismo, mojando los embozos de la capa con las lágrimas que le hacía llorar aquel baño de idealidad, como él decía para sus adentros. Su enternecimiento era eminentemente piadoso, sobre todo en las noches de luna.

Encerrado en su casa, en su despacho, después de cenar, ó bien escribía versos à la luz del petróleo ó manejaba sus librotes; y por fin se acostaba, satisfecho de sí mismo, contento con la vida, feliz en este mundo calumniado donde, dígame lo que se quiera, aún hay hombres buenos, ánimos fuertes. Esta voluptuosidad ideal del bien obrar, mezclándose à la sensación agradable del calorcillo del suave y blando lecho, convertía poco à poco à don Saturno en otro hombre; y entonces era el imaginar aventuras románticas, de amores en París, que era el país de sus ensueños, en cuanto hombre de mundo. Solía volver à sus novelas de la hora de dormirse la imagen de la Regenta, y entablaba con ella, ó con otras damas no menos guapas, diálogos muy sabrosos en que ponía el ingenio femenino en lucha con el serio y varonil ingenio suyo; y entre estos dimes y diretes en que todo era espiritualismo y, à lo sumo, vagas promesas de futuros favores, le iba entrando el sueño al arqueólogo, y la lógica se hacía disparatada, y hasta el sentido moral se pervertía y se desplomaba la fortaleza de aquel miedo que poco antes salvara al doctor en teología.

À la mañana siguiente don Saturno despertaba mal

humorado, con dolor de estómago, llena el alma de un pesimismo desesperado y de flato el cuerpo.—¡Memento homo!—decía el infeliz, y se arrojaba del lecho con tedio, procurando una reacción en el espíritu mediante agudos y terribles remordimientos y propósitos de buen obrar, que facilitaba con chorros de agua en la nuca y lavándose con grandes esponjas. Tal vez era la limpieza, esa gran virtud que tanto recomienda Mahoma, la única que positivamente tenía el ilustre autor de *Vetusta Transformada*. Después de bien lavado iba á misa sin falta, á buscar el hombre nuevo que pide el Evangelio. Poco á poco el hombre nuevo venía; y por vanidad ó por fe creía en su regeneración todas las mañanas aquel devoto del Corazón de Jesús. Por eso el espíritu no envejecía: era el estómago, el pícaro estómago el que no hacía caso de la fervorosa contricción del pobre hombre. ¡Y que le dijeran á don Saturno que la materia no es vil y grosera!

Aquel día había recibido antes de comer un billete perfumado de su amiguita Obdulia Fandiño, viuda de Pomares. ¡Qué emoción! No quiso abrir el misterioso pliego hasta después de tomar la sopa. ¿Por qué no soñar? ¿Qué era aquello? O. F. decían dos letras enroscadas como culebras en el lema del sobre.—De parte de doña Obdulia, había dicho el criado. Aquella señora, todo Vetusta lo sabía, era una mujer despreocupada, tal vez demasiado; era una original... Entonces... acaso... ¿por qué no?... una cita... Ellos, al fin, se entendían algo, no tanto como algunos maliciaban, pero se entendían... Ella le miraba en la iglesia y suspiraba. Le había dicho una vez que sabía más que el Tostado, elogio que él supo apreciar en todo lo que valía, por haber leído al ilustre hijo de Ávila. En cierta ocasión ella había dejado caer el pañuelo, un pañuelo que olía como aquella carta, y él lo había re-

cogido, y al entregárselo se habían tocado los dedos y ella había dicho: «—Gracias, Saturno.» Saturno, sin don.

Una noche en la tertulia de Visitación Olías de Cuervo, Obdulia le había tocado con una rodilla en una pierna. Él no había retirado la pierna ni ella la rodilla; él había tocado con el suyo el pié de la hermosa y ella no había retirado... Una cucharada de sopa se le atragantó. Bebió vino y abrió la carta. Decía así:

«Saturnillo: usted que es tan bueno ¿querrá hacerme el obsequio de venir á esta su casa á las tres de la tarde? Le espero con...» Hubo que dar vuelta á la hoja.

—Impaciencia—pensó el sabio. Pero decía. «... Le espero con unos amigos de Palomares que quieren visitar la catedral acompañados de una persona inteligente... etc., etc.» Don Saturno se puso colorado como si estuviera en ridículo delante de una asamblea.

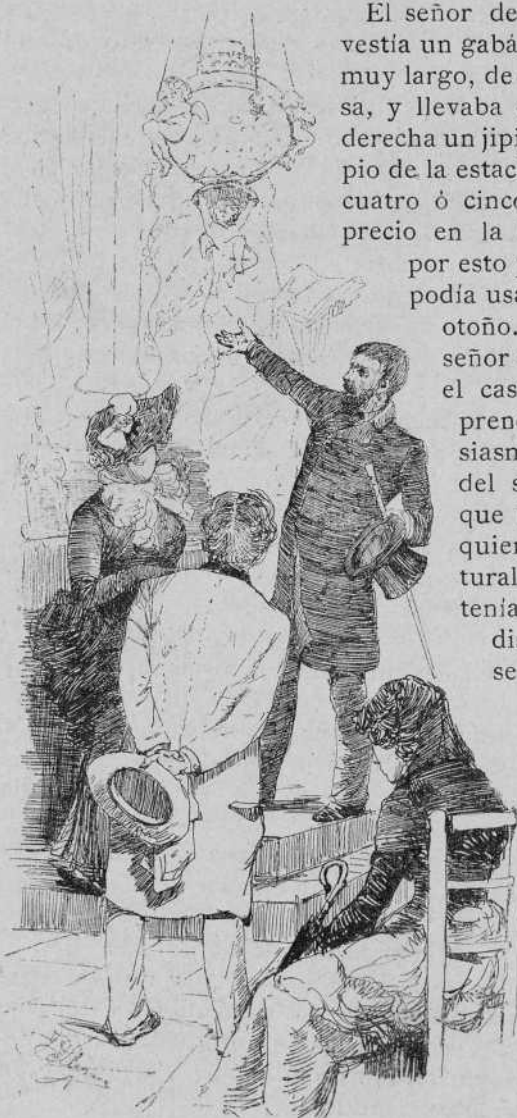
—No importa—se dijo—esta visita á la catedral es un pretexto.

Y añadió:

—¡Bien sabe Dios que siento la profanación á que se me invita!

Se vistió lo más correctamente que supo, y después de verse en el espejo como un Lovelace que estudia arqueología en sus ratos de ocio, se fué á casa de doña Obdulia.

Tal era el personaje que explicaba á dos señoras y á un caballero el mérito de un cuadro todo negro, en medio del cual se veía apenas una calavera de color de aceituna y el talón de un pié descarnado. Representaba la pintura á San Pablo primer ermitaño; el pintor era un vetustense del siglo diez y siete, sólo conocido de los especialistas en antigüedades de Vetusta y su provincia. Por eso el cuadro y el pintor eran tan notables para Bermúdez.



El señor de Palomares vestía un gabán de verano muy largo, de color de pasa, y llevaba en la mano derecha un jipijapa impropio de la estación, pero de cuatro ó cinco onzas—su precio en la Habana—y por esto pensaba que podía usarlo todo el otoño. Se creía el señor Infanzón en el caso de comprender el entusiasmo artístico del sabio mejor que las señoras, quien por su natural ignorancia tenían alguna disculpa si no se pasmaban ante un cuadro que no se veía. Buscó alguna frase oportuna y por de pronto halló esto:

—Oh! mucho! evidentemente! conforme!

Después inclinó la cabeza hacia el pecho, como para meditar, pero en realidad de verdad—estilo de Bermúdez—para descansar, con una reacción proporcionada, de la postura incómoda en que el sabio le había tenido un cuarto de hora. Por fin el del jipijapa exclamó:

—Me parece, señor Bermúdez, que ese famosísimo cuadro del ilustre...

—Cenceño.

—Pues; del ilustrísimo Cenceño; luciría más si...

—Si se pudiera ver—interrumpió la esposa del señor Infanzón.

Éste fulminó terrible mirada de reprensión conyugal y rectificó diciendo:

—Luciría más... si no estuviera un poquito ahumado... Tal vez la cera... el incienso...

—No, señor; ¡qué ahumado!—respondió el sabio, sonriendo de oreja á oreja.—Eso que usted cree obra del humo es la patina; precisamente el encanto de los cuadros antiguos.

—¡La patina!—exclamó el del pueblo convencido.—Sí, es lo más probable. Y se juró, en llegando á Palomares, mirar el diccionario para saber qué era patina.

En aquel momento el Magistral se acercaba á saludar á don Saturno; reconoció á Obdulia y se inclinó sonriente; pero menos sonriente que al saludar á Bermúdez. Después dobló la cabeza y parte del cuerpo ante los de Palomares que le fueron presentados por el sabio.

—El señor don Fermín de Pas, magistral y provisor de la diócesis...

—¡Oh! oh! ya! ya!—exclamó Infanzón que hacía mucho admiraba de lejos al señor Magistral. La señora del lugareño manifestó deseos de besar la mano del Provisor, pero la mirada del marido la contuvo otra vez, y no hizo mas que doblar las rodillas como si

fuera á caerse. El Magistral hablaba en voz alta de modo que sus palabras resonaban en las bóvedas, y los demás con el ejemplo se animaron también á gritar. Pronto las carcajadas de Obdulia Fandiño, frescas, perladas, como las llamaba don Saturno, llenaron el ambiente, profanado ya con el olor mundano de que había infestado la sacristía desde el momento de entrar. Era el olor del billete, el olor del pañuelo, el olor de Obdulia con que el sabio soñaba algunas veces. Mezclado al de la cera y del incienso le sabía á gloria al anticuario, cuyo ideal era juntar así los olores místicos y los eróticos, mediante una armonía ó componenda, que creía él debía de ser en otro mundo mejor la recompensa de los que en la tierra habían sabido resistir toda clase de tentaciones.

Obdulia, que disimulaba mal su aburrimiento mientras se hablaba de cuadros, ojivas, arcos peraltados, dovelas y otras tonterías que no había entendido nunca, se animó con la presencia del Magistral de quien era hija de confesión, por mas que él había procurado varias veces entregarla á don Custodio, hambriento de esta clase de presas. Aquella mujer le crispaba los nervios á don Fermín; era un escándalo andando. No había mas que notar cómo iba vestida á la catedral. «Estas señoras desacreditan la religión.» Obdulia ostentaba una capota de terciopelo carmesí, debajo de la cual salían abundantes, como cascada de oro, rizos y más rizos de un rubio sucio, metálico, artificial. ¡Ocho días antes el magistral había visto aquella cabeza á través de las celosías del confesonario completamente negra. La falda del vestido no tenía nada de particular mientras la dama no se movía; era negra, de raso. Pero lo peor de todo era una coraza de seda escarlata que ponía el grito en el cielo. Aquella coraza estaba apretada contra algún armazón (no podía ser menos) que figuraba formas de una mujer

exageradamente dotada por la naturaleza de los atributos de su sexo. ¡Qué brazos! qué pecho! y todo parecía que iba á estallar! Todo esto encantaba á don Saturno mientras irritaba al Magistral, que no quería aquellos escándalos en la iglesia. Aquella señora entendía la devoción de un modo que podría pasar en otras partes, en un gran centro, en Madrid, en París, en Roma; pero en Vetusta no. Confesaba atrocidades en tono confidencial, como podía referírselas en su tocador á alguna amiga de su estofa. Citaba mucho á su amigo el Patriarca y al campechano obispo de Nauplia; proponía rifas católicas, *organizaba* bailes de caridad, novenas y jubileos á puerta cerrada, para las personas decentes... mil absurdos! El Magistral le iba á la mano siempre que podía, pero no podía siempre. Su autoridad que era absoluta casi, no conseguía sujetar aquel azogue que se le marchaba por las junturas de los dedos. La doña Obdulita le fatigaba, le mareaba. ¡Y ella que quería seducirle, hacerle suyo como al obispo de Nauplia, aquel prelado tan fino que no se separaba de ella cuando vivieron en el hotel de la Paix, en Madrid, tabique en medio! Las miradas más ardientes, más negras de aquellos ojos negros, grandes y abrasadores eran para De Pas; los adoradores de la viuda lo sabían y le envidiaban. Pero él maldecía de aquel bloqueo.

—«Necia, ¿si creerá que á mí se me conquista como á don Saturno?»

Á pesar de esta cordial antipatía, siempre estaba afable y cortés con la viuda, porque en este punto no distinguía entre amigos y enemigos. Era menester que una persona estuviese debajo de sus piés, aplastada, para que don Fermín no usase con ella de formas irreprochables. La urbanidad era un dogma para el Magistral lo mismo que para Bermúdez, pero sacaban de ella muy diferente partido.

Mientras se hablaba de lo mucho bueno que había en la catedral y el lugareño se pasmaba y su señora repetía aquellas admiraciones, Obdulia se miraba, como podía, en las altas cornucopias.

El Magistral se despidió. No podía acompañar á aquellas señoras; lo sentía mucho... pero le esperaba la obligación... el coro. Todos se inclinaron.

—Lo primero es lo primero—dijo el de Palomares, aludiendo á la Divinidad y haciendo una genuflexión (no se sabe si ante la Divinidad ó ante el Provisor).

—Afortunadamente, según don Fermín, nada les serviría su inutilidad, mientras que Bermúdez era una crónica viva de las antigüedades vetustenses.

Don Saturno estiró las cejas y dió señales de querer besar el suelo; después miró á Obdulia con mirada seria, penetrante, como con una sonda, como diciéndole:

—Ya lo oyes; soy yo, el primer anticuario de Vetusta, según la opinión del mejor teólogo, quien se declara esclavo tuyo. Todo esto quiso decir con los ojos; pero ella no debió de entenderlo porque se despidió del Magistral dejándole el alma, por conducto de las pupilas, entre los pliegues amplios y rítmicos del manteo. De éste se despojó don Fermín, después de acercarse á un armario y muy gravemente vistió el ajustado roquete, la señoril muceta y la capa de coro.

—¡Qué guapo está!—dijo desde lejos Obdulia, mientras los lugareños admiraban con la fe del carbonero otro cuadro que alababa don Saturnino.

Dieron vuelta á toda la sacristía. Cerca de la puerta había algunos cuadros nuevos que eran copias no mal entendidas de pintores célebres. Á la Infanzón debieron de agradarle más que las maravillas de Cenceño, sin duda porque se veían mejor. Pero su prudente espeso, considerando que Bermúdez pasaba con afectado desdén delante de aquellos vivos y flamantes

colores, dió un codazo á su mujer para que entendiera que por allí se pasaba sin hacer aspavientos. Entre aquellos cuadros habia una copia bastante fiel y muy discretamente comprendida del célebre cuadro de Murillo *San Juan de Dios*, del Hospital de incurables de Sevilla. Á la señora de pueblo le llamó la atención la cabeza del santo, que desde que se ve una vez no se olvida.

—¡Oh, qué hermoso! —exclamó sin poder contenerse.

Miró don Saturno con sonrisa de lástima y dijo:

—Sí, es bonito; pero muy conocido.

Y volvió la espalda á San Juan que llevaba sobre sus hombros al pordiosero enfermo, entre las tinieblas.

El señor Infanzón dió un pellizco á su mujer; se puso muy colorado y en voz baja la reprendió de esta suerte:

—Siempre has de ávergonzarme. ¿No ves que eso no tiene... patina?

Salieron de la sacristia.

—Por aquí—dijo Bermúdez, señalando á la derecha; y atravesaron el crucero no sin escándalo de algunas beatas que interrumpieron sus oraciones para descoser y recortar la coraza de fuego de Obdulia. La falda de raso, que no tenia nada de particular mientras no la movían, era lo más subversivo del traje en cuanto la viuda echaba á andar. Ajustábase de tal modo al cuerpo, que lo que era falda parecía apretado calzón ciñendo esculturales formas, que así mostradas, no convenían á la santidad del lugar.

—Señores, vamos á ver el Panteón de los Reyes—murmuró muy quedo el arqueólogo, que iba ya preparando sendos trocitos de su *Velusta Goda* y de su *Velusta Cristiana*. Y en honor de la verdad se ha de decir que un rey se le iba y otro se le venía; esto es, que

los mezclaba y confundía, siendo la falda de Obdulia la causa de tales confusiones, porque el sabio no podía menos de admirar aquella atrevidísima invención, nueva en Vetusta, mediante la que aparecían ante sus ojos graciosas y significativas curvas que él nunca viera mas que en sueños. Con gran pesadumbre comprendía el devoto anticuario que el contraste del lugar sagrado con las insinuaciones tálares de la Fandiño, en vez de apagar sus fuegos interiores, era alimento de la combustión que deploraba, como si á una hoguera la echasen petróleo...

Entraron en la capilla del Panteón. Era ancha, oscura, fría, de tosca fabrica, pero de majestuosa é imponente sencillez. El taconeó irrespetuoso de las botas imperiales, color bronce, que enseñaba Obdulia debajo de la falda corta y ajustada; el estrépito de la seda frotando las enaguas; el crugir del almidón de aquellos bajos de nieve y espuma que tal se le antojaban á don Saturno, quien los había visto otras veces; hubieran sido parte á despertar de su sueño de siglos á los reyes allí sepultados, á ser cierto lo que el arqueólogo dijo respecto del descanso eterno de tan respetables señores :

—Aquí descansan desde la octava centuria los señores reyes don..., y pronunció los nombres de seis ó siete soberanos con variantes en las vocales, en sentir del lugareño, que siguiendo corrupciones vulgares, decía *ue* en vez de *oi* y otros adefesios.

Estaba el del pueblo profundamente maravillado de la sabiduría y elocuencia de don Saturnino.

Dentro de una cripta cavada en uno de los muros, había un sepulcro de piedra de gran tamaño cubierto de relieves é inscripciones ilegibles. Entre el sepulcro y el muro había estrecho pasadizo, de un pié de ancho y del otro lado, á la misma distancia, una verja de hierro. En la parte interior la oscuridad era absoluta.

Del lado de la verja quedaron los lugareños. Bermúdez, y en pos de él Obdulia, se perdieron de vista en el pasadizo sumido en tinieblas. Después de la enumeración de don Saturno, hubo un silencio solemne. El sabio había tosido, iba á hablar.

—Encienda usted un fósforo, señor Infanzón—dijo Obdulia.

—No tengo... aquí. Pero se puede pedir una vela.

—No señor, no hace falta. Yo sé las inscripciones de memoria... y además, no se pueden leer.

—¿Están en latín?—se atrevió á decir la Infanzón.

—No señora, están borradas.

No se hizo la luz.

El arqueólogo habló cerca de un cuarto de hora. Recitó, fingiendo el pícaro que improvisaba, los capítulos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º de una de sus *Vetustas* y ya iba á terminar con el epilogo que copiaremos á la letra, cuando Obdulia le interrumpió diciendo:

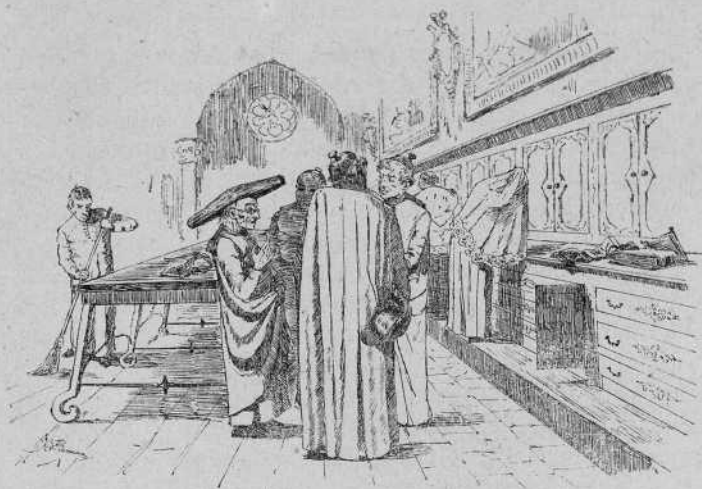
—¡Dios mío! ¿Habrá aquí ratones? Yo creo sentir...

Y dió un chillido y se agarró á don Saturno que, patrocinado por las tinieblas, se atrevió á coger con sus manos la que le oprimía el hombro; y después de tranquilizar á Obdulia con un apretón enérgico, concluyó de esta suerte:

—Tales fueron los preclaros varones que galardonaron con el alboroque de ricas preseas, envidiables privilegios y pías fundaciones á esta Santa Iglesia de Vetusta que les otorgó perenne mansión ultratelúrica para los mortales despojos; con la majestad de cuyo depósito creció tanto su fama, que presto se vió siendo emporio, y gozó hegemonía, digámoslo así, sobre las no menos santas iglesias de Tuy, Dumio, Braga, Iria, Coímbra, Viseo, Lamego, Celeres, Aguas Caldas *et sic de cæteris*.

—Amén!—exclamó la lugareña sin poder contenerse; mientras Obdulia felicitaba á Bermúdez con un apretón de manos, en la sombra.





II

EL coro había terminado: los venerables canónigos dejaban cumplido por aquel día su deber de alabar al Señor entre bostezo y bostezo. Uno tras otro iban entrando en la sacristía con el aire aburrido de todo funcionario que desempeña cargos oficiales mecánicamente, siempre del mismo modo, sin creer en la utilidad del esfuerzo con que gana el pan de cada día. El ánimo de aquellos honrados sacerdotes estaba gastado por el roce continuo de los cánticos canónicos, como la mayor parte de los roquetes, mucetas y capas de que se despojaban para recobrar el manteo. Se notaba en el cabildo de Vetusta lo que es ordinario en muchas corporaciones: algunos señores

prebendados no se hablaban ; otros no se saludaban siquiera. Pero á un extraño no le era fácil conocer esta falta de armonía : la prudencia disimulaba tales asperezas, y en conjunto reinaba la mayor y más jovial concordia. Había apretones de mano, golpecitos en el hombro, bromitas sempiternas, chistes, risas, secretos al oído. Algunos, taciturnos, se despedían pronto y abandonaban el templo ; no faltaba quien saliera sin despedirse.

Cuando entraba el Magistral, el ilustrísimo señor don Cayetano Ripamilán, aragonés, de Calatayud, apoyaba una mano en el mármol de la mesa, porque los codos no llegaban á tamaña altura, y exclamaba después de haber olfateado varias veces, como perro que sigue un rastro :

—Hame dado en la nariz
olor de.

La presencia del Provisor contuvo al señor Arcipreste que, cortando la cita, añadió :

—Parece que hemos tenido faldas por aquí, señor De Pas ?

Y sin esperar respuesta hizo picarescas alusiones cortesés, pero un poco verdes, á la hermosura esplendorosa de la viudita.

Era don Cayetano un viejecillo de setenta y seis años, vivaracho, alegre, flaco, seco, de color de cuero viejo, arrugado como un pergamino al fuego, y el conjunto de su personilla recordaba, sin que se supiera á punto fijo por qué, la silueta de un buitre de tamaño natural ; aunque, según otros, más se parecía á una urraca, ó á un tordo encogido y despeluznado. Tenía sin duda mucho de pájaro en figura y gestos, y más, visto en su sombra. Era anguloso y puntiagudo, usaba sombrero de teja de los antiguos, largo y estrecho, de

alas muy recogidas, á lo don Basilio, y como lo echaba hacia el cogote, parecía que llevaba en la cabeza un telescopio; era miope y corregía el defecto con gafas de oro montadas en nariz larga y corva. Detrás de los cristales brillaban unos ojuelos inquietos, muy negros y muy redondos. Terciaba el manteo á lo estudiante, solía poner los brazos en jarras, y si la conversación era de asunto teológico ó canónico, extendía la mano derecha y formaba un anteojito con el dedo pulgar y el índice. Como el interlocutor solía ser más alto, para verle la cara Ripamilán torcía la cabeza y miraba con un ojo solo, como también hacen las aves de corral con frecuencia. Aunque era don Cayetano canónico y tenía nada menos que la dignidad de arcipreste, que le valía el honor de sentarse en el coro á la derecha del obispo, considerábase él digno de respeto y aun de admiración no por estos vulgares títulos, ni por la cruz que le hacía ilustrísimo, sino por el dón inapreciable de poeta bucólico y epigramático. Sus dioses eran Garcilaso y Marcial, su ilustre paisano. También estimaba mucho á Meléndez Valdés y no poco á Inarco Celenio. Había venido á Vetusta de beneficiado á los cuarenta años; treinta y seis había asistido al coro de aquella iglesia y podía tenerse por tan vetustense como el primero. Muchos no sabían que era de otra provincia. Además de la poesía tenía dos pasiones mundanas: la mujer y la escopeta. Á la última había renunciado; no á la primera que seguía adorando con el mismo pudibundo y candoroso culto de los treinta años. Ni un solo vetustense, aun contando á los librepensadores que en cierto restaurant comían de carne el Viernes Santo, ni uno solo se hubiera atrevido á dudar de la castidad casi secular de don Cayetano. No era eso. Su culto á la dama no tenía que ver nada con las exigencias del sexo. La mujer era el sujeto poético, como él decía, pues se preciaba de hablar como los poe-

tas de mejores siglos y al asunto solía llamarlo sujeto. Sentía desde su juventud, imperiosa necesidad de ser galante con las damas, frecuentar su trato y hacerlas objeto de madrigales tan inocentes en la intención, cuanto llenos de picardía y pimienta en el concepto. Hubo en el Cabildo épocas de negra intransigencia en que se persiguió la manía de Ripamilán como si fuera un crimen, y se habló de escándalo, y de quemar un libro de versos que publicó el Arcipreste á costa del marqués de Corujedo, gran protector de las letras. Por este tiempo fué cuando se quiso excomulgar á don Pompeyo Guimarán, personaje que se encontrará más adelante.

Pasó aquella galerna de fanatismo, y el Arcipreste, que no lo era entonces, sobrenadó con su cargamento de bucólicas inocentadas, bienquisto de todos, menos de conejos y perdices en los montes. Pero ¡cuán lejanos estaban aquellos tiempos! ¿Quién se acordaba ya de Meléndez Valdés, ni de las *Églogas* y *Canciones por un Pastor de Bilbilis*, ó sea don Cayetano Ripamilán? El romanticismo y el liberalismo habían hecho estragos. Y había pasado el romanticismo, pero el género pastoril no había vuelto, ni los epigramas causaban efecto por maliciosos que fueran. No era don Cayetano uno de tantos canónigos *laudatores temporis acti*, como decía él; no alababa el tiempo pasado por sistema, pero en punto á poesía era preciso confesar que la revolución no había traído nada bueno.

—Vivimos en una sociedad hipócrita, triste y mal educada—solía él decir á los jóvenes de Vetusta, que le querían mucho.—Ustedes, por ejemplo, no saben bailar. Díganme sino, ¿de dónde sacan que puede ser buena crianza el coger á una señorita por la cintura y apretarla contra el pecho?

Creía que se bailaba en los salones la polka íntima

que él, años atrás, había visto bailar en Madrid, con ocasión de cierto viaje curioso.

—En mi tiempo bailábamos de otra manera.

El Arcipreste olvidaba de buena fe que él nunca había bailado más que con alguna silla. Eso sí; allá, cuando seminarista, había sido gran tañedor de flauta y bailarín sin pareja. De todas maneras, figurándose con la abundante y poética fantasía que Dios le había dado, los rigodones en que había lucido garbo y talle, solía, en *petit comité*—según decía—terciar el manteo, colocar la teja debajo del brazo, levantar un poco la sotana y bailar unos solos muy respunteados y conceptuosos, llenos de piruetas, genuflexiones y hasta trenzados. Reíanse de todo corazón los muchachos y el buen Arcipreste quedaba en sus glorias, logrando con los piés triunfos que ya su pluma no alcanzaba en los tiempos de prosa á que habíamos llegado.

Esto de los bailes solía acontecer en las tertulias á donde el setentón acudía sin falta, porque desde que los médicos le habían prohibido escribir y hasta leer de noche, no podía pasar sin la sociedad más animada y galante. El tresillo le aburría y los conciliábulos de canónigos y obispos de levita, como él decía siempre, le ponían triste. «No era liberal ni carlista. Era un sacerdote.» La juventud le atraía y prefería su trato al de los más sesudos vetustenses. Los poetillas y gacetilleros de la *localidad* tenían en él un censor socarrón y malicioso, aunque siempre cortés y afable. Encontrábase en la calle, por ejemplo, con Trifón Cármenes, el poeta de más alientos de Vetusta, el eterno vencedor en las justas incruentas de la gaya ciencia; le llamaba con un dedo, acercaba su corva nariz á la ancha oreja del vate y decía:

—He visto aquello... No está mal; pero no hay que olvidar lo de *versate mane*. ¡Los clásicos, Trifoncillo, los clásicos sobre todo! ¿Dónde hay sencillez como aquella:

Yo he visto un pajarillo
posarse en un tomillo?

Y recitaba la tierna poesía de Villegas hasta el último verso, con lágrimas en los ojos y agua en los labios. La mayoría del cabildo absolvía de esta falta de formalidad al Arcipreste á condición de que se le tuviera por chocho.

—Y aun así y todo—decía un canónigo muy buen mozo, nuevo en Vetusta y en el oficio, pariente del ministro de Gracia y Justicia—aun así y todo no se puede llevar en calma la imprudencia con que habla de todo; suelta la sin hueso y juzga precipitadamente, y emplea vocablos y alusiones impropias de una dignidad.

Á este mismo señor canónigo que embozadamente le había reprendido algunas veces por la pimienta de sus epigramas, solía taponarle la boca el Arcipreste diciendo:

—Nada, nada, repito lo que mi paisano y queridísimo poeta Marcial dejó escrito para casos tales, es á saber:

Lasciva est nobis pagina, vila proba est.

Con lo cual daba á entender, y era verdad, que él tenía los verdores en la lengua, y otros, no menos canónigos que él, en otra parte. Y no era de estos días el ser don Cayetano muy honesto en el orden aludido, sino que toda la vida había sido un boquirroto en tal materia, pero nada más que un boquirroto. Y esta era la traducción libre del verso de Marcial.

El Arcipreste estaba muy locuaz aquella tarde. La visita de Obdulia á la catedral había despertado sus instintos anafrodíticos, su pasión desinteresada por la mujer, diríase mejor, por la señora. Aquel olor á

Obdulia, que ya nadie notaba, sentíalo aún don Cayetano.

El Magistral contestaba con sonrisas insignificantes. Pero no se marchaba. Algo tenía que decir al Arcipreste. No era De Pas de los que solían quedarse al tertulín, como llamaban á la sabrosa plática de la sacristia después del coro. Si hacía bueno, los del tertulín acostumbraban salir juntos á paseo por una carretera ó ir al Espolón. Si llovía ó amenazaba, prolongaban el palique hasta que el Palomo hacía un discreto ruido con las llaves de la catedral y cada canónigo se iba á su casa. No se crea por esto que eran íntimos amigos los aficionados á platicar después del coro. Acontecía allí lo que es ley general de los corrillos. Entre todos murmuraban de los ausentes, como si ellos no tuvieran defectos, estuvieran en el justo medio de todo y en la vida hubieran de separarse. Pero marchaba uno, y los demás le guardaban cierto respeto por algunos minutos. Cuando ya debía de estar en su casa el temerario, alguno de los que quedaban, decía de repente.

—Como ese otro...

Y todos sabían que aquel gesto de señalar á la puerta y tales palabras significaban:

—¡Fuego graneado!

Y no le quedaba hueso sano á *ese otro*.

El Arcipreste no era de los que menos murmuraban. Él le había puesto el apodo que llevaba sin saberlo, como una maza, al señor Arcediano don Restituto Mourelo. En el cabildo nadie le llamaba Mourelo, ni Arcediano, sino Gloucester. Era un poco torcido del hombro derecho don Restituto—por lo demás buen mozo, casi tan alto como el pariente del ministro,—y como este defecto incurable era un obstáculo á las pretensiones de gallardía que siempre había alimentado, discurrió hacer de tripas corazón, como se dice,

ó sea, sacar partido, en calidad de gracia, de aquella tacha con que estaba señalado. En vez de disimularlo subrayaba el vicio corporal torciéndose más y más hacia la derecha, inclinándose como un sauce llorón. Resultaba de aquella extraña postura que parecía Mourelu un hombre en perpetuo acecho, adelantándose á los rumores, avanzada de sí mismo para saber noticias, cazar intenciones y hasta escuchar por los agujeros de las cerraduras. Encontraba el Arcediano, sin haber leído á Darwin, cierta misteriosa y acaso cabalística relación entre aquella manera de F que figuraba su cuerpo y la sagacidad, la astucia, el disimulo, la malicia discreta y hasta el maquiavelismo canónico que era lo que más le importaba. Creía que su sonrisa, un poco copiada de la que usaba el Magistral, engañaba al mundo entero. Sí, era cierto que don Restituto disfrutaba de dos caras: iba con los de la feria y volvía con los del mercado; disimulaba la envidia con una amabilidad pegajosa y fingía un aturdimiento en que no incurría nunca.— Pero, decía el Arcipreste, ni su amabilidad engaña á todos, ni aunque sea un redomado vividor es tan Maquiavelo como él supone.

Hablaba, siempre que podía, al oído del interlocutor, guiñaba los ojos alternativamente, gustaba de frases de segunda y hasta tercera intención, como cubiletes de prestidigitador, y era un hipócrita que fingía ciertos descuidos en las formas del culto externo, para que su piedad pareciese espontánea y sencilla. Todo se volvía secretos. Decía él que abría el corazón por única vez al primero que quería oírle.

— Por la boca muere el pez, ya lo sé. No soy yo de los que olvidan que en boca cerrada no entran moscas; pero con usted no tengo inconveniente en ser explícito y franco, acaso por la primera vez en mi vida. Pues bien, oiga usted el secreto.

Y lo decía. Hablaba en voz baja, con misterio. En-

traba en la sacristía muchas veces diciendo de modo que apenas se le oía :

—Buen tiempo tenemos, señores! Mucho dure!

Ripamilán que años atrás iba de tapadillo al teatro alguna rara vez, escondiéndose en las sombras de una platea de proscenio ó sea *bolsa*, vió una noche el drama titulado : *Los hijos de Eduardo*, arreglado por Bretón de los Herreros, y en cuanto salió á escena Glocester, el Regente jorobado y torcido y lleno de malicias, exclamó :

—Ahí está el Arcediano!

La frase hizo fortuna y Glocester fué en adelante don Restituto Mourelo para toda Vetusta ilustrada. Allí estaba, oyendo con fingida complacencia los chistes picarescos del Arcipreste, cuya lengua temía, presente y ausente. Cuando don Cayetano volvía la espalda, pues hablaba girando con frecuencia sobre los



talones, Glocester guiñaba un ojo al Deán y barrenaba con un dedo la frente. Quería aludir á la locura del poeta bucólico. El cual continuaba diciendo :

—No señores, no hablo á humo de pajas; yo sé la vida que llevaba esta señora viuda en la corte, porque era muy amiga del célebre obispo de Nauplia, á quien

yo traté allí con gran intimidad. En una fonda de la calle del Arenal tuve ocasión de conocer bien á esa Obdulia, á quien antes apenas saludaba aquí, á pesar de que éramos contertulios en casa del marqués de Vegallana. Ahora somos grandes amigos. Es epicurista. No cree en el sexto.

Hubo una carcajada general. Sólo el Provisor se contentó con sonreír, inclinarse y poner cara de santo que sufre por amor de Dios el escándalo de los oídos. El Arcediano rió sin ganas.

La historia de Obdulia Fandiño profanó el recinto de la sacristía, como poco antes lo profanaran su risa, su traje y sus perfumes.

El Arcipreste narraba las aventuras de la dama como lo hubiera hecho Marcial, salvo el latín.

—Señores, á mí me ha dicho Joaquinito Orgaz que los vestidos que luce en el Espolón esa señora...

—Son bien escandalosos...—dijo el Deán.

—Pero muy ricos—observó el pariente del ministro.

—Y muchos; nunca lleva el mismo; cada día un perifollo nuevo—añadió el Arcediano;—yo no sé de dónde los saca, porque ella no es rica; á pesar de sus pretensiones de noble, ni lo es, ni tiene más que una renta miserable y una viudedad irrisoria...

—Pues á eso voy—interrumpió triunfante don Cayetano.—Me ha dicho el chico de Orgaz, que acabó la carrera de médico en San Carlos, que estos últimos años Obdulita servía en Madrid á su prima Tarsila Fandiño, la célebre querida del célebre...

—Sí ¿qué?

—Que le servía de trotaconventos, digámoslo así. Es decir, no tanto: pero vamos, que la acompañaba y... claro, la otra, agradecida... le manda ahora los vestidos que deja, y como los deja nuevos y tiene tantos y tan ricos...

El cabildo, que fingía oír por educación, nada más,

al Arcipreste, se interesaba de veras con la crónica. Ripamilán saboreaba la plática lasciva sólo por lo que tenía de gracejo. Los demás empezaron á estorbarse oyendo juntos aquellas murmuraciones. El Arcipreste clavaba los ojuelos negros y punzantes en el Magistral, confesor de Obdulia; parecía buscar su testimonio.

El Provisor no estaba allí más que para hablar á solas con don Cayetano. Sufria sus impertinencias con calma. Le estimaba. Le perdonaba aquellos inocentes alardes de erotismo retórico porque conocía sus costumbres intachables y su corazón de oro. Eran muy buenos amigos, y Ripamilán el más decidido y entusiástico partidario de don Fermín en las luchas del Cabildo. Otros le seguían por interés, muchos por miedo; don Cayetano, incapaz de temer á nadie, le servía y le amaba porque, según él, era el único hombre superior de la catedral. El Obispo era un bendito, Glocester un taimado con más malicia que talento; el Magistral un sabio, un literato, un orador, un hombre de gobierno, y lo que valía más que todo, en su concepto, un hombre de mundo. Cuando se le hablaba de los supuestos cohechos del Provisor, de su tiranía, de su comercio sórdido, se indignaba el anciano y negaba en redondo hasta los casos de simonía más probables. Si le traían á cuento el capítulo de las aventuras amorosas, que no pasaban de ser rumores anónimos, sin fundamento que hiciera prueba, el Arcipreste sonreía al negar, dando á entender que aquello era posible, pero importaba menos.

—La verdad es que don Fermín es muy buen mozo, y, si las beatas se enamoran de él viéndole gallardo, pulcro, elegante y hablando como un Crisóstomo en el púlpito, él no tiene la culpa ni la cosa es contraria á las sabias leyes naturales.

El Magistral sabía todo lo que Ripamilán pensaba de

él y le consideraba el más fiel de sus parciales. Por eso le esperaba. Tenía que hacerle ciertas preguntas que, no tratándose del Arcipreste, podrían ser peligrosas. Gloucester había oído algo.

—¿ «Cómo no se marchaba el Magistral? ¿Cómo sufría aquella jaqueca? No, pues él tampoco dejaba el puesto.» Era el de Mourelo el más cordial enemigo que tenía el Provisor. Precisamente el trabajo de maquiavelismo más refinado del Arcediano consistía en mantener en la apariencia buenas relaciones con «el despota», pasar como partidario suyo y minarle el terreno, prepararle una caída que ni la de don Rodrigo Calderón. Vastísimos eran los planes de Gloucester, llenos de vueltas y revueltas, emboscadas y laberintos, trampas y petardos y hasta máquinas infernales. Don Custodio el beneficiado era su lugarteniente. Éste le había dado aquella tarde la noticia de que la Regenta estaba en la capilla del Magistral esperándole para confesar. Novedad estupenda. La Regenta, muy principal señora, era esposa de don Víctor Quintanar, Regente en varias Audiencias, últimamente en la de Vetusta, donde se jubiló con el pretexto de evitar murmuraciones acerca de ciertas dudosas incompatibilidades; pero en realidad porque estaba cansado y podía vivir holgadamente saliendo del servicio activo. Á su mujer se la siguió llamando la Regenta. El sucesor de Quintanar era soltero y no hubo conflicto; pasó un año, vino otro regente con señora y aquí fué ella. La Regenta en Vetusta era ya para siempre la de Quintanar de la ilustre familia vetustense de los Ozores. En cuanto á la *advenediza* tuvo que perdonar y contentarse con ser: la *otra* Regenta. Además el conflicto duraría poco; ya empezaba á usarse el nombre de «Presidente» y pronto habría nombre distinto para cada cual. Entretanto la Regenta era aún Ozores. La cual siempre había sido hija de confesión de don Cayetano, pero éste

que de algunos años á esta parte sólo confesaba á algunas pocas personas, señoras casi todas, de alta categoría, escogidísimos amigos y amigas, al cabo se había cansado también de esta leve carga, pesada para sus años; y resuelto á retirarse por completo del confesonario, había suplicado á sus hijas de confesión que le librasen de este trabajo y hasta señalado sucesor en tan grave é interesante ministerio; sucesor diferente según las personas. Esta especie de herencia, ó mejor, sucesión *inter vivos*, era muy codiciada en el cabildo y por todos los dependientes del clero catedral. Antes de la reacción religiosa que en Vetusta, como en toda España, habían producido los excesos de los libre-pensadores improvisados en tabernas, cafés y congresos, era el Arcipreste el confesor de la nata de la Encimada, porque tenía la manga ancha en ciertas materias; pero ya la moda había cambiado, se hilaba mas delgado en asuntos pecaminosos y el Magistral que se iba con piés de plomo era preferido. Sin embargo, unas por costumbre, otras por no dar un desaire á don Cayetano, y algunas por seguir contentas con aquel sistema de la manga ancha, algunas damas continuaban asistiendo al tribunal del latitudinario, hasta que él mismo se cansó y con buenos modos empezó á sacudirse las moscas.

Don Custodio, joven ardentísimo en sus deseos, creía demasiado en los milagros de fortuna que hace la confesión auricular y atribuía á ellos sin razón los progresos del Magistral; por esto acechaba la sucesión del Arcipreste con más avaricia que todos, con pasión imprudente. Había averiguado que doña Olvido, la orgullosa hija única de Páez, uno de los más ricos americanos de *La Colonia* había pasado, tiempo atrás, del confesonario de Ripamilán al de don Fermín. Esto era ya una gollería. Pero ¡oh escándalo! ahora (don Custodio lo había averiguado escuchando detrás de una

puerta), ahora el chocho del poeta bucólico dejaba al Magistral la más apetecible de sus joyas penitenciarias, como lo era sin duda la digna y virtuosa y hermosísima esposa de don Víctor Quintanar. ¡Y don Custodio sentía la alegórica baba de la envidia manar de sus labios! Después de haber tropezado en el trasaltar con el Provisor, se había dirigido hacia el trascoro, y dentro de la capilla del *otro*, había visto, mirando de soslayo, dos señoras; *nuevas* sin duda, pues no sabían que aquella tarde no *se sentaba* don Fermín. Había vuelto á pasar, había mirado mejor y con disimulo, y pudo conocer, á pesar de las sombras de la capilla, que una de aquellas damas era la Regenta en persona!

Entró en el coro, y se lo dijo á Gloucester. El Arcediano aspiraba á esta sucesión particular; creía pertenecerle por razón de su dignidad el honor de confesar á doña Ana Ozores. «Con el Obispo no había que contar; el Deán era un viejo que no hacía más que comer y temblar; en una procesión de desagravios cuatro borrachos le habían dado un susto, del que sólo se repuso su estómago; digería muy bien, pero no discurría; no pensaba más que lo suficiente para seguir vegetando y asistiendo al coro; tampoco había que contar con él. El Arcipreste renunciaba á la Regenta, ¿pues qué dignidad seguía? la suya; la jerarquía indicaba al Arcediano. Se trataba, pues, de un atropello, de una injusticia que clamaba al cielo, y no podía clamar al Obispo, porque éste era esclavo de don Fermín». Esta opinión de Gloucester la aprobaba don Custodio; no tenía el beneficiado la pretensión excesiva de coger para sí tan buen bocado, pero quería que á lo menos no se lo comiera su enemigo. Adulaba á Gloucester y le animaba á luchar por la justa causa de sus derechos. Gloucester, halagado, y con color de remolacha, dijo al oído del confidente:

—¿Será libre elección de esa señora?—Y separán-

dose un poco, para ver el efecto de su malicia, miró al beneficiado con ojos llenos de picaresca intención, mientras los carrillos cárdenos é hinchados delataban un buche de risa, próxima á derramarse por las comisuras de los labios.

—Puede ser—contestó don Custodio, subrayando las palabras, para darse por enterado de la intención del otro.

Mientras el Arcipreste profanaba los cuatro lados de la cruz latina, que era sacristía, con el relato mundano de la vida y milagros de Obdulia Fandiño, Gloucester, sonriendo, pensaba en los motivos que podía tener el Magistral para oír á don Cayetano, en vez de correr al confesonario al pié del cual le esperaba la más codiciada penitente de Vetusta la noble.

Se juraba á sí mismo el Maquiavelo del Cabildo no abandonar el puesto sin saber á qué atenerse.

El Magistral había resuelto no entrar aquel día en la capilla que llamaban suya. Confesar aquella tarde hubiera sido una excepción, motivo para dar que decir. ¿Estarían allí todavía aquellas señoras? Al bajar de la torre y pasar por el trascoro las había visto, las había conocido, eran la Regenta y Visitación; estaba seguro. ¿Cómo habían venido sin avisar? Don Cayetano debía de saberlo. Cuando una señora de las principales, como era la Regenta, quería hacerse hija de confesión del Magistral, le avisaba en tiempo oportuno, le pedía hora. Las personas desconocidas, las mujeres de pueblo no se atrevían á tanto, y las pocas de esta clase que confesaban con él acudían en montón á la capilla oscura cuyos secretos envidiaba don Custodio; allí esperaban el turno de las penitentes anónimas. Estas humildes devotas ya sabían cuáles eran los días de descanso para el Magistral. Aquel era uno y por eso la capilla estuvo desierta hasta que llegaron las dos señoras. Visitación se confesaba cada dos ó tres

meses, no conocía á punto fijo los días *fastos* y *nefastos*, ignoraba cuándo *se sentaba* el Provisor y cuándo no. La Regenta venía por primera vez. «¿Por qué no le había avisado? El suceso era bastante solemne y había de sonar lo suficiente para merecer preliminares más ceremoniosos. ¿Era orgullo? ¿Era que aquella señora pensaba que él había de beber los vientos para averiguar cuándo vendría á favorecerle con su visita?... ¿Era humildad? ¿Era que con una delicadeza y un buen gusto cristiano y no común en las damas de Vetusta, quería confundirse con la plebe, confesar de incógnito, ser una de tantas?» Esta hipótesis le halagaba mucho al Magistral. Le parecía un rasgo poético y sinceramente religioso. «Estaba cansado de Obdulias y Visitaciones. El poco seso de estas, y otras damas, les hacía ser irreverentes, groseras, sí, groseras, con el sacramento y en general con todo el culto. Se tomaban confianzas que eran profanaciones; adquirían pronto una familiaridad importuna que daba ocasión á las calumnias de los necios y de los mal intencionados.»

«No era él un don Custodio, ignorante de lo que es el mundo, lleno de ensueños, ambicioso de cierto oropel eclesiástico, que tal vez se gana en el confesonario, para que le halagasen todavía revelaciones imprudentes, que sólo servían para inundarle el alma de hastío. Esperaba algo nuevo, algo más delicado, algo selecto.» Sabía, por rumores, que el Arcipreste había aconsejado á la Regenta que acudiese á la capilla del Magistral, puesto que él se retiraba del confesonario. Pero don Cayetano nada le había dicho. Además, como en materia de confesión los buenos clérigos son muy reservados, Ripamilán, que sabía tratar en serio los asuntos serios, nunca había hablado al Magistral de lo que podía ser la Regenta, juzgada desde el tribunal sagrado. Aquella tarde esperaba de Pas saber algo. Pero Gloucester no se marchaba. Ya no se hablaba de Obdulia,

ni de su prima la de Madrid, su modelo; se hablaba del tiempo; y Glocester no se movía. Se habían ido despidiendo todos los señores canónigos; quedaban los tres y el Palomo, que abría y cerraba cajones con estrépito y murmuraba; maldiciones sin duda.

Don Cayetano contuvo su verbosidad, comprendió que algo deseaba decirle el Magistral, que estorbaba Glocester; recordó de repente que él también quería hablar al Provisor, y como en casos tales no se mordía la lengua, cortó la conversación diciendo:

—¡Ah! ¡pícara memoria! don Fermín, una palabra, con permiso del señor Arcediano... es decir, no es una palabra, tenemos que hablar largo... son intereses espirituales.

Glocester se mordió los labios; saludó con el torcido tronco, haciéndose un arco de puente, y salió de la sacristía diciendo para su alzacuello morado y blanco:

—«Este vejete chocho y mal educado me las ha de pagar todas juntas!»

El Arcipreste se burlaba de la diplomacia y del maquiavelismo del Arcediano con salidas de tono, indirectas del Padre Cobos y otros expedientes por el estilo.

«—Si todos fueran como yo, Glocester no sabría qué hacer de su habilidad y disimulo. ¡Ay de los zorros, si las gallinas no fuesen gallinas!»

Glocester salía siempre por la puerta del claustro, abierta al extremo Norte del crucero; por allí llegaba antes a su casa: pero esta vez quiso salir por la puerta de la torre, porque así pasaba junto a la capilla del Magistral. Miró; no había nadie. Entonces se detuvo, volvió a mirar con ahínco, dió un paso dentro de la capilla; no había nadie; estaba seguro. «Luego aquellas señoras se habían ido sin confesión; luego el Magistral se permitía el lujo de desairar nada menos que a la Regenta!» El Arcediano vió un mundo de intrigas que

podían fundarse en este descuido del Provisor. Tomó agua bendita en una pila grande de mármol negro, y mientras se santiguaba, inclinándose frente al altar del trascoro, decía para sí:

—Este será el talón de Aquiles. Ese desaire te costará caro. Lo explotaré.

Y salió de la catedral haciendo cálculos por los dedos, que se le antojaban cábalas, asechanzas, espionaje, intrigas y hasta postigos secretos y escaleras subterráneas.

El Arcipreste había abierto la boca al oír á De Pas que la Regenta estaba en la catedral, según le habían dicho, y que él no había corrido á saludarla y á confesarla, si á eso venía, como era de suponer.

—¿Pero qué pensará ese ángel de bondad?—gritaba don Cayetano, asustado de veras.

—Á ver, Rodríguez (el Palomo) corre á la capilla del señor Magistral, y si está allí una señora...

Era inútil. Entraba en aquel momento Celedonio el acólito que se metió en la conversación diciendo:

—No señor, ya se han ido. Eran doña Visita y la señora Regenta. Se han ido. Yo hablé con ellas. Les dije que hoy no se sentaba el señor Magistral; y doña Visita que ya quería irse antes, cogió del brazo á doña Ana y se la llevó.

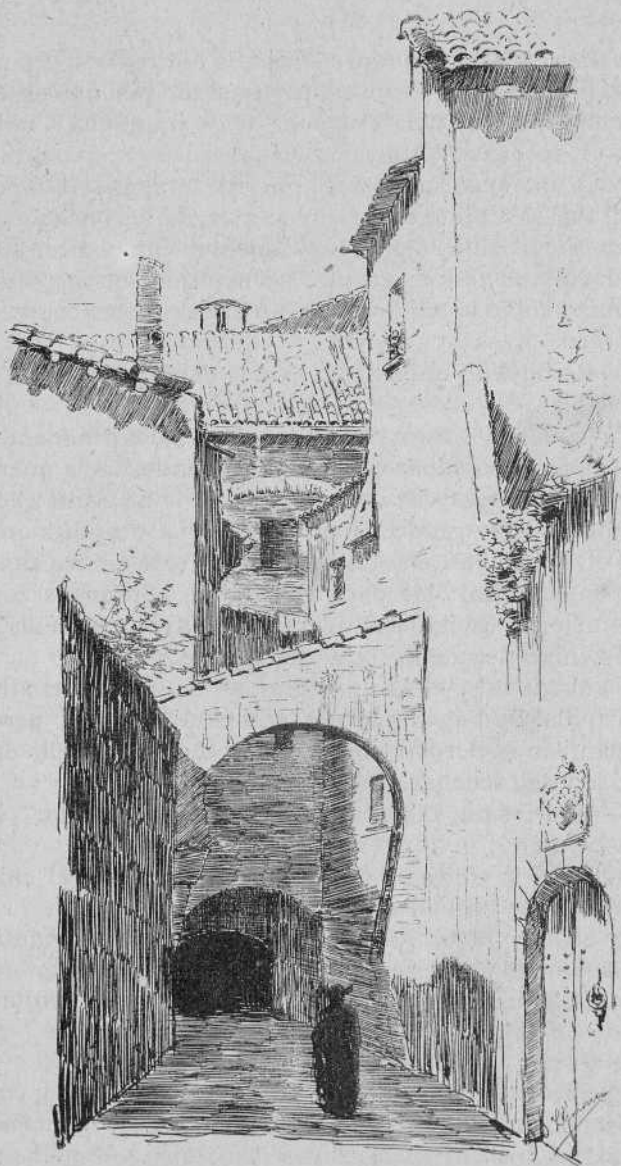
—¿Y qué decían?—preguntó don Cayetano.

—Doña Ana callaba. Doña Visita estaba incomodada porque la señora Regenta había querido venir sin mandar antes un recado. Creo que fueron á paseo, porque doña Visita dijo no sé qué del Espolón.

—¡Al Espolón!—gritó Ripamilán, cogiendo con una mano un brazo del Magistral y con la otra la teja.—Al Espolón!

—Pero don Cayetano!

—Es cuestión de honra para mí; de ese desaire tengo yo culpa en cierto modo.



—Pero si no fué desaire—repetía el Provisor dejándose llevar, y con el rostro hermo­seado por una especie de luz espiritual de alegría que lo inundaba.

—Sí señor; y de todos modos, desaire ó no, yo quiero dar una explicación á mi querida amiga... Al Espolón! Por el camino hablaremos; quiero que V. conozca bien á esa mujer, psicológicamente, como dicen los pedantes de ahora; es una gran mujer, un ángel de bondad como le tengo dicho; un ángel que no merece un feo.

—Pero, si no hubo feo... Yo le explicaré á V... Yo no sabía...

Y hablaban en voz baja, porque ya iban andando por la nave Sur de la catedral, dirigiéndose á la puerta. La última capilla de este lado era la de Santa Clementina. Era grande, construída siglos después que las otras capillas, en el diez y siete. Tenía cuatro altares en el centro; las paredes estaban adornadas con profusión de hojarasca, arabescos y otros cosméticos del género decadente á que pertenecía.

El Magistral y el Arcipreste oyeron voces dentro de la capilla. De Pas no paró la atención en ellas, pero Ripamilán se detuvo, olfateando, y tendió el cuello en actitud de escuchar.

—Así Dios me valga, son ellos! —dijo pasmado.

—¿Quién?

—Ellos; la viudita y don Saturno; reconozco el chirrido de ese grillo destemplado.

Y el Arcipreste que manifestara poco antes tanta prisa por salir del templo, se empeñó en entrar en Santa Clementina. El Magistral le siguió, para ocultar su deseo de llegar al Espolón cuanto antes.

Eran ellos, en efecto.

En medio de la capilla, don Saturnino sudando copiosamente, cubierta la levita de telarañas y manchas de cal, rojo el rostro, cárdenas las orejas, arengaba á

su auditorio, con un brazo extendido en dirección de la bóveda. Estaba indignado, al parecer, y su indignación la comunicaba de grado ó por fuerza á los Infanzones.

—Señores—exclamaba—ya lo ven Vds.: esta capilla es el lunar, el feo lunar, el borrón diré mejor, de esta joya gótica. Han visto Vds. el panteón, de severa arquitectura románica, sublime en su desnudez; han visto el claustro, ojival puro; han recorrido las galerías de la bóveda, de un gótico sobrio y nada amanerado; han visitado la cripta llamada Capilla Santa de reliquias, y han podido ver un trasunto de las primitivas iglesias cristianas; en el Coro han saboreado primores del relieve, si no de un Berruguete, de un Palma Arteta, desconocido, pero sublime artífice; en el retablo de la Capilla Mayor han admirado y gustado con delicia los arranques geniales, sí, geniales puedo decir, del cincel de un Grijalte; y *reasumiendo*, en toda la Santa Basilica han podido corroborar la idea de que este templo es obra de arte severo, puro, sencillo, delicado... *Empero* aquí, señores, forzoso es confesarlo, el mal gusto desbordado, la hinchazón, la redundancia se han dado cita para labrar estas piedras en las que lo amanerado va de la mano con lo extravagante. lo recargado con lo deforme. Esta Santa Clementina, hablo de su capilla, es una deshonra del arte, la ignominia de la catedral de Vetusta.

Calló un momento para limpiar el sudor de la frente y del cogote con el pañuelo perfumado de Obdulia, porque el suyo estaba empapado tiempo hacia en elocuencia liquefacta.

Los Infanzones sudaban también. El marido tenía en la cabeza una olla de grillos. Había oído en hora y media un curso peripatético — ¡á pié y andando todo el tiempo!—de arqueología y arquitectura y otro curso de historia pragmática. El desgraciado ya confun-

día á los califas de Córdoba con las columnas de la Mezquita, y ya no sabía cuáles eran más de ochocientos, si las columnas ó los califas; el orden dórico, el jónico y el corintio, los mezclaba con los Alfonsos de Castilla, y ya dudaba si la fundación de Vetusta se debía á un fraile descalzo ó al arco de medio punto; *reasumiendo*, como decía el sabio, sentía náuseas invencibles y apenas oía al arqueólogo, preocupándole más sus esfuerzos por contener impulsos del estómago cuya expansión hubiera sido una irreverencia.

—Si estuviéramos en un barco, no sería tan inoportuno—pensaba—¡pero en una catedral!

El Infanzón estaba en rigor como en alta mar, y cada vez que oía decir la nave del Norte, la nave del Sur, la nave principal, se creía al frente de una escuadra y se figuraba que don Saturno apestaba á brea. Pero el pobre lugareño seguía diciendo que sí á todo.

«Estaba conforme, aquello era una profanación. ¡Qué pesadez la de aquellos doseletes, la de aquellas hornacinas! vaya si eran pesados! como que el Infanzón temía que se le cayeran encima; porque se meneaban, sin duda. Pero ¡buen Dios! añadía para sus adentros; si el género plateresco es cargante y pesadísimo ¿dónde habrá cosa más plateresca que este señor don Saturnino!»

Se le pasó por la imaginación si estaría burlándose de ellos porque eran de un pueblo de pesca. Pero, no; aquella cara no debía de mentir; hablaba de veras; era verdad lo del rey Veremundo y lo de la emigración de la piña pèrsica á las columnas árabes; sólo que todo aquello ¡qué le importaba á él que era un comprometido!

La digna esposa de Infanzón también estaba cansada, aburrida, despeada, pero no aturdida. Hacía más de una hora que no oía palabra de cuanto hablaba aquel charlatán, sin vergüenza, libertino. «Oh, si no

fuera porque su marido todo lo consideraba inconveniencia y falta de educación! ¡si no fuera porque estaban en la casa de Dios!... Estaba escandalizada, furiosa. ¡Bonito papel iban representando ella y el bobalicón de su marido! Le había hecho señas, pero inútilmente. Él pensaba que aludía á lo de la arquitectura y se hacía el distraído. ¿Y la doña Obdulita? No, y que parecía maestra en aquel teje maneje. No habían desperdiciado ni una sola ocasión. ¡Claro! y así les habían traído y llevado por desvanes y bodegas, muertos de cansancio. En cuanto estaba oscuro... ¡claro!... se daban la mano. Ella lo había visto una vez y supuesto las demás. Y él la pisaba el pié... y siempre juntos; y en cuanto había algo estrecho querían pasar á la una... y pasaban ¡qué desenfreno! ¿Pero de dónde le venía á su marido la amistad de aquella señorona? Hasta celos sentía la noble lugareña. No hablaba ni palabra; y si Obdulia y Bermúdez hubieran estado menos preocupados con el Renacimiento, hubiesen notado el ceño y la sequedad de la antes amable y cortés señora de pueblo. Don Saturno reanudó su discurso. Se trataba de probar sus injuriosas afirmaciones.

—Véase si no—continuaba—lo que salta á los ojos, á los del alma quiero decir, de toda persona de gusto. Malhaya el dignísimo obispo, salvo el respeto debido, malhaya el dignísimo obispo don García Madrejón que consintió este confuso acervo de adornos y follajes, quinta esencia de lo barroco, de la profusión manirrota y de la falsedad. Cartelas, medallas, hornacinas (y señalaba con el dedo), capiteles, frontones rotos, guirnaldas, colgadizos, hojarasca, arabescos, que pululáis por las decoraciones de puertas, ventanas, tragaluces y pechinas; en nombre del arte, de la santa idea de sobriedad y la no menos inmortal é inmaculada de armonía, yo os condeno á la maldición de la historia!

—Pues oiga Vd.—se atrevió á decir la Infanzón sin mirar á su esposo;—diga Vd. lo que quiera, esta capilla me parece á mí muy bonita; y me parece en cambio muy feo profanar el templo... ¡blasfemando así de Dios y sus santos!

Ea, se había cansado; quería dar la batalla al libertino y escogía, con un pudor evidente, el terreno neutral del arte, puro y desinteresado. Además le gustaba de veras la capilla y no quería más contemplaciones.

El lugareño creyó que su mujer se había vuelto loca. «Estaría mareada como él.» Quiso hablar, pero no lo consiguió en cuanto quiso. Obdulia soltó al aire una carcajada, que oyó don Cayetano desde fuera. Don Saturno, cortado y sospechando algo del motivo de aquella inesperada oposición, se contentó con inclinarse á lo Magistral y torcer la boca y las cejas de una manera inventada por él mismo frente al espejo. Quería aquello decir que un Bermúdez no disputaba con señoras. Sólo contestó:

—Señora... yo no profano nada... El Arte...

—¡Sí profana Vd.!

—¡Pero mujer, pero Carolina!

—¡Oh! déjela Vd., señor Infanzón; yo respeto todas las opiniones.

Y temiendo que la lugareña llevase la mejor parte en lo de profanar ó no profanar, se apresuró á añadir:

—Por lo demás, ya Vd. comprenderá, amigo mío, que yo sigo los cánones de la belleza clásica condenando enérgicamente el gusto barroco... Esto es plateresco...

—¡Churrigueresco!—exclamó el compromisario queriendo así compensar la protesta disparatada de su mujer.

—¡Churrigueresco!—repitió—¡da náuseas!—y se vió claramente que las sentía.

—¡Churrigueresco!—pudo decir otra vez.

—¡Rococo!—concluyó Obdulia.

En aquel momento el Arcipreste se inclinaba para saludarla como si fuera á besarle las botas color bronce.

Salieron á la calle todos juntos.

Don Saturno se apresuró á despedirse. De sus mejillas brotaba fuego. Iba á cuerpo y tenía mucho frío. El viento caliente le sabía á cierzo.

—¡Temo una pulmonía!—dijo, mientras escapaba abrochándose la levita por la cintura.

Necesitaba saborear á solas las emociones de aquella tarde.

«Amaba y creía ser amado.»





III

AQUELLA tarde hablaron la Regenta y el Magistral en el paseo. El Arcipreste procuró que se encontraran y por su confianza con la Regenta facilitó la entrevista.

Pocas veces habían cruzado la palabra la hermosa dama y el Provisor, y nunca había pasado la conversación de los lugares comunes á que obliga el trato social.

Doña Ana Ozores no era de ninguna cofradía. Pagaba una cuota mensual en las Escuelas Dominicales, pero no asistía á las lecciones ni á las conferencias; vivía lejos del círculo en que el Provisor reinaba.

Éste visitaba poco á las personas que no podían ó no querían servirle en sus planes de propaganda. Cuando el señor don Víctor Quintanar era Regente de Vetusta,



el Magistral le visitaba en todas las solemnidades en que exigían este acto de cortesía las costumbres del pueblo; estas visitas las pagaba con la exactitud que él usaba en estos asuntos el señor Quintanar, el más cumplido caballero de la ciudad, después de Bermúdez. Los cumplimientos del Magistral fueron escaseando, sin saberse por qué, cuando se jubiló don Víctor, y por fin cesaron las visitas. Don Víctor y don Fermín se hablaban algunas veces en la calle, en el Espolón; se saludaban siempre con la mayor amabilidad. Se estimaban mutuamente. Las calumnias con que la maledicencia perseguía á De Pas tenían un aislador en don Víctor; por su conducto no se propagaban, y aun tomaba á su cargo deshacer su perniciosa influencia. Doña Ana jamás había hablado á solas con el Magistral, y después que cesaron las visitas apenas volvió á verle de cerca. Á lo menos ella no lo recordaba. Don Cayetano, que sabía esto, hizo un simulacro de presentación diplomática en el tono jocosero que nunca abandonaba. Ellos, la Regenta y el Magistral, habían hablado poco; todo casi se lo había dicho Ripamilán y lo demás Visitación, que acompañaba á la de Quintanar. Doña Ana volvió pronto á su casa. Se recogió temprano aquella noche.

De la breve conversación de la tarde no recordaba más que esto: que al día siguiente, después del coro, el Magistral la esperaba en su capilla. Le había indicado, aunque por medio de indirectas, que convenía, al mudar de confesor, hacer confesión general.

Había hablado con mucha afabilidad, con voz meliflua, pero poco, con cierto tono frío, y algo distraído al parecer. No le había visto los ojos. No le había visto más que los párpados, cargados de carne blanca. Debajo de las pestañas asomaba un brillo singular.

Cerca del lecho, arrodillada, rezó algunos minutos la Regenta.

Después se sentó en una mecedora junto á su tocador, en el gabinete, lejos del lecho por no caer en la tentación de acostarse, y leyó un cuarto de hora un libro devoto en que se trataba del sacramento de la penitencia en preguntas y respuestas. No daba vuelta á las hojas. Dejó de leer. Su mirada estaba fija en unas palabras que decían: *Si comió carne...*

Mentalmente y como por máquina repetía estas tres voces, que para ella habían perdido todo significado; la repetía como si fueran de un idioma desconocido.

Después, saliendo de no sabía qué pozo negro su pensamiento, atendió á lo que leía. Dejó el libro sobre el tocador y cruzó las manos sobre las rodillas. Su abundante cabellera, de un castaño no muy oscuro, caía en ondas sobre la espalda y llegaba hasta el asiento de la mecedora, por delante le cubría el regazo; entre los dedos cruzados se habían enredado algunos cabellos. Sintió un escalofrío y se sorprendió con los dientes apretados hasta causarle un dolor sordo. Pasó una mano por la frente; se tomó el pulso, y después se puso los dedos de ambas manos delante de los ojos. Era aquella su manera de experimentar si se le iba ó no la vista. Quedó tranquila. No era nada. Lo mejor sería no pensar en ello.

« ¡ Confesión general ! » Si, esto había dado á entender aquel señor sacerdote. Aquel libro no servía para tanto. Mejor era acostarse. El examen de conciencia de sus pecados de la temporada lo tenía hecho desde la víspera. El examen para aquella confesión general podía hacerlo acostada. Entró en la alcoba. Era grande, de altos artesones, estucada. La separaba del tocador un intercolumnio con elegantes colgaduras de *satén* granate. La Regenta dormía en una vulgarísima cama de matrimonio dorada, con pabellón blanco. Sobre la alfombra, á los piés del lecho, había una piel de tigre, auténtica. No había más imágenes santas que

un crucifijo de marfil colgado sobre la cabecera; inclinándose hacia el lecho parecía mirar á través del tul del pabellón blanco.

Obdulia, á fuerza de indiscreción, había conseguido varias veces entrar allí.

«—¡Qué mujer esta Anita!

»Era limpia, no se podía negar, limpia como el armiño; esto al fin era un mérito... y una pulla para muchas damas vetustenses.»

Pero añadía Obdulia:

«—Fuera de la limpieza y del orden, nada que revele á la mujer elegante. La piel de tigre, ¿tiene un *cachet*? Ps... qué sé yo. Me parece un capricho caro y extravagante, poco femenino al cabo. La cama es un horror! Muy buena para la alcaldesa de Palomares. ¡Una cama de matrimonio! ¡Y qué cama! Una grosería. ¿Y lo demás? Nada. Allí no hay sexo. Aparte del orden, parece el cuarto de un estudiante. Ni un objeto de arte. Ni un mal *bibelot*; nada de lo que piden el *confort* y el buen gusto. La alcoba es la mujer como el estilo es el hombre. Dime cómo duermes y te diré quién eres. ¿Y la devoción? Allí la piedad está representada por un Cristo vulgar colocado de una manera contraria á las *conveniencias*.»

«—Lástima—concluía Obdulia, sin sentir lástima,—que un *bijou* tan precioso se guarde en tan miserable joyero!»

«Ah! debía confesar que el juego de cama era digno de una princesa. ¡Qué sábanas! ¡Qué almohadones! Ella había pasado la mano por todo aquello, ¡qué suavidad! El satín de aquel cuerpecito de regalo no sentiría asperezas en el roce de aquellas sábanas.»

Obdulia admiraba sinceramente las formas y el cutis de Ana, y allá en el fondo del corazón, le envidiaba la piel de tigre. En Vetusta no había tigres; la viuda no podía exigir á sus amantes esta prueba de cariño. Ella

tenía á los piés de la cama la caza del león, pero estampada en tapiz miserable !

Ana corrió con mucho cuidado las colgaduras granafe, como si alguien pudiera verla desde el tocador. Dejó caer con negligencia su bata azul con encajes crema, y apareció blanca toda, como se la figuraba don Saturno poco antes de dormirse, pero mucho más hermosa que Bermúdez podía representársela. Después de abandonar todas las prendas que no habían de acompañarla en el lecho, quedó sobre la piel de tigre, hundiendo los piés desnudos, pequeños y rollizos en la espesura de las manchas pardas. Un brazo desnudo se apoyaba en la cabeza algo inclinada, y el otro pendía á lo largo del cuerpo, siguiendo la curva graciosa de la robusta cadera. Parecía una impúdica modelo olvidada de sí misma en una postura académica impuesta por el artista. Jamás el Arcipreste, ni confesor alguno, había prohibido á la Regenta esta voluptuosidad de distender á sus solas los entumecidos miembros y sentir el contacto del aire fresco por todo el cuerpo á la hora de acostarse. Nunca había creído ella que tal abandono fuese materia de confesión.

Abrió el lecho. Sin mover los piés, dejóse caer de bruces sobre aquella blandura suave con los brazos tendidos. Apoyaba la mejilla en la sábana y tenía los ojos muy abiertos. La deleitaba aquel placer del tacto que corría desde la cintura á las sienes.

«—¡ Confesión general ! » —estaba pensando.—Eso es la historia de toda la vida. Una lágrima asomó á sus ojos, que eran garzos, y corrió hasta mojar la sábana.

Se acordó de que no había conocido á su madre. Tal vez de esta desgracia nacían sus mayores pecados.

«Ni madre ni hijos. »

Esta costumbre de acariciar la sábana con la mejilla

la había conservado desde la niñez.—Una mujer seca, delgada, fría, ceremoniosa, la obligaba á acostarse todas las noches antes de tener sueño. Apagaba la luz y se iba. Anita lloraba sobre la almohada, después saltaba del lecho; pero no se atrevía á andar en la oscuridad y pegada á la cama seguía llorando, tendida así, de bruces, como ahora, acariciando con el rostro la sábana que mojaba con lágrimas también. Aquella blandura de los colchones era todo *lo maternal* con que ella podía contar; no había más suavidad para la pobre niña. Entonces debía de tener, según sus vagos recuerdos, cuatro años. Veintitrés habían pasado y aquel dolor aún la enternecía. Después, casi siempre, había tenido grandes contrariedades en la vida, pero ya despreciaba su memoria; una porción de necios se habían conjurado contra ella; todo aquello le repugnaba recordarlo; pero su pena de niña, la injusticia de acostarla sin sueño, sin cuentos, sin caricias, sin luz, la sublevaba todavía y le inspiraba una dulcísima lástima de sí misma. Como aquel á quien, antes de descansar en su lecho el tiempo que necesita, obligan á levantarse, siente sensación extraña que podría llamarse nostalgia de blandura y del calor de su sueño, así, con parecida sensación, había Ana sentido toda su vida nostalgia del regazo de su madre. Nunca habían oprimido su cabeza de niña contra un seno blando y caliente; y ella, la chiquilla, buscaba algo parecido donde quiera. Recordaba vagamente un perro negro de lanas, noble y hermoso; debía de ser un terranova.—¿Qué habría sido de él?—El perro se tendía al sol, con la cabeza entre las patas, y ella se acostaba á su lado y apoyaba la mejilla sobre el lomo rizado, ocultando casi todo el rostro en la lana suave y caliente. En los prados se arrojaba de espaldas ó de bruces sobre los montones de yerba segada. Como nadie la consolaba al dormirse llorando, acababa por buscar

consuelo en sí misma, contándose cuentos llenos de luz y de caricias. Era el caso que ella tenía una mamá que le daba todo lo que quería, que la apretaba contra su pecho y que la dormía cantando cerca de su oído :

Sábado, sábado, morena,
cayó el pajarillo en trena
con grillos y con cadenaaa...

Y esto otro :

Estaba la pájara pinta
á la sombra de un verde limón...

Estos cantares los oía en una plaza grande á las mujeres del pueblo que arrullaban á sus hijuelos...

Y así se dormía ella también, figurándose que era la almohada el seno de su madre soñada y que realmente oía aquellas canciones que sonaban dentro de su cerebro. Poco á poco se había acostumbrado á esto, á no tener más placeres puros y tiernos que los de su imaginación.

Pensando la Regenta en aquella niña que había sido ella, la admiraba y le parecía que su vida se había partido en dos, una era la de aquel angelillo que se le antojaba muerto. La niña que saltaba del lecho á oscuras era más enérgica que esta Anita de ahora, tenía una fuerza interior pasmosa para resistir sin humillarse las exigencias y las injusticias de las personas frías, secas y caprichosas que la criaban...

«—¡ Vaya una manera de hacer examen de conciencia !» —pensó doña Ana algo avergonzada.

Salió descalza de la alcoba, cogió el devocionario que estaba sobre el tocador y corrió á su lecho. Se acostó, acercó la luz y se puso á leer con la cabeza hundida en las almohadas. *Si comió carne*, volvieron á ver sus ojos cargados de sueño ; pero pasó adelante.

Una, dos, tres hojas... leía sin saber qué. Por fin, se detuvo en un renglón que decía :

—«Los parajes por donde anduvo...»

Aquello lo entendió. Había estado, mientras pasaba hojas y hojas, pensando, sin saber cómo, en don Álvaro Mesía, presidente del casino de Vetusta y jefe del partido liberal dinástico ; pero al leer: «Los parajes por donde anduvo», su pensamiento volvió de repente á los tiempos lejanos. Cuando era niña, pero ya confesaba, siempre que el libro de examen decía «pase la memoria por los lugares que ha recorrido», se acordaba sin querer de la barca de Trébol, de aquel gran pecado que había cometido, sin saberlo ella, la noche que pasó dentro de la barca con aquel Germán, su amigo... ¡Infames ! La Regenta sentía rubor y cólera al recordar aquella calumnia. Dejó el libro sobre la mesilla de noche—otro mueble vulgar que irritaba el buen gusto de Obdulia—apagó la luz... y se encontró en la barca de Trébol, á media noche, al lado de Germán, un niño rubio de doce años, dos más que ella. Él la abrigaba solícito con un saco de lona que habían encontrado en el fondo de la barca. Ella le había rogado que se abrigara él también. Debajo del saco, como si fuera una colcha, estaban los dos tendidos sobre el tablado de la barca, cuyas bandas oscuras les impedían ver la campiña ; sólo veían allá arriba nubes que corrían delante de la cara de la luna.

—¿ Tienes frío ?—preguntaba Germán.

Y Ana respondía, con los ojos muy abiertos, fijos en la luna que corría, detrás de las nubes :

—¡ No !

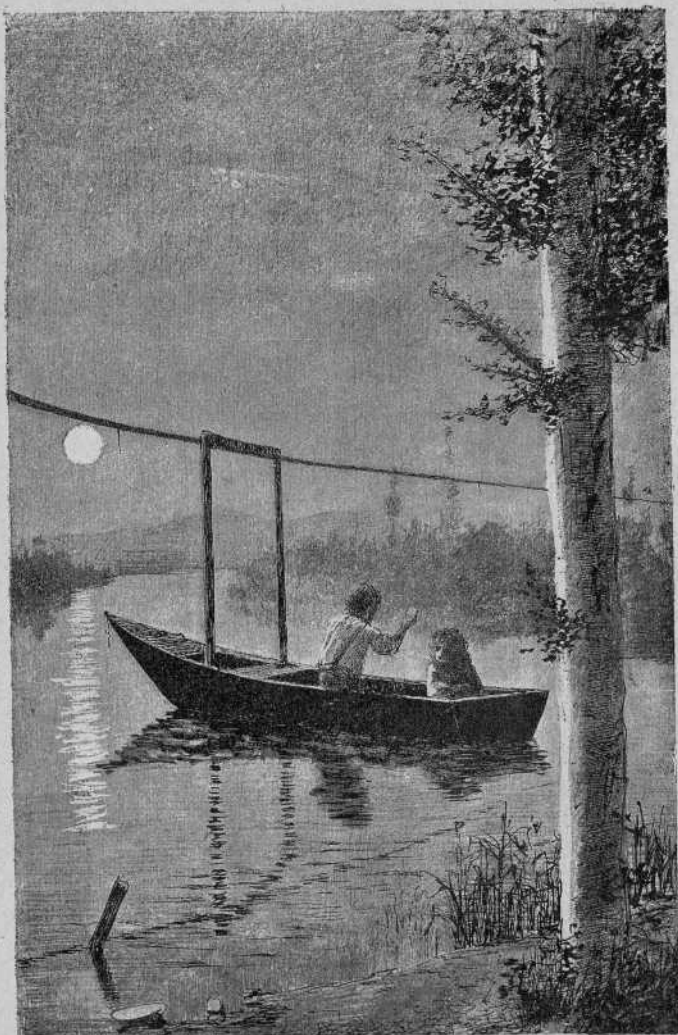
—¿ Tienes miedo ?

—¡ Cá !

—Somos marido y mujer—decía él.

—¡ Yo soy una mamá !

Y oía debajo de su cabeza un rumor dulce que la



arrullaba como para adormecerla ; era el rumor de la corriente.

Se habían contado muchos cuentos. Él había contado además su historia. Tenía papá en Colondres y mamá también.

—¿ Cómo era una mamá ?

Germán lo explicaba como podía.

—¿ Dan muchos besos las mamás ?

—Sí.

—¿ Y cantan ?

—Sí, yo tengo una hermanita que le cantan. Yo ya soy grande.

—¡ Y yo soy una mamá !...

Después venía la historia de ella. Vivía en Loreto, una aldea, algo lejos de la ría por aquel lado, pero tocando con el mar por allá arriba, por el arenal. Vivía con una señora que se llamaba aya y doña Camila. No la quería. Aquella señora aya tenía criados y criadas y un señor que venía de noche y le daba besos á doña Camila, que le pegaba y decía: «Delante de ella no, que es muy maliciosa.»

Le decían que tenía un papá que la quería mucho y era el que mandaba los vestidos y el dinero y todo. Pero él no podía venir, porque estaba matando moros. La castigaban mucho, pero no la pegaban ; eran encierros, ayunos y el castigo peor, el de acostarse temprano. Se escapaba por la puerta del jardín y corría llorando hacia el mar ; quería meterse en un barco y navegar hasta la tierra de los moros y buscar á su papá. Algún marinero la encontraba llorando y la acariciaba. Ella le proponía el viaje, el marinero se reía, le decía que sí, la cogía en los brazos, pero el pícaro la llevaba á casa del aya y la volvían al encierro. Una tarde se había escapado por otro camino, pero no encontraba el mar. Había pasado junto á un molino ; un perro le había cerrado el paso al atravesar el puente

de la acequia, hecho con un tronco hueco de castaño; Ana se había echado sobre el tronco porque se mareaba viendo el agua blanca que ladraba debajo como el perro en frente de ella. El perro había pasado por encima de Anita; no había querido morderla. Ella entonces, desde la otra orilla, le llamó y le dijo:

—Chito, toma, ahí tienes eso.

Era su merienda que llevaba en un bolsillo; un poco de pan con manteca mojado en lágrimas.

Casi siempre comía el pan de la merienda salado por las lágrimas. Cuando estaba sola lloraba de pena; pero delante del aya, de los criados y del hombre, lloraba de rabia. Había encontrado después del molino un bosque y lo había cruzado corriendo, cantando, y eso que tenía aún los ojos llenos de llanto, pero cantaba de miedo. Al salir del bosque había visto un prado de yerba muy verde y muy alta...

—¿Y allí estaba yo, verdad?—gritó Germán.

—Es verdad.

—Y te dije si querías embarcarte en la barca de Trébol, que el barquero había sido mi criado, y yo era de Colondres, que está al otro lado de la ría.

—Es verdad.

La Regenta recordaba todo esto como va escrito, incluso el diálogo; pero creía que, en rigor, de lo que se acordaba no era de las palabras mismas, sino de posterior recuerdo en que la niña había animado y puesto en forma de novela los sucesos de aquella noche.

Después se habían dormido. Ya era de día cuando les despertó una voz que gritaba desde la orilla de Colondres. Era el barquero que veía su barca en un islote que dejaba el agua en medio de la ría al bajar la marea. El barquero les riñó mucho. Á ella la condujo á Loreto un hijo de aquel hombre; pero en el camino les halló un criado del aya. Andaban buscán-

dola por todo el mundo. Creían que se había caído al mar. Doña Camila estaba enferma del susto, en cama. El hombre que besaba al aya cogió á Anita por un brazo y se lo apretó hasta arrancarle sangre. Pero ella no lloró.

Le preguntaron dónde había pasado la noche y no quiso contestar por temor de que castigaran á Germán si se sabía. La encerraron, no le dieron de comer aquel día, pero no declaró nada. Á la mañana siguiente el aya hizo llamar al barquero de Trébol. Según aquel hombre, los niños se habían concertado para pasar juntos una noche en la barca. ¿Quién lo diría? Ana confesó al cabo que habían dormido juntos, pero que había sido sin querer. Su propósito había sido hacerse dueños de la barca una noche, aunque los riñeran en casa, pasar de orilla á orilla ellos solos, tirando por la cuerda, y después volverse él á Colondres y ella á Loreto. Pero el agua de la ría se había marchado, la barca tropezó en el fondo con las piedras en mitad del pasaje y por más esfuerzos que habían hecho no habían conseguido moverla. Y se habían acostado y se habían dormido. De haber podido romper la cuerda que sujetaba la lancha se hubieran ido á la tierra del moro, porque Germán sabía el camino por el mar; ella hubiera buscado á su papá y él hubiera matado muchos moros; pero la cuerda era muy fuerte. No pudieron romperla y se acostaron para contarse cuentos de dormir.

Lo mismo había referido Germán al barquero, pero no se creyó la historia.

¡Qué escándalo! doña Camila cogió á Anita por la garganta y por poco la ahoga. Después dijo un refrán desvergonzado en que se insultaba á su madre y á ella, según comprendió mucho más tarde, porque entonces no entendía aquellas palabras.

Doña Camila culpaba al hombre que le daba besos, de las picardías de la niña.

—Tú le has abierto los ojos con tus imprudencias.

Anita no entendía y el hombre, el señor del aya, reía á carcajadas.

Desde aquel día el hombre la miraba con llamaradas en los ojos, y sonreía, y en cuanto salía de la habitación el aya le pedía besos á ella, pero nunca quiso dárselos.

Vino un cura y se encerró con Ana en la alcoba de la niña y le preguntó unas cosas que ella no sabía lo que eran. Más adelante, meditando mucho, acabó por entender algo de aquello. Se la quiso convencer de que había cometido un gran pecado. La llevaron á la iglesia de la aldea y la hicieron confesarse. No supo contestar al cura y éste declaró al aya que no servía la niña para el caso todavía, porque, por ignorancia ó por malicia, ocultaba sus pecadillos. Los chicos de la calle la miraban como el hombre que besaba á doña Camila; la cogían por un brazo y querían llevársela no sabía á dónde. No volvió á salir sin el aya. Á Germán no había vuelto á verle.

—He escrito á tu papá diciéndole lo que tú eres. En cuanto cumplas los once años, irás á un colegio de Recoletas.

Esta amenaza de doña Camila no pasó de amenaza, pero Ana no sentía salir de Loreto, ir donde quiera.

Desde entonces la trataron como á un animal precoz. Sin enterarse bien de lo que oía, había entendido que achacaban á culpas de su madre los pecados que la atribuían á ella...

Al llegar á este punto de sus recuerdos la Regenta sintió que se sofocaba, sus mejillas ardían. Encendió luz, apartó de sí la colcha pesada y sus formas de Venus, algo flamenca, se revelaron exageradas bajo la manta de finísima lana de colores ceñida al cuerpo. La colcha quedó arrugada á los piés.

Aquellos recuerdos de la niñez huyeron, pero la có-

lera que despertaron, á pesar de ser tan lejana, no se desvaneciò con ellos.

«—¡Qué vida tan estúpida!»—pensò Ana, pasando á reflexiones de otro género.

Aumentaba su mal humor con la conciencia de que estaba pasando un cuarto de hora de rebelión. Creía vivir sacrificada á deberes que se había impuesto; estos deberes algunas veces se los representaba como poética misión que explicaba el por qué de la vida. Entonces pensaba:

«—La monotonía, la insulsez de esta existencia es aparente; mis días están ocupados por grandes cosas; este sacrificio, esta lucha es más grande que cualquier aventura del mundo.»

En otros momentos, como ahora, tascaba el freno la pasión sojuzgada; protestaba el egoísmo, la llamaba loca, romántica, necia y decía:—¡Qué vida tan estúpida!

Esta conciencia de la rebelión la desesperaba; quería aplacarla y se irritaba. Sentía cardos en el alma. En tales horas no quería á nadie, no compadecía á nadie. En aquel instante deseaba oír música; no podía haber más voz oportuna. Y sin saber cómo, sin querer se le apareció el Teatro Real de Madrid y viò á don Alvaro Mesía, el presidente del Casino, ni más ni menos, envuelto en una capa de embozos grana, cantando bajo los balcones de Rosina:

Ecco ridente il ciel...

La respiración de la Regenta era fuerte, frecuente; su nariz palpitaba ensanchándose, sus ojos tenían fulgores de fiebre y estaban clavados en la pared, mirando la sombra sinuosa de su cuerpo ceñido por la manta de colores.

Quiso pensar en aquello, en Lindoro, en el Barbero,

para suavizar la aspereza de espíritu que la mortificaba.

—¡Si yo tuviera un hijo!... ahora... aquí... besándole, cantándole...

Huyó la vaga imagen del rorro, y otra vez se presentó el esbelto don Alvaro, pero de gabán blanco entallado, saludándola como saludaba el rey Amadeo.

Mesía al saludar humillaba los ojos, cargados de amor, ante los de ella imperiosos, imponentes.

Sintió flojedad en el espíritu. La sequedad y tirantez que la mortificaban se fueron convirtiendo en tristeza y desconsuelo...

Ya no era mala, ya sentía como ella quería sentir; y la idea de su sacrificio se le apareció de nuevo; pero grande ahora, sublime, como una corriente de ternura capaz de anegar el mundo. La imagen de don Alvaro también fué desvaneciéndose, cual un cuadro disolvente; ya no se veía más que el gabán blanco y detrás, como una filtración de luz, iban destacándose una bata escocesa á cuadros, un gorro verde de terciopelo y oro, con borla, un bigote y una perilla blancos, unas cejas grises muy espesas... y al fin sobre un fondo negro brilló entera la respetable y familiar figura de su don Víctor Quintanar con un nimbo de luz en torno. Aquel era el sujeto del sacrificio, como diría don Cayetano. Ana Ozores depositó un casto beso en la frente del caballero.

Y sintió vehementes deseos de verle, de besarle en realidad como al cuadro disolvente.

Mala hora, sin duda, era aquella.

Pero la casualidad vino á favorecer el anhelo de la casta esposa. Se tomó el pulso, se miró las manos; no veía bien los dedos, el pulso latía con violencia; en los párpados le estallaban estrellitas, como chispas de fuegos artificiales, sí, sí, estaba mala, iba á darle el ataque; había que llamar; cogió el cordón de

la campanilla, llamó. Pasaron dos minutos. ¿No oían?... Nada. Volvió á empuñar el cordón... llamó. Oyó pasos precipitados. Al mismo tiempo que por una puerta de escape entraba Petra, su doncella, asustada, casi des-

nuda, se abrió la colgadura granate y apareció el cuadro disolvente, el hombre de la bata escocesa y el gorro verde, con una palmatría en la mano.

— ¿Qué tienes, hija mía? — gritó don Víctor acercándose al lecho.

«Era el ataque, aunque no estaba segura de que viniese con todo el aparato nervioso de costumbre; pero los síntomas los de siempre; no veía, le

estallaban chispas de brasero en los párpados y en el cerebro, se le enfriaban las manos, y de pesadas no le parecían suyas...» Petra corrió á la cocina sin esperar órdenes; ya sabía lo que se necesitaba, tila y azahar.

Don Víctor se tranquilizó. «Estaba acostumbrado al



ataque de su querida esposa; padecía la infeliz, pero no era nada.»

—No pienses en ello, que ya sabes que es lo mejor.

—Sí, tienes razón; acércate, háblame, siéntate aquí.

Don Víctor se sentó sobre la cama y *deposító* un beso paternal en la frente de su señora esposa. Ella le apretó la cabeza contra su pecho y derramó algunas lágrimas. Notadas que fueron las cuales por don Víctor exclamó éste:

—¿Ves? ya lloras; buena señal. La tormenta de nervios se deshace en agua; está conjurado el ataque, verás como no sigue.

En efecto, Ana comenzó á sentirse mejor. Hablaron. Ella manifestó una ternura que él le agradeció en lo que valía. Volvió Petra con la tila.

Don Víctor observó que la muchacha no había reparado el desorden de su traje, que no era traje, pues se componía de la camisa, un pañuelo de lana, corto, echado sobre los hombros y una falda que, mal atada al cuerpo, dejaba adivinar los encantos de la doncella, dado que fueran encantos, que don Víctor no entraba en tales averiguaciones, por más que sin querer aventuró, para sus adentros, la hipótesis de que las carnes debían de ser muy blancas, toda vez que la chica era rubia azafranada...

Con la tila y el azahar Anita acabó de serenarse. Respiró con fuerza; sintió un bienestar que le llenó el alma de optimismo.

«¡Qué solícita era Petra! y su Víctor ¡qué bueno!»

«Y había sido hermoso, no cabía duda. Verdad era que sus cincuenta y tantos años parecían sesenta; pero sesenta años de una robustez envidiable; su bigote blanco, su perilla blanca, sus cejas grises le daban venerable y hasta heróico aspecto de brigadier y aun de general. No parecía un Regente de Audiencia jubilado, sino un ilustre caudillo en situación de cuartel.»

Petra, temblando de frío, con los brazos cruzados, unos blanquísimos brazos bien torneados, se retiró discretamente, pero se quedó en la sala contigua esperando órdenes.

Ana se empeñó en que Quintanar—casi siempre le llamaba así—bebiese aquella poca tila que quedaba en la taza.

¡Pero si don Víctor no creía en los nervios! Si estaba sereno! Muerto de sueño, pero tranquilo.

«No importaba. Era un capricho. No lo conocía él, pero se había asustado.»

—Que no, hija mía; que te juro...

—Que sí, que sí...

Don Víctor tomó tila y acto continuo bostezó enérgicamente.

—¿Tienes frío?

—¡Frío yo!

Y pensó que dentro de tres horas, antes de amanecer, saldría con gran sigilo por la puerta del parque —la huerta de los Ozores.— Entonces sí que haría frío, sobre todo, cuando llegaran al Montico, él y su querido Frigilis, su Pilades cinegético, como le llamaba. Iban de caza; una caza prohibida, á tales horas, por la Regenta. Anita no dejó á Víctor tan pronto como él quisiera. Estaba muy habladora su querida mujercita. Le recordó mil episodios de la vida conyugal siempre tranquila y armoniosa.

—¿No quisieras tener un hijo, Víctor?—preguntó la esposa apoyando la cabeza en el pecho del marido.

—¡Con mil amores!—contestó el ex-regente buscando en su corazón la fibra del amor paternal. No la encontró; y para figurarse algo parecido pensó en su reclamo de perdiz, escogidísimo regaló de Frigilis.

«—Si mi mujer supiera que sólo puedo disponer de dos horas y media de descanso, me dejaría volver á la cama.»

Pero la pobrecita lo ignoraba todo, debía ignorarlo. Más de media hora tardó la Regenta en cansarse de aquella locuacidad nerviosa. ¡Qué de proyectos! ¡qué de horizontes de color de rosa! Y siempre, siempre juntos Víctor y ella.

—¿Verdad?

—Sí, hijita mía, sí; pero debes descansar; te exaltas hablando...

—Tienes razón; siento una fatiga dulce... Voy á dormir.

Él se inclinó para besarle la frente, pero ella echándole los brazos al cuello y hacia atrás la cabeza, recibió en los labios el beso. Don Víctor se puso un poco encarnado; sintió hervir la sangre. Pero no se atrevió. Además, antes de tres horas debía estar camino del Montico con la escopeta al hombro. Si se quedaba con su mujer, adiós cacería... Y Frigilis era inexorable en esta materia. Todo lo perdonaba menos faltar ó llegar tarde á un madrugón por el estilo.

—«Sálvense los principios»—pensó el cazador.

—Buenas noches, tórtola mía!

Y se acordó de las que tenía en la pajarera.

Y después de *depositar* otro beso, por propia iniciativa, en la frente de Ana, salió de la alcoba con la palmatoria en la diestra mano; con la izquierda levantó el cortinaje granate; volvióse, saludó á su esposa con una sonrisa, y con majestuoso paso, no obstante calzar bordadas zapatillas, se restituyó á su habitación que estaba al otro extremo del caserón de los Ozores.

Atravesó un gran salón que se llamaba el estrado; anduvo por pasillos anchos y largos, llegó á una galería de cristales y allí vaciló un momento. Volvió pié atrás, desanduvo todos los pasillos y discretamente llamó á una puerta.

Petra se presentó en el mismo desorden de antes.

—¿Qué hay? ¿se ha puesto peor?

—No es eso, muchacha—contestó don Víctor.

«¡Qué desfachatez! aquella joven ¿no consideraba que estaba casi desnuda?»

—Es que... es que... por si Anselmo se duerme y no oye la señal de don Tomás (Frígilis)... Como es tan bruto Anselmo... Quiero que tú me llames si oyes los tres ladridos... ya sabes... don Tomás...

—Sí, ya sé. Descuide usted, señor. En cuanto ladre don Tomás iré á llamarle. ¿No hay más?—añadió la rubia azafranada, con ojos provocativos.

—Nada más. Y acuéstate, que estás muy á la ligera y hace mucho frío.

Ella fingió un rubor que estaba muy lejos de su ánimo y volvió la espalda no muy cubierta. Don Víctor levantó entonces los ojos y pudo apreciar que eran, en efecto, encantos los que no velaba bien aquella chica.

Se cerró la puerta del cuarto de Petra y don Víctor emprendió de nuevo su majestuosa marcha por los pasillos.

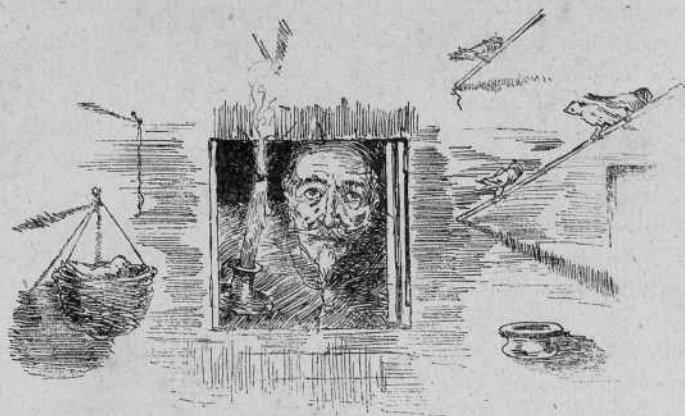
Pero antes de entrar en su cuarto se dijo:

—«Ea; ya que estoy levantado voy á dar un vistazo á mi gente.»

En un extremo de la galería de cristales había una puerta; la empujó suavemente y entró en la casa-habitación de sus pájaros que dormían el sueño de los justos.

Con la mano que llevaba libre hizo una pantalla para la luz de la palmatoria, y de puntillas se acercó á la canariera. No había novedad. Su visita inoportuna no fué notada más que por dos ó tres canarios, que movieron las alas estremeciéndose y ocultaron la cabeza entre la pluma. Siguió adelante. Las tórtolas también dormían; allí hubo ciertos murmullos de desaprobación, y don Víctor se alejó por no ser indiscreto. Se acercó á la jaula «del tordo más filarmónico de la provincia, sin vanidad.» El tordo estaba enhiesto sobre un travesaño, *con los hombros encogidos*; pero no

dormía. Sus ojos se fijaron de un modo impertinente en los de su amo y no quiso reconocerle. Toda la noche se hubiera estado el animalejo mira que te mirarás, con aire de desafío, sin bajar la mirada; «le conocía bien; era muy aragonés. ¡Y cómo se parecía á Ripa-



milán!» Siguió adelante. Quiso ver la codorniz; pero la salvaje africana se daba de cabezadas, asustada, contra el techo de lienzo de su jaula chata y la dejó tranquilizarse. Ante el reclamo de perdiz quedó extasiado. Si algún pensamiento impuro manchara acaso su conciencia poco antes, la contemplación del reclamo, aquella obra maestra de la naturaleza, le devolvió toda la elevación de miras y grandeza de espíritu que convenía al primer ornitólogo y al cazador sin rival de Vetusta.

Equilibrado el ánimo, volvió don Víctor al amor de las sábanas.

En aquella estancia dormían años atrás, en la cama dorada de Anita, él y ella, amantes esposos. Pero... habían coincidido en una idea.

Á ella le molestaba él con sus madrugones de cazador; á él le molestaba ella porque le hacía sacrificarse y madrugar menos de lo que debía, por no despertarla. Además, los pájaros estaban en una especie de destierro, muy lejos del amo. Traerlos cerca estando allí Anita sería una crueldad; no la dejarían dormir la mañana. Pero él ¡con qué deleite hubiera saboreado el primer silbido del tordo, el arrullo voluptuoso de las tórtolas, el monótono ritmo de la codorniz, el chas, chas cacofónico, dulce al cazador, de la perdiz huraña!

No se recuerda quien, pero él piensa que Anita, se atrevió á manifestar el deseo de una separación en cuanto al tálamo —*quo ad thorum*.—Fué acogida con mal disimulado júbilo la proposición tímida, y el matrimonio mejor avenido del mundo dividió el lecho. Ella se fué al otro extremo del caserón, que era caliente porque estaba al Mediodía, y él se quedó en su alcoba. Pudo Anita dormir en adelante la mañana, sin que nadie interrumpiera esta delicia; y pudo Quintanar levantarse con la aurora y recrear el oído con los cercanos conciertos matutinos de codornices, tordos, perdices, tórtolas y canarios. Si algo faltaba antes para la completa armonía de aquella pareja, ya estaba colmada su felicidad doméstica, por lo que toca á la concordia.

Y á este propósito solía decir don Víctor, recordando su magistratura:

«—La libertad de cada cual se extiende hasta el límite en que empieza la libertad de los demás; por tener esto en cuenta, he sido siempre feliz en mi matrimonio.»

Quiso dormir el poco tiempo de que disponía para ello, pero no pudo. En cuanto se quedaba trasvolado, soñaba que oía los tres ladridos de Frigilis.

¡Cosa extraña! Otras veces no le sucedía esto, dormía á pierna suelta y despertaba en el momento oportuno.

¡Habría sido la tila! Volvió á encender luz. Cogió el único libro que tenía sobre la mesa de noche. Era

un tomo de mucho bulto. «Calderón de la Barca» decían unas letras doradas en el lomo. Leyó.

Siempre había sido muy aficionado á representar comedias, y le deleitaba especialmente el teatro del siglo diez y siete. Deliraba por las costumbres de aquel tiempo en que se sabía lo que era honor y mantenerlo. Según él, nadie como Calderón entendía en achaques del puntillo de honor, ni daba nadie las estocadas que lavan reputaciones tan á tiempo, ni en el discreteo de lo que era amor y no lo era, le llegaba autor alguno á la suela de los zapatos. En lo de tomar justa y sabrosa venganza los maridos ultrajados, el divino don Pedro había discurrido como nadie y sin quitar á «El castigo sin venganza» y otros portentos de Lope el mérito que tenían, don Víctor nada encontraba como «El médico de su honra.»

— Si mi mujer — decía á Frigilis — fuese capaz de caer en liviandad digna de castigo...

— Lo cual es absurdo aun supuesto...

— Bien, pero suponiendo ese absurdo... yo le doy una sangría suelta.

Y hasta nombraba el albéitar á quien había de llamar y tapar los ojos, con todo lo demás del argumento. Tampoco le parecía mal lo de prender fuego á la casa y vengar secretamente el supuesto adulterio de su mujer. Si llegara el caso, que claro que no llegaría, él no pensaba prorrumpir en preciosa tirada de versos, porque ni era poeta ni quería calentarse al calor de su casa incendiada; pero en todo lo demás había de ser, dado el caso, no menos riguroso que tales y otros caballeros parecidos de aquella España de mejores días.

Frigilis opinaba que todo aquello estaba bien en las comedias, pero que en el mundo un marido no está para divertir al público con emociones fuertes, y lo que debe hacer en tan apurada situación es perseguir al seductor ante los tribunales y procurar que su mujer vaya á un convento.

—¡ Absurdo ! ¡ absurdo !—gritaba don Víctor—jamás se hizo cosa por el estilo en los gloriosos siglos de estos insignes poetas.

—Afortunadamente—añadía calmándose—yo no me veré nunca en el doloroso trance de escogitar medios para vengar tales agravios ; pero juro á Dios que llegado el caso, mis atrocidades serían dignas de ser puestas en décimas calderonianas.

Y lo pensaba como lo decía.

Todas las noches antes de dormir se daba un atracón de honra á la antigua, como él decía ; honra habladora, así con la espada como con la discreta lengua. Quintanar manejaba el florete, la espada española, la daga. Esta afición le había venido de su pasión por el teatro. Cuando *trabajaba* como aficionado, había comprendido en los numerosos duelos que tuvo en escena la necesidad de la esgrima, y con tal calor lo tomó, y tal disposición natural tenía, que llegó á ser poco menos que un maestro. Por supuesto, no entraba en sus planes matar á nadie ; era un espadachín lírico. Pero su mayor habilidad estaba en el manejo de la pistola ; encendía un fósforo con una bala á veinticinco pasos, mataba un mosquito á treinta y se lucía con otros ejercicios por el estilo. Pero no era jactancioso. Estimaba en poco su destreza ; casi nadie sabía de ella. Lo principal era tener aquella sublime idea del honor, tan propia para redondillas y hasta sonetos. Él era pacífico ; nunca había pegado á nadie. Las muertes que había firmado como juez, le habían causado siempre inapetencias, dolores de cabeza, á pesar de que se creía irresponsable.

Leía, pues, don Víctor á Calderón, sin cansarse, y próximo estaba á ver cómo se atravesaban con sendas quintillas dos valerosos caballeros que pretendían la misma dama, cuando oyó tres ladridos lejanos. « ¡ Era Frígilis ! »

Doña Ana tardó mucho en dormirse, pero su vigilia

ya no fué impaciente, desabrida. El espíritu se había refrigerado con el nuevo sesgo de los pensamientos. Aquel noble esposo á quien debía la dignidad y la independencia de su vida, bien merecía la abnegación constante á que ella estaba resuelta. Le había sacrificado su juventud: ¿por qué no continuar el sacrificio? No pensó más en aquellos años en que había una calumnia capaz de corromper la más pura inocencia; pensó en lo presente. Tal vez había sido providencial aquella aventura de la barca de Trébol. Si al principio, por ser tan niña, no había sacado ninguna enseñanza de aquella injusta persecución de la calumnia, más adelante, gracias á ella, aprendió á guardar las apariencias; supo, recordando lo pasado, que para el mundo no hay más virtud que la ostensible y aparatoso. Su alma se regocijó contemplando en la fantasía el holocausto del general respeto, de la admiración que como virtuosa y bella se le tributaba. En Vetusta, decir la Regenta era decir la perfecta casada. Ya no veía Anita la *estúpida existencia* de antes. Recordaba que la llamaban madre de los pobres. Sin ser beata, las más ardientes fanáticas la consideraban buena católica. Los más atrevidos Tenorios, famosos por sus temeridades, bajaban ante ella los ojos, y su hermosura se adoraba en silencio. Tal vez muchos la amaban, pero nadie se lo decía... Aquel mismo don Álvaro que tenía fama de atreverse á todo y conseguirlo todo, la quería, la adoraba sin duda alguna, estaba segura; más de dos años hacía que ella lo había conocido; pero él no había hablado más que con los ojos, donde Ana fingía no adivinar una pasión que era un crimen.

Verdad era que en estos últimos meses, sobre todo desde algunas semanas á esta parte, se mostraba más atrevido... hasta algo imprudente, él que era la prudencia misma, y sólo por esto digno de que ella no se irritara contra su infame intento... pero ya sabría con-

tenerle; si, ella le pondría á raya helándole con una mirada... Y pensando en convertir en carámbano á don Alvaro Mesía, mientras él se obstinaba en ser de fuego, se quedó dormida dulcemente.

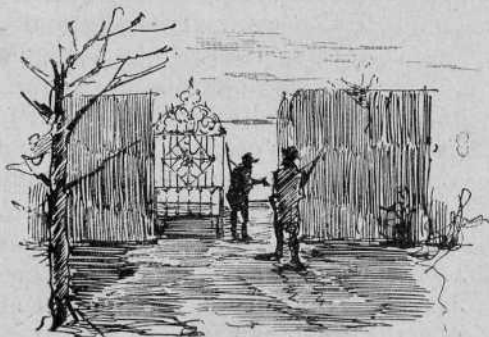
En tanto allá abajo, en el parque, miraba al balcón cerrado del tocador de la Regenta, don Víctor, pálido y ojeroso, como si saliera de una orgia; daba pataditas en el suelo para sacudir el frío y decía á Frigilis, su amigo...

—¡Pobrecita! ¡cuán agena estará, allá en su tranquilo sueño, de que su esposo la engaña y sale de casa dos horas antes de lo que ella piensa!...

Frigilis sonrió como un filósofo y echó á andar delante. Era un señor ni alto ni bajo, cuadrado; vestía cazadora de paño pardo; iba tocado con gorra negra con orejeras y por único abrigo ostentaba una inmensa bufanda, á cuadros, que le daba diez vueltas al cuello. Lo demás todo era utensilios y atributos de caza, pero sobrios, como los de un Nemrod.

Don Víctor, al llegar á la puerta del parque, volvió á mirar hacia el balcón, lleno de remordimientos.

—Anda, anda, que es tarde—murmuró Frigilis. No había amanecido.





IV

La familia de los Ozores era una de las más antiguas de Vetusta. Era el tal apellido de muchos condes y marqueses, y pocos nobles había en la ciudad que no fueran, por un lado ó por otro, algo parientes de tan ilustre linaje.

Don Carlos, padre de Ana, era el primogénito de un segundón del conde de Ozores. Don Carlos tuvo dos hermanas, Anunciación y Águeda, que con su padre habitaron mucho tiempo el caserón de sus mayores. La rama principal, la de los condes, vivía años hacía emigrada.

El primogénito del segundón quiso tener una carrera, ser algo más que heredero de algunas caserías, unos cuantos foros y un palacio achacoso de goteras. Fué ingeniero militar. Se portó como un valiente; en muchas batallas demostró grandes conocimientos en el arte de Vauban, construyó duraderos y bien dispuestos fuertes en varias costas, y llegó pronto á coronel de ejército, co-

mandante del cuerpo. Cansado de casamatas, cortinas, paralelas y castillos, procuróse un empleo en la corte y fué perdiendo sus aficiones militares, quedándose sólo con las científicas: prefirió la física, las matemáticas á las aplicaciones de tales ciencias, al arte, y cada día fué menos guerrero. Pero al mismo tiempo se entregaba á las delicias de Capua, y por fin, después de muchos amoríos, tuvo un amor serio, una pasión de sabio (ó cosa parecida) que ya no es joven.

Loco de amor se casó don Carlos Ozores á los treinta y cinco años con una humilde modista italiana que vivía en medio de seducciones sin cuento, honrada y pobre. Esta fué la madre de Ana que, al nacer, se quedó sin ella.

«—¡Menos mal!»—pensaban las hermanas de don Carlos allá en su caserón de Vetusta.

Su matrimonio había originado al coronel un rompimiento con su familia. Se escribieron dos cartas secas y no hubo más relaciones.

—Si viviera mi padre—pensaba Ozores—de fijo perdonaba este matrimonio desigual.

—¡Si viviera padre, moriría del disgusto!»—decían las solteronas implacables.

Toda la nobleza vetustense aprobaba la conducta de aquellas señoritas, que vieron un castigo de Dios en el desgraciado puerperio de la modista italiana, su cuñada indigna.

El palacio de los Ozores era de don Carlos; sus hermanas se lo dijeron en otra carta fría y lacónica:

«Estaban dispuestas á abandonarlo, si él lo exigía; sólo le pedían que pensase cómo se había de conservar aquel resto precioso de tanta nobleza.»

El coronel contestó «que por Dios y todos los santos continuasen viviendo donde habían nacido, que él se lo suplicaba por bien de la misma finca, que sin ellas se vendría á tierra.»

Las solteronas, sin contestar ni transigir en lo del matrimonio, se quedaron en el palacio para que no se derrumbara.

A don Carlos le dolió mucho que ni siquiera se le preguntase por su hija. La nobleza vetustense opinó que muerto el perro no se acabase la rabia; que la muerte providencial de la modista no era motivo suficiente para hacer las paces con el infame don Carlos ni para enterarse de la suerte de su hija.

Tiempo había para proteger á la niña, sin menoscabo de la dignidad, si, como era de presumir, la conducta loca de su padre le arrastraba á la pobreza. Además, se corrió por Vetusta que don Carlos se había hecho masón, republicano y por consiguiente ateo. Sus hermanas se vistieron de negro y en el gran salón, en el estrado, recibieron á toda la aristocracia de Vetusta, como si se tratara de visitas de duelo.

La estancia estaba casi á oscuras; por los grandes balcones no se dejaba pasar más que un rayo de luz; se hablaba poco, se suspiraba y se oía el aleteo de los abanicos.

—¡Cuánto mejor hubiese sido que se hubiera vuelto loco!—exclamó el marqués de Vegallana, jefe del partido conservador de Vetusta.

—¡Qué... loco!—contestó una de las hermanas, doña Anunciación.—Diga Vd., marqués, que ojalá Dios se acordase de él, antes que verle así.

Hubo unánime aprobación por señas. Muchas cabezas se inclinaron lánguidamente; y se volvió á suspirar. Aquello del republicanismo no necesitaba comentarios.

Don Carlos, en efecto, se había hecho liberal de los avanzados; y de los estudios físicos matemáticos había pasado á los filosóficos; y de results era un hombre que ya no creía sino lo que tocaba, hecha excepción de la libertad que no la pudo tocar nunca y creyó en ella muchos años. La vida de liberal en ejercicio

en aquellos tiempos tenía poco de tranquila. Don Carlos se dedicó á filósofo y á conspirador, para lo cual creyó oportuno pedir la absoluta.

«—Yo ingeniero, no podría conspirar nunca (creía en el espíritu de cuerpo); como particular puedo procurar la salvación del país por los medios más adecuados.»

No hay que pensar que era tonto don Carlos, sino un buen matemático, bastante instruído en varias materias. Pudo reunir una mediana biblioteca donde había no pocos libros de los condenados en el Índice. Amaba la literatura con ardor y era, por entonces, todo lo romántico que se necesitaba para conspirar con progresistas.

Lo que pudiera haber de falso y contradictorio en el carácter de don Carlos, era obra de su tiempo. No le faltaba talento, era apasionado y se asimilaba con facilidad ideas que entendía muy pronto, pero no se distinguía por lo original ni por lo prudente. Su amor propio de libre-pensador no había llegado á esa jerarquía del orgullo en que sólo se admite lo que uno crea para sí mismo. De todas maneras, era simpático.

De sus defectos su hija fué la víctima. Después de llorar mucho la muerte de su esposa, don Carlos volvió á pensar en asuntos que á él se le antojaban serios, como v. gr., propagar el libre examen dentro de círculo determinado de españoles; procurar el triunfo del sistema representativo en toda su integridad. Tanto valía entonces esto como dedicarse á bandolero sin protección, por lo que toca á la necesidad de vivir á salto de mata. Un conspirador no puede tener consigo una niña sin madre. Le hablaron de colegios, pero los aborrecía. Tomó un aya, una española inglesa que en nada se parecía á la de Cervantes, pues no tenía encantos morales, y de los corporales, si de alguno disponía, hacía mal uso. Esto lo ignoraba don Carlos,

que admitió el aya en calidad de católica liberal. Se le había dicho:

«—Es una mujer ilustrada, aunque española; educada en Inglaterra donde ha aprendido el noble espíritu de la tolerancia.»

Y además, curaba el entendimiento y el corazón á los niños con píldoras de la Biblia y pastillas de novela inglesa para uso de las familias. Era, en fin, una hipocritona de las que saben que á los hombres no les gustan las mujeres beatas, pero tampoco descreídas, sino, así un termino medio, que los hombres mismos no saben cómo ha de ser. La hipocresía de doña Camila llegaba hasta el punto de tenerla en el temperamento, pues siendo su aspecto el de una estatua anafrodita, el de un sér sin sexo, su pasión principal era la lujuria, satisfecha á la inglesa; una lujuria que pudiera llamarse metodista si no fuera una profanación.

Tuvo que emigrar don Carlos, y Ana quedó en poder de doña Camila, que por imprudencia imperdonable de Ozores se vió disponiendo á su antojo de la mayor parte de las rentas de su amo, cada vez más flacas, pues las conspiraciones cuestan caras al que las paga.

Aconsejaron los médicos aires del campo y del mar para la niña y el aya escribió á don Carlos que un su amigo, Iriarte, el que le había recomendado á doña Camila, vendía en una provincia del Norte, limítrofe de Vetusta, una casa de campo en un pueblecillo pintoresco, puerto de mar y saludable á todos los vientos. Ozores dió órdenes para que se vendiese como se pudiera en la provincia de Vetusta la poca hacienda que no había malbaratado antes, y la mitad del producto de tan loca enagenación la dedicó á la compra de aquella quinta de su amigo Iriarte. La otra mitad fué destinada al socorro de los patriotas más ó menos auténticos. En Vetusta no le quedaba más que su palacio que habitaban, sin pagar renta, las solteronas. La casa de

campo y los predios que la rodeaban y pertenecían, valían mucho menos de lo que podía presumir el conspirador, si juzgaba por lo que le costaban, pero él no paraba mientes en tal materia: se iba arruinando ni más ni menos que su patria; pero así como la lista civil le dolía lo mismo que si la pagase él entera, de las mangas y capirotos que hacían con sus bienes le importaba poco. No era todo desprendimiento; vagamente veía en lontananza un porvenir de indemnizaciones patrióticas que aunque estaban en el programa de su partido, á él no le alcanzaron.

Á las nuevas haciendas de don Carlos se fueron Anita, el aya, los criados y tras ellos el *hombre*, como llamó siempre la niña al personaje que turbaba no pocas veces el sueño de su inocencia. Era Iriarte, el amante de doña Camila y antiguo dueño de la casa de campo.

El aya había procurado seducir á don Carlos; sabía que su difunta esposa era una humilde modista, y ella, doña Camila Portocarrero, que se creía descendiente de nobles, bien podía aspirar á la sucesión de la italiana. Creyó que don Carlos se había casado por compromiso, que era un hombre que se casaba con la servidumbre. Conocía este tipo y sabía cómo se le trataba. Pero fué inútil. En el poco tiempo que pudo aprovechar para hacer la prueba de su sabio y complicado sistema de seducción, don Carlos no echó de ver siquiera que se le tendía una red amorosa. Por aquella época era él casi sansimoniano. Emigró Ozores y doña Camila juró odio eterno al ingrato, y consagró, con la paciencia de los reformistas ingleses, un culto de envidia póstuma á la modista italiana que había conseguido casarse con aquel estuco. Anita pagó por los dos.

El aya afirmaba en todas partes, entre interjecciones aspiradas, que la educación de aquella señorita de cuatro años exigía cuidados muy especiales. Con alusiones maliciosas, vagas y envueltas en misterios á la

condición social de la italiana, daba á entender que la ciencia de educar no esperaba nada bueno de aquel retoño de meridionales concupiscencias. En voz baja decía el aya que «la madre de Anita tal vez antes que modista había sido bailarina.»



De todas suertes, doña Camila se rodeó de precauciones pedagógicas y preparó á la infancia de Ana Ozores un verdadero gimnasio de moralidad inglesa. Cuando aquella planta tierna comenzó á asomar á flor de tierra se encontró ya con un rodrigón al lado para que creciese derecha. El aya aseguraba que Anita necesitaba aquel palo seco junto á sí y estar atada á él fuertemente. El palo seco era doña Camila. El encierro y el ayuno fueron sus disciplinas.

Ana que jamás encontraba alegría, risas y besos en la vida, se dió á soñar todo eso desde los cuatro años. En el momento de perder la libertad se desesperaba, pero sus lágrimas se iban secando al fuego de la imaginación, que le caldeaba el cerebro y las mejillas. La niña fantaseaba primero milagros que la salvaban de sus prisiones que eran una muerte, figurábase vuelos imposibles.

«Yo tengo unas alas y vuelo por los tejados, pensaba; me marchó como esas mariposas;» y dicho y hecho, ya no estaba allí. Iba volando por el azul que veía allá arriba.

Si doña Camila se acercaba á la puerta á escuchar por el ojo de la llave, no oía nada. La niña con los ojos muy abiertos, brillantes, los pómulos colorados, estaba horas y horas recorriendo espacios que ella creaba llenos de ensueños confusos, pero iluminados por una luz difusa que centelleaba en su cerebro.

Nunca pedía perdón; no lo necesitaba. Salía del encierro pensativa, altanera, callada; seguía soñando; la dieta le daba nueva fuerza para ello. La heroína de sus novelas de entonces era una madre. Á los seis años había hecho un poema en su cabecita rizada de un rubio oscuro. Aquel poema estaba compuesto de las lágrimas de sus tristezas de huérfana maltratada y de fragmentos de cuentos que oía á los criados y á los pastores de Loreto. Siempre, que podía se escapaba de casa; corría sola por los prados, entraba en las cabañas donde la conocían y acariciaban, sobre todo los perros grandes; solía comer con los pastores. Volvía de sus correrías por el campo, como la abeja con el jugo de las flores, con material para su poema. Como Poussin cogía yerbas en los prados para estudiar la naturaleza que trasladaba al lienzo, Anita volvía de sus escapatorias de salvaje con los ojos y la fantasía llenos de tesoros que fueron lo mejor que gozó en su vida. Á los vein-

tisiete años Ana Ozores hubiera podido contar aquel poema desde el principio al fin, y eso que en cada nueva edad le había añadido una parte. En la primera había una paloma encantada con un alfiler negro clavado en la cabeza: era la reina mora; su madre, la madre de Ana que no parecía. Todas las palomas con manchas negras en la cabeza podían ser una madre, según la lógica poética de Anita.

La idea del libro, como manantial de mentiras hermosas, fué la revelación más grande de toda su infancia. ¡Saber leer! esta ambición fué su pasión primera. Los dolores que doña Camila le hizo padecer antes de conseguir que aprendiera las sílabas, perdonóselos ella de todo corazón. Al fin supo leer. Pero los libros que llegaban á sus manos no le hablaban de aquellas cosas con que soñaba. No importaba; ella les haría hablar de lo que quisiese.

Le enseñaban geografía; donde había enumeraciones fatigosas de ríos y montañas, veía Ana aguas corrientes, cristalinas y la sierra con sus pinos altísimos y soberbios troncos; nunca olvidó la definición de isla, porque se figuraba un jardín rodeado por el mar; y era un contento. La historia sagrada fué el maná de su fantasía en la aridez de las lecciones de doña Camila. Adquirió su poema formas concretas, ya no fué nebuloso; y en las tiendas de los israelitas, que ella bordó con franjas de colores, acamparon ejércitos de bravos marineros de Loreto, de pierna desnuda, musculosa y velluda, de gorro catalán, de rostro curtido, triste y bondadoso, barba espesa y rizada y ojos negros.

La poesía épica predomina lo mismo que en la infancia de los pueblos en la de los hombres. Ana soñó en adelante más que nada batallas, una Iliada, mejor, un Ramayana sin argumento. Necesitaba un héroe y le encontró: Germán, el niño de Colondres. Sin que él sospechara las aventuras peligrosas en que su amiga le

metía, se dejaba querer y acudía á las citas que ella le daba en la barca de Trébol.

Nada le decía de aquellas grandes batallas que le obligaba á ganar en el extremo Oriente, en las que ella le asistía haciendo el papel de reina consorte, con arranques de amazona. Algunas veces le propuso, hablándole al oído, viajes muy arriesgados á países remotos que él ni de nombre conocía. Germán aceptaba inmediatamente, y estaba dispuesto á convertirse en diligencia si Ana aceptaba el cargo de mula, ó viceversa. No era eso. La niña quería ir á tierra de moros de verdad, á matar infieles ó á convertirlos, como Germán quisiera. Germán prefería matarlos; y dicho y hecho se metían en la barca, mientras el barquero dormía á la sombra de un cobertizo en la orilla. Á costa de grandes sudores conseguían un ligero balanceo del gran navío que tripulaban y entonces era cuando se creían bogando á toda vela por mares nunca navegados.

Germán gritaba:

—Orza!... á babor, á estribor! hombre al agua!... un tiburón!...

Pero tampoco era aquello lo que quería Anita; quería marchar de veras, muy lejos, huyendo de doña Camila. La única ocasión en que Germán correspondió al tipo ideal que de su carácter y prendas se había forjado Anita, fué cuando aceptó la escapatoria nocturna para ver juntos la luna desde la barca y contarse cuentos. Este proyecto le pareció más viable que el de irse á Morería y se llevó á cabo. Ya se sabe cómo entendió la grosera y lasciva doña Camila la aventura de los niños. Era de tal índole la maldad de esta hembra, que daba por buenas las desazones que el lance pudiera causarle, por la responsabilidad que ella tenía, con tal de ver comprobados por los hechos sus pronósticos.

«—Como su madre!—decía á las personas de con-

fianza—*¡improper! improper!* Si ya lo decía yo! El ins-tinto... la sangre... No basta la educación contra la naturaleza.»

Desde entonces educó á la niña sin esperanzas de salvarla; como si cultivara una flor podrida ya por la mordedura de un gusano. No esperaba nada, pero cumplía su deber. Loreto era una aldea, y como doña Camila refería la aventura á quien la quisiera oír, llo-rando la infeliz, rendida bajo el peso de la responsa-bilidad (y ella poco podía contra la naturaleza), el es-cándalo corrió de boca en boca, y hasta en el casino se supo lo de aquella confesión á que se obligó á la reo. Se discutió el caso fisiológicamente. Se forma-ron partidos; unos decían que bien podía ser, y se citaban multitud de ejemplos de precocidad seme-jante.

—Créanlo Vds.—decía el amante de doña Camila— el hombre nace naturalmente malo, y la mujer lo mis-mo.

Otros negaban la verosimilitud del hecho cuando menos.

«—Si ponen Vds. eso en un libro, nadie lo creerá.»

Ana fué objeto de curiosidad general. Querían verla, desmenuzar sus gestos, sus movimientos para ver si se le conocía en algo.

—Lo que es desarrollada lo está y mucho, para su edad...—decía el hombre de doña Camila, que saborea-ba por adelantado la lujuria de lo porvenir.

—En efecto, parece una mujercita.

Y se la devoraba con los ojos; se deseaba un mila-groso crecimiento instantáneo de aquellos encantos que no estaban en la niña sino en la imaginación de los socios del casino.

Á Germán, que no pareció por Loreto, se le atribuían quince años. «Por este lado no había dificultad.»

Doña Camila se creyó obligada en conciencia á indi-

car algo á la familia. Al padre no; sería un golpe de muerte. Escribió á las tías de Vetusta.

«¡Era el último porrazo! El nombre de los Ozores deshonrado! porque al fin Ozores era la niña, aunque indigna.»

Entonces doña Anuncia, la hermana mayor, escribió á don Carlos, porque el caso era apurado. No le contaba el lance de la deshonra *c* por *b*, porque ni sabía cómo había sido, ni era decente referir á un padre tales escándalos, ni una señorita, una soltera, aunque tuviese más de cuarenta años, podía descender á ciertos pormenores. Se le escribió á don Carlos nada más que esto: que era preciso llevar consigo á Anita, pues si la niña no vivía al lado de su padre, corría grandes riesgos, si no estaba en peligro inminente, el honor de los Ozores. Don Carlos entonces no podía restituirse á la patria, como él decía.

Pasaron años, pudo y quiso acogerse á una amnistía y volvió desengañado. Doña Camila y Ana se trasladaron á Madrid y allí vivían parte del año los tres juntos, pero el verano y el otoño los pasaban en la quinta de Loreto.

La calumnia con que el aya había querido manchar para siempre la pureza virginal de Anita se fué desvaneciendo; el mundo se olvidó de semejante absurdo, y cuando la niña llegó á los catorce años ya nadie se acordaba de la grosera y cruel impostura, á no ser el aya, su hombre, que seguía esperando, y las tías de Vetusta. Pero se acordaba y mucho Ana misma. Al principio la calumnia habíale hecho poco daño, era una de tantas injusticias de doña Camila; pero poco á poco fué entrando en su espíritu una sospecha, aplicó sus potencias con intensidad increíble al enigma que tanta influencia tenía en su vida, que á tantas precauciones obligaba al aya; quiso saber lo que era aquel pecado de que la acusaban, y en la maldad de doña Camila y

en la torpe vida, mal disimulada, de esta mujer, se afiló la malicia de la niña que fué comprendiendo en qué consistía tener honor y en qué perderlo; y como todos daban á entender que su aventura de la barca de Trébol había sido una vergüenza, su ignorancia dió por cierto su pecado. Mucho después, cuando su inocencia perdió el último velo y pudo ella ver claro, ya estaba muy lejos aquella edad; recordaba vagamente su amistad con el niño de Colondres, sólo distinguía bien el recuerdo del recuerdo, y dudaba, dudaba si había sido culpable de todo aquello que decían. Cuando ya nadie pensaba en tal cosa, pensaba ella todavía, y confundiendo actos inocentes con verdaderas culpas, de todo iba desconfiando. Créyó en una gran injusticia que era la ley del mundo, porque Dios quería; tuvo miedo de lo que los hombres opinaban de todas las acciones, y contradiciendo poderosos instintos de su naturaleza, vivió en perpetua escuela de disimulo, contuvo los impulsos de espontánea alegría; y ella, antes altiva, capaz de oponerse al mundo entero, se declaró vencida, siguió la conducta moral que se le impuso, sin discutirla, ciegamente, sin fe en ella, pero sin hacer traición nunca.

Ya era así cuando su padre volvió de la emigración. No le satisfizo aquel carácter.

¿No se le había dicho que la niña era un peligro para el honor de los Ozores? Pues él veía, por el contrario, una muchacha demasiado tímida y reservada, de una prudencia exagerada para sus años. Ya le pesaba de haber entregado su hija á la gazmoñería inglesa que, según él, no servía para la raza latina. Volvía de la emigración muy latino. Afortunadamente allí estaba él para corregir aquella educación viciosa. Despidió á doña Camila y se encargó de la instrucción de su hija. En el extranjero se había hecho don Carlos más filósofo y menos político. Para España no había salva-

ción. Era un pueblo gastado. América se tragaba á Europa, además. Le preocupaban mucho las carnes en conserva que venían de los Estados Unidos.

«—Nos comen, nos comen. Somos pobres, muy pobres, unos miserables que sólo entendemos de tomar el sol.»

El sí era pobre, y más cada día, pero achacaba su estrechez á la decadencia general, á la falta de sangre en la raza y otros disparates. Le quedaban la biblioteca, que había mejorado, y los amigos, nuevos, por supuesto.

Todos los días se ponía á discusión delante de Ana, al tomar café, la divinidad de Cristo. Unos le llamaban el primer demócrata. Otros decían que era un símbolo del sol y los apóstoles las constelaciones del Zodiaco.



Ana procuraba retirarse en cuanto podía hacerlo sin ofender la susceptibilidad de aquel libre-pensador que era su padre. ¡Con qué tristeza pensaba la niña, sin querer pensarlo, que los amigos de su padre eran personas poco delicadas, habladores temerarios! Y su mismo papá, esto era lo peor, y había que pensarlo también, su querido papá que era un hombre de talento, capaz de inventar la pólvora, un reloj, el telégrafo,

cualquier cosa, se iba volviendo loco á fuerza de filosofar, y no sabía vivir con una hija que ya entendía más que él de asuntos religiosos.

Aquella sumisión exterior, aquel sacrificio de la vida ordinaria, de las relaciones vulgares á las preocupaciones y á las injusticias del mundo no eran hipocresía en Anita, no eran la careta del orgullo; pero no podía juzgarse por tales apariencias de lo que pasaba dentro de ella. Así como en la infancia se refugiaba dentro de su fantasía para huir de la prosáica y necia persecución de doña Camila, ya adolescente se encerraba también dentro de su cerebro para compensar las humillaciones y tristezas que sufría su espíritu. No osaba ya oponer los impulsos propios á lo que creía conjuración de todos los necios del mundo, pero á sus solas se desquitaba. El enemigo era más fuerte, pero á ella le quedaba aquel reducto inexpugnable.

Nunca le habían enseñado la religión como un sentimiento que consuela; doña Camila entendía el Cristianismo como la Geografía ó el arte de coser y planchar; era una asignatura de adorno ó una necesidad doméstica. Nada le dijo contra el dogma, pero jamás la dulzura de Jesús procuró explicársela con un beso de madre. María Santísima era la Madre de Dios, en efecto; pero una vez que Ana volvió del campo diciendo que la Virgen, según le constaba á ella, lavaba en el río los pañales del Niño Jesús, doña Camila, indignada, exclamó:

—¡*Improprio!* ¿quién le inculcará á esta chiquilla estas sandeces del vulgo?

En este particular don Carlos aprobaba el criterio de doña Camila; precisamente él creía que el Misterio de la Encarnación era como la lluvia de oro de Júpiter; y remontándose más, en virtud de la Mitología comparada, encontraba en la religión de los indios dogmas parecidos!

Ana en casa de su padre disponía de pocos libros devotos. Pero en cambio, sabía mucha Mitología, con velos y sin ellos.

Sólo aquello que el rubor más elemental manda que se tape, era lo que ocultaba don Carlos á su hija. Todo lo demás podía y debía conocerlo. ¿Por qué nó? Y con multitud de citas explicaba y recomendaba Ozores la educación *omnilateral* y *armónica*, como la entendía él.

—Yo quiero— concluía — que mi hija sepa el bien y el mal para que libremente escoja el bien; porque si no ¿qué mérito tendrán sus obras?

Sin embargo, si su hija fuese funámbula y trabajase en el alambre, don Carlos pondría una red debajo, aunque perdiese mérito el ejercicio.

De las novelas modernas algunas le prohibía leer, pero en cuanto se trataba de arte clásico «de verdadero arte», ya no había velos, podía leerse todo. El romántico Ozores era clásico después de su viaje por Italia.

—¡El arte no tiene sexo! — gritaba. — Vean ustedes, yo entrego á mi hija esos grabados que representan el arte antiguo, con todas las bellezas del desnudo que en vano queríamos imitar los modernos. ¡Ya no hay desnudo! Y suspiraba.

La Mitología llegó á conocerla Anita como en su infancia la historia de Israel.

—*Honni soit qui mal y pense!* — repetía don Carlos; — y lo otro de: *Oh, procul, procul estote prophani.*

Y no tomaba más precauciones.

Por fortuna en el espíritu de Ana la impresión más fuerte del arte antiguo y de las fábulas griegas, fué puramente estética; se excitó su fantasía, sobre todo, y, gracias á ella, no á don Carlos, aquel inoportuno estudio del desnudo clásico no causó estragos.

La muchacha envidiaba á los dioses de Homero que vivían como ella había soñado que se debía vivir, al

aire libre, con mucha luz, muchas aventuras y sin la férula de un aya semi-inglesa.

También envidiaba á los pastores de Teócrito, Bión y Mosco; soñaba con la gruta fresca y sombría del Cíclope enamorado, y gozaba mucho, con cierta melancolía, trasladándose con sus ilusiones á aquella Sicilia ardiente que ella se figuraba como un nido de amores. Pero como de abandonarse á sus instintos, á sus ensueños y quimeras se había originado la nebulosa aventura de la barca de Trébol, que la avergonzaba todavía, miraba con desconfianza, y hasta repugnancia moral, cuanto hablaba de relaciones entre hombres y mujeres, si de ellas nacía algún placer, por ideal que fuese. Aquellas confusiones, mezcla de malicia y de inocencia, en que la habían sumergido las calumnias del aya y los groseros comentarios del vulgo, la hicieron fría, desabrida, huraña para todo lo que fuese amor, según se lo figuraba. Se la había separado sistemáticamente del trato íntimo de los hombres, como se aparta del fuego una materia inflamable. Doña Camila la educaba como si fuera un polvorín. «Se había equivocado su natural instinto de la niñez; aquella amistad de Germán había sido un pecado, ¿quién lo diría? Lo mejor era huir del hombre. No quería más humillaciones». Esta aberración de su espíritu la facilitaban las circunstancias. Don Carlos no tenía más amistad que la de unos cuantos hongos, filosofastros y conspiradores; estos caballeros debían de estar solos en el mundo; si tenían hijos y mujer, no los presentaban ni hablaban de ellos nunca. Anita no tenía amigas. Además don Carlos la trataba como si fuese ella el arte, como si no tuviera sexo. Era aquella una educación neutra. Á pesar de que Ozores pedía á grito pelado la emancipación de la mujer y aplaudía cada vez que en París una dama le quemaba la cara con vitriolo á su amante, en el fondo de su

conciencia tenía á la hembra por un sér inferior, como un buen animal doméstico. No se paraba á pensar lo que podía necesitar Anita. Á su madre la había querido mucho, le había besado los piés desnudos durante la luna de miel, que había sido exagerada; pero poco á poco, sin querer, había visto él también en ella á la antigua modista, y la trató al fin como un buen amo, suave y contento. Fuera por lo que fuere, él creía cumplir con Anita llevándola al Museo de Pinturas, á la Armería, algunas veces al Real y casi siempre á paseo con algunos libre-pensadores, amigos suyos, que se paraban para discutir á cada diez pasos. Eran de esos hombres que casi nunca han hablado con mujeres. Esta especie de varones, aunque parece rara, abunda más de los que pudiera creerse. El hombre que no habla con mujeres se suele conocer en que habla mucho de la mujer en general; pero los amigos de Ozores ni esto hacían; eran pinos solitarios del Norte que no suspiraban por ninguna palmera del Mediodía.

Aunque Ana llegaba á la edad en que la niña ya puede gustar como mujer, no llamaba la atención; nadie se había enamorado de ella. Entre doña Camila y don Carlos habían ajado las rosas de su rostro; aquella turgencia y expansión de formas que al amante del aya le arrancaban chispas de los ojos, habían contenido su crecimiento; Anita iba á transformarse en mujer cuando parecía muy lejos aún de esta crisis; estaba delgada, pálida, débil; sus quince años eran ingratos: á los diez tenía las apariencias de los trece, y á los quince representaba dos menos.

Como todavía no se ha convenido en mantener á costa del Erario á los filósofos, don Carlos que no se ocupaba más que en arreglar el mundo y condenarlo tal como era, se vió pronto en apurada situación económica.

«—Ya estaba cansado; bastante había combatido en la vida» según él, y no se le ocurrió buscar trabajo; no quería trabajar más. Prefirió retirarse á su quinta de Loreto, accediendo á las súplicas de Anita que se lo pedía con las manos en cruz. La pobre muchacha se aburría mucho en Madrid. Mientras á su imaginación le entregaban á Grecia, el Olimpo, el Museo de Pinturas, ella, Ana Ozores, la de carne y hueso, tenía que vivir en una calle estrecha y oscura, en un mísero entresuelo que se le caía sobre la cabeza. Ciertas vecinas querían llevarla á paseo, á una tertulia y á los teatros extraviados que ellas frecuentaban. La pobreza en Madrid tiene que ser ó resignada ó cursi. Aquellas vecinas eran cursis. Anita no podía sufrirlas; le daban asco ellas, su tertulia y sus teatros. Pronto la llamaron el comino orgulloso, la mona sabia. Los seis meses de aldea los pasaba mucho mejor, aun con ser aquel lugar el de su antiguo cautiverio y el de la aventura de la barca, y la calumnia subsiguiente. Pero de cuantos podrían recordarle aquella *vergüenza*, sólo veía ella al señor Iriarte, el hombre del aya, que visitaba á don Carlos y miraba á la niña con ojos de cosechero que se prepara á recoger los frutos.

Cuando don Carlos decidió vivir en Loreto todo el año, para hacer economías, Ana le besó en los ojos y en la boca y fué por un día entero la niña expansiva y alegre que había empezado á brotar antes de ser trasplantada al invernadero pedagógico de doña Camila.

Otros años se llevaba á la aldea algún cajón de libros: esta vez se mandó con el maragato la biblioteca entera, el orgullo legítimo de don Carlos.

Un día de sol, en Mayo, Ana que se preparaba á una vida nueva, por dentro, cantaba alegre limpiando los estantes de la biblioteca en la quinta. Colocaba en los cajones los libros, después de sacudirles el polvo,

por el orden señalado en el catálogo escrito por don Carlos.

Vió un tomo en francés, forrado de cartulina amarilla; creyó que era una de aquellas novelas que su padre le prohibía leer y ya iba á dejar el libro cuando leyó en el lomo: *Confesiones de San Agustín*.

¿Qué hacía allí San Agustín?

Don Carlos era un libre-pensador que no leía libros de santos, ni de curas, ni de *neos*, como él decía. Pero San Agustín era una de las pocas excepciones. Le consideraba como filósofo.

Ana sintió un impulso irresistible; quiso leer aquel libro inmediatamente. Sabía que San Agustín había sido un pagano libertino, á quien habían convertido voces del cielo por influencia de las lágrimas de su madre Santa Mónica. No sabía mas. Dejó caer el plumero con que sacudía el polvo; y en pié, bañados por un rayo de sol su cabeza pequeña y rizada y el libro abierto, leyó las primeras páginas. Don Carlos no estaba en casa. Ana salió con el libro debajo del brazo; fué á la huerta. Entró en el cenador, cubierto de espesa enredadera perenne. Las sombras de las hojuelas de la bóveda verde jugueteaban sobre las hojas del libro, blancas y negras y brillantes; se oía cerca, detrás, el murmullo discreto y fresco del agua de una acequia que corría despacio calentándose al sol; fuera de la huerta sonaban las ramas de los altos álamos con el suave castañeteo de las hojas nuevas y claras que brillaban como lanzas de acero.

Ana leía con el alma agarrada á las letras. Cuando concluía una página, ya su espíritu estaba leyendo al otro lado. Aquello sí que era nuevo. Toda la Mitología era una locura, según el santo. Y el amor, aquel amor, lo que ella se figuraba, pecado, pequeñez; un error, una ceguera. Bien había hecho ella en vivir prevenida. Recordó que en Madrid dos estudiantes le habían

escrito cartas á que ella no contestaba. Era su única aventura, después de la vergüenza de la Barca de Trébol. El santo decía que los niños son por instinto malos, que su perversión innata hace gozar y reir á los que los aman; pero sus gracias son defectos; el egoísmo, la ira, la vanidad les impulsan.

«—Es verdad, es verdad»—pensaba ella arrepentida.

Pero entonces hacía falta otra cosa. ¿Aquel vacío de su corazón iba á llenarse? Aquella vida sin alicientes, negra en lo pasado, negra en lo porvenir, inútil, rodeada de inconvenientes y necesidades ¿iba á terminar? Como si fuera un estallido, sintió dentro de la cabeza un «sí» tremendo que se deshizo en chispas brillantes dentro del cerebro. Pasaba esto mientras seguía leyendo; aún estaba aturdida, casi espantada por aquella voz que oyera dentro de sí, cuando llegó al pasaje en donde el santo refiere que paseándose él también por un jardín oyó una voz que le decía «*Tole, lege*» y que corrió al texto sagrado y leyó un versículo de la Biblia... Ana gritó, sintió un temblor por toda la piel de su cuerpo y en la raíz de los cabellos como un soplo que los erizó y los dejó erizados muchos segundos.

Tuvo miedo de lo sobrenatural; creyó que iba á aparecerse algo... Pero aquel pánico pasó, y la pobre niña sin madre sintió dulce corriente que le suavizaba el pecho al subir á las fuentes de los ojos. Las lágrimas agolpándose en ellos le quitaban la vista.

Y lloró sobre las Confesiones de San Agustín, como sobre el seno de una madre. Su alma se hacía mujer en aquel momento.

Por la tarde acabó de leer el libro. Dejó los últimos capítulos que no entendía.

De noche, en la biblioteca, discutían don Carlos, un clérigo de Loreto y varios aficionados á la filosofía y á la buena sidra, que prodigaba el arruinado Ozores por tal de tener contrincantes. Decía que pensar á solas es

pensar á medias. Necesitaba una oposici3n. El capellán quer3a dejar bien puesto el pabell3n de la Iglesia y pasar agradablemente las noches que se hac3an eternas en Loreto, aun en primavera.

Ana, sentada lejos, casi hundida y perdida en una butaca grande de gutapercha, de grandes orejas, donde hab3a ella soñado mucho despierta, soñaba tambi3n ahora con los ojos muy abiertos, inm3viles. Pensaba en san Agust3n; se le figuraba con gran mitra dorada y capa de raso y oro, recorriendo el desierto en un África que poblaba ella de fieras y de palmeras que llegaban á las nubes. Era, como en la infancia, un delicioso imaginar; otro canto de su poema. Sólo con recordar la dulzura de san Agust3n al reconciliarse en su cátedra con un amigo que asisti3 á oirle, del cual viv3a separado, sent3a Ana inefable ternura que le hac3a amar al universo entero en aquel obispo.

En el mismo instante juraba don Carlos que el cristianismo era una importaci3n de la Bactriana.

No estaba seguro de que fuera Bactriana lo que hab3a leído, pero en sus disputas de la aldea era poco escrupuloso en los datos hist3ricos, porque contaba con la ignorancia del concurso.

El capellán no sab3a lo que era la Bactriana; y así le parec3a el más ridículo y gracioso disparate la ocurrencia de traer de allí el cristianismo.

Y muerto de risa dec3a:

—Pero hombre, buena *Batrania* te dé Dios; ¿d3nde ha leído eso el señor Ozores?

«El capellán no era un san Agust3n—pensaba Anita;—no, porque san Agust3n no beber3a sidra ni refutar3a tan mal argumentos como los de su padre. No importaba, el clérigo ten3a raz3n y eso bastaba; dec3a grandes verdades sin saberlo». Don Carlos en aquel momento se puso á defender á los maniqueos.

—Menos absurdo me parece creer en un Dios bueno

y otro malo, que creer en Jehová Eloïm que era un dèspota, un dictador, un polaco.

«¡ Su padre era maniqueo ! Buenos ponía á los maniqueos san Agustín, que también había creído errores así. Pero su padre llegaría á convertirse ; como ella, que tenía lleno el corazón de amor para todos y de fe en Dios y en el santo obispo de Hiponax.»

Después, buscando en la biblioteca, halló el *Genio del Cristianismo*, que fué una revelación para ella. Probar la religión por la belleza le pareció la mejor ocurrencia del mundo. Si su razón se resistía á los argumentos de Chateaubriand, pronto la fantasía se declaraba vencida y con ella el albedrío.

—«Valiente mequetrefe era el señor Chateaubriand, según don Carlos. Él tenía sus obras porque el estilo no era malo».—Se hablaba muy mal de Chateaubriand por aquel tiempo en todas partes.

Después leyó Ana *Los Mártires*. Ella hubiera sido de buen grado Cimodocea, su padre podía pasar por un Demodoco bastante regular, sobre todo después de su viaje á Italia que le había hecho pagano. Pero ¿Eudoro ? ¿dónde estaba Eudoro ? Pensó en Germán. ¿Qué habría sido de él ?

Difícil le fué encontrar entre los libros de su padre otros que hablasen, para bien se entiende, de religión. Un tomo del *Parnaso Español* estaba consagrado á la poesía religiosa. Los más eran versos pesados, oscuros, pero entre ellos vió algunos que le hicieron mejor impresión que el mismo Chateaubriand. Unas quintillas de Fray Luís de León comenzaban así:

Si quieres, como algún día,
alabar rubios cabellos,
alaba los de María,
más dorados y más bellos
que el sol claro al medio-día.

El poeta eclesiástico que olvidaba otros cabellos para alabar los de María, le pareció sublime en su ternura; aquellos cinco versos despertaron en el corazón de Ana lo que puede llamarse el *sentimiento de la Virgen*, porque no se parece á ningún otro. Y aquella fué su locura de amor religioso.

María, además de Reina de los Cielos, era una Madre, la de los afligidos. Aunque se le hubiese presentado no hubiera tenido miedo. La devoción de la Virgen entró con más fuerza que la de san Agustín y la de Chateaubriand en el corazón de aquella niña que se estaba convirtiendo en mujer. El Ave María y la Salve adquirieron para ella nuevo sentido. Rezaba sin cesar. Pero no bastaba aquello, quería más, quería inventar ella misma oraciones.

Don Carlos tenía también el *Cantar de los cantares*, en la versión poética de San Juan de la Cruz. Estaba entre los libros prohibidos para Anita.

—Á mí no me la dan—decía don Carlos guiñando un ojo;—esta *amada* podrá ser la Iglesia, pero... yo no me fio... no me fio...

Y disparataba sin conciencia; porque él, incapaz de calumniar á sus semejantes, cuando se trataba de santos y curas creía que no estaba de más.

Ana leyó los versos de San Juan y entonces sintió la lengua expedita para improvisar oraciones; las recitaba en verso en sus paseos solitarios por el monte de Loreto que olía á tomillo y caía á pico sobre el mar.

Versos á lo *San Juan*, como se decía ella, le salían á borbotones del alma, hechos de una pieza, sencillos, dulces y apasionados; y hablaba con la Virgen de aquella manera.

Notaba Anita, excitada, nerviosa—y sentía un dolor extraño en la cabeza al notarlo—una misteriosa analogía entre los versos de San Juan y aquella fragancia del tomillo que ella pisaba al subir por el monte.

Verdad era que de algún tiempo á aquella parte su pensamiento, sin que ella quisiese, buscaba y encontraba secretas relaciones entre las cosas, y por todas sentía un cariño melancólico que acababa por ser una jaqueca aguda.

Una tarde de otoño, después de admitir una copa de cumín que su padre quiso que bebiera detrás del café, Anita salió sola, con el proyecto de empezar á escribir un libro, allá arriba, en la hondonada de los pinos que ella conocía bien; era *una obra* que días antes había imaginado, una colección de poesías «Á la Virgen».

Don Carlos le permitía pasear sin compañía cuando subía al monte de los tomillares por la puerta del jardín; por allí no podía verla nadie, y al monte no se subía más que á buscar leña.

Aquel día su paseo fué más largo que otras veces. La cuesta era ardua, el camino como de cabras; pavorosos acantilados á la derecha caían á pico sobre el mar, que deshacía su cólera en espuma con bramidos que llegaban á lo alto como ruidos subterráneos. Á la izquierda los tomillares acompañaban el camino hasta la cumbre, coronada por pinos entre cuyas ramas el viento imitaba como un eco la queja inextinguible del océano. Ana subía á paso largo. El esfuerzo que exigía la cuesta la excitaba; se sentía calenturienta; de sus mejillas, entonces siempre heladas, brotaba fuego, como en lejanos días. Subía con una ansiedad apasionada, como si fuera camino del cielo por la cuesta arriba.

Después de un recodo de la senda que seguía, Ana vió de repente nuevo panorama; Loreto quedó invisible. En frente estaba el mar, que antes oía sin verlo; el mar, mucho mayor que visto desde el puerto, más pacífico, más solemne; desde allí las olas no parecían sacudidas violentas de una fiera enjaulada, sino el rit-

mo de una canción sublime, vibraciones de placas sonoras, iguales, simétricas, que iban de Oriente á Occidente. En los últimos términos del Ocaso columbraba un anfiteatro de montañas que parecían escala de gigantes para ascender al cielo; nubes y cumbres se confundían, y se mandaban reflejados sus colores. En lo más alto de aquel *cumulus* de piedra azulada Ana divisó un punto; sabía que era un santuario. Allí estaba la Virgen. En aquel momento todos los celajes del ocaso se rasgaban brotando luz de sus entrañas para formar una aureola á la Madre de Dios, que tenía en aquella cima su templo. La puesta del sol era una apoteosis. Las velas de las lanchas de Loreto, hundidas en la sombra del monte, allá abajo, parecían palomas que volaban sobre las aguas.

Al fin llegó Ana á la *hondonada de los pinos*. Era una cañada entre dos lomas bajas coronadas de arbustos y con algunos ejemplares muy lucidos del árbol que le daba nombre. El cauce de un torrente seco dejaba ver su fondo de piedra blanquecina en medio de la cañada; un pájaro, que á la niña se le antojó ruiñeñor, cantaba escondido en los arbustos de la loma de poniente. Ana se sentó sobre una piedra cerca del cauce seco. Se creía en el desierto. No había allí ruido que recordara al hombre. El mar que ya no veía ella, volvía á sonar como murmullo subterráneo; los pinos sonaban como el mar y el pájaro como un ruiñeñor. Estaba segura de su soledad. Abrió un libro de memorias, lo puso en sus rodillas, y escribió con lápiz en la primera página: «Á la Virgen.»

Meditó, esperando la inspiración sagrada.

Antes de escribir dejó hablar al pensamiento.

Cuando el lápiz trazó el primer verso, ya estaba terminada, dentro del alma, la primera estancia. Siguió el lápiz corriendo sobre el papel, pero siempre el alma iba más deprisa; los versos engendraban los versos,

como un beso provoca ciento; de cada concepto amoroso y rítmico brotaban enjambres de ideas poéticas, que nacían vestidas con todos los colores y perfumes de aquel decir poético, sencillo, noble, apasionado.



Cuando todavía el pensamiento seguía dictando á borbotones, tuvo la mano que renunciar á seguirle, porque el lápiz ya no podía escribir; los ojos de Ana no veían las letras ni el papel, estaban llenos de lágrimas. Sentía latigazos en las sienes, y en la garganta mano de hierro que apretaba.

Se puso en pié, quiso hablar, gritó; al fin su voz resonó en la cañada; calló el supuesto ruiñeñor, y los ver-

sos de Ana, recitados como una oración entre lágrimas, salieron al viento repetidos por las resonancias del monte. Llamaba con palabras de fuego á su Madre Celestial. Su propia voz la entusiasmó, sintió escalofríos, y ya no pudo hablar: se doblaron sus rodillas, apoyó la frente en la tierra. Un espanto místico la dominó un momento. No osaba levantar los ojos. Temía estar rodeada de lo sobrenatural. Una luz más fuerte que la del sol atravesaba sus párpados cerrados. Sintió ruido cerca, gritó, alzó la cabeza despavorida... no tenía duda, una zarza de la loma de enfrente se movía... y con los ojos abiertos al milagro, vió un pajaró oscuro salir volando de un matorral y pasar sobre su frente.





V

LA señorita doña Anunciación Ozores había llegado á los cuarenta y siete años sin salir de la provincia de Vetusta. Era por consiguiente una gran molestia, tal vez un peligro, aventurarse á recorrer en veinte horas de diligencia la carretera de la costa que llegaba hasta Loreto. La acompañaron en su viaje don Cayetano Ripamilán, canónigo respetable por su condición y sus años, y una antigua criada de los Ozores.

Había muerto don Carlos de repente, de noche, sin confesión, sin ningún sacramento. El médico decía que algún derrame, algún vaso... Materialismo puro. Doña Anuncia veía la mano de Dios que castiga sin palo ni

piedra. Esto no impidió que durante el viaje manifestase la señorita de Ozores, vestida de riguroso luto, un dolor apenas mitigado por la resignación cristiana.

«Ana, la hija de la modista, había caído en cama; estaba sola, en poder de criados; no había más remedio que ir á recogerla. Ante aquella muerte concluían las diferencias de familia.»

«—Muerto el perro se acabó la rabia,»—había dicho uno de los nobles de Vetusta.

Doña Anuncia y don Cayetano encontraron á la joven en peligro de muerte. Era una fiebre nerviosa; una crisis terrible, había dicho el médico; la enfermedad había coincidido con ciertas transformaciones propias de la edad; propias sí, pero delante de señoritas no debían explicarse con la claridad y los pormenores que empleaba el doctor. Don Cayetano podía oírlo todo, pero doña Anuncia hubiera preferido metáforas y perífrasis. «El desarrollo contenido», «la crítica y misteriosa metamorfosis», «la crisálida que se rompe», todo eso estaba bien; pero el médico añadía unos detalles que doña Anuncia no vacilaba en calificar de groseros.

«—¡Qué gentes trataba mi hermano!»—decía poniendo los ojos en blanco.

Quince días había vivido sola en poder de criados aquella pobre niña, huérfana y enferma, pues doña Anuncia no se decidió á emprender el viaje de las veinte horas hasta que se le pidió esta obra de caridad en nombre de su sobrina moribunda. Ana estaba ya enferma cuando la sobrecogió la catástrofe. Su enfermedad era melancólica; sentía tristezas que no se explicaba. La pérdida de su padre la asustó más que la afligió al principio. No lloraba; pasaba el día temblando de frío, en una somnolencia poblada de pensamientos disparatados. Sintió un egoísmo horrible lleno de remordi-

mientos. Más que la muerte de su padre le dolía entonces su abandono, que la aterraba. Todo su valor desapareció; se sintió esclava de los demás. No bastaba la fuerza de sufrir en silencio, ni el refugiarse en la vida interior; necesitaba del mundo, un asilo. Sabía que estaba muy pobre. Su padre, pocos meses antes de morir, había vendido á vil precio á sus hermanas el palacio de Vetusta. Aquel era el último resto de su herencia. El producto de tan mala venta había servido para pagar deudas antiguas. Pero quedaban otras. La misma quinta estaba hipotecada y su valor no podía sacar á nadie de apuros. En manos del filósofo no había hecho más que ir perdiendo.

«—Es decir que estoy casi en la miseria.»

Sus derechos de orfandad, que le dijeron que serían una ayuda irrisoria, poco más que nada, tardaría en cobrarlos; no tenía quien le explicase cómo y dónde se pedían. Estaba sola, completamente sola; ¿qué iba á ser de ella? Los amigos del filósofo no le sirvieron de nada. No sabían más que discutir. El capellán no pareció por allí; la muerte repentina de don Carlos olía un poco á azufre.

Un día, tres ó cuatro después de enterrado su padre, Ana quiso levantarse y no pudo. El lecho la sujetaba con brazos invisibles. La noche anterior se había dormido con los dientes apretados y temblando de frío. Había querido escribir á sus tías de Vetusta y no había podido coordinar las palabras; hasta dudaba de su ortografía.

Tuvo pesadillas, y aunque hizo esfuerzos para no declararse enferma, el mal pudo más, la rindió. El médico habló de fiebre, de grandes cuidados necesarios; le hizo preguntas á que ella no sabía ni quería contestar. Estaba sola y era absurdo. El doctor dijo que no tenía con quien entenderse; añadió pestes de la incuria de los criados.

«—La dejarán á V. morir, hija mía.»

Ana dió gritos, se asustó mucho, se sintió muy co-barde; llorando y con las manos en cruz pidió que llamaran á sus tías, unas hermanas de su padre que vivían en Vetusta y que tenía entendido que eran muy buenas cristianas.

Las tías sentían un vago remordimiento por la compra del caserón. Comprendían que valía más, mucho más de lo que habían pagado por él, abusando de la situación apurada de don Carlos, que además era un aturdido en materia de intereses. ¡Él, que había renegado de la fe de los Ozores!—«Por no ser víctima de una mixtificación.»

Se presentaba ocasión de tranquilizar la conciencia amparando á la desventurada hija del hermano de sus pecados.

Doña Anuncia pudo apreciar mejor la grandeza de su buena obra cuando vió que Ana «estaba en la calle» ó poco menos. La quinta que ellas habían imaginado digna de un Ozores, aunque fuese extraviado, era una casa de aldea muy pintada, pero sin valor, con una huerta de medianas utilidades. Y además estaba sujeta á una deuda que mal se podría enjugar con lo que ella valía. Estaba fresca Anita. Ni rico había sabido hacerse el infeliz ateo. Perder el alma y el cuerpo, el cielo y la tierra! Negocio redondo. Pero, en fin, á lo hecho pecho.

Había echado sobre sus hombros una carga bien pesada: mas ¿quién no tiene su cruz?

Ana tardó un mes en dejar el lecho.

Pero doña Anuncia se aburría en Loreto, donde no había sociedad; y el viaje, la vuelta á Vetusta, se precipitó contra los consejos del mediquillo grosero, que prodigaba los términos técnicos más transparentes.

En cuanto llegaron á Vetusta, la huérfana tuvo «un retraso en su convalecencia» según el médico de la

casa, que era comedido y no llamaba las cosas por su nombre.

El retraso fué otra fiebre en que la vida de Ana peligró de nuevo.

Las señoritas de Ozores y la nobleza de Vetusta suspendieron el juicio que iba á merecerles la hija de don Carlos y de la modista italiana hasta poder reunir datos suficientes. Mientras la joven estuvo entre la vida y la muerte, doña Anuncia encontró irreprochable su conducta.

En honor de la verdad, nada había que decir contra su educación ni contra su carácter: hacía muy buena enferma. No pedía nada; tomaba todo lo que le daban, y si se le preguntaba:

—Cómo estás, Anita?

—Algo mejor, señora—contestaba la joven siempre que podía.

Otras veces no contestaba, porque le faltaban fuerzas para hablar. Y á veces no oía siquiera.

Durante la nueva convalecencia no fué impertinente.

No se quejaba; todo estaba bien; no se permitía excesos.

En el círculo aristocrático de Vetusta, á quẽ pertenecían naturalmente las señoritas de Ozores, no se hablaba más que de la abnegación de estas santas mujeres.

Glocester, ó sea don Restituto Mourelo, canónigo raso á la sazón, decía con voz meliflua y misteriosa en la tertulia del marqués de Vegallana:

—Señores, esta es la virtud antigua; no esa falsa y gárrula filantropía moderna. Las señoritas de Ozores están llevando á cabo una obra de caridad que, si quisiéramos analizarla detenidamente, nos daría por resultado una larga serie de buenas acciones. No sólo se trata de echar sobre sí la enorme carga de mantener,

y creo que hasta vestir y calzar, á una persona que las sobrevivirá, según todas las probabilidades, carga que es de por vida ó vitalicia por consiguiente; sino que además esa joven representa una abdicación, que me abstengo de calificar, una abdicación de su señor padre...

—Una abdicación abominable — se atrevió á decir un barón tronado.

—Abominable—añadió Glocester inclinándose.—Representa una alianza nefasta en que la sangre, á todas luces azul, de los Ozores, se mezcló en mal hora con sangre plebeya; y lo que es peor... según todos sabemos, representa esa niña la poco meticulosa moralidad de su madre, de su infausta...

—Sí señor—interrumpió la marquesa de Vegallana, que no toleraba los discursos de Glocester;—sí, señor, su madre era una perdida, corriente; pero la chica se presenta bien, según dicen sus tías; es muy dócil y muy callada.

—Ya lo creo que calla; como que no puede hablar aún de pura debilidad.

Esto lo dijo el médico de la aristocracia, don Robustiano, que asistía á Anita.

Aquella noche se acordó en la tertulia acoger á la hija de don Carlos como una Ozores, descendiente de la mejor nobleza. No se hablaría para nada de su madre; esto quedaba prohibido, pero ella sería considerada como sobrina de quien tantos elogios merecía.

Gran consuelo recibieron doña Anuncia y doña Águeda al saber por el médico esta resolución de la nobleza vetustense.

Ana estaba muchas horas sola. Sus tías tenían costumbre de trabajar—hacer calceta y colcha— en el comedor; la alcoba de la sobrina estaba al otro extremo de la casa.

Además las ilustres damas pasaban mucho tiempo

fuera del triste caserón de sus mayores. Visitaban á lo mejor de Vetusta, sin contar la visita al Santísimo y la Vela, que les tocaba una vez por semana. Asistían á todas las novenas, á todos los sermones, á todas las cofradías, y á todas las tertulias de buen tono. Comían dos ó tres veces por semana fuera de casa. Lo más del tiempo lo empleaban en pagar visitas. Esta era la ocupación á que daban más importancia entre todas las de su atareada existencia. No pagar una visita *de clase*, les parecía el mayor crimen que se podía cometer en una sociedad civilizada. Amaban la religión, porque este era un timbre de su nobleza, pero no eran muy devotas; en su corazón el culto principal era el de la clase, y si hubieran sido incompatibles la Visita á la Corte de María y la tertulia de Vegallana, María Santísima, en su inmensa bondad, hubiera perdonado, pero ellas hubieran asistido á la tertulia.

La etiqueta, según se entendía en Vetusta, era la ley por que se gobernaba el mundo; á ella se debía la armonía celeste.

Suprimida la etiqueta, las estrellas chocarían y se aplastarían probablemente. ¿Qué sabía de estas cosas la sobrinita? Esta era la cuestión. Las miradas de doña Águeda, algo más gruesa, más joven y más bondadosa que su hermana, iban cargadas de estas preguntas cuando se clavaban en Anita al darle un caldo.

La huérfana sonreía siempre; daba las gracias siempre. Estaba conforme con todo. Las tías veían con impaciencia que se prolongaba aquel estado. La niña no acababa de sanar, ni recaía; no se presentaba ninguna solución. Además, así no se podía conocer su verdadero carácter. Aquella sumisión absoluta podía ser efecto de la enfermedad. Don Robustiano dijo que eso era.

Una tarde, tal vez creyendo que dormía la sobrinilla, ó sin recordar que estaba cerca, en el gabinete conti-

guo á su alcoba hablaron las dos hermanas de un asunto muy importante.

—Estoy temblando, ¿á qué no sabes por qué?—decía doña Anuncia.

—¿Si será por lo mismo que á mi me preocupa?

—¿Qué es?

—Si esa chica...

—Si aquella vergüenza...

—Eso!

—¿Te acuerdas de la carta del aya?

—Como que yo la conservo.

—Tenía la chiquilla doce ó catorce años, ¿verdad?

—Algo menos, pero peor todavía.

—Y tú crees... que...

—¡Bah! Pues claro.

—¿Si será una Obdulita?

—Ó una Tarsilita. ¿Te acuerdas de Tarsila que tuvo aquel lance con aquel cadete, y después con Alvarito Mesía no sé qué amoríos?

—Todo era inocencia—decían los bobalicones de aquí.

—Pues mira la inocencia; creo que en Madrid tiene así los amantes (juntando y separando los dedos).

—Si es claro, si genio y figura...

—Cuando falta una base firme...

—¡Si sabrá una!...

—Pues, Obdulita? Ya ves lo que se dijo el año pasado; después se negó, se aseguró que era una calumnia...

—Á mí, que soy tambor de marina!

—¡Si sabrá una!

—¡Si una hubiera querido!

Y suspiró esta señorita de Ozores. Suspiró su hermana también.

Ana que descansaba, vestida, sobre su pobre lecho, saltó de él á las primeras palabras de aquella conver-

sación. Pálida como una muerta, con dos lágrimas heladas en los párpados, con las manos flacas en cruz, oyó todo el diálogo de sus tías.



No hablaban á solas como delante de los señores *de clase*; no eran prudentes, no eran comedidas, no rebuscaban las frases. Doña Anuncia decía palabras que la hubieran escandalizado en labios ajenos. La conversación tardó en volver al pecado de Ana, á la vergüenza de que les hablaba la carta de doña Camila. La huérfana oía, desde su alcoba, historias que sublevaban su pudor, que le enseñaban mil desnudeces que no había visto en los libros de Mitología. Pero aquellas mujeres ya se habían olvidado de ella. Tarsila, Obdulia, Visitación, otro pimpollo que se escapaba por el balcón en compañía de su novio, la misma marquesa de Vegallana, sus hijas, sus sobrinas de la aldea, todo Vetusta, la de clase inclusive, salía allí á la vergüenza, en aquella venganza solitaria de las dos señoritas incasables de Ozores. En aquel mundo de flaquezas, de escándalos,

¿quién recordaba ya la aventura, poco conocida al cabo, de la sobrinilla enferma?

Volvieron sin embargo las solteronas al punto de partida; según ellas, se trataba de un marinero que había abusado de la inocencia ó de la precocidad de la niña. Se discutió, como en el casino de Loreto, la verosimilitud del delito desde el punto de vista fisiológico. Hablaron aquellas señoritas como dos comadronas matriculadas. ¡Qué riqueza de datos! ¡Qué empirismo tan provisto de documentos! Doña Anuncia tenía la boca llena de agua. Buscaba á cada momento el recipiente de porcelana que estaba á los piés de su butaca.

«En cuanto á la moral, tampoco era el caso grave, porque en Vetusta nadie debía de saber nada. Lo malo sería que aquella muchacha hubiera seguido con vida tan disoluta. Pero no había motivo para creerlo. Nada más habían sabido que la condenase. Sobre todo, pronto se había de ver.»

Ana, que tuvo valor para sufrir hasta la última palabra, comprendió que sus tías lo perdonaban todo menos las apariencias: que con tal de ser en adelante como ellas, se olvidaba lo pasado, fuese como fuese. Cómo eran ellas ya lo iba conociendo. Pero estudiaría más.

Había habido algunos minutos de silencio.

Doña Águeda lo rompió diciendo:

—Y yo creo que la chica, si se repone, va á ser guapa.

—Creo que era algo raquítica; por lo menos estaba poco desarrollada...

—Eso no importa; así fui yo, y después que...—Ana sintió brasas en las mejillas—empecé á engordar, á comer bien y me puse como un rollo de manteca.

Y suspiró otra vez doña Águeda, acordándose del rollo que había sido.

Doña Anuncia había tenido sus motivos para no engordar: unos amores románticos rabiosos. De aquellos amores le habían quedado varias canciones á la luna, en una especie de canto llano que ella misma acompañaba con la guitarra. Una de las canciones comenzaba diciendo:

Esa luna que brilla en el cielo
melancólicamente me inspira:
es el último són de mi lira
que por última vez resonó.

Se trataba de un condenado á muerte.

El bello ideal de doña Anuncia había sido siempre un viaje á Venecia con un amante; pero una vez que el siglo estaba *metalizado* y las muchachas no sabían enamorarse, ella quería utilizar, si era posible, la hermosura de Ana, que si se alimentaba bien sería guapa como su padre y todos los Ozores, pues lo traían de raza. Sí, era preciso darle bien de comer, engordarla. Después se le buscaba un novio. Empresa difícil, pero no imposible. En un noble no había que pensar. Estos eran muy finos, muy galantes con las de su clase, pero si no tenían dote se casaban con las hijas de los americanos y de los pasiegos ricos. Lo sabían ellas por una dolorosa experiencia. Los chicos *innobles*, que pudiera decirse, de Vetusta', no eran grandes proporciones; pero aunque se quisiera apencar—apencar decía doña Águeda en el seno de la confianza,—con algún abogado, ninguno de aquellos bobalicones se atrevería á enamorar á una Ozores, aunque se muriese por ella. La única esperanza era un americano. Los indianos deseaban más la nobleza y se atrevían más, confiaban en el prestigio de su dinero. Se buscaría por consiguiente un americano. Lo primero era que la chica sanase y engordase.

Ana comprendió su obligación inmediata; sanar pronto.

La convalecencia iba siendo impertinente. Toda su voluntad la empleó en procurar cuanto antes la salud.

Desde el día en que el médico dijo que el comer bien era ya oportuno, ella, con lágrimas en los ojos, comió cuanto pudo. Á no haber oído aquella conversación de las tías, la pobre huérfana no se hubiera atrevido á comer mucho; aunque tuviera apetito, por no aumentar el peso de aquella carga: ella. Pero ya sabía á qué atenerse. Querían engordarla como una vaca que ha de ir al mercado. Era preciso devorar, aunque costase un poco de llanto al principio el pasar los bocados.

La naturaleza vino pronto en ayuda de aquel esfuerzo terrible de la voluntad. Ana quería fuerzas, salud, colores, carne, hermosura, quería poder librar pronto á sus tías de su presencia. El cuidarse mucho, el alimentarse bien le pareció entonces el deber supremo. El estado de su ánimo no contradecía estos propósitos.

Aquellos accesos de religiosidad que ella había creído revelación providencial de una vocación verdadera, habían desaparecido. Ellos determinaron la crisis violenta que puso en peligro la vida de Ana, pero al volver la salud no volvieron con ella: la sangre nueva no los traía.

En los insomnios, en las exaltaciones nerviosas, que tocaban en el delirio, las visiones místicas, las intuiciones poderosas de la fe, los enternecimientos repentinos le habían servido de consuelo unas veces y de tormento otras. Había notado con tristeza que aquella fe suya era demasiado vaga; creía mucho y no sabía á punto fijo en qué; su desgracia más grande, la muerte de su padre, no había tenido consuelo tan fuerte como ella lo esperaba en la piedad que había creído tan firme y tan honda, aunque tan nueva. Para aquella ausencia, para la necesidad que sentía de creer que vería

á su padre en otro mundo, servíale sin embargo la religión; pero muy poco para consuelo de los propios males, para remediar las angustias del egoísmo asustado, de los apuros del momento que nacían de la soledad y la pobreza. El pánico de su abandono, que fué el sentimiento que venció á todos, no lo curaba la fe.

«—La Virgen está conmigo» —pensaba Ana en el lecho, allá en Loreto, y acababa por llorar, por rezar fervorosamente y sentir sobre su cabeza las caricias de la mano invisible de Dios; pero sobrevenía un ataque nervioso, sentía la congoja de la soledad, de la frialdad ambiente, del abandono sordo y mudo, y entonces las imágenes místicas no acudían. Hacía falta un amparo visible. Por eso pensó en sus tías á quien no conocía, de las que sabía poco bueno, y deseó su presencia, creyó firmemente en la fuerza de la sangre, en los lazos de la familia..

Durante la convalecencia de la primera fiebre, las primeras fuerzas que tuvo las gastó el cerebro imaginando poemas, novelas, dramas y poesías sueltas. Comenzaba este componer constante, este imaginar sin tregua por ser agradable entretenimiento y además halagaba su vanidad; pero al fin era un tormento. Todo lo que imaginaba le parecía excelente, y al contemplar la belleza que acababa de crear, la admiraba tanto que lloraba enternecida, lloraba lo mismo que cuando pensaba en el amor del Niño Jesús y de su Santa Madre. En algunos momentos de reflexión serena examinaba con disgusto la semejanza de aquellas dos emociones. Tan profunda y sinceramente enternecida se sentía al contemplar la belleza artística que ella creaba, como contemplando la hermosura de la idea de Dios. ¿Sería que uno y otro sentimiento eran religiosos? ¿Ó era que en la vanidad, en el egoísmo estaba la causa de aquel enternecimiento? De todas

suertes ella padecía mucho. Se le figuraba que toda la vida se le había subido á la cabeza ; que el estómago era una máquina parada, y el cerebro un horno en que ardía todo lo que ella era por dentro. El pensar sin querer, contra su voluntad, algo complicado, original, delicado, exquisito, llegó á causarle náuseas, y se le antojó envidiar á los animales, á las plantas, á las piedras.

En la convalecencia de la segunda fiebre , en Vetus-ta, volvió esta actividad indomable del pensamiento á molestarla; pero poco después de comenzar á comer bien, mediante aquellos esfuerzos supremos, notó que unas ruedas que le daban vueltas dentro del cráneo se movían más despacio y con armónico movimiento. Ya no imaginaba tantos héroes y heroínas , y los que le quedaban en la cabeza eran menos fantásticos , sus sentimientos menos alambicados, y se complacía en describir su belleza exterior; los colocaba en parajes deliciosos y pintorescos y acababan todas las aventuras en batallas ó en escenas de amor.

Al despertar todas las mañanas se sorprendía Anita con una sonrisa en el alma y una plácida pereza en el cuerpo. Las tías le permitían levantarse tarde , y gozaba con delicia de aquellas horas. Para ella su lecho no estaba ya en aquel caserón de sus mayores, ni en Vetus-ta, ni en la tierra ; estaba flotando en el aire, no sabía dónde. Ella se dejaba columpiar dentro de la blanda barquilla en aquel navegar aéreo de sus ensueños... Y mientras los personajes de su fantasía se decían ternezas, ella les preparaba un succulento almuerzo en un jardín de fragancias purísimas y penetrantes. Ana aspiraba con placer voluptuoso los aromas ideales de sus visiones turgentes.

Algunas veces, por desgracia, el príncipe ruso vestido con pieles finas ó el noble escocés que lucía torneada y robusta pantorrilla con media de cuadros

brillantes, se convertían de repente en un caballero enfermo del hígado, pálido, delgado, tocado con sombrero de jipijapa, que se despedía de la señora de sus pensamientos diciendo :

«—Adiosito. Ahorita vuelvo,» — con un balanceo de hamaca en los diminutivos. Era el indiano que velan en lontananza ella y las tías.

Doña Águeda era muy buena cocinera ; conocía el empirismo del arte, y además lo profesaba por principios. Sabía de memoria «*El Cocinero Europeo*,» un libro que contiene el arte de confeccionar todos los platos de las cocinas inglesa, francesa, italiana, española y otras. Pero salía por un ojo de la cara el guisar como el *Europeo*, según doña Águeda. Cuando se trataba de una gran comida ó merienda de la aristocracia, ella dirigía las operaciones en la cocina del marqués de Vegallana y entonces recurría al *Europeo*. En su casa había muy poco dinero y allí se contentaba con las recetas que heredara de sus mayores. Maravillas y primores de la cocina casera comió Anita en cuanto el estómago pudo tolerarlas. Doña Águeda con unos ojos dulzones, inútilmente grandes, que nadie había querido para sí, miraba extasiada á la convaleciente que iba engordando á ojos vistas, según las de Ozores. Mientras la joven saboreaba aquellos manjares tributando un elogio á la cocinera á cada bocado, doña Águeda, satisfecha en lo más profundo de su vanidad, pasaba la mano pequeña y regordeta con dedos como chorizos llenos de sortijas, por el cabello ondeado entre rubio y castaño de la sobrinita de sus pecados, como ella decía. El artista y su obra se dedicaban mutuas sonrisas entre plato y plato.

Doña Anuncia no cocinaba, pero iba á la compra con la criada y traía lo mejor de lo más barato. Ayudábala á comprar bien un antiguo catedrático de psicología, lógica y ética, gran partidario de la escuela escocesa y

de los embutidos caseros. No se fiaba mucho ni del testimonio de sus sentidos ni de las longanizas de la plaza. Era muy amigo de doña Anuncia y la ayudaba á regatear.

La solterona después del mercado recorría las casas de la nobleza para pregonar aquel exceso de caridad con que ella y su hermana daban ejemplo al mundo.

—Si Vds. la vieran—decía—está desconocida; se la ve engordar. Parece un globo que se va hinchando poco á poco. Verdad es que aquella Águeda tiene unas manos... En fin, Vds. saben por experiencia cómo guisa mi hermanita. Yo me desvivo por la niña. En casa no entendemos la caridad á medias. Todos los días se ve recoger á un pariente pobre, ¿para qué? para ahorrar un criado ó una doncella; se le arroja un mendrugo y no se le paga soldada. Pero nosotras entendemos la caridad de otro modo. En fin, Vds. verán á la niña. Y que va á ser guapa. Ya verán Vds.

En efecto, la nobleza iba en romería á ver el prodigio, á ver engordar á la niña.

El elemento masculino notó mucho antes que el femenino la extraordinaria belleza de Anita. Pocos meses después de la fiebre, Ana había crecido milagrosamente, sus formas habían tomado una amplitud armónica que tenía orgullosa á la nobleza vetustense. La verdad era que el tipo aristocrático no se perdía, pese á la chusma que no quiere clases. Aquella niña en cuanto la habían separado de una vida vulgar, en poder de un padre extraviado y liberalote, y la habían alimentado bien, había recobrado el tipo de la raza. Se votó por unanimidad que era hermosísima. La plebe opinaba lo mismo que la nobleza, y la clase media era de igual parecer. En poco tiempo se consolidó la forma de aquella hermosura y Anita Ozores fué por aclamación la muchacha más bonita del pueblo. Cuando llegaba un forastero, se le enseñaba la torre de la

catedral, el Paseo de Verano, y, si era posible, la sobrina de las de Ozores. Eran las tres maravillas de la población.

Doña Águeda agradecía este triunfo como Fidias pudiera haber agradecido la admiración que el mundo tributó á su Minerva.

—Es una estatua griega!—había dicho la marquesa de Vegallana, que se figuraba las estatuas griegas según la idea que le había dado un adorador suyo, amante de las formas abultadas.

—¡Es la *Venus del Nilo!*—decía con embeleso un pollastre llamado Ronzal, alias el Estudiante.

—Mas bien que la de Milo la de Médicis—rectificaba el joven y ya sabio Saturnino Bermúdez, que sabía lo que quería decir, ó poco menos.

—Es *un* Fidias!—exclamaba el marqués de Vegallana, que había viajado y recordaba que se decía: «un Zurbarán,» «un Murillo,» etc., etc., tratándose de cuadros.

Y Bermúdez se atrevía á rectificar también:

—En mi opinión más parece de Praxíteles.

El marqués se encogía de hombros:

—Sea Praxíteles.

Las señoras eran las que podían juzgar mejor, porque muchas de ellas habían conseguido ver á Anita como se ven las estatuas. No sabían si era *un* Fidias ó *un* Praxíteles, pero si que era una real moza; un *bijou*, decía la baronesa tronada que había estado ocho días en la Exposición de París.

Su belleza salvó á la huérfana. Se la admitió sin reparo en *la clase*, en la intimidad de la clase por su hermosura. Nadie se acordaba de la modista italiana.

—Tampoco Ana debía mentarla siquiera, según orden expresa de las tías. — Se había olvidado todo, incluso el republicanismo del padre, todo: era un perdón general. Ana era de la clase; la honraba con su her-

mosura, como un caballo de sangre y de piel de seda honra la caballeriza y hasta la casa de un potentado.

Las señoritas nobles no envidiaban mucho á Anita, porque era pobre. Para ellas la hermosura era cosa secundaria; daban más valor á la dote y á los vestidos, y creían que las proporciones—los novios aceptables—harían lo mismo. Sabían á qué atenerse. En las tertulias, en los bailes, en las excursiones campestres no le faltarían á *la sobrina* adoradores; los muchachos de la aristocracia eran casi todos libertinos más ó menos disimulados; les atraería la hermosura de Ana, pero no se casarían con ella. Cada niña aristócrata no necesitaba más cuidado que prohibir á su novio formal—el futuro esposo—*hacer el amor* á la huérfana, á lo menos en presencia de su futura. Si Anita se descuidaba, pensaban las herederas, podía verse comprometida sin ninguna utilidad. Dentro de la nobleza no era probable que se casara. Los nobles ricos buscaban á las aristócratas ricas, sus iguales; los nobles pobres buscaban su acomodo en la parte nueva de Vetusta, en la Colonia india, como llamaban al barrio de los americanos los aristócratas. Un indiano plebeyo, un *vespuccio*—como también les apellidaban—pagaba caro el placer de verse suegro de un título, ó de un caballero linajudo por lo menos.

El cálculo de las tías respecto al matrimonio de Ana no se había modificado á pesar de la gran hermosura de su sobrina. Por guapa no se casaría con un noble; era preciso abdicar, dejarla casarse con un ricacho plebeyo. Entre tanto, se necesitaba mucha vigilancia y tener advertida á la niña.

—En el gran mundo de Vetusta—decía doña Anuncia—es preciso un ten con ten muy difícil de aprender.

Aunque la explicación de este equilibrio ó ten con ten era un poco embarazosa, y más para una señorita que oficialmente debía ignorarlo todo, y en este caso

estaba doña Anuncia, convinieron las hermanas en que era indispensable dar instrucciones á la chica.

Pocas veces se permitía Ana manifestar deseos, gustos ó repugnancias, y menos éstas, tratándose de los gustos y predilecciones de sus tías; pero una noche no pudo menos de expresar su opinión al volver sola de la tertulia íntima de Vegallana.

—¿Te has divertido mucho?—preguntó doña Anuncia, que se había quedado en el comedor, junto á la gran chimenea, leyendo el folletín de *Las Novedades*. (Era liberal en materia de folletines.)

—No, señora; no me he divertido. Y no quisiera volver allá sin alguna de Vds. Cuando voy sola...

—¿Qué?—exclamó doña Anuncia, invitando á su sobrina con el tono áspero de aquel monosílabo á que no profiriese censura de ningún género contra la tertulia de su predilección.

—Cuando voy sola... me aburren demasiado aquellos caballeritos.

No era esto lo que quería decir. Bien lo comprendió su tía, pero quería más claridad y replicó:

—¡Aburren! aburren! Explíquese Vd., señorita. ¿Es que le parece poco fina la sociedad de Vetusta?

Por el Vd. y la ironía comprendió Ana que doña Anuncia se había disgustado.

—No es eso, tía; es que hay algunos... muy atrevidos... No sé qué se figuran. Vds. no quieren que yo sea oscura, seria, huraña....

—Claro que nó.

—Pues que no sean ellos atrevidos. Si Obdulia les consiente ciertas cosas... yo no quiero; yo no quiero.

—Ni yo quiero tampoco que tú te compares con Obdulia. Ella es... una cualquier cosa, que no sé cómo la admiten en la tertulia; y por darse tono, por decir que es íntima de la marquesa y de sus hijas, pasa por todo. Tú eres de la clase.

—Es que no sólo Obdulia es la que tolera... lo que yo no quiero tolerar. Las mismas Emma, Pilar y Lola consienten confianzas...

—¡No me toques á las hijas del marqués!—gritó la tía, poniéndose en pié y dejando caer el Werther sobre la raída alfombra.

«—Soy una bestia, pensó; debí haber callado.» Cada vez que faltaba á su propósito de no contradecir á las tías, sentía una especie de remordimiento, como el del artista que se equivoca.

Entró doña Águeda. Había oído la conversación desde el gabinete. Las dos hermanas se miraron. Era llegada la ocasión de explicar lo del ten con ten.

—Oye, Anita—dijo con voz meliflua la perfecta cocinera;—tú eres una niña; y aunque nosotras poco sabemos del mundo, tenemos alguna experiencia, por lo que se observa.

—Eso es; por lo que observamos en los demás.

—En el mundo en que has entrado, y al que perteneces de derecho, es necesario... un ten con ten especial.

—Un ten con ten, eso.

—Sobre todo en el trato con los hombres. Tú habrás notado que en público los de la clase jamás faltan á la más estricta y meticulosa... eso, decencia.

—Que es lo principal—dijo doña Anuncia, como quien recita el decálogo.

—Nunca habrás visto á Manolito, ni á Paquito, ni al baroncito, ni al vizconde, ni á Mesía, que no es noble, pero anda con ellos, propasarse en lo más mínimo... Pero en el trato íntimo, el que no es más que de la clase, ya es otra cosa.

—Otra cosa muy distinta—dijo doña Anuncia, comprendiendo que á ella, por mayor en edad, le tocaba seguir explicando el ten con ten.

—Como todos somos parientes—continuó—de cerca

ó de lejos, nos tratamos como tales ; y ni porque se te acerquen mucho para hablarte ; ni porque hagan alusiones picarescas, y siempre llenas de gracia, á la hermosura de tus hombros, á lo torneado de lo poco, poquísimo de pantorrilla que te hayan visto al bajarte del coche ; por nada de eso, ni aun por algo más, con tal que no sea mucho, debes asustarte, ni escandalizarte, ni darte por ofendida.

—De ninguna manera—apoyó doña Águeda.

—Lo contrario es dar á entender una malicia que no debes tener. Tu inocencia te sirve para tolerar todo eso.

—Así hacen Pilar, Emma y Lola.

—Pero...

—Pero, hija...

—Pero, si lo que no es de esperar...

—De ninguna manera...

—Alguno se propasase á mayores, lo que se llama mayores, sobre todo, tomándolo en serio y obsequiándote (palabra de la juventud de doña Anuncia), obsequiándote en regla, entonces no te fies ; déjale decir, pero no te dejes tocar. Al que te proponga amores formales, no le tolere pellizcos, ni nada que no sea inofensivo. Escandalizarse es ridículo, es como no saber con qué se come alguna cosa...

—Es una falta de educación entre la clase...

—Y tolerar demasiado es exponerse. Tú no te has de casar con ninguno de ellos...

—Ni gana, tía—dijo Anita sin poder contenerse, pesándole en seguida de haberlo dicho.

Doña Águeda sonrió.

—Eso de la gana te lo guardas para ti—exclamó doña Anuncia, puesta en pié otra vez, y dejando caer el Werther al suelo.

—Eres muy orgullosa—añadió.

—Déjala ; el que no se consuela...

—Tienes razón ; están verdes. Pero lo que importa es que tú no olvides lo que te digo. Es necesario que dejes antes de entrar en casa de la marquesa ese aire displicente y ese tonillo seco, porque es una impertinencia. Lo que está bien, muy bien, y ya ves como lo bueno se te alaba, es que en público mantengas el severo continente que merece no menos elogios del público que tu palmito y buen talle.

—Sí, hija mía—interrumpió doña Águeda.—Es necesario sacar partido de los dones que el Señor ha prodigado en ti á manos llenas.

Ana se moría de vergüenza. Estos elogios eran el mayor martirio. Se figuraba sacada á pública subasta. Doña Águeda y después su hermana trataron con gran espacio el asunto de la cotización probable de aquella hermosura que consideraban obra suya. Para doña Águeda la belleza de Ana era uno de los mejores embutidos ; estaba orgullosa de aquella cara, como pudiera estarlo de una morcilla. Lo demás, lo que se refería á la esbeltez, lo había hecho la raza, decía doña Anuncia, que se picaba de esbelta, porque era delgada.

Al ventilar semejante negocio, el tipo de la trotaconventos de salón, que sólo se diferencia de las otras en que no hace ruido, asomaba á la figura de aquellas solteronas, como anuncio de vejez de bruja ; la chimenea arrojaba á la pared las siluetas contrahechas de aquellas señoritas, y los movimientos de la llama y los gestos de ellas producían en la sombra un embrión de aquellarre.

Lo que eran los hombres, y especialmente los indios, lo que no les gustaba, la manera de marearlos, lo que había que conceder antes, lo que no se había de tolerar después, todo esto se discutió por largo, siempre concluyendo con la protesta de que era hija tanta sabiduría de la observación en cabeza ajena.

—Por lo demás, ni tu tía Águeda ni yo manifestamos nunca afición al matrimonio.

Así fué cómo se le explicó á la huérfana lo del ten con ten.

Aquella noche lloró en su lecho Ana como lloraba bajo el poder de doña Camila. Pero había cenado muy bien. Al despertar sintió la deliciosa pereza que era casi el único placer en aquella vida. Como entonces ya no había motivo para no madrugar y el trabajo la reclamaba en aquella casa desde muy temprano, procuraba despertar mucho antes de lo necesario para gozar de aquellos sueños de la mañana, rebozada con el dulce calor de las sábanas.

Uno á uno, despreciaba todos los elogios que á su hermosura tributaban los señoritos nobles y los abogados de Vetusta y cuantos la veían; pero al despertar, como una neblina de incienso bien oliente envolvían su voluptuoso amanecer del alma aquellas dulces alabanzas de tantos labios condensadas en una sola, y con deleite saboreaba Ana aquel perfume. Y como la historia ha de atreverse á decirlo todo, según manda Tácito, sépase que Anita, casta por vigor del temperamento, encontraba exquisito deleite en verificar la justicia de aquellas alabanzas. Era verdad, era hermosa. Comprendía aquellos ardores que con miradas unos, con palabras misteriosas otros, daban á entender todos los jóvenes de Vetusta. Pero ¿el amor? ¿era aquello el amor? No, eso estaba en un porvenir lejano todavía. Debía de ser demasiado grande, demasiado hermoso para estar tan cerca de aquella miserable vida que la ahogaba, entre las necesidades y pequeñeces que la rodeaban. Acaso el amor no vendría nunca; pero prefería perderlo á profanarlo. Toda su resignación aparente era por dentro un pesimismo invencible; se había convencido de que estaba condenada á vivir entre necios; creía en la fuerza superior de la estupidez

general; ella tenía razón contra todos, pero estaba debajo, era la vencida. Además su miseria, su abandono la preocupaban más que todo; su pensamiento principal era librar á sus tías de aquella carga, de aquella obra de caridad que cada día pregonaban más solemnemente las viejas.

Quería emanciparse; pero ¿cómo? Ella no podía ganarse la vida trabajando; antes la hubieran asesinado las Ozores; no había manera decorosa de salir de allí á no ser el matrimonio ó el convento.

Pero la devoción de Ana ya estaba calificada y condenada por la autoridad competente. Las tías, que habían maliciado algo de aquel misticismo pasajero, se habían burlado de él cruelmente. Además la falsa devoción de la niña venía complicada con el mayor y más ridículo defecto que en Vetusta podía tener una señorita: la literatura. Era este el único vicio grave que las tías habían descubierto en la joven y ya se le había cortado de raíz.



Cuando doña Anuncia topó en la mesilla de noche de Ana con un cuaderno de versos, un tintero y una pluma, manifestó igual asombro que si hubiera visto un rewólver, una baraja ó una botella de aguardiente. Aquello era una cosa hombruna, un vicio de hombres vulgares, plebeyos. Si hubiera fumado, no hubiera sido mayor la estupefacción de aquellas solteronas. «¡Una Ozores literata!»

«—Por allí, por allí asomaba la oreja de la modista italiana que, en efecto, debía de haber sido bailarina, como insinuaba doña Camila en su célebre carta.»

El cuaderno de versos se había presentado á los padres graves de la aristocracia y del cabildo.

El marqués de Vegallana, á quien sus viajes daban fama de instruído, declaró que los versos eran libres.

Doña Anuncia se volvía loca de ira.

—¿Con que indecentes, libres? ¡Quién lo dijera! La bailarina...

—No, Anuncita, no te alteres. Libres quiere decir blancos, que no tienen consonantes; cosas que tú no entiendes. Por lo demás, los versos no son malos. Pero más vale que no los escriba. No he conocido ninguna literata que fuese mujer de bien.

Lo mismo opinó el barón tronado, que había vivido en Madrid mantenido por una poetisa traductora de folletines.

El señor Ripamilán, canónigo, dijo que los versos eran regulares, acaso buenos, pero de una escuela romántico-religiosa que á él le empalagaba.

—Son imitaciones de Lamartine en estilo pseudo-clásico; no me gustan, aunque demuestran gran habilidad en Anita. Además, las mujeres deben ocuparse en más dulces tareas; las musas no escriben, inspiran.

La marquesa de Vegallana, que leía libros escandalosos con singular deleite, condenó los versos por mojigatos. «Que no se le mezclase á ella lo humano con lo divino. En la iglesia como en la iglesia, y en literatura ancha Castilla.» Además, no le gustaba la poesía; prefería las novelas en que se pinta todo á lo vivo, y tal como pasa. «¡Si sabría ella lo que era el mundo! En cuanto á la *sobrinita*, era indudable que había que cortarle aquellos arranques de falsa piedad novelesca. Para ser literata, además, se necesitaba mucho talento. Ella lo hubiera sido á vivir en otra atmósfera. ¡Lo que habían visto aquellos ojos!» Y recordaba unas *Aventuras de una cortesana*, que había ella proyectado allá en sus verdores, ricos de experiencia.

Tan general y viva fué la protesta del *gran mundo* de Vetusta contra los conatos literarios de Ana, que ella misma se creyó en ridículo y engañada por la vanidad.

Á solas en su alcoba algunas noches en que la tristeza la atormentaba, volvía á escribir versos, pero los rasgaba en seguida y arrojaba el papel por el balcón para que sus tías no tropezasen con el cuerpo del delito. La persecución en esta materia llegó á tal extremo, tales disgustos le causó su afán de expresar por escrito sus ideas y sus penas, que tuvo que renunciar en absoluto á la pluma; se juró á sí misma no ser «la literata», aquel ente híbrido y abominable de que se hablaba en Vetusta como de los monstruos asquerosos y horribles.

Las amiguitas, que habían sabido algo, y nunca tenían qué censurar en Ana, aprovecharon este flaco para *ponerla en berlina* delante de los hombres, y á veces lo consiguieron. No se sabía quién—pero se creía que Obdulia—había inventado un apodo para Ana. La llamaban sus amigas y los jóvenes desairados *Jorge Sandio*.

Mucho tiempo después de haber abandonado toda pretensión de poetisa, aún se hablaba delante de ella con maliciosa complacencia de las literatas. Ana se turbaba, como si se tratase de algún crimen suyo que se hubiera descubierto.

—En una mujer hermosa es imperdonable el vicio de escribir—decía el baroncito, clavando los ojos en Ana y creyendo agradarla.

—¿Y quién se casa con una literata?—decía Vegallana sin mala intención. Á mí no me gustaría que mi mujer tuviese más talento que yo.

La marquesa se encogía de hombros. Creía firmemente que su marido era un idiota. «¡Á qué llamarán talento los maridos!»—pensaba, satisfecha de lo pasado.

—Yo no quiero que mi mujer se ponga los pantalones—añadía el afeminado baroncito. Y la marquesa, vengando en él lo de su marido, decía:

—Pues hijo mío, serán Vds. un matrimonio *sansculotte*.

Fuera de estas defensas relativas de la marquesa, era unánime la opinión: la literata era un absurdo viviente.

—«Tenían razón en este punto aquellos necios, llegó á pensar Ana; no escribiría más.» Pero ella se vengaba de las burlas despreciándolas y desdeñando los obsequios de aquellos que su orgullo tenía por majaderos aristocráticos. Admitía el culto que se tributaba á su hermosura, pero como algunos hombres eminentes desvanecidos, uno por uno despreciaba á los fieles que se prosternaban ante el ídolo. Para ella eran incompatibles el amor y cualquiera de aquellos nobles audaces antes, cobardes ya ante su desdén supremo. Era demasiado crédula en cuanto se refería á las cosas vanas y repugnantes del mundo en que vivía; para tales materias prefería las advertencias de doña Anuncia al propio criterio. Al principio se le había figurado que ella, con un poco de arte, hubiera podido conquistar á cualquiera de aquellos nobles ricos que se divertían con todas y se casaban con la de mayor dote. Pero le pareció una indignidad asquerosa semejante idea; ni una sola vez trató de ensayar sus recursos y prefirió creer á su tía: aquellos aristócratas interesados no eran maridos posibles. Se acostumbró á esta idea y miraba á sus amigos y parientes como á los figurines de las sastrerías: en efecto, les veía tan enclenques de espíritu que se le antojaban de papel marquilla.

Los *pollos* de la aristocracia acabaron por confesar que Ana era una excepción; ó calculaba más que sus mismas tías, ó era una virtud efectiva.

—«¡Qué diablo, alguna había de haber!»

Los seductores de la clase media que anhelaban siempre *meter la cabeza* en la aristocracia, declararon lo mismo: «Ana era invulnerable.»

—Esperará algún príncipe ruso—decía Alvarito Mesía, que vivía entre plebeyos y nobles. Alvarito no había dicho nunca á Anita: «buenos ojos tienes.» Eran dos orgullos paralelos.

Se fué á Madrid Mesía, á cepillar un poco el provincialismo. Dejaba ya en Vetusta muchas víctimas de su buen talle y arte de enamorar, pero los mayores estragos pensaba hacerlos á la vuelta.

La tarde en que Alvaro tomó la diligencia, Ana había salido á paseo con sus tías por la carretera de Madrid. Encontraron el coche. Álvaro las vió y saludó desde la berlina. Se encontraron los ojos de Ana y de Mesía. Se miraron como si hasta aquel momento nunca se hubieran visto bien.

—«Buenos ojos—pensó el Tenorio—no sabía yo á lo que saben, hasta ahora.»

Y continuó:

—«Esa será una de las primeras.»

Más de una hora fué viendo aquella nube de polvo que parecía de luz y en medio los ojos de *la sobrina*.

La *sobrina* también llevó á casa la imagen de don Álvaro entre ceja y ceja.

Y pensaba:

—«Ese era de los menos malos. Parecía más distinguido; y no era pesado; tenía cierta dignidad... era comedido... frío con elegancia... el menos tonto sin duda.»

El pesimismo la hizo repetir muchos días seguidos:

—«Se ha ido el menos tonto.»

Pero al mes ya no se acordaba de don Álvaro; ni don Álvaro de Ana en cuanto llegó á Madrid.

—«¡Oh! el convento, el convento; ese era su recurso más natural y decoroso. El convento ó el americano.»

El confesor de Anita, Ripamilán, oyó la proposición de la joven como quien oye llover.

—¡Ta, ta, ta, ta!—dijo en voz alta—sin pensar que estaba en la iglesia. Hija mía, las esposas de Jesús no se hacen de tu maderita. Haz feliz á un cristiano, que bien puedes, y déjate de vocaciones improvisadas. La culpa la tiene el romanticismo con sus dramas escandalosos de monjitas que se escapan en brazos de trovadores con plumero y capitanes de foragidos. Has de saber, Anita mía, que yo tengo para ti un novio, paisano mío. Vuélvete á casa, que allá iré yo y te hablaré del asunto. Aquí sería una profanación.

El candidato de Ripamilán era un magistrado, natural de Zaragoza, joven para oidor y algo maduro, aunque no mucho, para novio. Tenía entonces la señorita doña Ana Ozores diez y nueve años y el señor don Víctor Quintanar pasaba de los cuarenta. Pero estaba muy bien conservado. Ana suplicó á don Cayetano que nada dijese á sus tías de aquella proporción, hasta que ella tratase algún tiempo á Quintanar; porque si doña Anuncia sabía algo, impondría el novio sin más examen.

«—Nada más justo; prefiero que estas cosas las resuelva el corazón; Moratín, mi querido Moratín, nos lo enseña gallardamente en su comedia inmortal: «El sí de las niñas.»

Se quedó en ello.

¡Quién hubiera dicho á doña Anuncia que aquel novio soñado, que ya empezaba á tardar, pasaba todos los días cerca de ellas, en el Espolón, el Paseo de invierno, ó en la carretera de Madrid, orlada de altos álamos que se juntaban á lo lejos!

Ana había notado que todas las tardes se encontraban con don Tomás Crespo, el íntimo de la casa, y un caballero que se la comía con los ojos. Don Tomás era una de las pocas personas á quien ella estimaba de

veras, por ver en él prendas morales raras en Vetusta, á saber: la tolerancia, la alegría expansiva, y la despreocupación en materias supersticiosas.

El caballero las miraba de lejos, mientras don Tomás se detenía á saludarlas. Aquel señor era Quintanar; el magistrado. Efectivamente, no estaba mal conservado. Era muy pulcro de traje y de aspecto simpático.

«Era un *forastero*, palabra de sentido especial en Vetusta, para las señoritas de Ozores, que no le habían visto aún en ninguna casa *de las suyas*.»

—Es un magistrado—les había dicho Crespo un día; —un aragonés muy cabal, valiente, gran cazador, muy pundonoroso y gran aficionado de comedias; representa como Carlos Latorre. Sobre todo en el teatro antiguo es lo que hay que ver.

Esto era todo lo que las tías sabían del novio que se les preparaba á escondidas.

Una tarde Crespo, enterado de que la niña ya sabía algo, sin encomendarse á Dios ni al diablo, detuvo á las de Ozores en la carretera de Castilla y les presentó al señor don Víctor Quintanar, magistrado. Las acompañaron aquellos señores durante el paseo y hasta dejarlas en el sombrío portal del caserón de Ozores. Doña Anuncia ofreció la casa á don Víctor. Éste pensaba que las tías conocían su honesta pretensión, y al día siguiente, de levita y pantalón negros, visitó á las nobles damas. Ana le trató con mucha amabilidad. Le pareció muy simpático.

La única persona con quien ella se atrevía á hablar algo de lo que le pasaba por dentro era don Tomás Crespo, libre, decía él, de todas las preocupaciones, inclusive la de no tenerlas, que era de las más tontas.

Ana observaba mucho. Se creía superior á los que la rodeaban, y pensaba que debía de haber en otra parte una sociedad que viviese como ella quisiera vivir y que tuviese sus mismas ideas. Pero entre tanto

Vetusta era su cárcel, la necia rutina, un mar de hielo que la tenía sujeta, inmóvil. Sus tías, las jóvenes aristócratas, las beatas, todo aquello era más fuerte que ella; no podía luchar, se rendía á discreción y se reservaba el derecho de despreciar á su tirano, viviendo de sueños.

Pero Crespo era una excepción, un amigo verdadero, que entendía á medias palabras lo que las tías, el barón, etc., etc., no hubieran entendido en tomos como casas.

Á don Tomás le llamaban *Frigilis*, porque si se le refería un desliz de los que suelen castigar los pueblos con hipócritas aspavientos de moralidad asustadiza, él se encogía de hombros, no por indiferencia, sino por filosofía, y exclamaba sonriendo :

—¿Qué quieren Vds.? Somos *frigilis*; como decía el otro.

Frigilis quería decir frágiles. Tal era la divisa de don Tomás : la fragilidad humana.

El mismo había sido frágil. Había creído demasiado en las leyes de la adaptación al medio. Pero de esto ya se hablará en su día. Ocho años más adelante brillaba en todo su esplendor su noble manía de perdonarlo todo.

Era sagaz para buscar el bien en el fondo de las almas, y había adivinado en Anita tesoros espirituales.

—Mire Vd., don Víctor—le decía á su amigo—esa niña merece un rey, y por lo menos un magistrado que pronto será Regente, como Vd., v. gr. Figúrese usted una mina de oro en un país donde nadie sabe explotar las minas de oro ; eso es Anita en mi querida Vetusta. En Vetusta lo mejor es el arbolado.

—Deje Vd. la flora, don Tomás.

—Tiene Vd. razón, me pierdo... Decía que Anita es una mujer de primer orden. ¿Ve Vd. qué hermoso es su cuerpecito que le tiene á Vd. hecho un caramelo?

Pues cuando vea Vd. su alma, se derretirá como ese caramelo puesto al sol. Debo advertir á Vd. que para mí un alma buena no es más que un alma sana; la bondad nace de la salud.

—Es Vd. un poco materialista, pero yo no me enfado. Decía Vd. que la niña...

—¡Soy cuerno! señor mío; y Vd. dispense. Á mí no hay que ponerme motes. Aborrezco los sistemas. Lo que digo es que sólo creo en la bondad que da la naturaleza; á un árbol la salud ha de entrarle por las raíces... pues es lo mismo, el alma...

Y seguía filosofando para venir á parar en que Anita era la mejor muchacha de Vetusta.

Crespo, según él dijo, tomó un día por su cuenta á la joven para recomendarle al señor Quintanar.

«Era el único novio digno de ella. Los cuarenta años y pico eran como los de los árboles que duran siglos, una juventud, la primera juventud. Más viejo es un perro de diez años que un cuervo de ciento, si es cierto que los cuervos duran siglos.»

Ana apreciaba en mucho los consejos de Frígilis. Admitió el trato de Quintanar, pero á beneficio de inventario y con las demás condiciones que había impuesto á don Cayetano; no sabrían nada las tías. Don Víctor aceptó aquella manera de ser pretendiente.

—Mire Vd.—decía Frígilis—el secretillo es la salsa de estos negocios; la chica picará más pronto... ya verá usted cómo pica...

Ana pasaba el tiempo sin sentir al lado de Quintanar.

«Tenía ideas puras, nobles, elevadas y hasta poéticas.»

No se teñía las canas, era sencillo, aunque en el lenguaje algo declamador y altisonante. Este vicio lo debía á los muchos versos de Lope y Calderón que sabía de memoria; le costaba trabajo no hablar como Sancho Ortiz ó don Gutierre Alfonso.

Pero á solas se decía Anita :

—«¿ No es una temeridad casarse sin amor ? ¿ No decían que su vocación religiosa era falsa, que ella no servía para esposa de Jesús porque no le amaba bastante ? Pues si tampoco amaba á don Víctor, tampoco debía casarse con él.»

Consultado Ripamilán, contestó :

—«Que entre un magistrado, que no es Presidente de Sala siquiera, y el Salvador del mundo, había mucha diferencia. ¿ No confesaba Anita que le agradaba don Víctor ? Sí. Pues cada día le encontraría más gracia. Mientras que en el convento, la que empieza sin amor acaba desesperada.»

Don Cayetano, que sabía ponerse serio, llegado el caso, procuró convencer á su amiguita de que su piedad, si era suficiente para una mujer honrada en el mundo, no bastaba para los sacrificios del claustro.

—« Todo aquello de haber llorado de amor leyendo á San Agustín y á San Juan de la Cruz no valía nada; había sido cosa de la edad crítica que atravesaba entonces. En cuanto á Chateaubriand, no había que hacer caso de él. Todo eso de hacerse monja sin vocación, estaba bien para el teatro ; pero en el mundo no había Manriques ni Tenorios que escalasen conventos, á Dios gracias. La verdadera piedad consistía en hacer feliz á tan cumplido y enamorado caballero como el señor Quintanar, su paisano y amigo.»

Ana renunció poco á poco á la idea de ser monja. Su conciencia le gritaba que no era aquel el sacrificio que ella podía hacer. El claustro era probablemente lo mismo que Vetusta ; no era con Jesús con quien iba á vivir, sino con *hermanas* más parecidas de fijo á sus tías que á San Agustín y á Santa Teresa. Algo se supo en el círculo de la nobleza de las «veleidades místicas» de Anita, y las que la habían llamado *Jorge Sandio* no

se mordieron la lengua y criticaron con mayor crueldad el nuevo antojo.

Se confesaba que era virtuosa, en cuanto no se le conocía ningún *trapicheo*; pero esto era poco para creerse con vocación de santa.

—«¿Por ventura las demás eran unas tales?»

—Es guapa, pero orgullosa—decía la baronesa tro-nada, que tenía á su marido y á su hijo enamorados en vano de la sobrinita.—

No fué Ana quien apresuró su resolución, como esperaba Frígilis; fueron las tías que descubrieron un novio para la niña. El nuevo pretendiente era el americano deseado y temido, don Frutos Redondo, procedente de Matanzas con cargamento de millones. Venía dispuesto á edificar el mejor *chalet* de Vetusta, á tener los mejores coches de Vetusta, á ser diputado por Vetusta y á casarse con la mujer más guapa de Vetusta. Vió á Anita, le dijeron que aquella era la hermosura del pueblo y se sintió herido de punta de amor. Se le advirtió que no le bastaban sus onzas para conquistar aquella plaza. Entonces se enamoró mucho más. Se hizo presentar en casa de las Ozores y pidió á doña Anuncia la mano de la sobrina.

Después doña Anuncia se encerró en el comedor con doña Águeda, y terminada la conferencia compa-reció Anita. Doña Anuncia se puso en pié al lado de la chimenea pseudo-feudal: dejó caer sobre la alfombra *La Etelvina*, novela que había encantado su juventud, y exclamó:

—Señorita... hija mía; ha llegado un momento que puede ser decisivo en tu existencia. (Era el estilo de *La Etelvina*.) Tu tía y yo hemos hecho por ti todo género de sacrificios; ni nuestra miseria, á duras penas disimulada delante del mundo, nos ha impedido rodearte de todas las comodidades apetecibles. La caridad es inagotable, pero no lo son nuestros recursos.

Nosotras no te hemos recordado jamás lo que nos debes (se lo recordaban al comer y al cenar todos los días), nosotras hemos perdonado tu origen, es decir, el de tu desgraciada madre, todo, todo ha sido aquí olvidado. Pues bien, todo esto lo pagarías tú con la más negra ingratitud, con la ingratitud más criminal, si á la proposición que vamos á hacerte contestaras con una negativa... incalificable.

—Incalificable—repitió doña Águeda.—Pero creo inútil todo este sermón—añadió—porque la niña saltará de alegría en cuanto sepa de lo que se trata.

—Eso quiero; saber en qué puedo yo servir á Vds. á quien tanto debo.

—Todo.

—Sí, todo, querida tia.

—Como supongo—prosiguió doña Anuncia—que ya no te acordarás siquiera de aquella locura del monjío...

—No señora...

—En ese caso—interrumpió doña Águeda—como no querrás quedarte sola en el mundo el día que nosotras faltemos...

—Ni tendrás ningún amorcillo oculto, que sería indecente...

—Y como nosotras no podemos más...

—Y como es tu deber aceptar la felicidad que se te ofrece...

—Te morirás de gusto cuando sepas que don Frutos Redondo, el más rico del Espolón, ha pedido hoy mismo tu mano.

Ana, contra el expreso mandato de sus tías, no se murió de gusto. Calló; no se atrevía á dar una negativa categórica.

Pero doña Anuncia no necesitó más para dar rienda suelta al basilisco que llevaba dentro de sus entrañas. Su silueta en las sombras de la pared, parecía ahora

la de una bruja gigantesca; otras veces, multiplicándose por los saltos de la llama y por los saltos y contorsiones de la vieja, figuraba todo el infierno desencadenado; había momentos en que la sombra de la señorita de Ozores tenía tres cabezas en la pared y tres ó cuatro en el techo, y se diría que de todas ellas salían gritos y alaridos, según lo que vociferaba doña Anuncia sola.

Doña Águeda misma estaba horrorizada.

La sobrina permaneció ocho días encerrada en su alcoba después de aquella escena. Al cumplirse el novenario de la encerrona, que algo tenía de arresto, doña Anuncia se presentó tranquila, digna, severa á leer la sentencia. «No le faltaría á la hija de la bailarina—¿quién dudaba ya que la modista había bailado?—no le faltaría una cama en el palacio de sus mayores; pero ellas, las tías, no tenían qué poner á la mesa; todo lo había comido la niña.»

Ana escribió á Frígilis.

Y al día siguiente don Víctor Quintanar, de tiros largos, como el día de la primera visita, entró en el estrado de los Ozores. Venía á pedir la mano de Ana, «á quien creía no ser indiferente.»

«Daba aquel paso antes de lo que pensaba, porque acababa de ser ascendido; iba á Granada en calidad de Presidente de Sala y quería llevarse á su esposa, si su ardiente deseo era cumplido. Contaba con su sueldo y algunas viñas y no pocos rebaños en la Almunia de don Godino. Nunca hubiera sido osado á pedir la mano de tan preclara, ilustre y hermosa joven sin poder ofrecerle, ya que no la opulencia, una *aurea mediocritas*, como había dicho el latino.»

Doña Anuncia quedó deslumbrada... ¡Don Godino... *mediocritas*... la cruz de Isabel la Católica!... Era mucha tentación.

Frígilis había advertido á don Víctor, al ponerle la

cruz al pecho, que á doña Anuncia la enamoraban los discursos que no entendía y las condecoraciones.

Quintanar mientras hablaba se sentía en ridículo; pero la vieja estaba fascinada.



«Don Frutos, pensaba ella, había aplastado terrones en los suburbios de Vetusta, doce años antes; se acordaba de haberle visto en mangas de camisa.»

La Ozores contestó:

«Que ella no podía disponer de la mano de su sobrina, aunque la joven consintiera, sin consultar, sin tomar la venia de la nobleza, de la clase.»

Los señores del margen, los de la Audiencia, eran

la segunda aristocracia en Vetusta, aunque no figuraban tanto como en otros días.

La justicia era respetada con un terror supersticioso heredado de muchos siglos. Los más soliviantados liberales de Vetusta que hablaban de anarquía y de quemarlo todo, temblaban ante la voz de un uquier de la Sala de lo Criminal que gritaba, porque un testigo cruzaba las piernas:

—¡Guarden ceremonia!

La aristocracia, la primera, opinó que Anita hacía una boda loca.

La hizo.

Don Frutos se volvió á Matanzas, prometiendo volver vengado, es decir, con muchos más millones. Cumplió su promesa.

Pasó un mes, y Ana Ozores de Quintanar, con su caballeresco esposo, salía por la carretera de Castilla en la berlina de aquella diligencia en que había visto marchar á don Álvaro Mesía por el mismo camino.

Toda Vetusta fué á despedirlos; la nobleza y la clase media. Frigilis tenía lágrimas en los ojos.

—En cuanto puedan Vds. dar la vuelta... hay que darla—decía con un pié en el estribo y la cabeza dentro del coche.—Será Vd. la Regenta de Vetusta, Anita.

—No lo permite la ley, por causa de las tías—contestaba don Víctor.

—Bah, bah! Ya se arreglaría eso... Será Vd. la Regenta.

Don Cayetano quiso también subir al estribo, pero no pudo.

Doña Anuncia y doña Águeda habían quedado en el estrado, casi á oscuras, suspirando, rodeadas de algunos amigos y amigas, quizá los mismos que les dieran en otra ocasión igual pésame por la muerte civil de don Carlos.

—Y ella va contenta—decía el barón.

—¡Uf! Ya lo creo...

—La juventud es ingrata...

—Señores, que va á arrancar, *desapartarse*—gritó el zagal de la diligencia.

Y partió el coche. Don Víctor oprimía entre las suyas las manos de aquella esposa que le envidiaba un pueblo entero.

Un ¡adiós! llenó los ámbitos de la Plaza Nueva: era un adiós triste de verdad, era la despedida de la maravilla del pueblo; Vetusta en masa veía marchar á la nueva Presidenta de Sala como pudiera haber visto que le llevaban la torre de la catedral, otra maravilla.

Entre tanto, Ana pensaba que tal vez no había entre aquella muchedumbre que admiraba su hermosura otro más digno de poseerla que aquel don Víctor, á pesar de sus cuarenta y pico, pico misterioso.

Cuando, ya cerca de la noche, mientras subían cuestas que el ganado tomaba al paso, el nuevo Presidente de Sala le preguntaba si era él por su ventura el primer hombre á quien había querido, Ana inclinaba la cabeza y decía con una melancolía que le sonaba al marido á voluptuoso abandono:

—Sí, sí, el primero, el único.

«No le amaba, no; pero procuraría amarle.»

Cerró la noche. Ana, apoyada la cabeza en las sobadas almohadillas de aquel coche viejo, cerraba los ojos, fingía dormir y escuchaba el ruido atronador y confuso de vidrios, hierro y madera de la diligencia desvenijada, y se le antojaba oír en aquel estrépito los últimos gritos de la despedida.

Ni uno solo de aquellos hombres que quedaban allá abajo le había hablado de amor, de amor cierto, ni se lo había inspirado. Repasando todos los años de la inútil juventud, recordaba, como la mayor delicia que pudiera cargarse al capítulo de amor tal vez, alguna mirada de algún desconocido en uno de aquellos pa-

seos por las carreteras orladas de árboles poblados de gorriones y jilgueros.

Entre ella y los jóvenes de la sociedad en que vivía, pronto había puesto el orgullo de Ana y la necesidad de los otros un muro de hielo.

«No se casarían con ella, había dicho doña Anuncia, porque era pobre; pero ella les tomaba la delantera, y los despreciaba por fatuos y adocenados.»

Si alguno había querido tratarla como á Obdulia, pronto había encontrado un desdén altivo y una ironía cruel capaces de helar una brasa.

«Tal vez, aunque no era seguro, ni mucho menos, entre aquellos hombres que la admiraban de lejos, devorándola con los ojos, habría alguno digno de ser querido... pero las tías se encargaban de mantener las distancias que exigía el tono, y los pobres abogadillos, ó lo que fuerán, tal vez demócratas teóricos, respetaban aquellas preocupaciones, y participaban, á su pesar, de ellas. No se acercaban.» Todos los que habían producido en Ana algún efecto, aunque no grande, hablando con los ojos, eran cualquier cosa menos proporciones. En Vetusta la juventud pobre no sabe ganarse la vida, á lo sumo se gana la miseria; muchachos y muchachas se comen á miradas, se quieren, hasta se lo dicen... pero *lo dejan*; falta una posición; las muchachas pierden su hermosura y acaban en beatas; los muchachos dejan el luciente sombrero de copa, se embozan en la capa y se hacen jugadores.

Los que quieren medrar salen del pueblo; allí no hay más ricos que los que heredan ó hacen fortuna lejos de la soñolienta Vetusta.

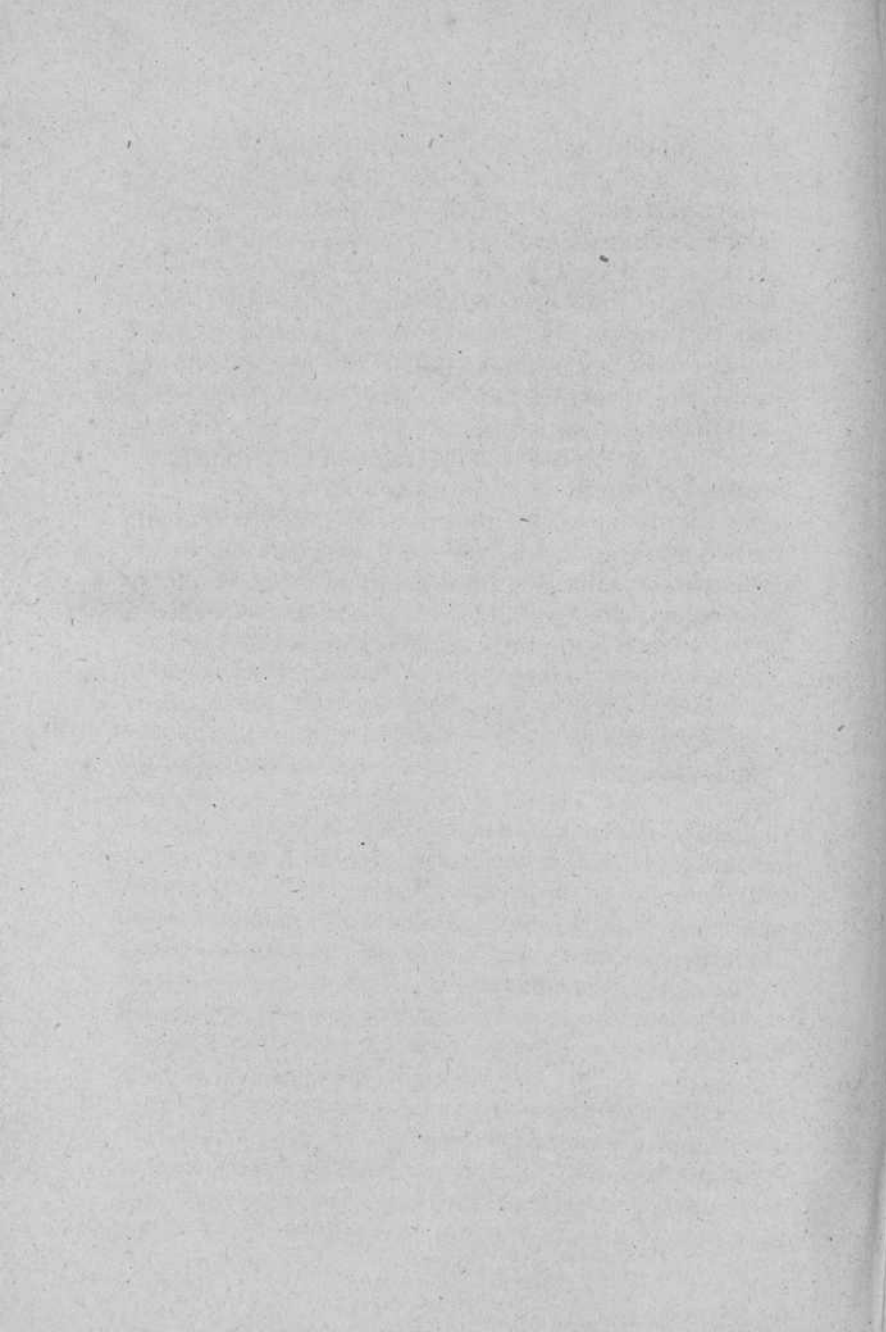
«Entre americanos, pasiegos y mayorazguetes fatuos, burdos y grotescos hubiera podido escoger, seguía pensando Ana. Que lo dijera don Frutos Redondo... Pero además, ¿para qué engañarse á sí misma? No estaba en Vetusta, no podía estar en aquel pobre rin-

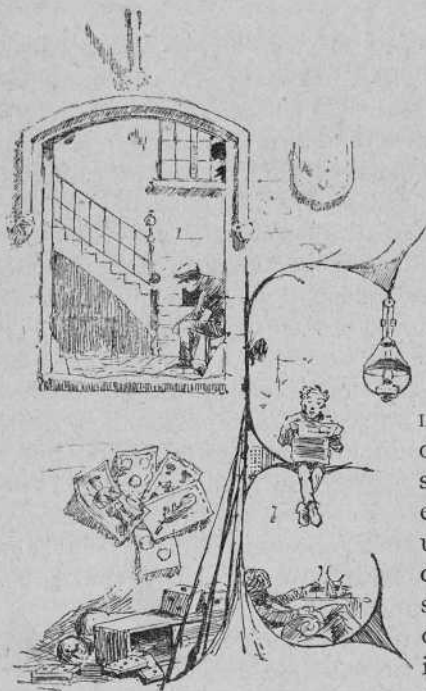
cón la realidad del sueño, el héroe del poema, que primero se había llamado Germán, después san Agustín, obispo de Hiponax, después Chateaubriand y después con cien nombres, todo grandeza, esplendor, dulzura delicada, rara y escogida...»

«Y ahora estaba casada. Era un crimen, pero un crimen verdadero, no como el de la barca de Trébol, pensar en otros hombres. Don Víctor era la muralla de la China de sus ensueños. Toda fantástica aparición que rebasara de aquellos cinco piés y varias pulgadas de hombre que tenía al lado, era un delito. Todo había concluido... sin haber empezado.»

Abrió Ana los ojos y miró á su don Víctor que á la luz de una lámpara de viaje, calada hasta las orejas una gorra de seda, leía tranquilamente, algo arrugado el entrecejo, *El Mayor Monstruo los celos ó el Tetrarca de Jerusalén*, del inmortal Calderón de la Barca.







VI

El casino de Vetusta ocupaba un caserón solitario, de piedra ennegrecida por los ultrajes de la humedad, en una plazuela sucia y triste cerca de San Pedro, la iglesia antiquísima vecina de la cate-

dral. Los socios jóvenes querían mudarse, pero el cambio de domicilio sería la muerte de la sociedad según el elemento serio y de más arraigo. No se mudó el Casino y siguió remendando como pudo sus goteras y demás achaques de abolengo. Tres generaciones habían bostezado en aquellas salas estrechas y oscuras, y esta solemnidad del aburrimiento heredado no debía trocarse por los azares de un porvenir dudoso en la parte nueva del pueblo, en la Colonia. Además, decían los viejos, si el Casino deja de residir en la Encimada, adiós casino. Era un aristócrata.

Generalmente el salón de baile se enseñaba a los forasteros con orgullo; lo demás se confesaba que valía poco.

Los dependientes de la casa vestían un uniforme parecido al de la policía urbana. El forastero que llamaba á un mozo de servicio podía creer, por la falta de costumbre, que venían á prenderle. Solían tener los camareros muy mala educación, también heredada. El uniforme se les había puesto para que se conociese en algo que eran ellos los criados.

En el vestibulo había dos porteros cerca de una mesa de pino. Era costumbre inveterada que aquellos señores no saludaran á los socios que entraban ó salían. Pero desde que era de la Junta Ronzal, que había visto otros usos en sus cortos viajes, los porteros se inclinaban al pasar un socio sin importancia, y hasta dejaban oír un gruñido, que bien interpretado podía tomarse por un saludo; si era un individuo de la Junta se levantaban de su silla cosa de medio palmo, si era Ronzal se levantaban un palmo entero y si pasaba don Álvaro Mesía, presidente de la sociedad, se ponían de pié y se cuadraban como reclutas.

Después del vestibulo se encontraban tres ó cuatro pasillos convertidos en salas de espera, de descanso, de conversación, de juego de dominó, todo ello junto y como quiera. Más adelante había otra sala más lujosa, con grandes chimeneas que consumían mucha leña, pero no tanta como decían los mozos. Aquella leña suscitaba graves polémicas en las juntas generales de fin de año. En tal estancia se prohibía el estridente dominó, y allí se juntaban los más serios y los más importantes personajes de Vetusta. Allí no se debía alborotar porque al extremo de oriente, detrás de un majestuoso portier de terciopelo carmesí, estaba la sala del tresillo, que se llamaba el gabinete rojo. En éste había de reinar el silencio, y si era posible también en la sala contigua. Antes estaba el tresillo cerca de los billares, pero el ruido de las bolas y los tacos molestaba á los tresillistas que se fueron al gabinete rojo,

donde estaba entonces el de lectura. El gabinete de lectura se fué cerca de los billares. La sala del tresillo jamás recibía la luz del sol: siempre permanecía en tinieblas caliginosas, que hacían palpables las tristes llamas de las bujías semejantes á lamparas de minero en las entrañas de la tierra.

Don Pompeyo Guimarán, un filósofo que odiaba el tresillo, llamaba á los del gabinete rojo los monederos falsos. Se le figuraba que en aquel antro donde se penetraba con silencio misterioso, donde se contenía toda alegría, toda expansión del ánimo, no se podía hacer nada lícito. Los más bulliciosos muchachos al entrar en el gabinete del tresillo se revestían de una seriedad prematura; parecían sacerdotes jóvenes de un culto extraño. Entrar allí era para los vetustenses como dejar la toga pretexta y tomar la viril. Jugando ó viendo jugar estaba siempre algún joven pálido, ensimismado, que afectaba despreciar los vanos placeres hastiado tal vez, y preferir los serios cuidados del solo y el codillo. Examinar con algún detenimiento á los habituales sacerdotes de este culto ceremonioso y circunspecto de la espada y el basto, es conocer á Vetusta intelectual en uno de sus aspectos característicos.

En efecto, aunque el jefe de Fomento aseguraba que todos los vetustenses eran unos chambones, no era esto más que un pretexto para subir al *cuarto del crimen* en busca de más pingües y rápidas ganancias; porque jugar se jugaba en el casino de Vetusta con una perfección que ya era famosa. No faltaban los inexpertos, y aun estos eran necesarios, porque sino ¿quién ganaría á quién? Pero contra la afirmación del jefe de Fomento protestaban los hechos. De Vetusta y sólo de Vetusta, salieron aquellos insignes tresillistas que, una vez en esferas más altas, tendieron el vuelo y llegaron á ocupar puestos eminentes en la administración del Estado, debiéndolo todo á la ciencia de los estuches.

Hay cuatro mesas en sendas esquinas y otros dos pares en medio. De las ocho, la mitad están ocupadas. Al rededor, sentados ó en pié varios mirones, los más esclavos de su vicio. Se habla poco. Las más veces para pedir un cigarro de papel. Se dan pocos consejos.



No se necesitan ó no sirven. Basilio Méndez, empleado del Ayuntamiento, es el mejor *espada* de los presentes. Es pálido y flaco. No se sabe si viste de artesano ó de persona decente, como dicen en Vetusta. El sueldo no le bastaba para sus necesidades; tiene mujer y cinco hijos; se ayuda con el tresillo; se le respeta. Juega como quien trabaja sin gusto; de mal humor; es brusco; apenas contesta si le hablan. Él va á su negocio: una casa de tres pisos que está construyendo á costa del tresillo junto al Espolón. Á su lado está don Matías el procurador: juega al tresillo para huir del *monte*.

Cuando la suerte le es adversa *arriba*, baja y se expone á ganar al tresillo todo lo que puede y á perder muy poco, porque si pierde lo deja. El que descansa en este momento, porque acaba de repartir las cartas, y juegan cuatro, es la gallina de los huevos de oro del Procurador y de don Basilio. Le van matando, pero por consunción. Es un mayorazgo de aldea; le llaman Vinculete. Antes venía de su pueblo durante las ferias á jugar al tresillo; después se hizo diputado provincial para venir á jugar al tresillo también, y por fin se hizo vecino de Vetusta para no separarse nunca de aquellos *espadas* á quien admiraba, de camino que les hacía ricos sin sospecharlo. El tresillo de su pueblo no le divertía. Vinculete jugaba desde las tres de la tarde hasta las dos de la mañana, sin más descanso que el preciso para cenar de mala manera. Don Basilio y el Procurador alternaban en el cuidado de desplumarle; se relevaban; pero á veces le desplumaban á un tiempo. El cuarto jugador era cualquiera. En las otras mesas las partidas eran más iguales. Jugaban muchos forasteros, casi todos empleados.

Es un axioma que en el juego se conoce la buena educación. Había allí muchas personas muy bien educadas, pero como reinaba la mayor confianza solía oírse frases como estas:

—Le digo á Vd. que me lo ha dado Vd.

—Yo le digo á Vd. que no.

—Yó le digo á Vd. que sí.

—Pues miente Vd.

—Valiente crianza tiene Vd.

—Mejor que la de Vd...

Se trataba de un duro falso.

Para que la armonía pudiera subsistir, por una especie de equilibrio que la naturaleza establecía entre los temperamentos, resultaba que unos tresillistas eran temerones y de un genio endiablado, y otros,

v. gr. Vinculete, pacíficos como corderos y miedosos como palomas.

Don Basilio aseguraba que el mayorazguete no jugaba con toda la limpieza necesaria.

Vinculete solía sostener los fueros de su dignidad, y entonces gritaba el del Ayuntamiento:

—¡Conmigo nadie se insolenta!

Y daba un puñetazo en la mesa.

Vinculete callaba y seguía recibiendo codillos.

Estas disputas, nada frecuentes, interrumpían el silencio pocos instantes; la calma renacía pronto y volvía aquella á ser un templo jamás profanado por ríos de sangre.

El gabinete de lectura, que también servía de biblioteca, era estrecho y no muy largo. En medio había una mesa oblonga cubierta de bayeta verde y rodeada de sillones de terciopelo de Utrecht. La biblioteca consistía en un estante de nogal no grande, empotrado en la pared. Allí estaban representando la sabiduría de la sociedad el *Diccionario* y la *Gramática* de la Academia. Estos libros se habían comprado con motivo de las repetidas disputas de algunos socios que no estaban conformes respecto del significado y aun de la ortografía de ciertas palabras. Había además una colección incompleta de la *Revue de deux mondes*, y otras de varias ilustraciones. La *Ilustración francesa* se había dejado en un arranque de patriotismo; por culpa de un grabado en que aparecían no se sabe qué reyes de España matando toros. Con ocasión de esta medida radical y patriótica se pronunciaron en la junta general muchos y muy buenos discursos en que fueron citados oportunamente los héroes de Sagunto, los de Covadonga y por último los del año ocho. En los cajones inferiores del estante había algunos libros de más sólida enseñanza, pero la llave de aquel departamento se había perdido.

Cuando un socio pedía un libro de aquellos, el conserje se acercaba de mal talante al pedigüeño y le hacía repetir la demanda.

—Sí señor, la crónica de Vetusta...

—Pero ¿Vd. sabe que está ahí?

—Sí, señor ahí está...

—El caso es...—y se rascaba una oreja el señor conserje—como no hay costumbre...

—¿Costumbre de qué?

—En fin, buscaré la llave.

El conserje daba media vuelta y marchaba á paso de tortuga.

El socio, que había de ser nuevo necesariamente para andar en tales pretensiones, podía entretenerse mientras tanto mirando el mapa de Rusia y Turquía y el *Padre nuestro* en grabados, que adornaban las paredes de aquel centro de instrucción y recreo. Volvía el conserje con las manos en los bolsillos y una sonrisa maliciosa en los labios.

—Lo que yo decía, señorito... se ha perdido la llave.

Los socios antiguos miraban la biblioteca como si estuviera pintada en la pared.

De los periódicos é ilustraciones se hacía más uso; tanto que aquellos desaparecían casi todas las noches y los grabados de mérito eran cuidadosamente arrancados. Esta cuestión del hurto de periódicos era de las difíciles que tenían que resolver las juntas. ¿Qué se hacía? ¿Se les ponía grillete á los papeles? Los socios arrancaban las hojas ó se llevaban papel y hierro. Se resolvió últimamente dejar los periódicos libres, pero ejercer una gran vigilancia. Era inútil. Don Frutos Redondo, el más rico americano, no podía dormirse sin leer en la cama el *Imparcial* del Casino. Y no había de trasladar su lecho al gabinete de lectura. Se llevaba el periódico. Aquellos cinco céntimos que ahorra de esta manera, le sabían á gloria. En cuanto al papel de

cartas que desaparecía también, y era más caro, se tomó la resolución de dar un pliego, y gracias, al socio que lo pedía con mucha necesidad. El conserje había adquirido un humor de alcaide de presidio en este trato. Miraba á los socios que leían como á gente de sospechosa probidad; les guardaba escasas consideraciones. No siempre que se le llamaba acudía, y solía negarse á mudar las plumas oxidadas.

Al rededor de la mesa cabían doce personas. Pocas veces había tantos lectores, á no ser á la hora del correo. La mayor parte de los socios amantes del saber no leían más que noticias.

El más digno de consideración, entre los abonados al gabinete de lectura, era un caballero apoplético, que había llevado granos á Inglaterra y se creía en la obligación de leer la prensa extranjera. Llegaba á las nueve de la noche indefectiblemente, tomaba *Le Figaro*, después *The Times*, que colocaba encima, se ponía las gafas de oro y arrullado por cierto silbido tenue de los mecheros del gas, se quedaba dulcemente dormido



sobre el primer periódico del mundo. Era un derecho que nadie le disputaba. Poco después de morir este señor, de apoplejía, sobre *The Times*, se averiguó que no sabía inglés. Otro lector asiduo era un joven opositor á fiscalías y registros que devoraba la *Gaceta* sin

dejar una subasta. Era un Alcubillas en un tomo; sabía de memoria cuánto se ha hecho, deshecho, arreglado y vuelto á destrozarse en nuestra administración pública.

A su lado solía sentarse un caballero que tenía un vicio secreto: escribir cartas á los periódicos de la corte con las noticias más contradictorias. Firmaba «El Corresponsal» y siempre que un papel de Madrid decía «Lo de Vetusta» era cosa de él. Al día siguiente desmentía en otro periódico sus noticias y resultaba que «Lo de Vetusta» no era nada. Así se había hecho un redomado escéptico en materia de prensa. «¡Si sabría él cómo se hacían los periódicos!» Cuando franceses y alemanes vinieron á las manos, *El Corresponsal* dudaba de la guerra; era cosa de los bolsistas acaso; no se convenció de que algo había hasta la rendición de Metz.

El poeta Trifón Cármenes también acudía sin falta á la hora del correo. Pasaba revista á varios periódicos con febril ansiedad y desaparecía en seguida con un desengaño más en el alma. Era que «no se lo habían publicado.» Se trataba de alguna poesía ó cuento fantástico que había mandado á cualquier periódico y que no acababa de salir. Cármenes, que en los certámenes de Vetusta se llevaba todas las rosas naturales, no podía conseguir que sus versos tuvieran cabida en las prensas madrileñas; y eso que empleaba en las cartas con que recomendaba las composiciones, la finura del mundo. La fórmula solía ser esta: «Muy señor mío y de mi más distinguida consideración: adjuntos le remito unos versos para que, si los estima dignos de tan señalado honor, vean la luz pública en las columnas de su acreditado periódico. Escritos sin pretensiones... etc., etc.» Pero, nada; no salían. Pedía, después de un año, que se los devolvieran. Pero «no se devolvían los originales.» Aprovechaba el borrador y publi-

caba aquello en *El Lábaro*, el periódico reaccionario de Vetusta.

Otro lector constante era un vejete semi-idiota que jamás se acostaba sin haber leído todos los *fondos* de la prensa que llegaba al casino. Deleitábase singularmente la prosa amazacotada de un periódico que tenía fama de hábil y circunspecto. Los conceptos estaban envueltos en tales eufemismos, pretericiones y circunloquios, y tan se quebraban de sutiles, que el viejo se quedaba siempre á buenas noches.

—¡Qué habilidad!—decía sin entender palabra.

Por lo mismo creía en la habilidad, porque si él la echara de ver ya no la habría.

Una noche despertó á su esposa el lector de fondos diciendo:

—Oye, Paca, ¿sabes que no puedo dormir?... Á ver si tú entiendes esto que he leído hoy en el periódico «No deja de dejar de parecernos reprehensible...» Lo entiendes tú, Paca? Es que les parece reprehensible ó que no? Hasta que lo resuelva no puedo dormir...

Estos y otros lectores asiduos se pasan los periódicos de mano en mano, en silencio, devorando noticias que leen repetidas en ocho ó diez papeles. Así se alimentan aquellos espíritus que antes de las once de la noche se van á dormir satisfechos, convencidos de que el cajero de tal parte se ha escapado con los fondos. Lo han leído en ocho ó diez fuentes distintas. Todos estos caballeros respetables y dignos de estima viven esclavos de tamaña servidumbre, la servidumbre del noticierismo cortesano. Mucho más de la mitad del caudal fugitivo de sus conocimientos consiste en los recortes de la *Correspondencia* que los periódicos pobres se van echando, como pelotas, de tijeras en tijeras.

Muchas veces, cuando reinaba aquel silencio de biblioteca, en que parecía oírse el ruido de la elabora-

ción cerebral de los sesudos lectores, de repente un estrépito de terremoto hacía temblar el piso y los cristales. Los socios antiguos no hacían caso, ni levantaban los ojos; los nuevos, espantados, miraban al techo y á las paredes esperando ver desmoronarse el edificio... No era eso. Era que los señores del billar azotaban el pavimento con las mazas de los tacos. Era proverbial el ingenioso buen humor de los señores socios.

Á las once de la noche no quedaba nadie en el gabinete de lectura. El conserje, medio dormido, doblaba los papeles, daba media vuelta á la llave del gas, y dejaba casi en tinieblas la estancia. Y se volvía á dormir á la conserjería.

Entonces era cuando entraba don Amadeo Bedoya, capitán de artillería, en traje de paisano, embozado en un carrick de ancha esclavina. Miraba bien... no había nadie... la oscuridad le favorecía. Se acercaba al estante con mucha cautela; sacaba una llave, abría el cajón inferior, tomaba un libro, dejaba otro que venía oculto bajo la esclavina, escondía el primero entre sus pliegues y cerraba el cajón. Se acercaba á la mesa, después de respirar fuerte, silbaba la marcha real, y fingía echar un vistazo á los periódicos. ¡Periódicos á él! Por hacer que hacemos estaba allí cinco minutos, y salía triunfante. No era un ladrón, era un bibliófilo. La llave de Bedoya era la que el conserje había perdido. Don Amadeo era el don Saturnino Bermúdez de tropa. Había sido un bravo militar; pero como hubiera tenido el honor años atrás de ser elegido presidente de un *Ateneo de infantería*, y vistose en la necesidad de estudiar y pronunciar un discurso, se encontró con gran sorpresa excelente orador en su opinión y la de los jefes, y de una en otra vino á parar en hombre de letras, hasta el punto de jurarse solemnemente y con la energía que tan bien sienta en los defensores de la

patria, ser un erudito. Empezó á llamar la atención de los vetustenses aquel militar que sabía de letras más que muchos paisanos, y el mismo Bedoya se animaba al trabajo con la gracia de lo que á él se le antojaba contraste de la artillería y la literatura. Poco á poco llegó á ser miembro, ya correspondiente, ya de número de muchas sociedades científicas, artísticas y literarias. Despuntaba en la Arqueología y en la Botánica, sobre todo en la relación de ésta á la Horticultura. Era un especialista en las enfermedades de la patata, y tenía un trabajo sobre el particular que no acababa de premiarle el gobierno. También le daba el naípe para la biografía militar. Sabía de varios tenientes generales que habían sido otros tantos Farnesios y Spinolas, sin que lo sospechara el mundo; y sacaba á relucir la historia de tal brigadier que si, conforme no mandó, hubiera mandado la acción de tal parte, hubiera conquistado la gloria de un Napoleón, en vez de perder las posiciones, como en efecto las había perdido el general inepto.

De esta clase de biografías de personas que pudieron ser importantes, estaban las fuentes en libros como aquellos que había en el cajón inferior del estante del casino. Más ejemplares habría por el mundo, pero no se sabía de ellos, y Bedoya era de esa clase de eruditos que encuentran el mérito en copiar lo que nadie ha querido leer. En cuanto él veía en el papel de su propiedad los párrafos que iba copiando con aquella letra inglesa esbelta y pulcra que Dios le había dado, ya se le antojaba obra suya todo aquello. Pero su fuerte eran las antigüedades. Para él un objeto de arte no tenía mérito aunque fuese del tiempo de Noé, si no era suyo. Así como Bermúdez amaba la antigüedad por sí misma, el polvo por el polvo, Bedoya era más subjetivo como él decía, necesitaba que le perteneciera el objeto amado. «¡ Si él pudiera hablar! Tamañitos se

quedarían Bermúdez y el Magistral y *tutti quanti*.» Pero no podía hablar. Iría á presidio probablemente, si hablara. «En fin, en puridad, tenía... — y miraba á su lado al decirlo — tenía un precioso manuscrito de Felipe II, un documento político de gran importancia.» Lo había robado en el archivo de Simancas. ¿Cómo? ese era su orgullo. Así es que Bedoya, seguro de aquella superioridad, miraba por encima del hombro á los demás anticuarios y callaba. Callaba por miedo al presidio.

El *cuarto del crimen*, la sala de los juegos de azar, y más concretamente de la ruleta y el monte estaba en el segundo piso. Se llegaba á ella después de recorrer muchos pasillos oscuros y estrechos. La autoridad no había turbado jamás la calma de aquel refugio repuesto y escondido del arte aleatorio, ni en los tiempos de mayor moralidad pública. Á ruegos de los gacetilleros, singularmente el del *Lábaro*, se perseguía cruelmente la prostitución, pero el juego no se podía perseguir. En cuanto á las «infames que comerciaban con su cuerpo», como decía Cármes escribiendo de incógnito los fondos del *Lábaro*, ¿cómo no habían de ser maltratadas, si diariamente se publicaban excitaciones de este género en la prensa local?

Casi todos los días salía á luz una gacetilla que se titulaba, por ejemplo: *Esas palomas! ó Fuego en ellas!* y en una ocasión el mismísimo don Saturnino Bermúdez escribió su gacetilla correspondiente que se llamaba á secas: *Meretrices* y acababa diciendo: «de la impúdica *scortum*.»

Volviendo al juego, si algún gobernador enérgico había amenazado á los socios del Casino con darles un susto, los jugadores influyentes le habían pronosticado una cesantía. Lo ordinario siempre fué que hiciese la vista gorda, y no faltaron á veces subvenciones en la forma más decorosa posible, como decían las partes

contratantes. Los jugadores vetustenses tenían una virtud: no trasnochaban. Eran hombres ocupados que tenían que madrugar. Tal médico se recogía á las diez despues de perder las ganancias del día: se levantaba á las seis de la mañana, recorría todo el pueblo entre charcos y entre lodo, desafiaba la nieve, el granizo, el frío, el viento; y después de improbo trabajo, volvía, como con una ofrenda ante el altar, á depositar sobre el tapete verde las pesetas ganadas. Abogados, procuradores, escribanos, comerciantes, industriales, empleados, propietarios, todos hacían lo mismo. En el tresillo, en el gabinete de lectura, en el billar, en las salas de conversación, de dominó y ajedrez, había siempre las mismas personas, los aficionados respectivos; pero el cuarto del crimen era el lugar donde se reunían todos los oficios, todas las edades, todas las ideas, todos los gustos, todos los temperamentos.

No en balde se afirmaba que Vetusta se distinguía por su acendrado patriotismo, su religiosidad y su afición á los juegos prohibidos. La religiosidad y el patriotismo se explicaban por la historia: la afición al juego por lo mucho que llovía en Vetusta. ¿Qué habían de hacer los socios, si no se podía pasear? Por eso proponía don Pompeyo Guimarán, el filósofo, que la catedral se convirtiera en paseo cubierto. «*¡Risum teneatis!*» contestaba Cármenes en la gacetilla del *Lábaro*.

La religiosidad, aunque en la forma lamentable de la superstición, se manifestaba en el mismo vicio de la tafurería. Se contaban en el casino portentos de credulidad de los jugadores más famosos. Un comerciante, liberal y nada timorato, tenía depositados en la puerta de aquel centro de recreo un par de zapatos viejos. Llegaba al casino, calzaba los zapatos de suela rota y subía á probar fortuna. Juraba que jamás llevando botas nuevas le había favorecido la suerte. Ve-

nía á ser un jugador de la orden de los descalzos. Entre su fe y cierta maliciosa experiencia le daban ganancias seguras. Un año hizo una espléndida novena á San Francisco, á la cual acudió toda *Vetusta edificada*, como decía Bermúdez.

Después que Bedoya salía del casino, pasando sin ser visto de los porteros, que dormían suavemente, no quedaban allí más socios que ocho ó diez trasnochadores jurados. Pocos y siempre los mismos. Unos eran personajes averiados que habían contraído la costumbre de trasnochar en Madrid, otros elegantes y calaveras de *Vetusta* que los imitaban. Pero de esta tertulia de última hora tendremos que hablar más adelante, porque á ella asistían personajes importantes de esta historia.

Eran las tres y media de la tarde. Llovía. En la sala contigua al gabinete viejo estaban los socios de costumbre, los que no jugaban á nada y los seis que jugaban al ajedrez. Éstos habían colocado el respectivo tablero junto á un balcón, para tener más luz. En el fondo de la sala parecía que iba á anochecer. Sobre una mesa de mármol brillaba entre humo espeso de tabaco, como una estrella detrás de niebla, la llama de una bujía que servía para dar lumbré á los cigarrillos. Ocultos en la sombra de un rincón, al rededor de aquella mesa, arrellanados en un diván unos, otros en mecedoras de paja, estaban media docena de socios fundadores, que de tiempo inmemorial acudían á las tres en punto á tomar café y copa. Hablaban poco. Ninguno se permitía jamás aventurar un aserto que no pudiera ser admitido por unanimidad. Allí se juzgaba á los hombres y los sucesos del día, pero sin apasionamiento; se condenaba, sin ofenderle, á todo innovador, al que había hecho algo que saliese de lo ordinario. Se elogiaba, sin gran entusiasmo, á los ciudadanos que sabían ser comedidos, corteses é incapaces



ces de exagerar cosa alguna. Antes mentir que exagerar. Don Saturnino Bermúdez había recibido más de una vez el homenaje de una admiración prudente en aquel círculo de señores respetables. Pero en general preferían á esto hablar de animales : v. gr., del instinto de algunos, como el perro y el elefante, aunque siempre negándoles, por supuesto, la inteligencia : «el castor fabrica hoy su vivienda lo mismo que en tiempo de Adán ; no hay inteligencia, es instinto.» Hablaban también de la utilidad de otros irracionales ; el cerdo, del cual se aprovecha todo, la vaca, el gato, etc., etc. Y aún les parecía más interesante la conversaci3n si se refería á objetos inanimados. El derecho civil también les encantaba en lo que atañe al parentesco y á la herencia. Pasaba un socio cualquiera, y si no le conocía alguno de aquellos fundadores preguntaba :

—¿ Quién es ese ?

—Ese es hijo de... nieto de... que casó con... que era hermana de...

Y como las cerezas, salían enganchados por el parentesco casi todos los vetustenses. Esta conversaci3n terminaba siempre con una frase :

—Si se va á mirar, aquí todos somos algo parientes.

La meteorología tampoco faltaba nunca en los t3picos de las conferencias. El viento que soplabá tenia siempre muy preocupados á los socios beneméritos. El invierno actual siempre era más frío que todos los que recordaban, menos uno.

También á veces se murmuraba un poco, pero con el mayor comedimiento, sobre todo si se hablaba de clérigos, señoras ó autoridades.

Á pesar de la amenidad de tales conversaciones, el grupo de venerables ancianos, con los que sólo había un joven y éste calvo, prefería al más grato palique el silencio ; y á él se consagraba principalmente aquella

especie de siesta que dormían despiertos. Casi siempre callaban.

No lejos de ellos, y por cierto molestándolos á veces no poco, había dos ó tres grupos de alborotadores; y a lo lejos se oía el antipático estrépito del dominó, que habían desterrado de su sala los venerables. Los del dominó eran siempre los mismos: un catedrático, dos ingenieros civiles y un magistrado. Reían y gritaban mucho; se insultaban, pero siempre en broma. Aquellos cuatro amigos, ligados por el seis doble, hubieran vendido la ciencia, la justicia y las obras públicas por salvar á cualquiera de la partida. En el salón de baile, donde no se permitía jugar ni tomar café, se paseaban los señores de la Audiencia y otros personajes, v. gr., el marqués de Vegallana, los días de mucha agua, cuando él no podía dar sus paseos.

La animación estaba en los grupos de alborotadores antes citados.

—«Allí no se respetaba nada ni á nadie»—decían los viejos del rincón.—Aunque estaban á dos pasos de ellos, rara vez se mezclaban las conversaciones. Los ancianos callaban y juzgaban.»

—¡Qué atolondramiento!—dijo un *venerable* en voz baja.

—Observe Vd.—le respondieron—que rara vez hablan de intereses reales de la provincia.

—Únicamente cuando viene el señor Mesía...

—Oh, es que el señor Mesía... es otra cosa.

—Sí, es mucho hombre. Muy entendido en Hacienda y eso que llaman Economía política.

—Yo también creo en la Economía política.

—Yo no creo, pero respeto mucho la memoria de Flórez Estrada, á quien he conocido.

Todo menos disputar; en cuanto asomaba una discusión, se le echaba tierra encima y á callar todos.

En la mesa de enfrente, gritaba un señor que había

sido alcalde liberal y era usurero con todos los sistemas políticos; malicioso, y enemigo de los curas, porque así creía probar su liberalismo con poco trabajo.

—Pero, vamos á ver—decía—¿quién le ha asegurado á Vd. que el Magistral no ha querido confesar á la Regenta?

—Me lo ha dicho quien vió por sus ojos á doña Anita entrar en la capilla de don Fermín y á don Fermín salir sin saludar á la Regenta.

—Pues yo los he visto saludarse y hablar en el Espolón.

—Es verdad—gritó un tercero—yo también los ví. De Pas iba con el Arcipreste y la Regenta con Visitación. Es más, el Magistral se puso muy colorado.

—¡Hombre, hombre!—exclamó el ex-alcalde fingiendo escandalizarse.

—Pues yo sé más que todos Vds.—vociferó un pollo que imitaba á Zamacois, á Luján, á Romea, el sobrino, á todos los actores cómicos de Madrid, donde acababa de licenciarse en Medicina.



Bajó la voz, hizo una seña que significaba sigilo; todos los del corro se acercaron á él, y con la mano puesta al lado de la boca, como una mampara, dejando caer la silla en que estaba á caballo, hasta apoyar el respaldo en la mesa, dijo:

—Me lo ha contado Paquito Vegallana; el Arcipres-

te, el célebre don Cayetano, ha rogado á Anita que cambie de confesor, porque...

—¡ Hombre, hombre! ¿ qué sabes tú por qué? —interrompió el enemigo del clero.—¡ El secreto de la confesión!

—¡ Bueno, bueno! Yo lo sé de buena tinta. Paquito me lo ha dicho. Mesía—y bajó mucho más la voz—Mesía le pone varas á la Regenta.

Escándalo general. Murmullo en el rincón oscuro.

« Aquello era demasiado. »

« Se podía murmurar, hablar sin fundamento, pero no tanto. Vaya por el Magistral y el secreto de la confesión; ¡ pero tocar á la Regenta! Era un imprudente aquel sietemesino, sin duda. »

—Señores, yo no digo que la Regenta tome varas, sino que Álvaro quiere ponérselas: lo cual es muy distinto.

Todos negaron la probabilidad del aserto.

—Hombre... la Regenta... ¡ es algo mucho!

El pollo se encogió de hombros.

—« Estaba seguro. Se lo había dicho el marquesito, el íntimo de Mesía. »

—Y, vamos á ver—preguntó el señor Foja, el ex-alcalde—¿ qué tiene que ver eso de las varas que Mesía quiere poner á la Regenta con el Magistral y la confesión?

No quería dejar su presa. No siempre en el Casino se podía hablar mal de los curas.

—Pues tiene mucho que ver; porque el Arcipreste ha pedido auxilio al otro; quiere dejarle la carga de la conciencia de la otra.

—Muchacho, muchacho, que te resbalas—advirtió el padre del deslenguado, que estaba presente y admiraba la desfachatez de su hijo, adquirida positivamente en Madrid, y muy á su costa.

—Quiero decir que Anita es muy cavilosa, como

todos sabemos—y seguía bajando la voz, y los demás acercándose, hasta formar un racimo de cabezas, dignas de otra Campana de Huesca—es cavilosa y tal vez haya notado las miradas... y demás ¿eh? del otro... y querrá curarse en salud... y el Arcipreste no está para casos de conciencia complicados, y el Magistral sabe mucho de eso.

El corro no pudo menos de sonreír en señal de aprobación.

Al papá del maldiciente se le caía la baba, y guiñaba un ojo á un amigo. No cabía duda que los chicos sólo en Madrid se despabilan. Caro cuesta, pero al fin se tocan los resultados.

El desparpajo del muchacho solía suscitar protestas, pero luégo vencía la elocuencia de sus maliciosos epigramas y del retintín manolesco de sus gestos y acento.

Empezaba entonces el llamado género flamenco á ser de buen tono en ciertos barrios del arte y en algunas sociedades. El mediquillo vestía pantalón muy ajustado y combinaba sabiamente los cuernos que entonces se llevaban sobre la frente con los mechones que los toreros echan sobre las sienes. Su peinado parecía una peluca de marquetería.

Se llamaba Joaquín Orgaz y *se timaba* con todas las niñas casaderas de la población, lo cual quiere decir que las miraba con insistencia y tenía el gusto de ser mirado por ellas. Había acabado la carrera aquel año y su propósito era casarse cuanto antes con una muchacha rica. Ella aportaría el dote y él su figura, el título de médico, y sus habilidades flamencas. No era tonto, pero la esclavitud de la moda le hacía parecer más adocenado de lo que acaso fuera. Si en Madrid era uno de tantos, en Vetusta no podía temer á más de cinco ó seis rivales importadores de semejantes maneras. En los meses de vacaciones aprovechaba el

tiempo buscando el trato de las familias ricas ó nobles de Vetusta. Se había hecho amigo íntimo de Paquito Vegallana y, aunque de lejos, algo le tocaba del esplendor que irradiaba el célebre Mesía, flor y nata de los elegantes de Vetusta. Orgaz le llamaba Álvaro, por lo muy familiar que era el trato de Paco y de Mesía, y como él tuteaba á Paquito... por eso.

Se animó Joaquín con el buen éxito de sus murmuraciones y sostuvo que era cursi aquel respeto y admiración que inspiraba la Regenta.

—Es una mujer hermosa, hermosísima; si ustedes quieren, de talento, digna de otro teatro, de volar más alto... si Vds. me apuran diré que es una mujer superior—si hay mujeres así—pero al fin es mujer, *et nihil humani...*

No sabía lo que significaba este latín, ni á dónde iba á parar, ni de quién era, pero lo usaba siempre que se trataba de debilidades posibles.

Los socios rieron á carcajadas.

«¡Hasta en latín sabe maldecir el pillastre!» pensó el padre, más satisfecho cada vez de los sacrificios que le costaba aquel enemigo.

Joaquinito, encarnado de placer, y un poco por el anís del mono que había bebido, creyó del caso coronar el edificio de su gloria cantando algo nuevo. Se puso en pié, estiró una pierna, giró sobre un tacón y cantó, ó se cantó, como él decía:

Ábreme la puerta
puerta del postigo...

«—Era preciso acabar con las preocupaciones del pueblo. ¡La Regenta! ¿Dejaría de ser de carne y hueso? Y Álvaro siempre había sido irresistible...» Orgaz hijo suspendió el baile, que había emprendido mientras hacía observaciones. En la sala vecina habían so-

nado unas pisadas que hacían temblar el pavimento.

—Ahí está el inglés—dijo entre dientes el flamenco; y se puso un poco pálido.

En efecto, era Ronzal.

Pepe Ronzal—alias Trabuco, no se sabe por qué—era natural de Pernueces, una aldea de la provincia. Hijo de un ganadero rico, pudo hacer sus estudios, que ya se verá qué estudios fueron, en la capital. Aficionado al monte, como Vinculete al tresillo, desde la adolescencia, ni durante las vacaciones quería volver á Pernueces, ganoso de no perder ni unas judías. No pudo concluir la carrera. No bastó la tradicional benevolencia de los profesores para que Trabuco consiguiera hacerse licenciado en ambos derechos.

Una vez le preguntaron en un examen:

—¿Qué es testamento, hijo mío?

—Testamento... ello mismo lo dice, es el que hacen los difuntos.

Además de Trabuco le llamaban el Estudiante, por una antonomasia irónica que él no comprendía.

Pasó el tiempo; murió el ganadero, Pepe Ronzal dejó de ser el Estudiante, vendió tierras, se trasladó a la capital y empezó á ser hombre político, no se sabe á punto fijo cómo ni por qué.

Ello fué que de una mesa de colegio electoral pasó á ser del Ayuntamiento, y de concejal pasó á diputado provincial por Pernueces. Si nunca pudo sacudir de sí la pristina ignorancia, en el andar, y en el vestir y hasta en el saludar, fué consiguiendo paulatinos progresos, y se necesitaba ser un poco antiguo en Vetus-ta para recordar todo lo agreste que aquel hombre había sido. Desde el año de la Restauración en adelante pasaba ya Ronzal por hombre de iniciativa, afortunado en amores de cierto género y en negocios de quintas. Era muy decidido partidario de las instituciones vigentes. Se peinaba por el modelo de los sellos y las

pesetas, y en cuanto al calzado lo usaba fortísimo, blindado. Creía que esto le daba cierto aspecto de noble inglés.

«—Yo soy muy inglés en todas mis cosas—decía con énfasis—sobre todo en las botas.»

«*Militaba*» en el partido más reaccionario de los que turnaban en el poder.

«—Dadme un pueblo sajón, decía, y seré liberal.»

Más adelante fué liberal sin que le dieran el pueblo sajón, sino otra cosa que no pertenece á esta historia.

Era alto, grueso y no mal formado; tenía la cabeza pequeña, redonda y la frente estrecha; ojos montaraces, sin expresión, asustados, que no movía siempre que quería, sino cuando podía. Hablar con Ronzal, verle á él animado, decididor, disparatando con gran energía y entusiasmo, y notar que sus ojos no se movían, ni expresaban nada de aquello, sino que miraban fijos con el pasmo y la desconfianza de los animales del monte, daba escalofríos.

Era de buen color moreno y tenía la pierna muy bien formada. En lo que se había adelantado á su tiempo era en los pantalones, porque los traía muy cortos. Siempre llevaba guantes, hiciera calor ó frío, fuesen oportunos ó no. Para él siempre había el guante sido el distintivo de la finura, como decía, del señorío, según decía también. Además, le sudaban las manos.

Aborrecía lo que olía á plebe. Los *republicanitos* tenían en él un enemigo formidable. Un día de san Francisco no puso colgaduras en los balcones del casino el conserje. Ronzal, que era ya de la Junta, quiso arrojar por uno de aquellos balcones al mísero dependiente.

—¡Señor—gritaba el conserje—si hoy es san Francisco de Paula!

—¿Qué importa, animal?—respondió Trabuco furioso.—No hay Paula que valga; en siendo san Francisco es día de gala y se cuelga!

Así entendía él que se servía á las Instituciones.

Con rasgos como éste fué haciéndose respetar poco á poco.

Lo que es cara á cara ya nadie se reía de él. No le faltó perspicacia para comprender que el mundo daba mucho á las apariencias, y que en el Casino pasaban por más sabios los que gritaban más, eran más tercios y leían más periódicos del día. Y se dijo :

«Esto de la sabiduría es un complemento necesario. Seré sabio. Afortunadamente tengo energía—tenía muy buenos puños—y á testarudo nadie me gana, y disfruto de un pulmón como un manolito (monolito, por supuesto.) Sin más que esto y leer *La Correspondencia*, seré el Hipócrates de la provincia.»

Hipócrates era el maestro de Platón, á quien nunca llamó Sócrates Trabuco, ni le hacía falta.

Desde entonces leyó periódicos y novelas de Pigault-Lebrun y Paul de Kock, únicos libros que podía mirar sin dormirse acto continuo. Oía con atención las conversaciones que le sonaban á sabiduría; y sobre todo, procuraba imponerse dando muchas voces y quedando siempre encima.

Si los argumentos del contrario le apuraban un poco, sacaba lo que no puede llamarse el Cristo, porque era un *rotin*, y blandiéndolo, gritaba :

—Y conste que yo sostendré esto en todos los terrenos! en todos los terrenos!

Y repetía lo de terreno cinco ó seis veces para que el otro se fijara en el tropo y en el garrote y se diera por vencido.

Comprendía que allí las discusiones de menos compromiso eran las de más bulto y de cosas remotas, y así, era su fuerte la política exterior. Cuanto más lejos estaba el país cuyos intereses se discutían, más le convenía. En tal caso el peligro estaba en los *lapsus* geográficos. Sabía confundir los países con los generales

que mandaban los ejércitos invasores. En cierta desgraciada polémica hubo de venir á las manos con el capitán Bedoya que le negaba la existencia del general Sebastopol.

También creyó que su fama de hombre de talento se afianzaría probando sus fuerzas en el ajedrez y aplicó á este juego mucha energía. Una tarde que jugaba en presencia de varios socios y llevaba perdidas muchas piezas, vió su salvación en convertir en reina un peoncillo.

—Este va á reina!—exclamó fijando con los suyos los ojos del adversario.

—No puede ser.

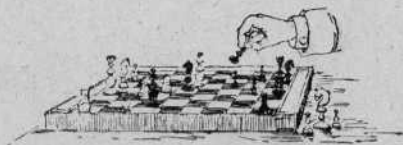
—¿Cómo que no puede ser?

Y el contrario, por instinto, retiró una pieza que estorbaba el paso del peón que debía ir á reina.

—Á reina va, y lo hago cuestión personal—añadió envalentonado Trabuco, dándose un puñetazo en el pecho.

Y el contrario, sin querer, le dejó otra casilla libre.

Y así, de una en otra, jugándose la vida en todas ellas, convirtió el peón en reina, y ganó el juego el enérgico diputado provincial de Pernueces.





VII

ESTAS y otras calidades distinguían á Pepe Ronzal, á quien Joaquinito Orgaz tenía mucho miedo. Tal vez sabía el de Pernueces que Joaquín imitaba perfectamente sus disparates y manera de decirlos. Además, Ronzal aborrecía á don Álvaro Mesía y á cuantos le alababan y eran amigos suyos. Joaquín era uña y carne del marquesito—el hijo del marqués de Vegallana—y éste el amigo íntimo de don Álvaro.

—Buenas tardes, señores—dijo Ronzal sentándose en el corro.

Dejó los guantes sobre la mesa, pidió café y se puso á mirar de hito en hito á Joaquín, que hubiera querido hacerse invisible.

—¿De quién se murmura, pollo?—preguntó el diputado dando una palmada en el muslo no muy lucido del sietemesino.

Para piernas, Ronzal. En efecto, las estiró al lado de las del joven para que pudiesen comparar aquellos señores.

Joaquín contestó:

—De nadie.

Y encogió los hombros.

—No lo creo. Estos madrileñitos siempre tienen algo que decir de los infelices provincianos.

—Así es la verdad—dijo el ex-alcalde.—Su amigo de usted, el Provisor, era hoy la víctima.

Ronzal se puso serio.

—¡Hola!—dijo—¿también *espifor*? (Espíritu fuerte en el francés de Trabuco.)

—Se trataba—añadió Foja—de las varas que toma ó no toma cierta dama, hasta hoy muy respetada, y de los refuerzos espirituales que su atribulada conciencia busca ó no busca en la dirección moral de don Fermín... Je, je!...

Ronzal no entendía.

—A ver, á ver; exijo que se hable claro.

Joaquín miró á su papá como pidiendo auxilio.

El señor Orgaz se atrevió á murmurar:

—Hombre, eso de exigir...

—Sí, señor; exigir. Y hago la cuestión personal!

—Pero ¿qué es lo que Vd. exige?—preguntó el muchacho agotando su valor en este rasgo de energía.

—Exijo lo que tengo derecho á exigir, eso es; y repito que hago la cuestión personal.

—¿Pero qué cuestión?

—Esa!

Joaquinito volvió á encogerse de hombros, pálido como un muerto. Comprendió que el tener razón era allí lo de menos. Á Ronzal ya le echaban chispas los ojos montaraces. Se había embrollado y esto era lo que más le irritaba siempre, perder el discurso á lo mejor.

—Sí, señor, esa cuestión; y quiero que se hable claro!

Ni él mismo sabía lo que exigía.

Foja se encargó de poner las cosas claras.

—El señor Ronzal quiere que se le explique si se piensa que es él quien pone las varas que esa señora toma ó deja de tomar.

—Eso es!—dijo Ronzal, que no pensaba en tal cosa, pero que se sintió halagado con la suposición.

—Quiero saber—añadió—si se piensa que yo soy capaz de poner en tela de juicio la virtud de esa señora tan respetable...

—Pero ¿qué señora?

—Esa, don Joaquinito, esa; y de mí no se burla nadie.

La disputa se acaloró; tuvieron que intervenir los señores venerables del rincón oscuro; tan grave fué el incidente. Se pusieron por unanimidad de parte del señor Ronzal, si bien reconocían que se enfadaba demasiado. Le explicaron el caso, pues aún no había dejado que le enterasen. «No se trataba de Ronzal. Se había dicho allí, con más ó menos prudencia, que el señor Magistral iba á ser en adelante el confesor de la señora doña Ana de Ozores de Quintanar, porque esta ilustre y virtuosísima dama, huyendo de las asechanzas de un galán, que no era el señor Ronzal...

—Es Mesía—interrumpió Joaquín.

—Pues miente quien tal diga—gritó Trabuco muy

disgustado con la noticia. — Y ese señor don Juan Tenorio puede llamar á otra puerta, que la Regenta es una fortaleza inexpugnable. Y en cuanto al que trae tales cuentos á un establecimiento público...

— El Casino no es un establecimiento público — interrumpió Foja.

— Y se hablaba entre amigos, en confianza — añadió Orgaz, padre.

— Y eso del don Juan Tenorio vaya V. á decírselo á Mesía — gritó Orgaz hijo desde la puerta, dispuesto á echar á correr si la pulla ponía fuera de sí al bárbaro de Pernueces.

No hubo tal cosa. Se puso como un tomate Trabuco, pero no se movió, y dijo:

— Ni Mesía ni San Mesía me asustan á mí! y yo lo que digo, lo digo cara á cara y á la faz del mundo, *surbicesorbi* (á la ciudad y al mundo en el latín ronzalesco.) No parece sino que don Alvarito se come los niños crudos, y que todas las mujeres se le... — y dijo una atrocidad que escandalizó á los señores del rincón oscuro.

— ¡Silencio! — se atrevió á decir bajando la voz Joaquinito, sin dejar la puerta.

— ¿Cómo silencio? Á mí nadie... ¡caballerito!

Se oyó una carcajada sonora, retumbante, que heló la sangre del fogoso Ronzal. No cabía duda, era la carcajada de Mesía. Estaba hablando con los señores del dominó en la sala contigua. Le acompañaban Paco Vegallana y don Frutos Redondo. Llegaron á donde estaba Ronzal. Éste había vuelto á sentarse y se quejaba de que se le había enfriado el café, que tomaba á pequeños sorbos. Había hecho una seña á los del corro. Quería decir que callaba por pura discreción.

Don Álvaro Mesía era mas alto que Ronzal y mucho más esbelto. Se vestía en París y solía ir él mismo á tomarse las medidas. Ronzal encargaba la ropa á Ma-

drid; por cada traje le pedían el valor de tres y nunca le sentaban bien las levitas. Siempre iba á la penúltima moda. Mesía iba muchas veces á Madrid y al extranjero. Aunque era de Vetusta, no tenía el acento del país. Ronzal parecía gallego cuando quería pronunciar en perfecto castellano. Mesía hablaba en francés, en italiano y un poco en inglés. El diputado por Pernueces tenía soberana envidia al Presidente del Casino.

Ningún vetustense le parecía superior al hijo de su madre ni por el valor, ni por la elegancia, ni por la fortuna con las damas, ni por el prestigio político, si se exceptuaba á don Álvaro. Trabuco tenía que confesarse inferior á este que era su bello ideal. Ante su fantasía el Presidente del Casino era todo un hombre de novela y hasta de poema. Creíale más valiente que el Cid, más diestro en las armas que el Zuavo, su figura le parecía un figurín intachable, aquella ropa el eterno modelo de la ropa; y en cuanto á la fama que don Álvaro gozaba de audaz é irresistible conquistador, reputábala auténtica y el más envidiable patrimonio que pudiera codiciar un hombre amigo de divertirse en este pícaro mundo. Aunque pasaba la vida propalando los rumores maliciosos que corrían acerca del origen de la regular fortuna que se atribuía al Presidente, él, Ronzal, no creía que ni un solo céntimo hubiese adquirido de mala fe.

Ronzal era reaccionario dentro de la dinastía y Mesía, dinástico también, figuraba como jefe del partido liberal de Vetusta que acataba las Instituciones. En todas partes le veía enfrente, pero vencedor. Mandaban los de Ronzal, éste era diputado de la comisión permanente, y sin embargo, entraba don Álvaro en la Diputación, y él quedaba en la sombra; no era Mesía de la casa, tenía allí una exigua minoría, y desde el portero al Presidente todos se le quitaban el sombrero, y don Álvaro para aquí, y don Álvaro para allá; y

no había alcalde de don Álvaro que no viese aprobadas sus cuentas, ni quinto de Mesía que no estuviera enfermo de muerte, ni en fin, expediente que él moviese que no volara.

¡Y sobre todo las mujeres!

Muchas veces en el teatro, cuando todo el público fijaba la atención en el escenario, un espectador, Ronzal, desde la platea de proscenio clavaba la mirada en el elegante Mesía, aquel *gallo* rubio, pálido, de ojos pardos, fríos casi siempre, pero candentes para dar hechizos á una mujer. Aquella pechera, aquel *plaston* (como decía Ronzal) inimitable, de un brillo que no sabían sacar en Vetusta, que no venía en las camisas de Madrid, atraía los ojos del diputado provincial como la luz á las mariposas. Atribuía supersticiosamente al *plastron* gran parte en las victorias de amor de su enemigo.

Él, Ronzal, también lucía mucho la pechera, pero insensiblemente tendía al chaleco cerrado y á la corbata acartonada. Volvía á ver la pechera del otro, y volvía él á los chalecos abiertos. Miraba á Mesía Ronzal, y si aplaudía su modelo aborrecido aplaudía él, pero pausadamente y sin ruido, como el otro. Ponía los codos en el antepecho del palco y cruzaba las manos, y se volvía para hablar con sus amigos aquel don Alvaro de una manera singular que Trabuco no supo imitar en su vida. Si Mesía paseaba los gemelos por los palcos y las butacas, seguía Ronzal el movimiento de aquellos que se le antojaban dos cañones cargados de mortífera metralla: ¡infeliz de la mujer á quien apuntara aquel asesino de corazones! Señora ó señorita ya la tenía Ronzal por muerta de amor ó deshonorada cuando menos.

Mejor que todos conocía las víctimas que el don Juan de Vetusta iba haciendo, le espiaba, seguía, como sus miradas, sus pasos, interpretaba sus sonrisas, y

más de una vez (antes morir que confesarlo), más de una vez esperó el tiempo que solía tardar el *otro* en cansarse de una dama para procurar cogerla en las torpes y groseras redes de la seducción ronzalesca.

En tales ocasiones solía encontrarse con que aquellos platos de segunda mesa se los comía Paco Vegallana, el marquesito.

Todo esto sabía Trabuco, pero no lo decía á nadie. Negaba las conquistas de Mesía.

—Ya está viejo—solía decir;—no digo que allá en sus verdores, cuando las costumbres estaban perdidas, gracias á la gloriosa... no digo que entonces no haya tenido alguna aventurilla... Pero hoy por hoy, en el actual momento histórico — el de Pernueces se crecía hablando de esto — la moralidad de nuestras familias es el mejor escudo.

Estas conversaciones se repetían todos los días; el objeto de la murmuración variaba poco, los comentarios menos y las frases de efecto nada. Casi podía anunciarse lo que cada cual iba á decir y cuándo lo diría.

Don Álvaro notó que su presencia había hecho cesar alguna conversación. Estaba acostumbrado á ello. Sabía el odio que le consagraba el de Pernueces y la admiración de que este odio iba acompañado. Le divertía y le convenía la inquina de Ronzal, gran propagandista de la leyenda de que era Mesía el héroe; y aquella leyenda era muy útil, para muchas cosas. También había conocido la imitación grotesca del Estudiante—él le llamaba así todavía—y se complacía en observarle, como si se mirase en un espejo de *la Rigo-lade*. No le quería mal. Le hubiera hecho un favor, siendo cosa fácil. Algunos le había hecho tal vez, sin que el otro lo supiera.

Aunque sin aludir ya á la Regenta, se volvió á hablar de mujeres casadas.

Ronzal, como otros días, defendía en tesis general la moralidad presente, debida á la restauración.

—Vamos, que Vd., Ronzalillo, en estos tiempos de moralidad... —dijo el alcalde, con su malicia de siempre.

Sonrió un momento Trabuco, pero recobrando la serenidad exclamó:

—Ni yo ni nadie; créanme Vds. En Vetusta la vida no tiene incentivos para el vicio. No digo que todo sea virtud, pero faltan las ocasiones. Y la sana influencia del clero, sobre todo del clero catedral, hace mucho. Tenemos un obispo que es un santo, un magistral...

—Hombre, el Magistral... no me venga V. á mí con cuentos... Si yo hablara... Además, todos Vds. saben...

El que empleaba estas reticencias era Foja.

—El señor Magistral—dijo Mesía, hablando por primera vez al corro—no es un místico que digamos, pero no creo que sea solicitante.

—¿Qué significa esto?—preguntó Joaquinito Orgaz.

Se lo explicó Foja.

Se discutió si el Magistral lo era. Dijeron que no Ronzal, Orgaz padre, el marquesito, Mesía y otros cuatro; que sí Foja, Joaquinito y otros dos.

Tomada la votación, para contentar á la minoría, el presidente del Casino declaró imparcialmente que «el verdadero pecado del Provisor era la simonía.»

El marquesito, licenciado en derecho civil y canónico, se hizo explicar la palabreja.

Según don Álvaro, la ambición y la avaricia eran los pecados capitales del Magistral, la avaricia sobre todo; por lo demás era un sabio; acaso el único sabio de Vetusta; un orador incomparablemente mejor que el obispo.

—No es un santo—añadía—pero no se puede creer nada de lo que se dice de doña Obdulia y él, ni lo de

él y Visitación; y en cuanto á sus relaciones con los Páez, yo que soy amigo de corazón de don Manuel, y conozco á su hija desde que era así — media vara — protesto contra todas esas calumniosas especies.

(Ronzal apuntó la palabra; él creía que se decía especies.)

—¿Qué especies? — preguntó el marquesito, que para eso estaba allí.

—¿No lo sabes? Pues dicen que Olvidito está supe-
ditada á la voluntad de don Fermín; que no se casa ni se casará porque él quiere hacerla monja, y que don Manuel autoriza esto, y...

—Y yo juro que es verdad, señor don Álvaro—gritó Foja.

—¿Pero cree V. también que el Magistral haga el amor á la niña?

—Eso es lo que yo no sé.

—Ni lo otro—dijo Ronzal.

Mesía le miró aprobando sus palabras con una inclinación de cabeza y una afable sonrisa.

--Señores—añadió Trabuco, animándose — esto es escandaloso. Aquí todo se convierte en política. El señor Magistral es una persona muy digna por todos conceptos.

—Díjolo Blas.

—Lo digo yo!

—Como si lo dijera el gato.

Hubo una pausa. El ex-alcalde no era un Joaquinito Orgaz.

Aquello de gato pedía sangre, Ronzal estaba seguro, pero no sabía cómo contestar al liberalote.

Por último dijo:

—Es Vd. un grosero.

Foja, que sabía insultar, pero también perdonaba los insultos, no se tuvo por ofendido.

—Yo lo que digo lo pruebo — replicó; — el Magistral

es el azote de la provincia : tiene embobado al obispo, metido en un puño al clero; se ha hecho millonario en cinco ó seis años que lleva de Provisor; la curia de Palacio no es una curia eclesiástica sino una sucursal de los Montes de Toledo. Y del confesonario nada quiero decir; y de la Junta de las Paulinas tampoco; y de las niñas del Catecismo... chitón, porque más vale no hablar; y de la Corte de María... pasemos á otro asunto. En fin, que no hay por dónde cogerlo. Esta es la verdad, la pura verdad : y el día que haya en España un gobierno medio liberal siquiera, ese hombre saldrá de aquí con la sotana entre piernas. He dicho.

El ex-alcalde entendía así la libertad ; ó se perseguía ó no se perseguía al clero. Esta persecución y la libertad de comercio era lo esencial. La libertad de comercio para él se reducía á la libertad del interés. Todavía era más usurero que clerófobo.

Aunque maldiciente, no solía atreverse á insultar á los curas de tan desfachatada manera, y aquel discurso produjo asombro.

¿ Como aquel socarrón, marrullero, siempre alerta, se había dejado llevar de aquel arrebató ? No había tal cosa. Estaba muy sereno. Bien sabía su papel. Su propósito era agradar á don Álvaro, por causas que él conocía ; y aunque el Presidente del Casino fingiera defender al canónigo, á Foja le constaba que no le quería bien ni mucho menos.

—Señor Foja—respondió Mesía, seguro de que todos esperaban que él hablase—hay cuando menos notable exageración en todo lo que Vd. ha dicho.

—*Vox populi...*

—El pueblo es un majadero—gritó Ronzal.—El pueblo crucificó á Nuestro Señor Jesucristo, el pueblo dió la cicuta á Hipócrates.

—Á Sócrates—corrigió Orgaz, hijo, vengándose bajo el seguro de la presencia de don Álvaro.

—El pueblo—continuó el otro sin hacer caso—mató á Luis diez y seis...

—¡Adiós! ya se desató—interrumpió Foja.

Y cogiendo el sombrero añadió:

—Abur, señores; donde hablan los sabios sobramos los ignorantes.

Y se aproximó á la puerta.

—Hombre, á propósito de sabios—dijo don Frutos Redondo, el americano, que hasta entonces no había hablado.—Tengo pendiente una apuesta con usted, señor Ronzal... ya recordará Vd... aquella palabreja.

—¿Cuál?

—Avena. Usted decía que se escribe con *h*...

—Y me mantengo en lo dicho, y lo hago cuestión personal...

—No, no; á mí no me venga Vd. con circunloquios; Vd. había apostado unos callos...

—Van apostados.

—Pues bueno, ¡ajaja! Que traigan el Calepino, ese que hay en la biblioteca.

—¡Que lo traigan!

Un mozo trajo el diccionario. Estas consultas eran frecuentes.

—Búsquelo Vd. primero con *h*—dijo Ronzal con voz de trueno á Joaquinito, que había tomado á su cargo, con deleite, la tarea de aplastar al de Pernueces.

Don Frutos se bañaba en agua de rosa. Un millón, de los muchos que tenía, hubiera dado él por una victoria así. Ahora verían quién era más bruto. Guñaba los ojos á todos, reía satisfecho, frotaba las manos.

—¡Qué callada! qué callada!

Orgaz, solemnemente, buscó avena con *h*. No pareció.

—Será que la busca Vd. con *b*; búsquela Vd. de corazón.

—Nada, señor Ronzal, no parece.

—Ahora búsquela Vd. sin *h*—exclamó don Frutos, ya muy serio, queriendo tomar un continente digno en el momento de la victoria.

Ronzal estaba como un tomate. Miró á Mesía, que fingió estar distraído.

Por fin Trabuco, dispuesto á jugar el todo por el todo, se puso en pié en medio de la sala y cogió bruscamente el diccionario de manos de Orgaz, que creyó que iba á arrojárselo á la cabeza. No; lo lanzó sobre un diván y gritando dijo :

—Señores, sostenga lo que quiera ese libraco, yo aseguro, bajo palabra de honor, que el diccionario que tengo en casa pone avena con *h*!

Don Frutos iba á protestar, pero Ronzal añadió sin darle tiempo.

—El que lo niegue me arroja un mentís, duda de mi honor, me tira á la cara un guante, y en tal caso... me tiene á su disposición; ya se sabe cómo se arreglan estas cosas.

Don Frutos abrió la boca.

Foja, desde la puerta, se atrevió á decir :

—Señor Ronzal, no creo que el señor Redondo, ni nadie, se atreva á dudar de su palabra de Vd. Si Vd. tiene un diccionario en que lleva *h* la avena, con su pan se lo coma; y aun calculo yo qué diccionario será ese... Debe de ser el diccionario de Autoridades...

—Sí, señor; es el diccionario del Gobierno...

—Pues ese es el que manda; y Vd. tiene razón y don Frutos confunde la avena con la Habana, donde hizo su fortuna...

Don Frutos se dió por satisfecho. Había comprendido el chiste de la avena que se había de comer el otro y fingió creerse vencido.

—Señores—dijo—corriente, no se hable más de esto; yo pago la llamada.

Casi siempre pasaba él allí por el más ignorante, y el ver á Ronzal objeto de burla general, le puso muy contento.

Se quedó en que aquella noche cenarían todos los del corro á costa de dñ Frutos. ¡Raro desprendimiento en aquel corazón amante de la economía! Ronzal creyó que una vez más se había impuesto á fuerza de energía; ¡y ahora delante de don Álvaro! Aceptó la cena y el papel de vencedor; por más que estaba seguro de que en su casa no había diccionario. Pero ya que Foja lo decía...

Había cesado la lluvia. Se disolvió la reunión, despidiéndose hasta la noche. Aquellos eran, fuera de Orgaz padre, los ordinarios trasnochadores.

La cena sería á última hora. Mesía ofreció asistir á pesar de sus muchas ocupaciones.

¡Cuánto envidió esta frase Ronzal! Comprendió que todos habían interpretado lo mismo que él aquellas «ocupaciones». Eran ¡ay! citas de amor. «¡Tal vez con la Regenta!» pensó el de Pernueces; y se prometió espiarlos.

Don Álvaro Mesía, Paco Vegallana y Joaquín Orgaz salieron juntos. El Marquesito comprendió que á don Álvaro le estorbaba Orgaz.

—Oye, Joaquín, ahora que me acuerdo ¿no sabes lo que pasa?

—Tú dirás.

—Que tienes un rival temible.

—¿En qué... plaza?

—Tienes razón, olvidaba tus muchas empresas... Se trata de Obdulia.

—Hola, hola—dijo Mesía, sonriendo de pura lástima;—¿con que tiene Vd. en asedio á la viudita?

—Sí—dijo Paco—es... el Gran Cerco de Viena.

Joaquín, á pesar de lo flamenco, se turbó, entre avergonzado y hueco. Sabía positivamente que don Álvaro

había sido amante de Obdulia, porque ella se lo había confesado. «¡ El único !» según la dama. Pero Orgaz sospechaba que había heredado aquellos amores Paco. Obdulia juraba que no.

—Pues tu rival es don Saturnino Bermúdez, el descendiente de cien reyes, ya sabes, mi primo, según él... Ayer creo que hubo un escándalo en la catedral, que el Palomo tuvo que echarlos poco menos que á escobazos: ¿ qué creías tú, que Obdulia sólo tenía citas en las carboneras ? Pues también en los palacios y en los templos...

Pauperum tabernas, regumque turres.

Joaquinito, fingiendo mal buen humor, preguntó :

—Pero tú ¿ cómo sabes todo eso ?

—Es muy sencillo. La señora de Infanzón... ya sabe éste quién es.

—Sí—dijo Mesía—la de Palomares...

—Esa, fué á la catedral con Obdulia, les acompañó el arqueólogo, y en la capilla de las reliquias, en los sótanos, en la bóveda, en todas partes creo que se daban unos... apretones... La Infanzón se lo contó á mamá que se moría de risa ; la lugareña estaba furiosa... Hoy mi madre, para divertirse—ya sabes lo que á la pobre le gustan estas cosas—quería ver á Obdulia y á don Saturno juntos, en casa, á ver qué cara ponían, aludiendo mamá á lo de ayer. La llamó, pero Obdulia se disculpó diciendo que esta tarde tenía que pasarla en casa de Visitación para hacer las empanadas de la merienda... ya sabes lo de la tertulia de la otra...

—Sí, ya sé.

—Con que allí las tienes, con los brazos al aire... y... ya sabes... en fin, que está el horno para pasteles.

—En honor de la verdad—observó Mesía—la viuda

está apetitosa en tales circunstancias. Yo la he visto en casa de éste, con su gran mandil blanco, su falda bajera ceñida al cuerpo, la pantorrilla un poco al aire y los brazos con todo al fresco... colorada, excitadota...

El flamenco tragó saliva.

—Es la mujer X—dijo sin poder contenerse.—¿Y él?
—añadió.

—¿Quién?

—El sabihondo ese...

—Ah! ¿don Saturnino? Pues tampoco fué á casa. Contestó muy fino en una esquila perfumada, como todas las suyas, que parecen de *cocotte* de sacristía...

—¿Qué contestó?

—Que estaba en cama y que hiciera mamá el favor de mandarle la receta de aquella purga tan eficaz que ella conoce. El pobre Bermúdez sería feliz, dado que te desbanque, si no fueran esas irregularidades de las vías digestivas.

Joaquín siguió algunos minutos hablando de aquellas bromas y se despidió.

—Pobre diablo!—dijo Mesía.

—Es pesado como un plomo.

Callaron. Vegallana miraba de soslayo á su amigo de vez en cuando. Don Álvaro iba pensativo. Aquel silencio era de esos que preceden á confidencias interesantes de dos amigos íntimos.

Aquella amistad era como la de un padre joven y un hijo que le trata como á un camarada respetable y de más seso. Pero además Paco veía en su Mesía un héroe. Ni el ser heredero del título más envidiable de Vetusta, ni su buena figura, ni su partido con las mujeres, envanecían á Paco tanto como su intimidad con don Álvaro. Cuarenta años y alguno más contaba el Presidente del casino, de veinticinco á veintiseis el futuro marqués, y á pesar de esta diferencia en la edad congeniaban, tenían los mismos gustos, las mis-

mas ideas, porque Vegallana procuraba imitar en ideas y gustos á su ídolo. No le imitaba en el vestir, ni en las maneras, porque discretamente, al notar algunos conatos de ello, don Alvaro le había hecho comprender que tales imitaciones eran ridículas y cursis. Burlándose de Trabuco había apartado á Paco, que tenía instintos de verdadero elegante, de tales propósitos. Y así era el marquesito original, vestía á la moda, según la entendía su sastre de Madrid, que le tomaba en serio, que le cuidaba, como á parroquiano inteligente y de mérito. No exageraba ni por ajustar demasiado la ropa ni por dejarla muy holgada, ni se excedía en los picos de los cuellos, ni en las alas de los sombreros.

Procuraba tener estilo indumentario para no parecerse á cualquier figurín. No creía en los sastres de Vetusta y ni unas trabillas compraba en su tierra. Nadie era sastre en su patria. En verano prefería los sombreros blancos, los chalecos claros y las corbatas alegres. La esencia del vestir bien estaba en la pulcritud y la corrección, y el peligro en la exageración adocenada. Era blanco, sonrosado, pero sin rastro de afeinamiento, porque tenía hermosa piel, buena sangre, mucha salud; las mujeres le alababan sobre todo la boca, dientes inclusive, la mano y el pié. Hasta en aquellos lugares donde el hombre suele perder todo encanto, porque es el deber, lograba conquistas verdaderas y de ello se pagaba no poco el marquesito, que trataba con desdén á las queridas ganadas en buena lid, y con grandes miramientos y hasta cariño á las que le costaban su dinero. Su literatura se había reducido á la *Historia de la prostitución* por Dufour, á la *Dama de las Camelias* y sus derivados, con más algunos panegíricos novelescos de la mujer caída. Creía en el buen corazón de las que llamaba Bermúdez meretrices y en la corrupción absoluta de las clases superiores.

Estaba seguro de que si no venía otra irrupción de Bárbaros, el mundo se podría de un día á otro. Lo lamentaba, pero lo encontraba muy divertido.

Además, pensaba que el buen casado necesita haber corrido muchas aventuras. Él estaba destinado á cierta heredera tan escuálida como virtuosa, y había puesto por condición, para comprometer su mano, que le dejaran muchos años de libertad en la que se prepararía á ser un buen marido. La duda que le atormentaba y consultaba con Mesía era esta :

—¿Debo casarme pronto para que mi mujer no llegue á mis brazos hecha una vieja? ¿Debo preferir tomarla vieja y ser libre más tiempo para disfrutar de otras lozanías?

No pensaba él, por supuesto, abstenerse del amor adúltero en casándose; pero ¿y la comodidad? ¿y el andar á salto de mata, ocultándose como un criminal?

Prefería seguir preparándose para ser un buen esposo.

Después de Mesía, pocos seductores había tan afortunados como el Marquesito. La vanidad solía ayudarle en sus conquistas; no pocas mujeres se rendían al futuro marqués de Vegallana; pero otras veces, y esto era lo que él prefería, vencían sus ojos azules, suaves y amorosos, su manera de entender los placeres.

—Para gozar—decía—las de treinta á cuarenta. Son las que saben más y mejor, y quieren á uno por sus prendas personales.

Como una dama rica y elegante deja vestidos casi nuevos á sus doncellas, Mesía más de una vez dejaba en brazos de Paco amores apenas usados. Y Paco, por ser quien era el otro, los tomaba de buen grado. Tanto le admiraba.

Paco era de mediana estatura y cogido del brazo de

su amigo parecía bajo, porque Mesía era más alto que el buen mozo de Pernueces.

—¿A dónde vamos?—preguntó Vegallana, queriendo provocar así la confidencia que esperaba.

Don Alvaro se encogió de hombros.

—Puede ser que esté ella en mi casa.

—¿Quién?

—Anita. Bah!

Don Alvaro sonrió, mirando con cariño paternal á Paco.

Le cogió por los hombros y le atrajo hacia sí, mientras decía:

—Muchacho, tú eres *l'enfant terrible!* ¡Qué ingenuidad! Pero ¿quién te ha dicho á ti?... .

—Estos.

Y puso Paco dos dedos sobre los ojos.

—¿Qué has visto? No puede ser. Yo estoy seguro de no haber sido indiscreto.

—¿Y ella?

—Ella... no estoy seguro de que sepa que me gusta.

—Bah! Estoy seguro yo... Y más; estoy seguro de que le gustas tú.

Una mano de Mesía tembló ligeramente sobre el hombro de Vegallana.

El marquesito lo sintió, y vió en el rostro de su amigo grandes esfuerzos por ocultar la alegría. Los ojos fríos del *dandy* se animaron. Chupó el cigarro y arrojó el humo para ocultar con él la expresión de sus emociones.

Anduvieron algunos pasos en silencio.

—¿Qué has visto tú... en ella?

—¡Hola, hola! Parece que pica.

—¡Ya lo creo! ¿Y dónde creerás que pica?

Vegallana se volvió para mirar á Mesía.

Éste señaló al corazón con ademán joco-serio.

—¡Puf!—hizo con los labios Paco.

—¿Lo dudas?

—Lo niego.

—No seas tonto. ¿Tú no crees en la posibilidad de enamorarse?

—Yo me enamoro muy fácilmente...

—No es eso.

—¿Y te pones colorado?

—Sí; me da vergüenza, ¿qué quieres? Esto debe de ser la vejez.

—Pero, vamos á ver, ¿qué sientes?

Mesía explicó á Paco lo que sentía. Le engañó como engañaba á ciertas mujeres que tenían educación y sentimientos semejantes á los del marquesito. La fantasía de Paco, sus costumbres, la especial perversión de su sentido moral le hacían afeminado en el alma en el sentido de parecerse á tantas y tantas señoras y señoritas, sin malos humores, ociosas, de buen diente, criadas en el ocio y el regalo, en medio del vicio fácil y corriente.

Era muy capaz de un sentimentalismo vago que, como esas mujeres, tomaba por exquisita sensibilidad, casi casi por virtud. Pero esta virtud para damas se rige por leyes de una moral privilegiada, mucho menos severa que la desabrida moral del vulgo. Paco, sin pensar mucho en ello, y sin pensar claramente, esperaba todavía un amor puro, un amor grande, como el de los libros y las comedias; comprendía que era ridículo buscarlo y se declaraba escéptico en esta materia; pero allá adentro, en regiones de su espíritu en que él entraba rara vez, veía vagamente *algo mejor* que el ordinario galanteo, algo más serio que los apetitos carnales satisfechos y la vanidad contenta. Necesitaba para que todo eso saliera á la superficie, para darse cuenta de ello, que fantasía más poderosa que la suya provocase la actividad de su cerebro; la elocuencia de Mesía, insinuante, corrosiva, era el incentivo más á propósito. En un cuarto de hora, empleado

en recorrer calles y plazuelas, don Álvaro hizo sentir al otro aquellos algos indefinidos del amor dosimétrico, que era la más alta idealidad á que llegaba el espíritu del marquesito.

«Sí, todo aquello era puro. Se trataba de una mujer casada, es verdad; pero el amor ideal, el amor de las almas elegantes y escogidas no se pára en barras. En París, y hasta en Madrid se ama á las señoras casadas sin inconveniente. En esto no hay diferencia entre el amor puro y el ordinario.

Importaba mucho al jefe del partido liberal dinástico de Vetusta que Paquito le creyera enamorado de aquella manera sutil y alambicada. Si se convencía de la pureza y fuerza de esta pasión, le ayudaría no poco. La amistad entre los Vegallana y la Regenta era íntima. Paco jamás había dicho una palabra de amor a su amiga Anita, y ésta le estimaba mucho; lo poco expansiva que era ella con Paco lo había sido mejor que con otros; en la casa del marqués, además, se la podía ver á menudo; en otras casas pocas veces. Si Mesía quería conseguir algo, no era posible prescindir de Paquito. Supongamos que Ana consentía en hablar con don Alvaro á solas, ¿dónde podía ser? ¿En casa del Regente? Imposible, pensaba el seductor; esto ya sería una traición formal, de las que asustan más á las mujeres; semejantes enredos no podía admitirlos la Regenta, por lo menos al principio. La casa de Paco era un terreno neutral; el lugar más á propósito para comenzar en regla un asedio y esperar los acontecimientos. Don Alvaro lo sabía por larga experiencia. En casa de Vegallana había ganado sus más heróicas victorias de amor. Su orgullo le aconsejaba que no hiciera en favor de Ana Ozores una excepción que á todo Vetusta le parecería indispensable.

Por lo mismo, quería él vencer allí para que vieran. Había de ser en el salón amarillo, en el célebre sa-

lón amarillo. ¿Qué sabía Vetusta de estas cosas? Tan mujer era la Regenta como las demás; ¿por qué se empeñaban todos en imaginarla invulnerable? ¿Qué blindaje llevaba en el corazón? ¿Con qué unto singular, milagroso, hacía incombustible la carne flaca aquella hembra? Mesía no creía en la virtud absoluta de la mujer; en esto pensaba que consistía la superioridad que todos le reconocían. Un hombre hermoso, como él lo era sin duda, con tales ideas tenía que ser irresistible.

«Creo en mí y no creo en ellas». Esta era su divisa.

Para lo que servía aquel supersticioso respeto que inspiraba á Vetusta la virtud de la Regenta era, bien lo conocía él, para aguijonearle el deseo, para hacerle empeñarse más y más, para que fuese poco menos que verdad aquello del enamoramiento que le estaba contando á su amiguito.

»Él era, ante todo, un hombre político; un hombre político que aprovechaba el amor y otras pasiones para el medro personal.» Este era su dogma hacia más de seis años. Antes conquistaba por conquistar. Ahora con su cuenta y razón; por algo y para algo. Precisamente tenía entre manos un vastísimo plan en que entraba por mucho la señora de un personaje político que había conocido en los baños de Palomares. Era otra virtud. Una virtud á prueba de bomba; del gran mundo. Pues bien, había empezado á minar aquella fortaleza. ¡Era todo un plan! Esperaba en el buen éxito, pero no se apresuraba. No se apresuraba nunca en las cosas difíciles. Él, el conquistador á lo Alejandro, el que había rendido la castidad de una robusta aldeana en dos horas de pugilato, el que había deshecho una boda en una noche, para sustituir al novio, el Tenorio repentista, en los casos graves procedía con la paciencia de un estudiante tímido que ama platónicamente. Había mujeres que sólo así su-

cumbían; á no ser que abundasen las ocasiones de los ataques bruscos con seguridad del secreto: entonces se acortaban mucho los plazos del rendimiento. La señora del personaje de Madrid era de las que exigían años. Pero el triunfo en este caso aseguraba grandes adelantos en la carrera, y esto era lo principal en Mesía, el hombre político. Ahora se empezaba á hablar en Vetusta de si él ponía ó no ponía los ojos en la Regenta. ¡Vergüenza le daba confesárselo á sí propio! Dos años hacía que ella debía de creerle enamorado de sus prendas! Sí, dos años llevaba de prudente sigiloso culto externo, casi siempre mudo, sin más elocuencia que la de los ojos, ciertas idas y venidas, y determinadas actitudes ora de tristeza, ora de impaciencia, tal vez de desesperación. Y ¡mayor vergüenza todavía! otros dos años había empleado en merecer el poeta Trifón Cármenes, enamorado líricamente de la Regenta. Bien lo había conocido don Alvaro, y aunque el rival no le parecía temible, era muy ridículo coincidir con tamaño personaje en la fecha de las operaciones y en el sistema de ataque. Pero al principio no había más remedio, había que proceder así. Claro es que el poeta se había quedado muy atrás; no había pasado de esta situación, poco lisonjera: la Regenta no sabía que aquel chico estaba enamorado de ella. Le veía á veces mirarla con fijeza y pensaba:

«Qué distraído es ese poetilla de *El Lábaro*! deben de tenerle muy preocupado los consonantes.» Y en seguida se olvidaba de que había Cármenes en el mundo. Entonces ya no le quedaba al poeta más testigo de su dolor que Mesía, la única persona del mundo que entendía el sentido oculto y hondo de los versos eróticos de Cármenes. Aquellas elegías parecían charadas, y sólo podía descifrarlas don Alvaro dueño de la clave. Esta parte ridícula, según él, de su empeño, ponía furioso unas veces al gentil Mesía y otras de muy buen

humor. ¡Era chusco! ¡Él, rival de Trifón! Había que dar un asalto. Ya debía de estar aquello bastante preparado. Aquello era el corazón de la Regenta.

El Presidente del casino apreciaba el progreso de la cultura por la lentitud y rapidez en esta clase de asuntos. Vetusta era un pueblo primitivo. Dígalo sino lo que á él le pasaba con Anita Ozores. Verdad era que en aquellos dos años había rendido otras fortalezas. Pero ninguna aventura había sido de las ruidosas; nada podía saber la Regenta de cierto y el amor y la constancia del discreto adorador debían de ser para ella cosa poco menos que segura. La prudencia y el sigilo eran datos positivos de don Alvaro en tales asuntos. Sus aventuras actuales pocos las conocían; las que sonaban y hasta refería él siempre eran antiguas. Con esto y la natural vanidad que lleva á la mujer á creerse querida de veras, la Regenta podía, si le importaba, creer que el Tenorio de Vetusta había dejado de serlo para convertirse en fino, constante y platónico amador de su gentileza. Esto era lo que él quería saber á punto fijo. ¿Creería en él? ¿le sacrificaría la tranquilidad de la conciencia y otras comodidades que ahora disfrutaba en su hogar honrado?

Algunas insinuaciones tal vez temerarias le habían hecho perder terreno, y con ellas había coincidido el cambio de confesores de la Regenta.

«Todo se puede echar á perder ahora», había pensado don Alvaro. «La devoción sería un rival más temible que Cármenes; el Magistral un cancerbero más respetable que don Víctor Quintanar, mi buen amigo.»

No había más remedio que jugar el todo por el todo. Había llegado la época de la recolección: ¿serían calabazas? No lo esperaba; los síntomas no eran malos; pero, aunque se lo ocultase á sí mismo, no las tenía todas consigo. Por eso le irritaba más la supersticiosa fe de Vetusta en la virtud de aquella señora; le irrita-

ba más porque él, sin querer, participaba de aquella fe estúpida.

«Y con todo, yo tengo datos en contra, pensaba, ciertos indicios. Y además, no creía en la mujer fuerte. ¡Señor, si hasta la Biblia lo dice! ¿Mujer fuerte ¿quién la hallará?»

Si hubiese conocido Paco Vegallana estos pensamientos de su amigo, que probaban la falsedad de su amor, le hubiera negado su eficaz auxilio en la conquista de la Regenta. Sólo el amor fuerte, invencible, podía disculparlo todo. A lo menos así lo decía la moral de Paco. Queriendo tanto y tan bien como decía don Alvaro, nada de más haría la Regenta en corresponderle. Una mujer casada, peca menos que una soltera cometiendo una falta, porque, es claro, la casada... no se compromete.

«—¡Esta es la moral positiva!—decía el Marquesito muy serio cuando alguien le oponía cualquier argumento. Sí, señor, esta es la moral moderna, la científica; y eso que se llama el Positivismo no predica otra cosa; lo inmoral es lo que hace daño positivo á alguien. ¿Qué daño se le hace á un marido *que no lo sabe*?

Creía Paco que así hablaba la filosofía de última novedad, que él estimaba excelente para tales aplicaciones, aunque, como buen conservador, no la quería en las Universidades.

«¿Por qué? Porque el saber esas cosas no es para chicos.»

Cuando llegaron al portal del palacio de Vegallana, su futuro dueño tenía lágrimas en los ojos. ¡Tanto le había ablandado el alma la elocuencia de Mesía! ¡Qué grande contemplaba ahora á su don Alvaro! Mucho más grande que nunca. «¿Con que el escéptico redomado, el hombre frío, el *dandy* desengañado, tenía otro hombre dentro? ¡Quién lo pensara! Y qué bien casaban aquellos colores (aquellos matices delicados,

quería decir Paco), aquel contraste de la aparente indiferencia, del elegante pesimismo con el oculto fervor erótico, un si es no es romántico! Si en vez de la *Historia de la Prostitución* Paquito hubiese leído ciertas novelas de moda, hubiera sabido que don Alvaro no hacía más que imitar—y de mala manera, porque él era ante todo un hombre político—á los héroes de aquellos libros elegantes. Sin embargo, algo encontraba Paco en sus lecturas parecido á Mesía; era éste una Margarita Gauthier del sexo fuerte; un hombre capaz de redimirse por amor. Era necesario redimirle, ayudarle á toda costa.

«Y que perdonase don Víctor Quintanar, incapaz de ser escéptico, frío y prosáico por fuera, romántico y dulzón por dentro.»

Cuando subían la escalera, Paco Vegallana, el muchacho de más partido entre las mozas del idem, estaba resuelto:

1.º Á favorecer en cuanto pudiese los amores, que él daba por seguros, de la Regenta y Mesía. Y

2.º Á buscar, para uso propio, un acomodo neo-romántico, una *pasión-verdad*, compatible con su afición á las formas amplias y á las turgencias hiperbólicas; que él no llamaba así, por supuesto.

—¿Quién está arriba?—preguntó á un criado, seguro de que estaría la Regenta «porque se lo daba el corazón.»

—Hay dos señoras.

—¿Quiénes son?

El criado meditó.

—Una creo que es doña Visita, aunque no las he visto; pero se la oye de lejos... la otra... no sé.

—Bueno, bueno—dijo Paco, volviéndose á Mesía.—Son ellas. Estos días Visita no se separa de Ana.

Á Mesía le temblaron un poco las piernas, muy contra su deseo.

—Oye—dijo—llévame primero á tu cuarto. Quiero que allí me expliques, como si te fueras á morir, la verdad, nada más que la verdad de lo que hayas notado en ella, que puede serme favorable.

—Bien; subamos.

Paco se turbó. La verdad de lo que había notado... no era gran cosa. Pero ¡bah! con un poco de imaginación... y precisamente él estaba tan excitado en aquel momento...

Las habitaciones del marquesito estaban en el segundo piso. Al llegar al vestibulo del primero, oyeron grandes carcajadas... Era en la cocina. Era la carcajada eterna de Visita.

—¡Están en la cocina!—dijo Mesía asombrado y recordando otros tiempos.

—Oye—observó Paco—¿no esperaba Visita á Obdulia en su casa para hacer empanadas y no sé qué más?

—Sí, ella lo dijo.

—Entonces... ¿cómo está aquí Visitación?

—¿Y qué hacen en la cocina?

Una hermosa cabeza de mujer, cubierta con un gorro blanco de fantasía, apareció en una ventana al otro lado del patio que había en medio de la casa. Debajo del gorro blanco flotaban graciosos y abundantes rizos negros, una boca fresca y alegre sonreía, unos ojos muy grandes y habladores hacían gestos, unos brazos robustos y bien torneados, blancos y macizos, rematados por manos de muñeca, mostraban, levantándolo por encima del gorro, un pollo pelado, que palpitaba con las ansias de la muerte; del pico caían gotas de sangre.

Obdulia, dirigiéndose á los atónitos caballeros, hizo ademán de retorcer el pescuezo á su víctima y gritó triunfante:

—¡Yo misma! ¡he sido yo misma! ¡Así, á todos los hombres!...

«¡Era Obdulia! ¡Obdulia! Luego no estaba la otra.»







VIII

EL marqués de Vegallana era en Vetusta el jefe del partido más reaccionario entre los dinásticos; pero no tenía afición á la política y más servía de adorno que de otra cosa. Tenía siempre un favorito que era el jefe verdadero. El favorito actual era (¡oh escándalo del juego natural de las instituciones y del turno pacífico!) ni más ni menos, don Álvaro Mesía, el jefe del partido liberal dinástico. El reaccionario creía resolver sus propios asuntos y en realidad obedecía á las inspiraciones de Mesía. Pero éste no abusaba de su poder secreto. Como un jugador de ajedrez que juega solo y lo mismo se interesa por los blancos que por los negros, don Álvaro cuidaba de los negocios conservadores lo mismo que de los liberales. Eran panes prestados. Si mandaban los del marqués,

don Álvaro repartía estanquillos, comisiones y licencias de caza, y á menudo algo más succulento, como si fueran gobierno los suyos; pero cuando venían los liberales, el marqués de Vegallana seguía siendo árbitro en las elecciones, gracias á Mesía, y daba estanquillos, empleos y hasta prebendas. Así era el turno pacífico en Vetusta, á pesar de las apariencias de encarnizada discordia. Los soldados de fila, como se llamaban ellos, se apaleaban allá en las aldeas, y los jefes se entendían, eran uña y carne. Los más listos algo sospechaban, pero no se protestaban, se procuraba sacar tajada doble, aprovechando el secreto.

Vegallana tenía una gran pasión: la de «tragarse leguas,» ó sea dar paseos de muchos kilómetros.

Le aburrían las intrigas de la politiquilla.

Era cacique honorario; el cacique en funciones, su mano derecha, Mesía. Don Alvaro era al marqués en política lo que á Paquito en amores, su Mentor, su Ninfa Egería. Padre é hijo se consideraban incapaces de pensar en las respectivas materias sin la ayuda de su Pitonisa. Aquí estaba el secreto de la política de Vegallana, conocido por pocos.

Los más, al salir de una junta del «Salón de Antigüedades,» solían exclamar:

—¡Qué cabeza la de este marqués! Nació para amañar electorales, para manejar pueblos!

—No, y los años no le rinden; siempre es el mismo.

Y todo lo que alababan era obra del otro, de Mesía.

Cuando éste quería castigar á alguno de los suyos, le ponía en frente de un candidato reaccionario á quien había que dejar el triunfo. El marqués agradecía á don Alvaro su abnegación, y le pagaba diciéndole, por ejemplo:

—Oiga Vd., mi correligionario, Fulano quiere tal cosa, pero á mí me carga ese hombre; haga Vd. que

triunfe el pretendiente liberal. Y entonces Mesía premiaba los servicios de algún servidor fidelísimo.

¡Quién le hubiera dicho á Ronzal que él debía el verse diputado de la Comisión á una de estas sabias combinaciones!

El marqués decía que «la fatalidad le había llevado á militar en un partido reaccionario; el nacimiento, los compromisos de clase; pero su temperamento era de liberal.» Tenía grandes «amistades personales» en las aldeas, y repartía abrazos por el distrito en muchas leguas á la redonda. Durante las elecciones, cuando muchos, casi todos, le creían manejando la complicada máquina de las influencias, el único servicio positivo y directo que prestaba era el de agente electoral. Pedía un puñado de candidaturas á Mesía y las repartía por las parroquias electorales que visitaba en sus paseos de Judío Errante.

Cuando emprendía una excursión por camino desconocido, contaba los pasos, aunque hubiese medidas oficiales, porque no se fiaba de los kilómetros del Gobierno. Contaba los pasos y los millares los señalaba con piedras menudas que metía en los bolsillos de la americana. Llegaba á casa y descargaba sobre una mesa aquellos sacos para contar más satisfecho las piedras miliarias. Aquella noche en la tertulia se hablaba en primer término del paseo de Vegallana.

—¿A dónde bueno, marqués?— le preguntaba un amigo que le encontraba en el campo.

—A Cardona por la Carbayeda... mil ciento un... mil ciento dos... tres... cuatro...—Y seguía marcando el paso, apoyándose en un palo con nudos y ahumado, como el de los aldeanos de la tierra.

Aquel garrote, la sencilla americana y el hongo flexible de anchas alas eran la garantía de su popularidad en las aldeas. Tenía todo el orgullo y todas las preocupaciones de sus compañeros en nobleza vetus-

tense, pero afectaba una llaneza que era el encanto de las almas sencillas.

Tenía otra manía, corolario de sus paseos, la manía de las pesas y medidas. Sabía en números decimales la capacidad de todos los teatros, congresos, iglesias, bolsas, circos y demás edificios notables de Europa. «Covent Garden tiene tantos metros de ancho por tantos de largo, y tantos de altura;» y hallaba el cubo en un decir Jesús. El Real tiene tantos metros cúbicos menos que la Gran Ópera. Mentía cuando quería deslumbrar al auditorio, pero podía ser exacto, asombrosamente exacto si se le antojaba. «Á mi hechos, datos, números—decía;—lo demás... filosofía alemana.»

En arquitectura le preocupaban mucho las proporciones. Para que hubiese proporción entre la catedral y la plazuela, convendría retirar tres ó cuatro metros la catedral. Y él lo hubiera propuesto de buen grado. Era el enemigo natural de don Saturnino Bermúdez en materia de monumentos históricos y ornato público. Todo lo quería alineado. Soñaba con las calles de Nueva York—que nunca había visto—y si le sacaban este argumento:

«—Pero la nobleza se opone por su propia esencia á esas igualdades,»

Contestaba:

«—Señor mío, *distingue tempora...* (no quería decir eso) no tergiversemos, no involucremos, *post hoc ergo propter hoc* (tampoco quería decir eso). La verdadera desigualdad está en la sangre, pero los tejados deben medirse todos por un rasero. Así lo hace América, que nos lleva una gran ventaja.»

La Colonia, la parte nueva de Vetusta, merced á la influencia poderosa del marqués, por un rasero se había medido.

No había una casa más alta que otra.

Protestaban algunos americanos que querían hacer palacios de ocho pisos para ver desde las guardillas el campanario de su pueblo; pero el Municipio, bajo la presión del marqués, nivelaba todos los tejados «dejando para otras esferas de la vida las naturales desigualdades de la sociedad en que vivimos», como decía el marqués en un artículo anónimo que publicó en *El Lábaro*.

La marquesa tenía á su esposo por un grandísimo majadero, condición que ella creía casi universal en los maridos. Ella sí que era liberal. Muy devota, pero muy liberal, porque lo uno no quita lo otro. Su devoción consistía en presidir muchas cofradías, pedir limosna con gran descaro á la puerta de las iglesias, azotando la bandeja con una moneda de cinco duros, regalar platos de dulce á los canónigos, convidarles á comer, mandar capones al obispo y fruta á las monjas para que hicieran conservas. La libertad, según esta señora, se refería principalmente al sexto mandamiento. «Ella no había sido ni mala ni buena, sino como todas las que no son completamente malas, pero tenía la virtud de la más amplia tolerancia. Opinaba que lo único bueno que la aristocracia de ahora podía hacer era divertirse. ¿No podía imitar las virtudes de la nobleza de otros tiempos? Pues que imitara sus vicios. Para la marquesa no había más que Luis XV y Regencia. Los muebles de su salón amarillo y la chimenea de su gabinete estaban copiados de una sala de Versalles, según aseguraban el tapicero y el arquitecto; pero el amor de la marquesa á lo mullido y almohadillado había ido introduciendo grandes modificaciones en el salón Regencia.

El capitán Bedoya, el gran anticuario, murmuraba del salón amarillo diciendo:

«—La marquesa se empeña en llamar aquello estilo de la Regencia; ¿por dónde? como no sea de la regencia

de Espartero...» Los muebles eran lujosos, pero estaban maltratados y lo que era peor, desde el punto de vista arqueológico, convertidos en flagrantes anacronismos.

Les había hecho sufrir varios cambios, aunque siempre sobre la base del amarillo, cubriéndolos con damasco, primero, con seda brochada después, y últimamente con raso basteado, *capitoné* que ella decía, en almohadillas muy abultadas y menudas, que á don Saturnino se le antojaban impúdicas. El tapicero protestó en tiempo oportuno; en el salón sentaba mal lo *capitoné*, según su dogma, pero la marquesa se reía de estas imposiciones oficiales. En los demás muebles del salón, espejos, consolas, colgaduras, etc., se había pasado de lo que entendiera el mueblista por Regencia á la mezcla más escandalosa, según el capricho y las comodidades de la marquesa. Si se le hablaba de mal gusto, contestaba que la moda moderna era lo *confortable* y la libertad. Los antiguos cuadros de la escuela de Cenceño sin duda, pero al fin venerables como recuerdos de familia, los había mandado al segundo piso, y en su lugar puso alegres acuarelas, mucho torero y mucha manola y algún fraile pícaro; y con escándalo de Bedoya y de Bermúdez hasta había colgado de las paredes cromos un poco verdes y nada artísticos. En el gabinete contiguo, donde pasaba el día la marquesa, la anarquía de los muebles era completa, pero todos eran cómodos; casi todos servían para acostarse; sillas largas, mecederas, marquesitas, confidentes, taburetes, todo era una conjuración de la pereza; en entrando allí daban tentaciones de echarse á la larga. El sofá de panza anchísima y turgente con sus botones ocultos entre el raso, como pistilos de rosas amarillas, era una muda anacreóntica, acompañada con los olores excitantes de las cien esencias que la marquesa arrojaba á todos los vientos.

La excelentísima señora doña Rufina de Robledo, marquesa de Vegallana, se levantaba á las doce, almorzaba, y hasta la hora de comer leía novelas ó hacía crochet, sentada ó echada en algún mueble del gabinete. La gran chimenea tenía lumbre desde Octubre hasta Mayo. De noche iba al teatro doña Rufina siempre que había función, aunque nevase ó cayeran rayos; para eso tenía carruajes. *Si no había teatro*, y era esto muy frecuente en Vetusta, se quedaba en su gabinete donde recibía á los amigos y amigas que quisieran hablar de sus cosas, mientras ella leía periódicos satíricos con caricaturas, revistas y novelas. Sólo intervenía en la conversación para hacer alguna advertencia del género de los epigramas del Arcipreste, su buen amigo. En estas breves interrupciones, doña Rufina demostraba un gran conocimiento del mundo y un pesimismo de buen tono respecto de la virtud. Para ella no había más pecado mortal que la hipocresía; y llamaba hipócritas á todos los que no dejaban traslucir aficiones eróticas que podían no tener. Pero esto no lo admitía ella. Cuando alguno *salía garante* de una virtud, la marquesa, sin separar los ojos de sus caricaturas, movía la cabeza de un lado á otro y murmuraba entre dientes postizos, como si rumiase negaciones. Á veces pronunciaba claramente:

—Á mí con esas... que soy tambor de marina.

No era tambor, pero quería dar á entender que había sido más fiel á las costumbres de la Regencia que á sus muebles. Sus citas históricas solían referirse á las queridas de Enrique VIII y á las de Luis XIV.

En tanto, el salón amarillo estaba en una discreta oscuridad, si había pocos tertulios. Cuando pasaban de media docena, se encendía una lámpara de cristal tallado, colgada en medio del salón. Estaba á bastante altura; sólo podía llegar á la llave del gas Mesía, el mejor mozo. Los demás se quejaban. Era una injusticia.

—«¿Para qué poner tan alta la lámpara?»—decían algunos un tanto ofendidos.

Doña Rufina se encogía de hombros.

—«Cosas de ese»—respondía—aludiendo á su marido.

No era muy escrupuloso el marqués en materia de moral privada; pero una noche había entrado palpan-do las paredes para atravesar el salón y llegar al gabinete, cuya puerta estaba entornada; su mano tropezó con una nariz en las tinieblas, oyó un grito de mujer—estaba seguro—y sintió ruido de sillas y pasos apagados en la alfombra. Calló por discreción, pero ordenó á los criados que colocaran más alta la lámpara. Así nadie podría quitarle luz ni apagarla. Pero resultó una desigualdad irritante, porque Mesía, poniéndose de puntillas, llegaba todavía á la llave del gas.

De las tres hijas de los marqueses, dos, Pilar y Lola, se habían casado y vivían en Madrid; Emma, la segunda, había muerto tísica. Aquella escasa vigilancia á que la marquesa se creía obligada cuando sus hijas vivían con ella, había desaparecido. Era el único consuelo de tanta soledad. En tiempo de ferias, doña Rufina hacía venir á alguna sobrina de las muchas que tenía por los pueblos de la provincia. Aquellas lugareñas linajudas esperaban con ansia la época de las ferias, cuando les tocaba el turno de ir á Vetusta. Desde niñas se acostumbraban á mirar como temporada de excepcional placer la que se pasaba con la tía, en medio de *lo mejorcito* de la capital. Algunos padres timoratos oponían algunos argumentos de aquella moralidad privada que no preocupaba al marqués, pero al fin la vanidad triunfaba y siempre tenía su sobrina en ferias la señora marquesa de Vegallana. Las sobri-nitas ocupaban los aposentos de las hijas ausentes;—el de Emma no volvió á ser habitado, pero se entraba en él cuando hacía falta.—Las muchachas animaban por



algunas semanas con el ruido de mejores días aquellas salas y pasillos, alcobas y gabinetes, demasiado grandes y tristes cuando estaban desiertos. De noche, sin embargo, no faltaba algazara en el piso principal, hubiera sobrinas ó no. En el segundo, de día y de noche había aventuras, pero silenciosas. Un personaje de ellas siempre era Paquito. Cuando estaba sereno, juraba que no había cosa peor que perseguir á la servidumbre femenina en la propia casa; pero no podía dominarse. *Videor meliore*, le decía don Saturno sin que Paco lo entendiese. En la tertulia de la marquesa, con sobrinas ó sin ellas, predominaba la juventud. Las muchachas de las familias más distinguidas iban muy á menudo á hacer compañía á la pobre señora que se había quedado sin sus tres hijas. Previamente se daba cita al novio respectivo; y cuando no, esperaban los acontecimientos. Allí se improvisaban los noviazgos, y del salón amarillo habían salido muchos matrimonios *in extremis*, como decía Paquito, creyendo que *in extremis* significaba una cosa muy divertida. Pero lo que salía más veces, era asunto para la crónica escandalosa. Se respetaba la casa del marqués, pero se despellejaba á los tertulios. Se contaba cualquier aventurilla y se añadía casi siempre:

«—Lo más odioso es que esas... tales hayan escogido para sus... cuales una casa tan respetable, tan digna.» Los liberales avanzados, los que no se andaban en paños calientes, sostenían que la casa era la peor.

Sin embargo, los maldicientes procuraban ser presentados en aquella casa donde había tantas aventuras.

Aunque algo se habían relajado las costumbres y ya no era un círculo tan estrecho como en tiempo de doña Anuncia y doña Agueda (q. e. p. d.) el *de la clase*, aún no era para todos el entrar en la tertulia de confianza de Vegallana. Los mismos tertulios procuraban

cerrar las puertas, porque se daban tono así, y además no les convenían testigos. «Estaban mejor en *petit comité*.» El espíritu de tolerancia de la marquesa había contagiado á sus amigos. Nadie espiaba á nadie. Cada cual á su asunto. Como el ama de la casa autorizaba sobradamente la tertulia, las mamás que nada esperaban ya de las vanidades del mundo, dejaban ir á las niñas solas. Además, nunca faltaban casadas todavía ganosas de conceder la honra de sus retoños ó de divertirse por cuenta propia. ¿Y quién duda que éstas se harían respetar? Allí estaba Visitación por ejemplo. Algunas madres había que no pasaban por esto; pero eran las ridículas, así como los maridos que seguían conducta análoga. Algún canónigo solía dar mayores garantías de moralidad con su presencia, aunque es cierto que no era esto frecuente, ni el canónigo paraba allí mucho tiempo. El clero catedral prefería visitar á la marquesa de día. Á los escrupulosos se les llamaba hipócritas y adelante.

La marquesa sabía que en su casa se enamoraban los jóvenes un poco á lo vivo. Á veces, mientras leía, notaba que alguien abría la puerta con gran cuidado, sin ruido, por no distraerla; levantaba los ojos; faltaba Fulanito, bueno. Volvía á notar lo mismo, volvía á mirar, faltaba Fulanita, bueno; y qué? Seguía leyendo. Y pensaba: «Todos son personas decentes, todos saben lo que se debe á mi casa, y en cuestión de *peccata minuta*... allá los interesados.» Y encogía los hombros. Este criterio ya lo aplicaba cuando vivían con ella sus hijas. Entonces seguía pensando: «Buenas son mis niñas; si alguno se propasa, las conozco, me avisarán con una bofetada sonora..... y lo demás..... niñerías; mientras no avisan, niñerías. En efecto, sus hijas se habían casado y nadie se las había devuelto quejándose de lesión enormísima. Si había habido algo, serían niñerías. Y la otra había muerto porque Dios había

querido. Una tisis, la enfermedad de moda. Cuando se había tratado de sus hijas, al notar algún síntoma de peligro, siempre había puesto con franqueza y maestría el oportuno remedio, sin escándalo, pero sin rodeos.

Pero con las amiguitas que ahora iban á acompañarla por las noches, no tomaba ninguna precaución.

—«Madres tienen», decía ó «con su pan se lo coman.»

Y añadía siempre lo de :

—«Mientras no falten á lo que se debe á esta casa...»

Uno de los que más partido habían sacado de estas ideas de la marquesa y de su tertulia era Mesía.

«Pero á aquel hombre se le podía perdonar todo. ¡Qué tacto! qué prudencia! qué discreción!»

«Entre monjas podría vivir este hombre sin que hubiera miedo de un escándalo.»

Á Paco, á su adorado Paco, le había puesto cien veces por modelo la habilidad y el sigilo de Mesía al sorprender al hijo de sus entrañas en brazos de alguna costurera, planchadora ó doncella de la casa.

Su Paco era torpe, no sabía...

—«¡Es indecente que yo te sorprenda en tus desmanes, muchacho!... No llegas al plato y te quieres comer las tajadas... Aprende primero á ser cauto y después... tu alma tu palma.

Y añadía, creyendo haber sido demasiado indulgente :

—«Además, esas aventuras... no deben tenerse en casa... Pregunta á Mesía.» Era su madre quien había iniciado al Marquesito en el culto que tributaba al Tenorio vetustense.

La marquesa, viendo incorregible á su hijo, tomó el partido de subir siempre al segundo piso, tosiendo y hablando á gritos.

En la época en que venían las sobrinas, había ade-

más de tertulia conciertos, comidas, excursiones al campo, todo como en los mejores tiempos. La alegría corría otra vez por toda la casa; no había rincones seguros contra el atrevimiento de los amigos íntimos; y en los gabinetes, y hasta en las alcobas donde estaba aún el lecho virginal de las hijas de Vegallana, sonaban á veces carcajadas, gritos comprimidos, delatores de los juegos en que consistía la vida de aquella Arcadia casera.

Aquella Arcadia la veía don Álvaro con ojos acariciadores; en aquella casa tenía el teatro de sus mejores triunfos; cada mueble le contaba una historia en íntimo secreto; en la seriedad de las sillas panzudas y de los sillones solemnes con sus brazos de ídolos orientales, encontraba una garantía del eterno silencio que les recomendaba. Parecía decirle la madera de fino barniz blanco: No temas; no hablará nadie una palabra. En el salón amarillo veía el galán un libro de memorias, de memorias dulces y alegres, no cuando Dios quería, sino ahora y siempre; las prendas por su bien halladas eran los tapices discretos, la seda de los asientos, basteada, turgente, blanda y muda; la alfombra tupida que se parecía al mismo Mesías en lo de apagar todo rumor que delatase secretos amorosos.

El marqués pasaba por todo. Eran cosas de su mujer.

«Si no había podido moralizarla á ella, mal había de moralizar á sus tertulios.» Él vivía en el segundo piso.

Había comprendido que el salón amarillo había ido perdiendo poco á poco la severidad propia de un estrado, y se había decidido á convertir en *sala de recibir* la del segundo, que estaba sobre el salón Regencia.

La marquesa jamás subía al nuevo estrado. Toda visita, fuese de quien fuese, la recibía abajo. Las del marqués, cuando eran de cumplido, se morían de frío

en el salón de antigüedades. El salón de antigüedades y el despacho del marqués, «constituían, como él decía, la parte seria de la casa.» En el despacho todo era de roble mate; nada, absolutamente nada, de oro; madera y sólo madera. Vegallana tenía en mucho la severidad de su despacho; nada más serio que el roble para casos tales. La «sobriedad del mueblaje» rayaba en pobreza.

—¡Mi celda!—decía el marqués con afectación.

Daba frío entrar allí y Vegallana entraba pocas veces. De las paredes del *salón de antigüedades* pendían tapices más ó menos auténticos, pero de notoria antigüedad.

Era lo único que al capitán Bedoya le parecía digno de respeto en aquel museo de trampas, según su expresión. El marqués tenía la vanidad de ser anticuario por su dinero; pero le costaba mucha plata lo que resultaba al cabo obra de los *truqueurs*, palabra del capitán. El implacable Bedoya, asiduo tertulio de la marquesa, compadecía á Vegallana y hasta le despreciaba; pero por no disgustarle, no había querido darle pruebas inequívocas de una triste verdad, á saber: que sus muebles Enrique II del salón de antigüedades, eran menos viejos que el mismo marqués. Éste los tenía por auténticos, por coetáneos del hijo del rey caballero; los había comprado él mismo en París!... Pues Bedoya, al que le aducía este argumento en casa de Vegallana, le llamaba aparte, y sin que nadie los viera, subía con él al segundo piso; se encerraba en el salón de antigüedades, y con el mismo sigilo de ladrón con que sacaba libros del casino, se dirigía á una silla Enrique II, le daba media vuelta, buscaba cierta parte escondida de un pié del mueble; allí había hecho él varios agujeros con un cortaplumas y los había tapado con cera del color de la silla; quitaba la cera con el cortaplumas, raspaba la madera y...

¡oh triunfo! ésta no se deshacía en polvo; saltaba en astillas muy pequeñas, pero no en polvo.

—¿Ve Vd.?—decía Bedoya.

—¿Qué?

—La madera es nueva; si fuese del tiempo que el marqués supone, se desharia en polvo; la madera vieja siempre deja caer el polvo de los roedores: eso lo conocemos nosotros, no los aficionados, que no tienen más que dinero y credulidad: esto es *truquage*, puro truquage!

Ponía la cera en los agujeros, dejaba la silla en su sitio, y descendía triunfante diciendo por la escalera:

—¡Con que ya ve Vd! Sólo que al pobre marqués, por supuesto, no hay que decirle una palabra!

Mucho sintió Paco Vegallana en el primer momento, encontrar en su casa á Obdulia aquella tarde. No estaba él para bromas. Las confidencias de don Álvaro le habían enternecido, y su espíritu volaba en una atmósfera ideal; aquel airecillo romántico le hacía en las entrañas sabrosas cosquillas, más punzantes por la falta de uso. Pocas veces se hallaba él en semejante disposición de ánimo.

Obdulia y Visitación, desde la ventana de la cocina que daba al patio, les llamaban á grandes voces, riendo como locas.

—Aquí! aquí! á trabajar todo el mundo!—gritaba Visita chupándose los dedos llenos de almíbar.

—¿Pero qué es esto, señoras? ¿No estaban Vds. en casa de Visita preparando la merienda?

Visita se ruborizó levemente.

Se celebró á carcajadas el chasco que se llevaría el pobre Joaquinito Orgaz, que había ido á caza de Obdulia...

Obdulia lo explicó todo. En casa de Visita faltaban los moldes de cierto flan invención de la difunta doña Agueda Ozores; además, el horno de la cocina no tenía

tanto hueco como el de la cocina de la marquesa; en fin, no le adornaban otras condiciones técnicas, que no entendían ellos. Vamos, que ni los emparedados, ni los flanes, ni los almíbares se habrían podido hacer en la cocina de Visita, y sin decir ¡agua va! habían trasladado su campamento á casa de Vegallana.

La idea les había parecido muy graciosa á Obdulia y á Visita. Habían sorprendido á la marquesa que dormía la siesta en su gabinete. Salvo el haberla despertado, todo le había parecido bien. Y sin moverse había dado sus órdenes.

—A Pedro (el cocinero), á Colás (el pinche) y á las chicas, que ayuden á estas señoras y que vayan por todo lo que necesiten.

Y doña Rufina, volviéndose á las damas, había dicho sonriente:

—Ea; ahora fuera gente loca; á la cocina y dejadme en paz.

Y se habia enfrascado en la lectura de *Los Mohicanos* de Dumas.

Visita hacia muy á menudo semejantes irrupciones en casa de cualquier amiga. Ella entendía así la amistad. Pero si su cocina era infernal! La chimenea devolvía el humo; no se podía entrar allí sin asfixiarse, ni en el comedor, que estaba cerca. Pocos vetustenses podían jactarse de haber visto ni el comedor ni la cocina de Visita. Y eso que tenía tertulia, y se representaban charadas y se corría por los pasillos. Pero ella cerraba ciertas puertas para que no pasase el humo; y decía señalando á los estrechos y oscuros pasadizos:

—Por ahí corran Vds. lo que quieran, loquillas, pero nadie me abra esa puerta.

Toda su prodigalidad de señora que recibe de confianza, se reducía á entregar vestidos y pañuelos de estambre, todo viejo, para que los *pollos* de imaginación se disfrazasen de mujeres ó de turcos. Aquellas

prendas se depositaban en una alcoba donde había una cama de excusa, pero sin colchón ni ropa; con las cuerdas al aire. Aquel era el vestuario de los actores y actrices de charadas. Se vestían todos juntos porque todo se ponía sobre el propio traje. Además Visita no alumbraba el cuarto, ¿para qué? Desde la sala se oía á lo mejor, detrás de las cortinillas de tafetán verde:

—Pepe, que le doy á Vd. un cachete.

—Hola, hola, eso no estaba en el programa...

—Niños, niños, formalidad.

—¿Por qué no les da Vd. una luz, Visita?

—Señores, porque esos locos son capaces de quemar la casa...

—Tiene razón Visita, tiene razón—gritaban desde dentro Joaquín Orgaz ó el Pepe de la bofetada.

Donde Visitación demostraba su intimidad con los amigos, su franqueza y trato sencillísimo, era en casa de los demás. Allí hacía locuras.

Hablaba mucho, á gritos, con diez carcajadas por cada frase. Se le había alabado su aturdimiento gracioso á los quince años, y ya cerca de los treinta y cinco aún era un torbellino, una cascada de alegría, según le decía en el álbum Cármenes el poeta. Lo que era una catarata de mala crianza, según doña Paula, la madre del Provisor, que nunca había querido pagarle las visitas. Pero catarata, cascada, torbellino, todo lo era con cuenta y razón. Su aturdimiento era obra de un estudio profundo y minucioso: se aturdió mientras su ojo avizor buscaba la presa... algún dije, una golosina, cualquier cosa menos dinero. Creía, ó mejor, fingía creer, que las cosas no valen nada, que sólo la moneda es riqueza.

—Señora, le debo á Vd. dos cuartos de la limosna que dió Vd. por mí el otro día.

—Deje Vd., Visita, vaya una cantidad... no me avergüence Vd.

—No faltaba más!... Tome Vd... ¡Y qué alfiletero tan mono!

—No vale nada.

—¡Es precioso!

—Está á su disposición.

—No me lo diga Vd. dos veces...

—Está á su disposición... ¡vaya una alhaja!

—¿Sí? Pues me lo llevo... mire Vd. que yo soy una urraca...

Y sí que era una urraca, como que así la llamaba doña Paula: la urraca ladrona.

Donde hacía estragos era en los comestibles.

Llegaba á casa de una vecina riendo á carcajadas.

—¿Sabes lo que me pasa? Nada, que no parece; hemos perdido la llave del armario ó de la alacena... y aquí me tienes muerta de hambre. Á ver, á ver, dame algo, socarrona; ó meriendo, ó me caigo de hambre.

Dos veces á la semana se jugaba en su casa á la lotería ó á la aduana. Se dejaba un fondo para una merienda en el campo; se nombraba una comisión para que lo preparase todo. Sus miembros eran invariablemente Visita y un primo suyo. Visita, por economía, y porque le daba asco el pastelero y el confitero, fabricaba por su cuenta, y bajo su dirección, los hojaldres, los almíbares, todo lo que podía hacerse en su cocina. Después resultaba que en su cocina no se podía hacer nada. ¡El pícaro humo! El casero, que no ensanchaba el horno... ¡diablos coronados! Dios la perdonara.

El caso es que recurria en el apuro á la cocina de Vegallana, ú otra de buena casa, las más veces á aquella. Allí se hacía todo. Visita disponia de los criados del marqués; previo el consentimiento del cocinero, por lo que respecta á la cocina, sacaba algunas provisiones de la despensa; mandaba á la tienda por azúcar, pasas, pimienta, sal, ¡diablos coronados! si el señor Pedro no abría los cajones de sus armarios; que

viniera todo lo que se necesitaba. «¿Dinero? Deje usted, ahí tengo yo cuenta.» Después todo aquello aparecía en la cuenta del marqués. Equivocaciones; como habían ido sus criados á comprar... Se comía la merienda. En la primera noche de tertulia se hacían los comentarios.

—Visita, ¿qué tal, nos hemos empeñado?

—Poca cosa... un piquillo...

—Pues á ver, á ver, que se pague.

—Nada más justo.

—Á escote.

—Dejen Vds.; ¿se quieren Vds. callar? No se hable de eso, no merece la pena.

Visita tenía principio para algunas semanas y postres para meses. Su esposo era un humilde empleado del Banco, pero de muy buena familia, pariente de títulos. Si Visita no se ingeniara ¿cómo se mantendría aquel decente pasar que era indispensable para continuar siendo parientes de la nobleza?

Cuando Visitación era soltera, se dijo—¿de quién no se dice!—si había saltado ó no había saltado por un balcón... no por causa de incendio, sino por causa de un novio que algunos presumían que había sido Mesías. Todas eran conjeturas; cierto nada. Como ella era algo ligera... como no guardaba las apariencias...

Ya nadie se acordaba de aquello; seguía siendo aturdida, tenía fama de golosa y de *gorrona*—según la expresión que se usaba en Vetusta como en todas partes—pero nada más. Era insoportable con su alegría intempestiva; mas en materia grave, en lo que no admite parvedad de materia, nadie la acusaba, á lo menos públicamente. Por supuesto, que no se cuenta tal ó cual descuidillo...

Era alta, delgada, rubia, graciosa, pero no tanto como pensaba ella; sus ojos pequeñuelos que cerraba entornándolos hasta hacerlos invisibles, tenían cierta

malicia, pero no el encanto voluptuoso por lo picante, que ella suponía. Al tocarla la mano cuando no tenía guante, notaba el tacto el pringue de alguna golosina que Visita acababa de comer.

Don Álvaro en el seno de la confianza hablaba con desprecio de Visitación y hacía gestos mal disimulados de asco. Aseguraba que tenía un pié bonito y una pantorrilla mucho mejor de lo que podría esperarse; pero calzaba mal... y enaguas y medias dejaban mucho que desear... ya se le entendía. Y solía limpiar los labios con el pañuelo después de decir esto.

Paco Vegallana juraba que usaba aquella señora ligas de balduque, y que él le había conocido una de bramante. Todo esto, por supuesto, se decía nada más entre hombres, y habían de ser discretos.

Los bajos de Obdulia, en cambio, eran irreprochables; no así su conducta: pero de esto ya no se hablaba de puro sabido. Ella, sin embargo, negaba á cada uno de sus amantes todas sus relaciones anteriores, menos las de Mesía. Eran su orgullo. Aquel hombre la había fascinado, ¿para qué negarlo? Pero sólo él. Era viuda y jamás recordaba al difunto; parecía la viuda de Alvarito; «era su único pasado!»

Aquella tarde estaban guapas las dos; era preciso confesarlo. Por lo menos Paco Vegallana lo confesaba ingenuamente. Y sin que renunciara á consagrar el resto del día al idealismo, en buen hora despertado por las relaciones de su amigo, consintió el marquesito en pasar á la cocina de su casa, á oler lo que guisaban aquellas señoras.

En la cocina de los Vegallana se reflejaba su positiva grandeza. No, no eran nobles tronados: abundancia, limpieza, desahogo, esmero, refinamiento en el arte culinario, todo esto y más se notaba desde el momento de entrar allí.

Pedro, el cocinero, y Colás, su pinche, preparaban

la comida ordinaria, y parecía que se trataba de un banquete. Por toda la provincia tenía esparcidos sus dominios el marqués, en forma de arrendamientos que allí se llaman caseríos, y á más de la renta, que era baja, por consistir el lujo en esta materia en no subirla jamás, pagaban los colonos el tributo de los mejores frutos naturales de su corral, del río vecino, de la caza de los montes. Liebres, conejos, perdices, arceas, salmones, truchas, capones, gallinas, acudían mal de su grado á la cocina del marqués, como convocadas á nueva Arca de Noé en trance de diluvio universal. Á todas horas, de día y de noche, en alguna parte de la provincia se estaban preparando las provisiones de la mesa de Vegallana; podía asegurarse.

Á media noche, cuando los hornos estaban apagados y dormía Pedro, y dormía el amo, y nadie pensaba en comer, allá á dos leguas de Vetusta, en el río Celonio velaba un pobre aldeano tripulando miserable barca medio podrida y que hacía mucha agua. Debajo de peñón sombrío, que cómo torre inclinada amenaza caer sobre la corriente, y hace más oscura la oscuridad del río en el remanso, acechaba el paso del salmón, empuñando un haz de paja encendida, cuya llama se refleja en las ondas como estela de fuego. Aquel salmón que pescaba el colono del magnate á la luz de una hoguera portátil era el mismo que ahora estaba sangrando, todo lonjas, esperando el momento de entregarse á la parrilla, sobre una mesa de pino, blanca y pulcra.

También de noche, cerca del alba, emprendía su viaje al monte el casero que se preciaba de regalar á su *señor* las primeras arceas, las mejores perdices; y allí estaban las perdices, sobre la mesa de pino, ofreciendo el contraste de sus plumas pardas con el rojo y plata del salmón despedazado. Allí cerca, en la despensa, gallinas, pichones, anguilas monstruosas, ja-

mones monumentales, morcillas blancas y morenas, chorizos purpurinos, en aparente desorden yacían amontonados ó pendían de retorcidos ganchos de hierro, según su género. Aquella despensa devoraba lo más exquisito de la fauna y la flora comestibles de la provincia. Los colores vivos de la fruta mejor sazónada y de mayor tamaño animaban el cuadro, algo melancólico si hubiesen estado solos aquellos tonos apagados de la naturaleza muerta, ya embutida, ya salada. Peras amarillentas, otras de asar, casi rojas, manzanas de oro y grana, montones de nueces, avellanas y castañas, daban alegría, variedad y armoniosa distribución de luz y sombra al conjunto, succulento sin más que verlo, mientras al olfato llegaban mezclados los olores punzantes de la química culinaria y los aromas suaves y discretos de naranjos, limones, manzanas y heno, que era el blando lecho de la fruta.

Y todo aquello había sido movimiento, luz, vida, ruido, cantando en el bosque, volando por el cielo azul, serpeando por las frescas linfas, luciendo al sol destellos de todo el iris, al pender de las ramas, en vega, prados, ríos, montes... «¡Indudablemente Vegallana sabía ser un gran señor!» pensaba suspirando Visita, que soñaba muerta de envidia con aquella despensa, exposición permanente de lo más apetecible que cría la provincia.

El marqués sonreía cuando le hablaban de ampliar el sufragio. «Y qué? no son casi todos cosecheros míos? no me regalan sus mejores frutos? Los que me dan los bocados más apetitosos me negarán el voto insustancial, *flatus vocis?*»

El ajuar de la cocina abundante, rico, ostentoso, despedía rayos desde todas las paredes, sobre el hogar, sobre mesas y arcones; era digno de la despensa; y Pedro altivo, displicente, ordenaba todo aquello con voz imperiosa; mandaba allí como un tirano. Comía lo

mejor; mantenía las tradiciones de la disciplina culinaria; vigilaba el servicio del comedor desde lejos, pues no era un cocinero vulgar, egida sólo de pucheros y peroles, sino un capitán general metido en el fuego y atento á la mesa. No era viejo. Tenía cuarenta años muy bien cuidados; amaba mucho, y se creía un lechuguino, en la esfera propia de su cargo, cuando dejaba el mandil y se vestía de señorito.

Colás era un pinche de vocación decidida, colorado y vivo, de ojos maliciosos y manos listas. Los dos personajes, á más de la robusta montañesa que tenía á su servicio Visita, ayudaban á las damas en su tarea. Pedro, sin dejar lo principal, que era la comida de sus amos, colaboraba sobriamente. Había empezado por tolerar nada más aquella irrupción de la merienda. La cocina daba espacio para todo ; aquello no valía nada, y otorgó el cocinero su indispensable permiso con un desdén mal disimulado. Poco á poco pasó del estado de tolerancia al de protección: primero se rebajó hasta dar algunos consejos á la montañesa, después le dió un pellizco. Se animó aquello.

—Colás, ponte á la disposición de esas señoras — dijo Pedro con voz solemne.

Porque el mandato de la marquesa no había bastado; el pinche obedecía á Pedro y Pedro á su deber. Si la marquesa le hubiera exigido algo contrario á sus convicciones de artista no hubiese conseguido más que su dimisión. Era su lenguaje. Leía muchos periódicos antes de convertirlos en cucuruchos.

Cuando Obdulia, picada por la frialdad del altivo cocinero, comenzó á seducirle con miradas de medio minuto y algún choque involuntario, Pedro se rindió, y de rato en rato daba algunos toques de maestro á la merienda de Visita.

Llegó á más; quiso enamorar á doña Obdulia con pruebas de su habilidad, y acudía siempre que se

presentaba una cuestión teórica ó una dificultad práctica.

«¿Qué se echa ahora?

»¿Qué se tuesta primero?

»¿Cuántas vueltas se les da á estos huevos?

»¿Cómo se envuelve esta pasta?

»¿Lleva esto pimienta ó no la lleva?

»¿Será una indiscreción poner aquí canela?

»El almíbar ¿está en su punto?

»¿Cómo se baten estas claras?»

Á todo dieron cumplida respuesta la inteligencia y habilidad de Pedro. Cuando no bastaba una explicación, ponía él la mano en el asunto y era cosa hecha.

Obdulia, que había aprendido en Madrid de su prima Tarsila á premiar con sus favores á los ingenios preclaros, á los hijos ilustres del arte y de la ciencia; no de otro modo que la tarde anterior había vuelto loco de placer y voluptuosidad al señor Bermúdez, en premio de su erudición arqueológica, ahora vino en otorgar fortuitos y subrepticios favores al cocinero de Vegallana con miradas ardientes, como al descuido, al oír una luminosa teoría acerca de la grasa de cerdo; un apretón de manos, al parecer casuales, al remover una masa misma, al meter los dedos en el mismo recipiente, v. g. un perol. El cocinero estuvo á punto de caer de espaldas, de puro goce, cuando, por motivo del punto que le convenía al dulce de melocotón, Obdulia se acercó al dignísimo Pedro y sonriendo le metió en la boca la misma cucharilla que ella acababa de tocar con sus labios de rubí (este rubí es del cocinero.)

Al personaje del mandil se le apareció en lontananza la conquista de aquella señora como una recompensa final, digna de una vida entera consagrada á salpimentar la comida de tantos caballeros y damas, que gracias á él habían encontrado más fácil y provocativo el camino de los dulces y sustanciales amores.

Pedro llegó á donde pocas veces; á consentir que las criadas de la casa intervinieran en los asuntos de los negros pucheros de hierro. Él amaba á la mujer, á todas las mujeres, pero no creía en sus facultades culinarias; otro era su destino. La cocina y la mujer son términos antitéticos, que había aprendido esto en sus cucuruchos de papel impreso. La libertad y el gobierno son antitéticos, había leído en un periódico rojo, y aplicaba la frase á la cocina y á la mujer. Lo que pensaba todo Vetusta de las literatas, lo pensaba Pedro de las cocineras. Las llamaba marimachos.

Si se le decía que los cocineros son más caros y gastan más, respondía:

—Amigo, el que no sea rico que no coma.

Por lo demás, él era socialista, pero en otras materias.

Cuando entraron en la cocina los señoritos, Pedro volvió á su continente habitual, al gesto displicente que usaba con las criadas y con los *caseros* que traían las provisiones desde la aldea, remota á veces. El fogón era un dios, y él su Pontífice Máximo; los demás sacrificaban en las aras del fogón y Pedro celebraba misteriosamente y en silencio. Volvió á su gesto desdenoso, porque así entendía el respeto á los amos. Apenas contestaba si le hablaban. No tardó en ver por sus ojos que *la donna è mobile*, como cantaba él á menudo. Obdulia, en cuanto entraron los otros, le olvidó por completo. ¡ Antes había olvidado á don Saturnino que yacía en « el lecho del dolor » con sendos parches de sebo en las sienes, entregado al placer de rumiar los dulces recuerdos de aquella tarde arqueológica !

La conversación de metafísica erótica que Mesía y Paco acababan de dejar, no les permitía, al principio, participar de aquel entusiasmo gastronómico y culinario á que estaban entregadas las damas. Verdad es

que la hora de comer se acercaba y aquellos olores excitaban el apetito. Pero el ideal no come. Mesía gozaba del arte supremo de entrar en carboneras, cocinas y hasta molinos, sin coger tiznes, grasa, ni harina. Estaba en la cocina del marqués como en el salón amarillo, á sus anchas y sin tropezar con nada. Allí mismo había repartido él besos en muy distintas y apartadas épocas. No había tal vez un rincón de aquella casa libre de semejantes recuerdos para don Alvaro. En cuanto á Paquito, no se diga. Su primer amor había sido una criada que tenía su dormitorio en lo que hoy era despensa. Sabía el Marquesito andar por la cocina á oscuras, á gatas, y ya había medido con su agazapado cuerpo las dimensiones de la carbonera provisional que había cerca del fogón.

No tardaron los señoritos, á pesar del ideal, en tomar parte más activa en el entusiasmo alegre y expansivo de aquellas artistas. También ellos eran pintores. Y, á pesar de las burlas casi irrespetuosas del pinche, y de la sonrisa insultante de Pedro, los dos caballeros quisieron probar sus habilidades metiendo la mano en pastas y almíbares y en cuanto se preparaba. Paco se puso perdido. Mesía estaba como un armiño metido á marmitón.

Obdulia había tropezado quinientas veces con el Marquesito; se rozaban sus brazos, sus rodillas, las manos sobre todo, durante minutos, y fingían no pensar en ello. Un movimiento brusco de la dama, que traía falda corta, recogida y apretada al cuerpo con las cintas del delantal blanco, dejó ver á Paco parte, gran parte de una media escocesa de un gusto nuevo. Siempre había considerado el joven aristócrata como una antinomia del amor aquella preferencia que él daba á la escultura humana con velos, sobre el desnudo puro. ¿Por qué le excitaba más el velo que la carne? No se lo explicaba. Veía la rolliza pantorrilla de

una aldeana descalza de pié y pierna ¡y nada! ¡veía una media hasta ocho dedos más arriba del tobillo... ¡y adiós idealismo! Y así fué esta vez. Es más; si la media de Obdulia no hubiera sido escocesa, tal vez el mozo no hubiese perdido la tranquilidad de su reposo idealista; pero aquellos cuadros rojos, negros y verdes, con listillas de otros colores, le volvieron á la torpe y grosera realidad, y Obdulia notó en seguida que triunfaba.

Para la viuda, uno de los placeres más refinados era «una sesión» alegre con uno de sus antiguos amantes; aquello de no principiar por los preliminares le parecía delicioso. Después, los recuerdos tenían un encanto! Saborear como cosa presente un recuerdo! ¿qué mayor dicha? Paco había sido su amante. Ella hubiera preferido á Mesía, que estaba en las mismas condiciones y era mucho más antiguo. Pero Álvaro estaba hecho un salvaje! La trataba como don Saturnino, antes de atreverse; con la finura del mundo y la miraba con la indiferencia fría y honrada con que la miraba el señor obispo. Estaba segura de que ni al obispo ni á Mesía les sugería su presencia jamás un deseo carnal. Era intratable aquel don Alvaro. También lo era el obispo. Y sin embargo, bien lo sabía Dios, ella le había sido fiel—á Mesía, por supuesto;—todavía le amaba ó cosa parecida. Le hubiera preferido siempre á todos. Pero él no quería ya. Aquello se había acabado.

Se habían cansado de jugar á los cocineros. Visita era la que todavía encontraba placer en registrar cacerolas, y revolver vasares, armarios y alacenas. Siempre hablaba con alguna golosina en la boca. Pedro notó que guardaba en una faltriquera terrones de azúcar y papeles de azafrán puro, que se consumía en la cocina del marqués, con gran envidia de la urraca ladrona. También almacenó entre las faldas un paquete de tè

superior. Cada uno de estos hurtos los amenizaba con carcajadas, explicaciones humorísticas que ya no ha-



cían reír. Todos sabían que aquel era el vicio de doña Visita.

Las señoras dejaron a los criados el cuidado de la

merienda y se fueron a lavar las manos, y arreglar traje y peinado. Ya sabían dónde estaba el tocador para tales casos. Era la habitación donde había muerto la hija segunda de los marqueses. Ya nadie pensaba en esto. Allí estaba el lecho, pero no quedaba de la pobre niña ni una prenda, ni un recuerdo.

Mesía y Paco entraron con las señoras ¿por qué no? Se conocían demasiado para fingir escrúpulos. Además, «no se les había de ver nada» como dijo Obdulia. Paco y la viuda se lavaron juntos las manos en una misma jofaina; los dedos se enroscaban en los dedos dentro del agua. Era un placer muy picante, según ella. Esto les recordó mejores días. El sol que se acercaba al ocaso, entraba hasta los pies de la cama y envolvía en una aureola á aquella pareja de aturridos. El calor del fogón, las bromas y la faena habían encendido brasas en las mejillas de Obdulia; una oreja le echaba fuego. Estaba excitada, quería algo y no sabía qué. No era cosa de comer de fijo, porque había probado de cien golosinas y hasta algo de la comida del marqués por chanza.

Visitación y Mesía, más tranquilos, conversaban al balcón, apoyados en el hierro frío del antepecho. «No volverían la cara; estaba ella segura.» Entre estos camaradas, jamás se falta á ciertos pactos tácitos.

El Marquesito soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes?—dijo Obdulia.

—De Joaquinito Orgaz, el flamenco, que andará buscándote por todas partes. Es chusco ¿eh?

Obdulia meditó y al fin rió á carcajadas. «Era chusco en efecto.» Se había sentado sobre la cama de la difunta. Los pies de la viuda se movían oscilando como péndulos. Se veía otra vez la media escocesa. Ahora se veían dos.

Obdulia suspiró. Se habló de lo pasado. «En rigor, siempre se habían querido; había *algo* que les unía á

pesar suyo. Se tronaba porque la constancia es imposible y hastía al cabo; eran ridículas unas relaciones muy largas; esto lo habían aprendido los dos en Madrid. Los matrimonios deben aburrirse á los dos años, á más tardar; los arreglos pueden tirar algo más, poco.»

—Pero ¿verdad—dijo Obdulia, poniéndose más guapa—que esto de encontrarse de vez en cuando se parece un poco á un buen día de sol en invierno, en esta tierra maldita del agua y la niebla?

—¡Magnífico!—exclamó Paco—es verdad; una cosa sentía yo que no sabía explicarme... y era eso.

Y como le pareciera alambicado y poético este sentimiento, se consagró á enamorar de todo corazón á la viuda por aquella tarde.

Era lo que llamaba ella saborear los recuerdos.

Visitación también tenía brasas en las mejillas y sus ojos pequeños los habían hermosado el calor de la cocina y la animación de la broma, arrancándoles reflejos de fingida pasión. Su pelo de un rubio oscuro era rizado y caía en mechones revueltos sobre su frente. Hablaban ella y don Alvaro como hermanos cariñosos. Él había sido su primer amor serio, es decir, el primero que le había hecho cometer imprudencias, como, v. gr., saltar de noche por un balcón. ¡Pero estaba ya tan lejos todo aquello! La vida había puesto por medio todos sus prosáicos cuidados.

La necesidad de acudir á cada paso con expedientes á restañar las heridas del crédito, á conjurar la bancarrota, había convertido el espíritu de *aquella loca* al positivismo vulgar, y había atajado las demasías eróticas de su fantasía juvenil.

Hacía muy buena casada, en opinión de las gentes; esto es, atendía con gran esmero y diligencia á la hacienda y á los quehaceres domésticos.

Mesia y Visita no tenían en el invierno de sus amores

aquellos días de sol de que hablaba Obdulia. Pero cuando se veían á solas y alguno de ellos tenía algún cuidado ó preocupación, de esos que piden confidentes y consejeros, se lo decían todo, ó casi todo; se hablaban en voz baja, muy cerca uno de otro, y volvían á llamarse de tú como antaño. Parecían un matrimonio bien avenido, aunque sin amor ya á fuerza de años.

—¡Bah!—decía Visitación con un poco de tristeza verdadera, que daba interés al ocaso de su hermosura;—bah! tú has caído esta vez de veras, te lo conozco yo. Pero también te digo una cosa: que te va á costar tu trabajo...

Mesía hablaba de la Regenta con Visita con más franqueza que con Paco. Su *política* tenía que ser diferente. Al marquesito había que hablarle de amor puro, por los motivos explicados antes; á Visita de una conquista más. Comprendía don Álvaro que Visitación quería precipitar á la Regenta en el agujero negro donde habían caído ella y tantas otras. Visita era amiga de Ana desde que ésta había venido á Vetusta con su tía doña Anunciación y con Ripamilán, el hoy arcipreste. Admiraba á su amiguita, elogiaba su hermosura y su virtud; pero la hermosura la molestaba como á todas, y la virtud la volvía loca. Quería ver aquel armiño en el lodo. La aburría tanta alabanza. Todo Vetusta diciendo: «La Regenta, la Regenta es inexpugnable!» Al cabo llegaba á cansar aquella canción eterna. Hasta el modo de llamarla era tonto. ¡La Regenta! ¿Por qué? ¿No había otra? Ella lo había sido en Vetusta poco tiempo. Su marido había dejado la carrera muy pronto, ¿á qué venía aquello de Regenta por aquí, Regenta por allí? Poco tiempo tenía la mujer del empleado del Banco para consagrarle á estas malas pasiones de pura fantasía y mala intención; necesitaba la atención para la prosa de la vida

que era bien difícil; pero algún desahogo había de tener: pues bien, este, procurar que Ana fuese al fin y al cabo como todas. No se separaba de ella en cuanto podía: á la iglesia, al paseo, al teatro, iban juntas casi siempre, aunque Ana iba pocas veces. La del Banco, desde que había descubierto algún interés por don Álvaro en su amiga y en Mesía deseos de vencer aquella virtud, no pensaba más que en precipitar lo que en su concepto era necesario. No creía á nadie capaz de resistir á su antiguo novio.

En cuanto estaban solos, hablaban de aquel asunto.

Alvaro negaba que hubiese por su parte amor; era un capricho fuerte arraigado en él por las dificultades.

Visita fingía preferir que fuese una pasión verdadera; disimulaba el placer íntimo que encontraba en las afirmaciones del otro.

—Ya lo sabes, Visita; amar no es para todas las edades.

—No hablemos de eso.

—Se quiere una vez y después... se las arregla uno como puede.

Mesía al decir esto encogía los hombros con un gesto de desesperación humorística que á él y á sus adoratrices se les antojaba muy interesante, byroniano (si las adoratrices sabían de Byron.)

—Y ella es hermosa, Alvarín, hermosa, hermosa; eso te lo juro yo.

—Sí, eso á la vista está.

—No, no todo está á la vista como comprendes. Y como ella no hace lo que esa otra (Apuntaba con el dedo pulgar hacia atrás, donde se oía el cuchicheo de Paco y Obdulia), como Ana jamás se aprieta con cintas y poleas las enaguas y la falda... ni se embute... ¡Si la vieras!

—Me lo figuro.

No es lo mismo.

Hubo una pausa. Y continuó Visita:

—¿Ves esa cara dulce, apacible, que sólo tiene algo de pasión en los ojos, y esa como á la sombra debajo de las pestañas, contenida?...

—¿Verdad que tiene razón Frígilis?

—¿Qué dice ese sonámbulo?

—Que la Regenta se parece mucho á la Virgen de la Silla.

—Es verdad; la cara sí...

—Y la expresión; y aquel modo de inclinar la cabeza cuando está distraída; parece que está acariciando á un niño con la barba redonda y pura...

—Hola, hola! el pintor!

Las chispas de los ojos de la jamona saltaron como las de un brasero aventado.

—Dice que no está enamorado y la compara con la Virgen!...

—Creo que la pobre siente mucho no tener un hijo.

Visita encogió los hombros, y después de pasar algo amargo que tenía en la garganta, dijo con voz ronca y rápida:

—Que lo tenga.

Mesía disimuló la repugnancia que le produjo aquella frase.

—Pero, ¡ay, Alvarín! si la pudieras ver en su cuarto, sobre todo cuando le da un ataque de esos que la hacen retorcerse!... ¡Cómo salta sobre la cama! Parece otra... Entonces, no sé por qué, me explico yo el capricho de la piel de tigre que dicen que le regaló un inglés americano. ¿Te acuerdas de aquel baile fantástico que bailaban los Bufos que vinieron el año pasado?

—Sí, ¿qué?

—¿Te acuerdas de aquella Danza de las Bacantes? Pues eso parece, sólo que mucho mejor; una bacante como serían las de verdad, si las hubo allá, en esos

países que dicen. Eso parece cuando se retuerce. ¡Cómo se ríe cuando está en el ataque! Tiene los ojos llenos de lágrimas, y en la boca unos pliegues tentadores, y dentro de la remonísima garganta suenan unos ruidos, unos ayes, unas quejas subterráneas; parece que allá dentro se lamenta el amor siempre callado y en prisiones ¡qué sé yo! Suspira de un modo, da unos abrazos á las almohadas! ¡Y se encoge con una pereza! Cualquiera diría que en los ataques tiene pesadillas, y que rabia de celos ó se muere de amor... Ese estúpido de don Víctor con sus pájaros y sus comedias, y su Frigilis el de los gallos en ingerto, no es un hombre. Todo esto es una injusticia; el mundo no debía ser así. Y no es así. Sois los hombres los que habéis inventado toda esa farsa...

Calló un poco, perdido el hilo del discurso, y añadió:
—Yo me entiendo.

Después de calmarse volvió á su asunto.

—¡Si la vieras! Es que no es así como se quiera. Verás... tiene los brazos...

Y describía minuciosamente, con los pormenores que ella podía explicar á un hombre que había sido su amante y era su camarada, todas las turgencias de Ana, su perfección plástica, los encantos velados, como decía Cármenes en el *Lábaro*. Pero les daba su nombre propio unas veces, y cuando no lo tenían, ó ella lo ignoraba, usaba caprichosos diminutivos inventados en otro tiempo por Alvaro en el entusiasmo de las más dulces confianzas. Aquellos nombres, afeminados aunque fuesen masculinos, estaban grabados como si fuesen de fuego en la memoria de Visita; no salían á sus labios sino al hablar con Alvaro y pocas veces. Le sabían á gloria á la del Banco. Pero después le quedaba un dejo amargo... «Todo aquello ya como si no: el marido, los hijos, la plaza, los criados, el casero... ¡diablos coronados!»

Visita iba señalando en su cuerpo, sin coquetería, sin pensar en lo que hacía, las partes correspondientes de la Regenta, que describía con entusiasmo; y dijo al terminar su descripción apuntando hacia atrás:

—Se precia «esa otra» de buenas formas... Buena comparación tiene!

La cita era sabia y oportuna. Visitación suponía a don Alvaro enterado de lo que era aquella otra ¡y no había comparación!

Quien ahora tragaba saliva era el Presidente del Casino, colorado como una amapola. Ya tenía él en sus ojos, casi siempre apagados, las chispas que saltaban de los de Visita.

—Pero te ha de costar mucho trabajo...

—Puede que no tanto— dijo Mesía, sin contenerse.

—Ella tragar... ya tragó el anzuelo.

—Crees tú?

—Sí, estoy segura. Pero no te fies: puedes marcharte con una tajada y dejar el pez en el agua.

—Como yo vea el momento de tirar...

—Mucho tiempo llevas pensándolo.

—Quién te lo ha dicho?

—Éstos.

Y puso dos dedos sobre los ojos.

—Y lo de ella, ¿cómo lo sabes?

—Curiosón! el que no está enamorado!...

—Enamorado? ni por pienso... pero es natural que quiera saber cómo está ella... para echar mis cuentas.

—Ella no está como un guante, pero por dentro andará la procesión. Menudean los ataques de nervios. Ya sabes que cuando se casó cesaron, que después volvieron, pero nunca con la frecuencia de ahora. Su humor es desigual. Exagera la severidad con que juzga a las demás, la aburre todo. ¡Pasa unas encerronas!

—Ta, ta, ta! eso no es decir nada.

—Es mucho.

—Nada en mi favor.

—Tú qué sabes? Mira, si le hablan de ti palidece ó se pone como un tomate, enmudece y después cambia de conversación en cuanto puede hablar. En el teatro, en el momento en que tú vuelves la cara, te clava los ojos, y cuando el público está más atento á la escena y ella cree que nadie la observa, te clava los gemelos. Pero la observo yo; por curiosidad, claro; porque á mí, en último caso ¿qué? Su alma su palma.

—¿No eres su amiga íntima?

—Su amiga, sí. Íntima? Ella no tiene más intimidades que las de dentro de su cabeza. Tiene ese defectillo; es muy cavilosa y todo se lo guarda. Por ella no sabré nunca nada.

Un momento de silencio.

—A no ser que ahora se lo cuente todo al Magistral... Ya sabrás que le ha tomado de confesor.

—Sí, eso dicen; creo que es cosa del Arcipreste que se cansa de asistir al confesonario.

—No, es cosa de ella; tiene otra vez sus proyectos de misticismo.

Visita llamaba misticismo á toda devoción que no fuera como la suya, que no era devoción.

—Ana, cuando chica, allá en Loreto, tuvo ya, según yo averigüé, arranques así... como de loca... y vió visiones... en fin, desarreglos. Ahora vuelve; pero es por otra causa (y señaló al corazón). Está enamorada, Alvarico, no te quepa duda.

Don Alvaro sintió un profundo y tiernísimo agradecimiento. ¡Le daban una fe en sí mismo aquellas palabras!

No quería saber más: ó mejor, comprendió que nada positivo podía añadir Visita.

Vió en el rostro de aquella mujer una amargura que revelaban ciertos músculos, mientras otros luchaban por borrar aquel gesto. Su voz temblaba un poco. Daba lástima. A lo menos la sintió Mesía.

—Deja eso—dijo acercándose á su amiga.—No hablemos de otros; hablemos de nosotros. Estás guapísima...

—Ahora... con esas? (Parecía que hablaba con lengua metálica).

—Tontina... si tú no fueras tan desconfiada...

—Qué novedades son estas?—preguntaron los labios y la lengua de placas de acero.

—Novedades... ¿las llamas novedades... ingrata?

Don Alvaro acercó su rostro al de la dama golosa. Nadie pasaba por la calle. Era de las más desiertas; crecía yerba entre las piedras. Aquel silencio era el que llamaba solemne y aristocrático don Saturnino.

Los que estaban detrás, Obdulia y Paco, no veían; don Alvaro estaba seguro. Se aproximó más á Visita.

Sonó una bofetada; y después la carcajada estrepitosa de la del Banco, que dió un paso atrás, huyendo de don Alvaro.

—Loca!... ¡idiota!...—gritó Mesía limpiando su mejilla que sintió húmeda y pegajosa.

—Vuelve por otra! A mí que soy tambor de marina, como dice la marquesa.

La dama, completamente tranquila, sonriente, se metió un terrón de azúcar en la boca.

Era su sistema. Se prohibía á sí misma, por desconfianza, las dulzuras de los engaños de amor, y los compensaba con golosinas, que «se pegaban al riñón.»

Mesía recordó con tristeza, mezclada de remordimiento, la noche en que aquella mujer saltaba por un balcón, llena de fe y enamorada.

Por una esquina de la calle, del lado de la catedral, apareció una señora que los del balcón reconocieron al momento. Era la Regenta. Venía de negro, de mantilla; la acompañaba Petra, su doncella. Pronto estuvieron debajo de ellos. Ana iba distraída, porque no levantó la cabeza.

—Anita, Anita—gritó Visitación.

Entonces Mesía pudo ver el rostro de la Regenta,

que sonreía y saludada. Nunca la había visto tan hermosa. Traía las mejillas sonrosadas, y ella era pálida; también parecía haber estado al lado de un fogón como Visita y Obdulia: en sus ojos había un brillo seco, destellos de alegría que se difundían en reflejos por todo el rostro. Venía con cara de sonreír á sus ideas.

Y además de esto notó Mesía que le había mirado sin conmoverse, sin turbarse, como á Visita, ni más ni menos: hasta en su saludo, más franco y expansivo que otras veces, había visto una especie de desaire, la expresión de una indiferencia que le irritaba. Era como si le hubiera dicho: gozquecillo, tú no muerdes, no te temo. Se vería. Por lo pronto aquella afabilidad era desprecio. ¿Qué había pasado en la catedral? ¿Qué hombre era aquel don Fermín que en una sola conferencia había cambiado aquella mujer?

Todo esto pensó en un momento, irritado, con vehemente deseo de salir de dudas y vacilaciones. Pero nada le salió al rostro. Saludó con su aire grave, con aquel aire de gentleman que tanto le envidiaba Trabuco, su admirador y mortal enemigo.

—Has confesado?

—Sí, ahora mismo.

—Con el Magistral, por supuesto?

—Sí, con él.

—Qué tal? Excelente, verdad? Qué te decía yo? No subes?

—No, ahora no puedo.

Obdulia oyó la voz de Ana y corrió al balcón, sin cuidarse de reparar el desorden de su traje y peinado.

—Ana, sube, anda, tonta! —gritó la viuda mientras devoraba á la Regenta con los ojos de piés á cabeza.

Para Obdulia las demás mujeres no tenían más valor que el de un maniquí de colgar vestidos; para trapos ellas; para todo lo demás, los hombres.

Ana se excusó otra vez; tenía qué hacer. Saludó con

graciosa sonrisa y siguió adelante. Un momento se habían encontrado sus ojos con los de Mesía, pero no se habían turbado ni escondido como otras veces; le habían mirado distraídos, sin que ella procurase evitar *el contacto* de aquellas pupilas cargadas de lascivia y de amor propio irritado, confundido con el deseo.

Todos callaban en el balcón mientras la Regenta se alejaba y desaparecía por la calle desierta. Todos la siguieron con la mirada hasta que dobló la esquina. Obdulia dijo, queriendo afectar un tono algo desdeñoso:

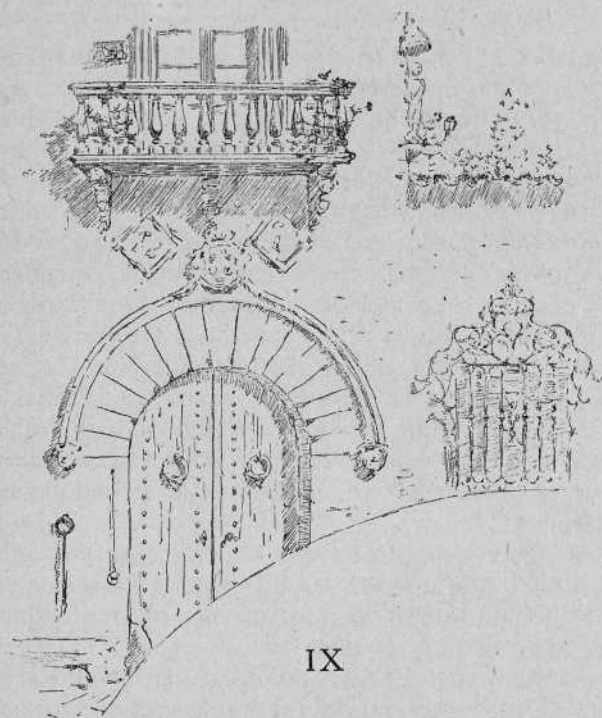
—Va muy sencilla.

Y se volvió al gabinete.

—Cómetela!... —gritó al oído de Alvaro Visita con voz en que asomaba un poco de burla. Y añadió muy seria:

—¡Cuidado con el Magistral, que sabe mucha teología parda!...





IX

EN la Plaza Nueva, en una rinconada sumida ya en la sombra está el palacio de los Ozores, de fachada ostentosa recargada, sin elegancia, de sillares ennegrecidos, como los del Casino, por la humedad que trepa hasta el tejado por las paredes.

Al llegar al portal Ana se detuvo; se estremeció como si sintiera frío. Miró hacia la bocacalle próxima; por allí el horizonte se abría lleno de resplandores. La calle del Águila era una pendiente rápida que dejaba ver en lontananza la sierra y los prados que forman su falda, verdes y relucientes entonces. Cruzaban la plaza y pasaban sobre los tejados golondrinas gárrulas, in-

quietas, que iban y venían, como si hiciesen sus visitas de despedida, próximo el viaje de invierno.

—Oye, Petra, no llames ; vamos á dar un paseo...

—¿Las dos solas ?

—Sí, las dos... por los prados,... á campo traviesa.

—Pero, señorita, los prados estarán muy mojados...

—Por algún camino... extraviado... por donde no haya gente. Tú que eres de esas aldeas, y conoces todo eso, ¿no sabes por dónde podremos ir sin que encontremos á nadie ?

—Pero, si estará todo húmedo...

—Ya no ; el sol habrá secado la tierra... ¡ Yo traigo buen calzado. Anda... vamos... Petra !

Ana suplicaba con la voz como una niña caprichosa y con el gesto como una mística que solicita favores celestiales.

Petra miró asombrada á su señora. Nunca la había visto así. ¿Qué era de aquella frialdad habitual, de aquella tranquilidad que parecía recelo y desconfianza disimulados ?

Tenía la doncella algo más de veinticinco años; era rubia de color de azafrán, muy blanca, de facciones correctas ; su hermosura podía excitar deseos, pero difícilmente producir simpatías. Procuraba disimular el acento desagradable de la provincia y hablaba con afectación insoportable. Había servido en muchas casas principales. Era buena para todo, y se aburría en casa de Quintanar, donde no había aventuras ni propias ni ajenas. Amos y criados parecían de estuco. Don Víctor era un viejo tal vez amigo de los amores fáciles, pero jamás había pasado su atrevimiento de alguna mirada insistente, pegajosa, y algún piropo envuelto en circunloquios que no le comprometían. El ama era muy callada, muy cavilosa ; ó no tenía nada que tapar ó lo tapaba muy bien. Sin embargo, Petra había adquirido la convicción de que aquella señora

estaba muy aburrida. Aprovechaba la doncella las pocas ocasiones que se le ofrecían para procurarse la confianza de la Regenta. Era solícita, discreta, y fingía humildad, virtud la más difícil en su concepto.

Un paseo á campo traviesa, después de confesar, solas, en una tarde húmeda, daba mucho en que pensar á Petra. Ella no deseaba otra cosa, pero insistía en su oposición por ver á dónde llegaba el capricho del ama. Otras habían empezado así.

Bajaron por la calle del Aguila. A su extremo, pasaba, perpendicular, la carretera de Madrid.

—Por ahí no—dijo el ama.—Por aquí; vamos hacia la fuente de Mari-Pepa.

—A estas horas no hay nadie por estos sitios, y el piso ya estará seco; todavía da el sol. Mire Vd., allí está la fuente.

Petra mostró á su señora allá abajo, en la vega, una orla de álamos que parecía en aquel momento de plata y oro, según la iluminaban los rayos oblicuos del poniente. El camino era estrecho, pero igual y firme; á los lados se extendían prados de yerba alta y espesa y campos de hortaliza. Huertas y prados los riegan las aguas de la ciudad y son más fértiles que toda la campiña; los prados, de un verde fuerte, con tornasoles azulados, casi negros, parecen de túpido terciopelo. Reflejando los rayos del sol en el ocaso deslumbran. Así brillaban entonces. Ana entornaba los ojos con delicia, como bañándose en la luz tamizada por aquella frescura del suelo.

Setos de madreselva y zarzamora orlaban el camino, y de trecho en trecho se erguía el tronco de un negrillo, robusto y achaparrado, de enorme cabezota, como un as de bastos, con algunos retoños en la calvicie, varillas débiles que la brisa sacudía, haciendo resonar como castañuelas las hojas solitarias de sus extremos.

—Mire Vd., señora, ¡cosa más rara! á ninguna de

esas ramas le queda más hoja que la más alta, la de la punta...

Después de esta observación, y otras por el estilo, Petra se paraba á coger florecillas en los setos, se pinchaba los dedos, se enganchaba el vestido en las zarzas, daba gritos, reía ; iba tomando cierta confianza al verse sola con su ama, en medio de los prados, por caminos de mala fama, solitarios, que sabían de ella tantas cosas dignas de ser calladas.

Petra no se fiaba de la piedad repentina de la Regenta.

«¡Más de una hora de confesión ! La carita como iluminada al levantarse con la absolución encima... y ahora este paseo por los campos... y reir... y permitirle ciertas libertades...» No me fio ; esperemos.

La doncella de Ana era amiga de llegar en sus cálculos y fantasías á las últimas consecuencias. Ya veía en lontananza propinas sonantes, en monedas de oro. Pero aquel sesgo religioso que tomaba la cosa—daba por supuesto que había algo—traía complicaciones que ofrecían novedad para la misma Petra, que había visto lo que ella y Dios y aquellos y otros caminos solitarios sabían.

Llegaron á la fuente de Mari-Pepa. Estaba á la sombra de robustos castaños, que tenían la corteza acribillada de cicatrices en forma de iniciales y algunas expresando nombres enteros. La orla de álamos que se veía desde lejos servía como de muralla para hacer el lugar más escondido y darle sombra á la hora de ponerse el sol ; por oriente se levantaba una loma que daba abrigo al apacible retiro formado por la naturaleza en torno del manantial. Aunque situado en una hondonada, desde allí se veía magnífico paisaje, porque á la parte de occidente otras ondas del terreno que semejaban un oleaje de verdura, dejaban contemplar los lejanos términos, y allá confundido con la

neblina el Corfín, una montaña que ascendía sus crestas en las nubes y caía á pico sobre valles ocultos detrás de colinas y montes más próximos. El sol sesgaba el ambiente en que parecía flotar polvo luminoso, dentro del cual aparecía el Corfín con un tinte cárdeno.

Ana se sentó sobre las raíces descubiertas de un castaño que daba sombra á la fuente. Contemplaba las laderas de la montaña iluminada como por luces de bengala, y casi entre sueños veía á su lado el murmullo discreto del manantial y de la corriente que se precipitaba á refrescar los prados. Sobre las ramas del castaño saltaban gorriones y pinzones que no cerraban el pico y no acababan nunca de cantar firmemente, distraídos en cualquier cosa, inquietos, revoltosos y vanamente gárrulos. Hojas secas caían de cuando en cuando de las ramas al manantial; flotaban dando vueltas con lenta marcha, y, acercándose al cauce estrecho por donde el agua salía, se deslizaban rápidas, rectas, y desaparecían en la corriente, donde la superficie tersa se convertía en rizada plata. Una nevatilla (en *Vetusta lavandera*) picoteaba el suelo y brincaba á los piés de Ana, sin miedo, fiada en la agilidad de sus alas; daba vueltas, barria el polvo con la cola, se acercaba al agua, bebía, de un salto llegaba al seto, se escondía un momento entre las ramas bajas de la zarzamora, por pura curiosidad, volvía á aparecer, siempre alegre, pizpireta; quedó inmóvil un instante, como si deliberase; y de repente, como asustada, por aprensión, sin el menor motivo, tendió el vuelo recto y rápido al principio, ondulante y pausado después y se perdió en la atmósfera que el sol oblicuo teñía de púrpura. Ana siguió el vuelo de la *lavandera* con la mirada mientras pudo. «Estos animalitos, pensó, sienten, quieren y hasta hacen sus reflexiones... Ese pajarrillo ha tenido una idea de repente; se ha cansado de

esta sombra y se ha ido á buscar luz, calor, espacio. ¡Feliz él! Cansarse ¡es tan natural!» Ella misma, la Regenta, estaba bien cansada de aquella sombra en que había vivido siempre. ¿Sería algo nuevo, algo digno de ser amado aquello que el Magistral le había prometido? Cuando ella le había dicho que en la adolescencia había tenido antojos místicos, y que después sus tías y todas las amigas de Vetusta le habían hecho despreciar aquella vanidad piadosa ¿qué había contestado el Magistral? Bien se acordaba; le zumbaba todavía en los oídos aquella voz dulce que salía en pedazos, como por tamiz, por los cuadradillos de la celosía del confesonario. Le había dicho, con unas palabras muy elocuentes, que ella no podía repetir al pié de la letra, algo parecido á esto: «Hija mía, ni aquellos anhelos de Vd., buscando á Dios antes de conocerle, eran acendrada piedad, ni los desdenes con que después fueron maltratados tuvieron pizca de prudencia.» Pizca había dicho, estaba ella segura. La elocuencia del Magistral en el confesonario no era como la que usaba en el púlpito; ahora lo notaba. En el confesonario aprovechaba las palabras familiares que dicen tan bien ciertas cosas que jamás había visto ella en los libros llenos de retórica. Y le había puesto una comparación: «Si Vd., hija mía, se baña en un río, y revolviendo el agua al nadar, por juego, como solemos hacer, encuentra entre la arena una pepita de oro, pequeñísima, que no vale una peseta, ¿se creará Vd. ya millonaria? ¿pensará que aquel descubrimiento la va á hacer rica? ¿que todo el río va á venir arrastrando monedas de cinco duros con la carita del rey y que todo va á ser para Vd.? Eso sería absurdo. Pero, por esto ¿va Vd. á tirar con desdén la pepita y á seguir jugueteando con el agua, moviendo los brazos y haciendo saltar la corriente al azotarla con los piés y sin pensar ya nunca más en aquel poquito de oro que

encontró entre la arena ?» Estaba muy bien puesta la comparación. Ella se había visto con su traje de baño,



sin mangas, braceando en el río, á la sombra de avellanos y nogales, y en la orilla estaba el Magistral con

su roquete blanquísimo, de rodillas, pidiéndole, con las manos juntas, que no arrojase la pepita de oro. La elocuencia era aquello, hablar así, que se viera lo que se decía. Se había entusiasmado con aquel fluir de palabras dulces, nuevas, llenas de una alegría celestial; había abierto su corazón delante de aquel agujero con varillas atravesadas. También ella había dicho muchas palabras que no había usado en su vida hablando con los demás. Entonces el Magistral, allá dentro, callaba; y cuando ella terminó, la voz del confesonario temblaba al decir: «Hija mía, esa historia de sus tristezas, de sus ensueños, de sus aprensiones merece que yo medite mucho. Su alma es noble, y sólo porque en este sitio yo no puedo tributar elogios al penitente, me abstengo de señalar dónde está el oro y dónde está el lodo... y de hacerle ver que hay más oro de lo que parece. Sin embargo, Vd. está enferma; toda alma que viene aquí está enferma. Yo no sé cómo hay quien hable mal de la confesión; aparte de su carácter de institución divina, aun mirándola como asunto de utilidad humana ¿no comprende Vd. y puede comprender cualquiera que es necesario este hospital de almas para los enfermos del espíritu?» El Magistral había hablado de las consultas que los periódicos protestantes establecen para dilucidar casos de conciencia. «Las señoras protestantes, que no tienen padre espiritual, acuden á la prensa. ¿No es esto ridículo?» El Provisor había sonreído con la voz.

Y había continuado diciendo lo que en sustancia era esto: «No debía ella acudir allí, sólo á pedir la absolución de sus pecados; el alma tiene, como el cuerpo, su terapéutica y su higiene; el confesor es médico higienista; pero así como el enfermo que no toma la medicina ó que oculta su enfermedad, y el sano que no sigue el régimen que se le indica para conservar la salud, á sí mismos se hacen daño, á sí propios se enga-

ñan; lo mismo se engaña y se daña á sí propio el pecador que oculta los pecados, ó no los confiesa tales como son, ó los examina deprisa y mal, ó falta al régimen espiritual que se le impone. No bastaba una conferencia para curar un alma, ni acudir con enfermedades viejas y descuidadas era querer sanar de veras. De todo esto se deducía racionalmente, aparte todo precepto religioso, la necesidad de confesar á menudo. No se trataba de cumplir con una fórmula: confesar no era eso. Era indispensable escoger con cuidado el confesor, cuando se trataba de ponerse en cura; pero una vez escogido, era preciso considerarle como lo que era en efecto, padre espiritual; y hablando fuera de todo sentido religioso, como hermano mayor del alma, con quien las penas se desahogan y los anhelos se comunican, y las esperanzas se afirman y las dudas se desvanecen. Si todo esto no lo ordenase nuestra religión, lo mandaría el sentido común. La religión es toda razón, desde el dogma más alto hasta el pormenor menos importante del rito.»

Aquella conformidad de la fe y de la razón encantaba á la Regenta. ¿Cómo tenía ella veinte y siete años y jamás había oído esto? No se había atrevido á preguntárselo al Magistral, pero tiempo habría.

Un gorrión con un grano de trigo en el pico, se puso enfrente de Ana y se atrevió á mirarla con insolencia. La dama se acordó del Arcipreste que tenía el dón de parecerse á los pájaros.

«Era un buen señor Ripamilán; pero ¡qué manera de confesar! Una rutina que nunca le había enseñado nada. A no ser su matrimonio, nada había sacado de aquellas confesiones. Decía el pobre hombre que se sabía de memoria los pecados de la Regenta y la interrumpía siempre con su eterno:—«Bien, bien, adelante: ¿qué más? adelante... reza tres Padre nuestros, una Salve y reparte limosnas.» ¡Qué hombre tan raro!

¿Cuándo le había hablado don Cayetano de si tenía ella este ó el otro t  mperamento? Pues el Magistral en seguida: le había dicho que era un temperamento especial, que todo esto y más había que tener en cuenta. Esto era completamente nuevo.»

Además, la había halagado mucho el notar que don Fermín le hablaba como    persona ilustrada, como    un hombre de letras: le había citado autores, dando por supuesto que los cono  a, y al usar sin reparo palabras técnicas se guardaba de explic  rselas.

«Y qué *elevación*!    Qué era la virtud?    Qué era la santidad? Aquello había sido lo mejor. La virtud era la belleza del alma, la pulcritud, la cosa más fácil para los espíritus nobles y limpios. Para un perezoso enemigo de la ropa limpia y del agua, la pulcritud es un tormento, un imposible; para una persona decente (así había dicho) una necesidad de las más imperiosas de la vida. La religión no presentaba como una senda ardua la de la virtud, sino para los que viven sumidos en el pecado; pero el hombre nuevo siempre estaba despierto en nosotros; no había más que darle una voz y acudía. La virtud comienza por un esfuerzo ligero, si bien contrario al hábito adquirido; al día siguiente el esfuerzo era menos costoso y su eficacia mayor por la *velocidad adquirida*, por la *inercia del bien*, esto era mecánico (así lo había dicho el señor de Pas). La virtud podía definirse: el equilibrio estable del alma. Además, era una alegría; un buen día de sol; ráfagas de aire fresco embalsamado; el alma virtuosa se convertía en una pajarera donde gorjeaban alegres los dones del Espíritu Santo animando el corazón en las tristezas de la vida. Aquella melancolía de que ella se quejaba, era nostalgia de la virtud    que llegaría, y por la que suspiraba su espíritu como por su patria. La virtud era cuestión de arte, de habilidad. No sólo se conseguía por el ayuno, por el ascetismo; éste era

un medio muy santo, pero había otros. En la vida bulliciosa de nuestras ciudades se puede aspirar también á la perfección.» (En aquel momento se figuraba la Regenta como una Babilonia aquella Vetusta que le pareciera siempre tan pequeña, tan monótona y triste.) «Ella que había leído á San Agustín ¿no recordaba que el santo obispo gustaba de la música religiosa, no por el deleite de los sentidos, sino porque elevaba el alma? Pues así todas las artes, así la contemplación de la naturaleza, la lectura de las obras históricas, y de las filosóficas, siendo puras, podían elevar el alma y ponerla en el diapasón de la santidad al unísono de la virtud. ¿Por qué no? Ah! y después, cuando se llegaba más arriba, á la seguridad de sí mismo, cuando ya no se temía la tentación, sino con temor prudente, se encontraban edificantes muchos espectáculos que antes eran peligrosos. Así, por ejemplo, la lectura de libros prohibidos, veneno para los débiles, era purga para los fuertes. Al que llega á cierto grado de fortaleza, la presencia del mal le edifica á su modo, por el contraste.» El Magistral no había dicho si él era tan fuerte como todo eso, pero ella suponía que sí. De todas maneras, la virtud y la piedad eran cosas bien diferentes de lo que le habían enseñado sus tías y la devoción vulgar (así la llamó para sus adentros) que había aprendido como una rutina. Sí, la religión verdadera se parecía en definitiva á sus ensueños de adolescente, á sus visiones del monte de Loreto más que á la sosa y estúpida disciplina que la habían enseñado como piedad seria y verdadera. — ¡Y cuántas más lecciones le había prometido el Magistral para otro día! ¡Cuántas cosas nuevas iba á saber y á sentir! ¡Y qué dicha tener un alma hermana, hermana mayor, á quien poder hablar de tales asuntos, los más interesantes, los más altos sin duda!

De la *cuestión personal*, esto es, de los pecados de

Ana, se había hablado poco; el Magistral generalizaba en seguida. «No tenía datos, necesitaba conocer la mujer.»

Al recordar esto sintió la Regenta escrúpulos. Le había dado la absolución y ella no había dicho nada de su inclinación á don Alvaro!—«Sí, inclinación. Ahora que consideraba vencido aquel impulso pecaminoso, quería mirarlo de frente. Era inclinación. Nada de disfrazar las faltas. Había hablado, sin precisar nada, de malos pensamientos, pero le parecía indecoroso é injusto para con ella misma, hasta grosero, personificar aquellas tentaciones, decir que se trataba de un solo hombre, de tales prendas, y señalar los peligros que había. Pero ¿debía haberlo hecho? Tal vez. Sin embargo, no hubiera sido poner en berlina á don Víctor sin por qué ni para qué, puesto que ella le era fiel de hecho y de voluntad y se lo sería eternamente? Y con todo, debió haber especificado más en aquella parte de la confesión. ¿Estaba bien absuelta? ¿Podría comulgar tranquila al día siguiente? Eso no, de ningún modo; no comulgaría; se quedaría en la cama fingiendo una jaqueca; de tarde iría á reconciliar, y al otro día la comunión. Este era el mejor plan. La resolución de no comulgar á la mañana siguiente le dió una alegría de niña; era como un día de asueto. Podía pasar la noche pensando en la religión, en la virtud en general, por aquel sistema nuevo, y no preocuparse todavía con el cuidado de recibir al Señor dignamente. Era una prórroga; un respiro. Y ya no le parecía impropio dar rienda suelta á su alegría, aquella alegría causada por fuerzas morales puramente y que tal vez era la alborada del día esplendoroso de la virtud.

«¡Qué feliz sería aquel Magistral, anegado en luz de alegría virtuosa, llena el alma de pájaros que le cantaban como coros de ángeles dentro del corazón! Así él tenía aquella sonrisa eterna, y se paseaba con tanto

garbo por el Espolón en medio de perezosos del alma, de espíritus pequeños y... vetustenses. ¡Y qué color de salud!

»Vetusta, Vetusta encerraba aquel tesoro! ¿Cómo no sería obispo el Magistral? ¡Quién sabe! ¿Por qué era ella, aunque digna de otro mundo, nada más que una señora ex-regenta de Vetusta? El lugar de la escena era lo de menos; la variedad, la hermosura estaba en las almas. Ese pajarillo no tiene alma y vuela con alas de pluma, yo tengo espíritu y volaré con las alas invisibles del corazón, cruzando el ambiente puro, radiante de la virtud.»

Se estremeció de frío. Volvió a la realidad. Todo quedó en la sombra. El sol ocultaba entre nubes pardas y espesas, detrás de la cortina de álamos, el último pedazo de su lumbre que se le había quedado atrás, como un trapillo de púrpura. La sombra y el frío fueron repentinos. Un coro estridente de ranas despidió al sol desde un charco del prado vecino. Parecía un himno de salvajes paganos a las tinieblas que se acercaban por oriente. La Regenta recordó las carracas de Semana Santa, cuando se apaga la luz del ángulo misterioso y se rompen las cataratas del entusiasmo infantil con estrépito horrisono.

—Petra! Petra!—gritó.

Estaba sola. ¿Adónde había ido su doncella?

Un sapo en cuclillas, miraba a la Regenta encaramado en una raíz gruesa, que salía de la tierra como una garra. Lo tenía a un palmo de su vestido. Ana dió un grito, tuvo miedo. Se le figuró que aquel sapo había estado oyéndola pensar y se burlaba de sus ilusiones.

—Petra! Petra!

La doncella no respondía. El sapo la miraba con una impertinencia que le daba asco y un pavor tonto.

Llegó Petra. Venía sudando, muy encarnada, con la

respiración fatigosa. Le caían hasta los ojos rizos do-
rados y menudos. Como había visto tan ensimismada
á la señora, se había llegado al molino de su primo
Antonio que estaba allí cerca, á un tiro de fusil.

Ana le fijó los ojos con los suyos, pero ella desafió
aquella mirada de inquisidor. Su primo Antonio, el
molinero, estaba enamorado de la doncella; el amo lo
sabía. Petra pensaba casarse con él, pero más adelan-
te, cuando fuera más rico y ella más vieja. De vez en
cuando iba á verle para que no se apagase aquel fue-
go con que ella contaba para calentarse en la vejez.
Miraba el molino como una caja de ahorros donde ella
iba depositando sus economías de amor. Ana sin saber
por qué, sintió un poco de ira. «¿Cómo serían aquellos
amores de Petra y el molinero? ¿Qué le importaba á
ella?...» Pero la manera de mirar á Petra, estudiando
los pormenores de su traje, algo descompuesto, la fa-
tiga que no podía ocultar, el sudor, el color de sus
mejillas, revelaba una curiosidad que quería ocultar
en vano la Regenta. «¿Qué había hecho en el molino
aquella mujer?» Este pensamiento baladí, obsesión es-
túpida que era casi un dolor, absorbía toda la atención
de Ana, á su pesar.

—Vamos, vamos, que es tarde.

—Sí, señora; es tarde. Entraremos en casa cuando
ya estén encendidos los faroles.

—No, no tanto.

—Ya verá Vd.

—Si no te hubieras detenido en la fragua de tu
primo...

—Qué fragua? Es un molino, señora.

A Petra le supo á malicia lo que era una equivocación.

Cuando llegaban á las primeras casas de Vetusta,
oscurecía. La luz amarillenta del gas brillaba de tre-
cho en trecho, cerca de las ramas polvorientas de las

raquíticas acacias que adornaban el boulevard, nombre popular de la calle por donde entraban en el pueblo.

—¿Cómo me has traído por aquí?

—¿Qué importa?

Petra se encogió de hombros. En vez de subir por la calle del Aguila habían dado un rodeo y entraban por una de las pocas calles nuevas de Vetusta, de casas de tres pisos, iguales, cargadas de galerías con cristales de colores chillones y discordantes. La acera de tres metros de anchura, una acera hiperbólica para Vetusta, estaba orlada por una fila de faroles en columna, de hierro pintado de verde, y por otra fila de árboles, prisioneros en estrecha caja de madera, verde también. Por esto se llamaba *El boulevard*, ó lo que era en rigor, *Calle del Triunfo de 1836*. Al anoecer, hora en que dejaban el trabajo los obreros, se convertía aquella acera en paseo donde era difícil andar sin pararse á cada tres pasos. Costureras, chalequeras, planchadoras, ribeteaderas, cigarreras, fosforeras, y armeros, zapateros, sastres, carpinteros y hasta albañiles y canteros, sin contar otras muchas clases de industriales, se daban cita bajo las acacias del Triunfo y paseaban allí una hora, arrastrando los piés sobre las piedras con estridente sonsonete.

Había comenzado aquel paseo años atras como una especie de parodia; imitaban las muchachas de pueblo los modales, la voz, las conversaciones de las señoritas, y los obreros jóvenes se fingían caballeros, cogidos del brazo y paseando con afectada jactancia. Poco á poco la broma se convirtió en costumbre y merced á ella la ciudad solitaria, triste de día, se animaba al comenzar la noche, con una alegría exaltada, que parecía una excitación nerviosa de toda la «pobretería,» como decían los tertulios de Vegallana. Era la fuerza de los talleres que salía al aire libre; los músculos se

movían por su cuenta, á su gusto, libres de la monotonía de la faena rutinaria. Cada cual, además, sin darse cuenta de ello, estaba satisfecho de haber hecho algo útil, de haber trabajado. Las muchachas reían sin motivo, se pellizcaban, tropezaban unas con otras, se amontonaban, y al pasar los grupos de obreros crecía la algazara; había golpes en la espalda, carcajadas de malicia, gritos de mentida indignación, de falso pudor, no por hipocresía, sino como si se tratara de un paso de comedia. Los remilgos eran fingidos, pero el que se propasaba se exponía á salir con las mejillas ardiendo. Las virtudes que había allí sabían defenderse á bofetadas. En general, se movía aquella multitud con cierto orden. Se paseaba en filas de ida y vuelta. Algunos señoritos se mezclaban con los grupos de obreros. A ellas les solía parecer bien un piropo de un estudiante ó de un hortera; pero la indignación fingida era mayor cuando un *levita* se propasaba y siempre acompañaba á la protesta del pudor el sarcasmo. Aquellas jóvenes, que no siempre estaban seguras de cenar al volver á casa, insultaban al transeúnte que las llamaba hermosas, suponiendo que el *futraque* tenía *carpanta*, ó sea hambre. A lo sumo concedían que comería cañamones. Los expertos no se aturdían por estos improprios convencionales, que eran allí el buen tono; insistían y acababan por sacar tajada, si la había. La virtud y el vicio se codeaban sin escrúpulo, iguales por el traje que era bastante descuidado. Aunque había algunas jóvenes limpias, de aquel montón de hijas del trabajo que hace sudar, salía un olor picante, que los habituales transeúntes ni siquiera notaban, pero que era molesto, triste; un olor de miseria perezosa, abandonada. Aquel perfume de harapo lo respiraban muchas mujeres hermosas, unas fuertes, esbeltas, otras delicadas, dulces, pero todas mal vestidas, mal lavadas las más, mal peinadas

algunas. El estrépito era infernal; todos hablaban á gritos, todos reían, unos silbaban, otros cantaban. Niñas de catorce años, con rostro de ángel, oían sin turbarse blasfemias y obscenidades que á veces las hacían reír como locas. Todos eran jóvenes. El trabajador viejo no tiene esa alegría. Entre los hombres acaso ninguno había de treinta años. El obrero pronto se hace taciturno, pronto pierde la alegría expansiva, sin causa. Hay pocos viejos verdes entre los proletarios.

Ana se vió envuelta, sin pensarlo, por aquella multitud. No se podía salir de la acera. Había mucho lodo y pasaban carros y coches sin cesar; era la hora del correo y aquel el camino de la estación.

Los grupos se abrían para dejar paso á la Regenta. Los mozalbetes más osados acercaban á ella el rostro con cierta insolencia, pero la belleza bondadosa de aquella cara de María Santísima les imponía admiración y respeto.

Las chalequeras no murmuraban ni reían al pasar Ana.

—¡Es la Regenta!

—¡Qué guapa es!

Esto decían ellas y ellos. Era una alabanza espontánea, desinteresada.

—Olè, salero! Viva tu mare!—se atrevió á gritar un andaluz con acento gallego.

Su entusiasmo le costó una *galleta*—un coscorrón—de un su amigo, más respetuoso.

—So bruto, mira que es la Regenta!

Era popular su hermosura.

Á Petra también le decían los pollastres que era un arcángel; iba contenta. Ana sonreía y aceleraba el paso.

—Dónde nos hemos metido...

—¿Qué importa? ya ve Vd. que no se la comen.

Muchas señoritas podrían aprender crianza de estos pela-gatos.



Alguna otra vez había pasado la Regenta por allí á tales horas, pero en esta ocasión, con una especie de doble vista, creía ver, sentir allí, en aquel montón de ropa sucia, en el mismo olor picante de la *chusma*, en

la algarazara de aquellas turbas una fuerza del placer del amor; del amor que era por lo visto una necesidad universal. También había cuchicheos secretos, al oído, entre aquel estrépito; rostros lánguidos, ceños de enamorados celosos, miradas como rayos de pasión... Entre aquel cinismo aparente de los diálogos, de los roces bruscos, de los tropezones insolentes, de la brutalidad jactanciosa, había flores delicadas, verdadero pudor, ilusiones puras, ensueños amorosos que vivían allí sin conciencia de los miasmas de la miseria.

Ana participó un momento de aquella voluptuosidad andrajosa. Pensó en sí misma, en su vida consagrada al sacrificio, á una prohibición absoluta del placer, y se tuvo esa lástima profunda del egoísmo excitado ante las propias desdichas. «Yo soy más pobre que todas estas. Mi criada tiene á su molinero que le dice al oído palabras que le encienden el rostro; aquí oigo carcajadas del placer que causan emociones para mí desconocidas...»

En aquel momento tuvieron que detenerse entre la multitud. Había un drama en la acera. Un joven alto, de pelo negro y rizado, muy moreno, vestido con blusa azul, gritaba:

— La mato! la mato! Dejadme, que quiero matarla.

Sus compañeros le sujetaban; querían llevársele. El mozo echaba fuego por los ojos.

— ¿Qué es eso?—preguntó Petra.

— Nada—dijo uno—celucos.

— Sí—gritó una joven—pero si ella se descuida la ahoga.

— Bien merecido lo tiene; es una tal.

El joven de la blusa azul salió del paseo, á viva fuerza, casi arrastrado por sus amigos. Al pasar junto á la Regenta la miró cara á cara, distraído, pensando en su venganza; pero ella sintió aquellos ojos en los suyos como un contacto violento. ¡Eran los *celucos*! Así mi-

rabán los celos! Era una belleza infernal, sin duda, la de aquellos ojos, ¡pero qué fuerte, qué humana!

Dejaron ama y criada por fin el boulevard y entraron en la calle del Comercio. De las tiendas salían haces de luz que llegaban al arroyo iluminando las piedras húmedas cubiertas de lodo. Delante del escaparate de una confitería nueva, la más lujosa de Vetusta, un grupo de *pillos* de ocho á doce años discutían la calidad y el nombre de aquellas golosinas que no eran para ellos, y cuyas excelencias sólo podían apreciar por conjeturas.

El más pequeño lamía el cristal con éxtasis delicioso, con los ojos cerrados.

—Eso se llama *pitisa*—dijo uno en tono dogmático.

—¡Ay qué farol!—Si eso es un *pionono*; si sabré yo...

También aquella escena enterneció á la Regenta. Siempre sentía apretada la garganta y lágrimas en los ojos cuando veía á los niños pobres admirar los dulces ó los juguetes de los escaparates. No eran para ellos; esto le parecía la más terrible crueldad de la injusticia. Pero, además, ahora aquellos granujas discutiendo el nombre de lo que no habían de comer, se le antojaban compañeros de desgracia, hermanitos suyos, sin saber por qué. Quiso llegar pronto á casa. Aquel enternecerse por todo la asustaba. «Temía el ataque, estaba muy nerviosa.»

—Corre, Petra, corre—dijo con voz muy débil.

—Espere Vd., señora... allí... parece que nos hacen seña... sí, á nosotras es. Ah, son ellos, sí...

—¿Quién?

—El señorito Paco y don Álvaro.

Petra notó que su ama temblaba un poco y palidecía.

—¿Dónde están? A ver si podemos, antes que...

Ya no podían escapar. Don Alvaro y Paco estaban delante de ellas. El marquesito las detuvo haciendo

una cortesía exagerada, que era una de sus maneras de *hacer esprit*, como decía ya el mismo Ronzal. Mesía saludó muy formalmente.

De la confitería nueva salían chorros de gas que deslumbraban á los vetustenses, no acostumbrados á tales despilfarros de gas. Don Alvaro veía á la Regenta envuelta en aquella claridad de batería de teatro y notó en la primer mirada que no era ya la mujer distraída de aquella tarde. Sin saber por qué, le había desanimado la mirada plácida, franca, tranquila de poco antes, y sin mayor fundamento, la de ahora, tímida, rápida, miedosa, le pareció una esperanza más, la sumisión de Ana, el triunfo. «No sería tanto, pero él se alegraba de verse animado. Sin fe en sí mismo no daría un paso. Y había que dar muchos y pronto.»

En Vetusta llueve casi todo el año, y los pocos días buenos se aprovechan para respirar el aire libre. Pero los paseos no están concurridos mas que los días de fiesta. Las señoritas pobres, que son las más, no se resignan á enseñar el mismo vestido una tarde y otra, y siempre. De noche es otra cosa; se sale de trapillo, se recorre la parte nueva, la calle del Comercio, la plaza del Pan, que tiene soportales, aunque muy estrechos, el boulevard un poco más tarde, cuando ya está durmiendo la *chusma*. Y el pretexto es comprar algo. ¡En una casa hacen falta tantas cosas! Se entra en las tiendas, pero se compra poco. La calle del Comercio es el núcleo de estos paseos nocturnos y algo disimulados. Los caballeros van y vienen por la ancha acera y miran con mayor ó menor descaro á las damas sentadas junto al mostrador. Con un ojo en las novedades de la estación y con otro en la calle, regatean los precios, y cazan lisonjas y señas al vuelo. Los mancebos son casi todos catalanes, pero pronuncian el castellano con suficiente corrección. Son amables, guapos casi todos. Los más tienen la barba cortada á lo Jesu-

cristo. Muchos ojos negros almibarados, y rosas en las mejillas. Inclinan la cabeza con una languidez entre romántica y cachazuda; aquello lo mismo puede significar: «Señorita, *abrigo* una pasión secreta, que...» «Señorita, ni la paciencia de Job... pero tendré paciencia.»

—Oh, le estoy cansando á Vd.!—dice Visitación á un rubio con cuello marinero, á quien ha hecho ya cargar con cincuenta piezas de percal.

—¡Ah, no señora! es mi obligación... y además lo hago con la mejor voluntad... «El mancebo ha de ser incansable, para eso está allí.»

Visitación siempre tiene que hacer un mandilón para la criada, pero no se decide nunca. Otras noches es ella la que está desnuda.

—«Me va á coger el invierno sin un hilo sobre mi cuerpo.»

El mancebo sonríe con amabilidad, figurándose de buen grado á la dama delgada, pero de buenas formas, tiritando en camisa bajo los rigores de una nevada...

«—¡No sea Vd. malo! No sea Vd. tan material!»—responde ella, turbándose como una niña aturdida que sospecha haber sido indiscreta, y clava en el mancebo los ojos risueños, arrugaditos, que Visitación cree que echan chispas. El catalán finge que se deja seducir por aquellos ojos y en cada vara rebaja un perro chico.

Visitación triunfa. Pero no sabe que el mismo percal se lo vendió á Obdulia rebajando un perro grande, y con una ganancia superior á la que podía esperar el mancebo sonriente y con barba de judío.

Las bellas vetustenses, como dice el gacetillero de *El Lábaro*, no saben salir de las tiendas de modas. Lo ven todo, lo revuelven todo, y les queda tiempo para *marear* á los horteras y tomar varas al sesgo (frase de Orgaz) de los señoritos que pasean por la acera dispu-

tando en voz alta para anunciar su presencia. Domina allí una alegría bulliciosa, la alegría sin motivo que es la más expansiva y contentadiza. ¿Quién lo diría? No sólo *el elemento joven de ambos sexos* (de *El Lábaro*), sino las personas formales; magistrados, catedráticos, autoridades, abogados, hasta clérigos están deseando todo el día, sin darse cuenta, la hora de las tiendas, los días que *hace bueno* y pueden las damas «decorosamente» coger la mantilla y echarse á la calle. Es aquella una hora de cita que, sin saberlo ellos mismos, se dan los vetustenses para satisfacer la necesidad de verse y codearse, y oír ruido humano. Es de notar que los vetustenses se aman y se aborrecen; se necesitan y se desprecian. Uno por uno el vetustense maldice de sus conciudadanos, pero defiende el carácter del pueblo *en masa*, y si le sacan de allí suspira por volver. En el paseo de la noche, que viene á ser subrepticio, á lo menos así lo llama don Saturnino, hay además el atractivo que le presta la fantasía. El gas no es para prodigado por un Ayuntamiento lleno de deudas, y un farol aquí, otro á cincuenta pasos (si no hace luna; en las noches románticas no hay gas) no deslumbran ni quitan á la noche su misterio. Se ve lo que no hay. Cada cual, según su imaginación, atribuye á los que pasan la figura que quiere.

—Parecen otras las chicas—dicen los pollos.

Los vetustenses gozan la ilusión de creerse en otra parte sin salir de su pueblo. Todo se vuelve caras nuevas, que después no son nuevas.

—¿Quién son esas?— Y resulta que son las de Minguez, es decir, las eternas Minguez, las de ayer, las de antes de ayer, las de siempre. ¡Pero mientras la ilusión dura!... En los pueblos donde pocas veces se tienen espectáculos gratuitos lo es y más interesante el de contemplarse mutuamente. Un paseo, *cogido por los cabellos*, es un placer delicado, intenso que gozan

con delicia inefable las masas proletarias de la honrada clase media española.

Hay estudiante que se acuesta satisfecho con media docena de miradas recogidas acá y allá, en sus idas y venidas por el Espolón ó por la calle del Comercio; y niña casadera que tiene para ocho días con una flor amorosa que fingió desdeñar por impertinente y que saborea á sus solas, mientras borda unas zapatillas durante siete días mortales, detrás del cristal que azota la lluvia incansable. Así se explica aquel entrar y salir en los comercios, aquel reir por cualquier cosa, aquel encontrar gracia en cada frase de un hortera, en la diablura de un estudiante que mete la cabeza por un escaparate abierto. Todo es movimiento, risa, algazara. Este pueblo es el mismo que asiste silencioso, grave, estirado á los paseos de solemnidad, y compungido, cabizbajo, lleno de unción (de *El Lábaro*), á los sermones, á las novenas, á los oficios de Semana Santa y hasta al miserere.

Ana creía ver en cada rostro la llama de la poesía. Las vetustenses le parecían más guapas, más elegantes, más seductoras que otros días: y en los hombres veía aire distinguido, ademanes resueltos, corte romántico; con la imaginación iba juntando por parejas á hombres y mujeres según pasaban, y ya se le antojaba que vivía en una ciudad donde criadas, costureras y señoritas, amaban y eran amadas por molineros, obreros, estudiantes y militares de la reserva.

Sólo ella no tenía amor; ella y los niños pobres que lamían los cristales de las confiterías eran los desheredados. Una ola de rebeldía se movía en su sangre, camino del cerebro. Temía otra vez el ataque.

—«¿Qué era aquello, Señor, qué era aquello?» ¿Por qué en día semejante, cuando su espíritu acababa de entrar en vida nueva, vida víctima, pero no de sacrifi-

cio estéril, sin testigos, si no acompañado por la voz animadora de un alma hermana; por qué en ocasión tan importuna se presentaba aquel afán de sus entrañas, que ella creía cosa de los nervios, á mortificarla, á gritar ¡guerra! dentro de la cabeza, y á volver lo de arriba abajo? ¿No había estado en la fuente de Mari-Pepa entregada á la esperanza de la virtud? ¿No se abrían nuevos horizontes á su alma? ¿No iba á vivir para algo en adelante? ¡Oh! ¡quién le hubiera puesto al señor Magistral delante!» Su mano tropezó con la de un hombre. Sintió un calor dulce y un contacto pegajoso. No era el Magistral. Era don Álvaro, que venía á su lado hablando de cualquier cosa. Ella apenas le oía, ni quería atribuir á su presencia aquel cambio de temperatura moral, que lamentaba para sus adentros, en tanto que veía á las jóvenes y á las jamonas vetustenses coquetear en la acera y en las tiendas deslumbrantes de gas.

Don Álvaro opinaba lo contrario, que bastaba su presencia y su contacto para adelantar los acontecimientos. Para tener idea de lo que Mesia pensaba del prestigio de su *físico*, hay que figurarse una máquina eléctrica con conciencia de que puede echar chispas. Él se creía una máquina eléctrica de amor. La cuestión era que la máquina estuviese preparada. Era fatuo hasta ese extremo, pero dígase en su abono que nadie lo sabía, y que podía citar numerosos hechos que acreditaban el motivo de aquella vanidad monstruosa. Se creía hombre de talento—«él era principalmente un político»;—confiaba en su experiencia de hombre de mundo, y en su arte de Tenorio, pero humildemente se declaraba á sí mismo que todo esto era nada comparado con el prestigio de su belleza corporal.—«Para seducir á mujeres gastadas, ahitas de amor, mimosas, de gustos extragados, tal vez no basta la figura, ni es lo principal siquiera: pero las vírgenes

honradas (conocía él otra clase) y las casadas honestas se rinden al buen mozo.»

—No conozco seductores corcovados ni enanos—decía, encogiéndose de hombros, las pocas veces que con sus amigos íntimos hablaba de estas cosas: solía ser después de cenar fuerte.—¿Seme habla de extravíos del gusto? Eso es lo excepcional; pero nadie querrá ser en el amor lo que es el asafétida en los olores; y sin embargo, las damas romanas de la decadencia...

Paco Vegallana acudía entonces con el testimonio de las lecturas técnico-escandalosas. Describía todas las aberraciones de la lubricidad femenil en lo antiguo, en la Edad-media y en los tiempos modernos. No había nada nuevo. «Lo mismo que hacen las parisienses más pervertidas, lo sabían y hacían las meretrices de Babilonia y de Cerbatana.»

Paco padecía distracciones cada vez que se remontaba á la historia antigua. Esta Cerbatana era Ecbátana, pero él la llamaba así por equivocación indudablemente. Ya sabía á qué ciudad se refería. Era una que tenía muchas murallas de colores diferentes. Lo había leído en la *Historia de la prostitución*; en la de Dufour no, en otra que conocía también. Era un sabio.

—Yo he leído—añadía don Alvaro en casos tales—que ha habido princesas y reinas encaprichadas y *medidas* con monos, así como suena, monos.

—Sí señor—acudía Paco á decir—lo afirma Víctor Hugo en una novela que en francés se llama *El hombre que ríe* y en español *De orden del rey*.

—Pero fuera de eso, que es lo excepcional—continuaba Mesía diciendo—hay que desengañarse, lo que buscan las mujeres es un buen *físico*.

—Eso creo yo—solía afirmar Ronzal—la mujer es así *urbicesorbi* (en todas partes, en el latín de Trabuco).

Además, don Alvaro era profundamente materialista y esto no lo confesaba á nadie. Como en él lo prin-

cial era el político, transigía con la religión de los mayores de Paco y se reía de la separación de la Iglesia y el Estado. Es más, le parecía de mal tono llevar la contraria á los católicos de buena fe. En París había aprendido ya en 1867, cuando fué á la exposición, que lo chic era el creer como el carbonero. Sport y catolicismo, esto era la moda que continuaba imperando. Pero es claro que lo de creer era decir que se creía. Él no tenía fe alguna, «ni bendita la falta», á no ser cuando le entraba el miedo de la muerte. Cuando caía enfermo y se encontraba en la fonda solo, abandonado de todo cariño verdadero, entonces sentía sinceramente, á pesar de haber corrido tanto, no ser un cristiano sincero. Pero sanaba y decía: «¡Bah! todo eso es efecto de la debilidad.» Sin embargo, bueno era *ilustrarse*, fundar en algo aquel materialismo que tan bien casaba con sus demás ideas respecto del mundo y la manera de explotarlo. Había pedido á un amigo libros que le probasen el materialismo en pocas palabras. Empezó por aprender que ya no había tal metafísica, idea que le pareció excelente, porque evitaba muchos rompecabezas. Leyó *Fuerza y materia* de Buchner y algunos libros de Flammarión, pero estos le disgustaron; hablaban mal de la Iglesia y bien del cielo, de Dios, del alma... y precisamente él quería todo lo contrario. Flammarión no era chic. También leyó á Moleschott y á Wirtchow y á Wogt traducidos, cubiertos con papel de color de azafrán. No entendió mucho pero se iba al grano: todo era masa gris; corriente, lo que él quería. Lo principal era que no hubiese infierno. También leyó en francés el poema de Lucrecio *De rerum natura*: llegó hasta la mitad. Decía bien el poeta, pero aquello era muy largo. Ya no veía más que átomos, y su buena figura era un feliz conjunto de moléculas en forma de gancho para prender á todas las mujeres bonitas que se le pusieran delante. Así estaba por dentro Mesía en

punto á creencias, pero á estos subterráneos no había llegado el mismo Paco, que era buen católico, según Mesía. Aquello era para él solo, mientras estaba en Vetusta. En sus viajes á París sacaba el fondo del baúl y el fondo del materialismo. Á sus queridas, cuando no eran demasiado beatas y estaban muy enamoradas, procuraba imbuirlas en sus ideas acerca del átomo y la fuerza. El materialismo de Mesía era fácil de entender; lo explicaba en dos conferencias. Cuando la mujer se convencía de que no había metafísica, le iba mucho mejor á don Alvaro.

Al recordar una hembra de las convertidas al epicureísmo solía decir don Alvaro con una llama en los ojos muy abiertos:

«—¡Qué mujer aquella!—Y suspiraba. Aquella mujer nunca había sido una vetustense. Las vetustenses tampoco creían en la metafísica, no sabían de ella, pero no pasaban por ciertas cosas.

Don Alvaro iba al lado de Ana convencido de que su presencia bastaba para producir efectos deletéreos en aquella virtud en que él mismo creía. Las palabras eran por entonces, y sin perjuicio, lo de menos. Él también solía hablar con elocuencia, al alma ¡vaya! pero en otras circunstancias; más adelante.

Paco iba detrás sin desdeñar la conversación de Petra, que se miraba hablando con el marquesito. En materia de amor la criada no creía en las clases y concebía muy bien que un noble se encaprichara y se casase con ella verbigracia. No decía que don Paquito estuviera en tal caso, ni mucho menos; pero le alababa el pelo de oro y la blancura del cutis, y por algo se empieza.

—Debe de aburrirse Vd. mucho en Vetusta, Ana—decía don Alvaro.

Buscaba en vano manera natural de llevar la conversación á un punto por lo menos análogo al que

pensaba tratar muy por largo, llegada la ocasión oportuna.

—Sí, á veces me aburro. ¡Llueve tanto!

—Y aunque no llueva. Vd. no va á ninguna parte.

—Será que Vd. no se fija en mí; bastante salgo.

Estas palabras, apenas dichas, le parecieron imprudentes. ¿Era ella quien las había pronunciado? Así hablaba Obdulia con los hombres; ¡pero ella, Ana!

Don Álvaro se vió en un apuro. ¿Qué pretendía aquella señora? ¿Provocar una conversación para aludir á lo que había entre ellos, que en rigor no era nada que mereciese comentarios? ¿Debía él extrañar aquella suposición de Ana? ¡Que no se fijaba en ella! ¿Era coquetería vulgar ó algo más alambicado que él no se explicaba? ¿Quería dar por nulo todo lo que ambos sabían, las citas, sin citarse, en tal iglesia, en el teatro, en el paseo? ¿Quería negar valor á las miradas fijas, intensas, que á veces le otorgaba como favor celestial que no debe prodigarse?

El primer impulso de Ana había sido inconsciente.

Había hablado como quien repite una frase hecha, sin sentido; pero después pensó que aquella respuesta podía servir para desanimar á Mesía dándole á entender que ella no había entrado en aquel pacto de sordo-mudos. Pero esto mismo era inoportuno. Era demasiado negar, era negar la evidencia.

Don Alvaro temía aventurar mucho aquella noche, y creyó lo menos ridículo «hacerse el interesante,» según el estilo que empleaban los vetustenses para tales materias. Y dijo con el tono de una galantería vulgar, obligada:

—Señora, Vd. donde quiera tiene que llamar la atención, aun del más distraído.

Y como esto le pareció cursi y algo anfibológico, añadió algunas palabras, no menos vulgares y frías.

No comprendía él todavía que aquello de *hacerse el*

interesante, si hubiera sido ridículo tratándose de otras mujeres, era la mejor arma contra la Regenta. Ana lo olvidó todo de repente para pensar en el dolor que sintió al oír aquellas palabras. «¿Si habré yo visto visiones? ¿Si jamás este hombre me habrá mirado con amor; si aquel verle en todas partes sería casualidad; si sus ojos estarían distraídos al fijarse en mí? Aquellas tristezas, aquellos arranques, mal disimulados de impaciencia, de despecho, que yo observaba con el rabillo del ojo—¡ay! sí, esto era lo cierto, con el rabillo!—¿serían ilusiones mías, nada más que ilusiones; ¡Pero si no podía ser!» Y sentía sudores y escalofríos al imaginarlo. Nunca, nunca accedería ella á satisfacer las ansias que aquellas miradas le revelaban con muda elocuencia; sería virtuosa siempre, consumaría el sacrificio, su don Víctor y nada más, es decir, nada; pero la nada era su dote de amor. ¡Mas renunciar a la tentación misma! Esto era demasiado. La tentación era suya, su único placer. Bastante hacía con no dejarse vencer, pero quería dejarse tentar!

La idea de que Mesía nada esperaba de ella, ni nada solicitaba, le parecía un agujero negro abierto en su corazón que se iba llenando de vacío. «¡No, no; la tentación era suya, su placer, el único! ¿Qué haría si no luchaba? Y más, más todavía, pensaba sin poder remediarlo, ella no debía, no podía querer; pero ser querida ¿por qué no? ¡Oh de qué manera tan terrible acababa aquel día que había tenido por feliz, aquel día en que se le presentaba un compañero del alma, el Magistral, el confesor que le decía que era tan fácil la virtud. Sí, era fácil, bien lo sabía ella, pero si le quitaban la tentación no tendría mérito, sería prosa pura, una cosa vetustense, lo que ella más aborrecía...

Don Alvaro, que si no era tan buen político como se figuraba, la diplomacia del galanteo entendía un poco, comprendió pronto que, sin saber cómo, había acertado.

En la voz de la Regenta, en el desconcierto de sus palabras, notó que le había hecho efecto la sequedad de la vulgarísima galantería. «¿Esperaba ya una declaración? ¡Pero si mañana va á comulgar! ¿Qué mujer es ésta? ¡Una hermosísima mujer!—añadió el materialista en sus adentros al mirarla á su lado con llamas en los ojos y carmín en las mejillas.

Habían llegado al portal del caserón de los Ozores, y se detuvieron. El farol dorado que pendía del techo alumbraba apenas el ancho zaguán. Estaban casi á oscuras. Hacía algunos minutos que callaban.

—¿Y Petra? ¿Y Paco?—preguntó la Regenta alarmada.

—Ahí vienen, ahora dan vuelta á la esquina.

Anita sentía seca la boca; para hablar necesitaba humedecer con la lengua los labios. Lo vió Mesía que adoraba este gesto de la Regenta, y sin poder contenerse, fuera de su plan, *natura naturans*, exclamó:

—¡Qué monísima! ¡qué monísima!

Pero lo dijo con voz ronca, sin conciencia de que hablaba, muy bajo, sin alarde de atrevimiento. Fué una fuga de pasión, que por lo mismo importaba más que una flor insípida, y no era una desfachatez. Podía tomarse por una declaración, por una brutalidad de la naturaleza excitada, por todo, menos por una osadía impertinente, imposible en el más cumplido caballero.

Ana fingió no oír, pero sus ojos la delataron, y brillando en la sombra, buscando á don Alvaro que había retrocedido un paso en la oscuridad, le pagaron con creces las delicias que aquellas palabras dejaron caer como lluvia benéfica en el alma de la Regenta.

—Es mía—pensó don Alvaro con deleite superior al que él mismo esperaba en el día del triunfo.

—¿Quieren Vds. subir á descansar?—preguntó la dama á los caballeros, al ver llegar á Paco.

—No, gracias. Yo volveré luégo con mamá á buscarte.

—¿A buscarme?

—Sí; ¿no te lo ha dicho ese? Hoy vas al teatro con nosotros. Hay estreno; es decir, un estreno de don Pedro Calderón de la Barca, el ídolo de tu marido. ¿No sabes? Ha venido un actor de Madrid, Perales, muy amigo mío, que imita á Calvo muy bien. Hoy hacen *La Vida es Sueño*.. ¡No faltaba más! Tienes que venir. Una solemnidad! Mamá se empeña. Espera vestida.

—Pero, criatura, si mañana tengo que comulgar...

—¿Eso qué importa?

—¡Vaya si importa!

—Lo dejas para otro día. En fin, ya arreglarás eso con mamá; porque ella viene á buscarte.

Y sin atender á más, salió del portal el aturdido marquesito.

Petra ya estaba dentro, en el patio, haciendo como que no oía. «Ya sabía á qué atenerse; *era aquel*. Por lo menos aquel era uno. El Marquesito la había entretenido á ella para dejar solos á los otros. Se le conocía en que estaba tan frío. No le había dado ni un mal abrazo en lo oscuro.» Escuchó. Oyó que don Alvaro se despedía con una voz temblona y muy humilde.

—¿Irás Vd. al teatro?

—No, de fijo no—contestó la Regenta, cerrando detrás de sí la puerta y entrando en el patio.

